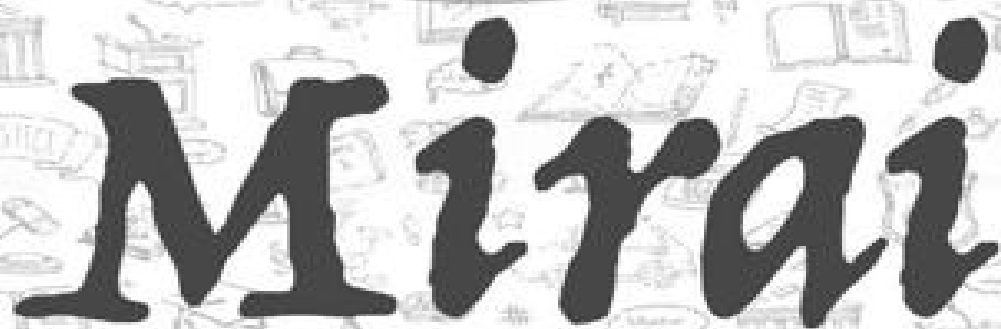




Edna Pepén

EDNA PEPÉN
MIRAI

MIRAI

Edna Pepén

© 2023 **Editorial Bien-et-re.**

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de este material por cualquier medio o método sin la autorización por escrito del autor.

Publicado por: **Editorial Bien-et-re.**

Diseño e Ilustración de portada: **Maite Peña**

ISBN: **978-9945-647-21-1**

Edición: **Editorial Bien-et-re**

www.a90d.com

Primera edición 2023.

Índice

[I ARASHI 嵐](#)

[II SETSUNAI 切ない](#)

[III KANASHI 悲しい](#)

[IV KAIZEN 改善](#)

[V CHŌWA 調和](#)

[VI TATEMAE 建前](#)

[VII NANKURUNAISA なんくるないさ](#)

I

ARASHI 嵐

La tormenta que apremia

—Oh, estás aquí, qué bueno que no soy el único.

Levanto la vista hacia la voz y me encuentro con Raúl, un compañero de otro departamento. He tenido que interactuar bastante con él por los asuntos del proyecto, pero algo no deja de inquietarme: se aparece en varios sitios donde no espero que esté y, aunque nuestras conversaciones son fluidas, no puedo confiar por completo en él.

—Pensé que ya estabas desde casa.

—Aún no, posiblemente al final de la semana. ¿Qué tal tú?

—Voy de salida. A partir de mañana estaré en modalidad remota.

Asiento ante su respuesta para que sepa que le escuché. Tengo varias cosas pendientes y la hora de salida se acerca, solo quiero terminar. Aun así, puedo sentir su mirada sobre mí.

—¿Ya te vas? Puedo llevarte a casa.

Sonríó amablemente ante su ofrecimiento.

—Gracias, pero no es necesario. Mi padre vendrá por mí. —Es más rápido en metro, pero dadas las circunstancias, y para la paz mental de mi adorada y paranoica madre, resulta más lógico que los dos integrantes que salen a la zona de guerra anden en conjunto.

—De acuerdo, cualquier cosa tienes mi contacto. —Deja algo sobre el escritorio antes de partir. Una barra de chocolate. La guardo en mi bolso, después se lo agradeceré.

Las horas que restan se van en un santiamén. Abandono mi puesto cuando papá me informa que ha llegado y en cuestión de media hora, estamos en la fortaleza que mi madre sigue llamando hogar. No pasa nada relevante más allá de la expectativa en el aire ante las nuevas medidas que se anuncian durante la cena. Es extraño y para nada placentero estar en un evento histórico tan desagradable. Me resulta hasta ofensivo que cuando siento cierto orden en mi vida, sacando la enfermedad que aqueja a Max, otra desconocida aparezca para convertirse en una emergencia sanitaria global. «Toque de queda», «mortalidad» y «distanciamiento» me siguen pareciendo palabras increíblemente ajenas. Acaba la transmisión y mi teléfono se enciende poco tiempo después, es una videollamada entrante.

—Déjame entender bien, ¿seremos novios a distancia? ¿Hasta cuándo?

Aunque ha tratado de disimularlo, sé que los niveles de frustración de Maximiliano están por las nubes. La vez pasada, según me ha contado y yo he constatado con su madre, el cáncer respondió satisfactoriamente al plan inicial de tratamiento, no opuso resistencia y la remisión fue posible en poco tiempo. Temo que esta vez no sea el caso: ante la recurrencia de la enfermedad, el efecto de los medicamentos podría disminuir. Ahora, con todo lo del virus, el panorama se complica.

—Sabes que no tengo la respuesta, Max. Cuando esto se estabilice, podemos vernos a cierta distancia.

Se pasa las manos por la cara.

—¿Qué quieres que haga? ¿Y si estoy infectada y te beso? Podrías literalmente morir.

—Moriría feliz, moriría gracias a lo mucho que nos amamos.

—Oye... ridículo.

No puede evitar la carcajada que se le escapa.

—¿Por qué eres así?

—Porque con todo y la diferencia de edad, al parecer tengo que poner los límites. Más aún si lo que intento es mantenerte a salvo.

—Sé que tienes razón, pero aun así no me agrada. Como si ya nouviésemos suficiente estrés.

—Tú no me estresas, ¿yo te estreso?

—No me refiero a eso.

—Mi apoyo no disminuirá porque esté a la distancia y no dejaré de estar pendiente de ti. Sabes lo intensa que soy, vamos —trato de bromear. Él sonríe a través de la pantalla—. Cuando esto pase, habrá valido la pena, ya verás. Encontraremos la forma de al menos coincidir en una misma habitación.

—Es, literalmente, lo más romántico que me has dicho.

—No te burles y ten paciencia. Esperemos que esto pase rápido. —Por supuesto que no pasará rápido, sería muy inocente creer que así será.

—0—

Julio ha llegado, lo que significa que la crisis lleva unos cuatro meses y no estamos remotamente cerca de resolver nada de lo que preocupaba al principio; en realidad, ha empeorado. Con el toque de queda, es imposible resolver cualquier tipo de diligencia. Muchas compañías han detenido sus operaciones, muchas personas están suspendidas o han perdido su trabajo en medio de una pandemia que no tiene fin al horizonte. Cosas tan sencillas como hacer la compra resultan inconvenientes, no solo porque tenemos que respetar el distanciamiento y esperar cierto tiempo en fila para evitar aglomeraciones, también porque tienes que tocar todo el lugar para luego aplicar desinfectante. Es irónico que algo que puede ser eliminado con agua y jabón tenga al mundo de cabeza.

En cuanto a la universidad, puedo decir oficialmente que estoy fuera, a la espera de la graduación, para despedirme de aquel lugar que, por los momentos, se mantiene impartiendo docencia de manera virtual. Las clases virtuales fueron destinadas al odio colectivo. Fue una combinación de factores perfecta donde odiaba la materia y al profesor, quien claramente no

quería impartir su clase de ese modo. Pagué los créditos para terminar aprendiendo el contenido por mi cuenta de todos modos. No perdí ni un punto, mi calificación fue perfecta en el volante final. Aquello se convirtió en algo mucho más personal en el momento en que me tocó el mismo maestro que me había reprobado.

El distanciamiento que hemos vivido estos meses como grupo no ha sido tan significativo, hablamos todos los días y la situación no parece ser un detonante de estrés en nuestra relación de camaradería. Por supuesto que para Max y para mí ha sido un sacudón de cimientos en construcción. Desde que el encierro comenzó, nos hemos visto en persona unas tres veces, con mascarillas y sin ningún tipo de contacto. Él puede decir que exagero, pero tomando en cuenta que voy a la oficina una vez a la semana, prefiero mantenerme firme, a pesar de que le molesta.

Max es una de mis más grandes preocupaciones en este último tiempo. Dice que todo va bien, pero el tratamiento ha sufrido modificaciones porque los resultados siguen sin ser los esperados. Sumando el nuevo virus a su situación normal, todo se ha complicado, incluso sus citas se han movido y algunos suplementos comienzan a escasear, como si las demás enfermedades del mundo hubieran desaparecido con la aparición de esta. El dichoso virus es tan impredecible que a unos les puede suponer una simple gripe y a otros una enfermedad grave capaz de llevar a la muerte. Solo porque sí, como si de una ruleta rusa se tratase. Él no tiene un sistema de defensas lo suficientemente fuerte para combatir lo conocido, ni hablar de lo desconocido. A veces siento la necesidad de encerrarlo en una burbuja hasta que todo acabe.

—Oye, llamó mamá. Dice que pasará por el súper. Hay que preparar todo.

—Pequeño engendro, aunque no lo parezca, estoy trabajando.

Rueda los ojos, sabe que tiene que hacerlo solo.

Escucho a la distancia a mi hermano y a mi madre en la cocina, llevando a cabo el protocolo de desinfección. Cuando levanto la vista, es pasado el mediodía, hora del almuerzo. Me estiro, perezosa, y mi teléfono suena anunciando una llamada. Al ver que se trata de Ari, solo puedo pensar en lo oportuna que es; mejor dicho, en lo increíble que es que siempre llame cuando tomo algún tipo de respiro.

—Sor... —Escuchar su voz seguida de un hipido hace que la preocupación invada cada fibra de mi ser—. ¿Puedes... abrírmelo? Estoy en... en un Uber gris, al frente.

No tiene que decírmelo dos veces. Apresuro el paso hacia la puerta principal, sorprendiéndome ante el reflejo automático de tomar una mascarilla de la mesa cercana y colocármela con destreza. Ni bien abro la puerta, diviso el auto descrito. Emerge del asiento trasero mientras el conductor baja la ventana y me observa con expresión de circunstancias. No sé qué pasa, pero por los momentos, lo mejor es resguardarla en mi hogar.

—¿El viaje está...?

—Sí, está pago —responde el hombre mayor de inmediato—. ¿Necesita que la lleve a otro lado? La señorita ha estado llorando todo el trayecto.

—No se preocupe, gracias por traerla.

No se ve muy convencido, pero mucho no puede hacer. Echo un vistazo hacia el interior del asiento para confirmar que no se queda nada. Al comprobarlo, cierro la puerta trasera y guío a mi mejor amiga hasta mi hogar. Cuando el auto arranca y nos quedamos solas, me concentro en ella.

Se abalanza sobre mí sin restringir las lágrimas.

—No puedo volver allá, no puedo.

—Pero...

—Me destruye, no puedo volver a esa casa.

Sé que algo ha pasado con sus padres y es probable que se trate de lo que más temo: finalmente ha estallado la guerra fría de la casa Durand. Solo atino a abrazarla ante lo que me dice. No sé si Leo o su hermano están enterados de lo que ocurre.

—Está bien, entremos y me cuentas qué pasó, ¿de acuerdo?

Asiente como puede y la tomo de la mano para entrar a casa. La figura de mi madre aparece en mi visión. Por su expresión, sé que sabe lo que ocurre y entiende más que yo lo que está pasando en la cabeza de Ari.

—Estás en casa. —La voz de mamá parece tranquilizarla aún más. La envuelve entre sus brazos como hacía conmigo en mis momentos más oscuros—. Vamos a la cocina por un poco de agua, ¿bien? Está haciendo mucho calor y no queremos que se deshidraten. —Es la excusa que encuentra para traspasar el caos a una conversación donde Ari pueda comentarnos qué ha ocurrido.

Toman asiento en la sala de estar mientras me quito la mascarilla y desinfecto mis manos. Por unos segundos, solo escucho el sonido que hace mi hermano desempacando la compra. Me apresuro al lugar donde Ari se encuentra sosteniendo un vaso de agua; mamá está frente a ella, sentada en el suelo para poder verla mejor y para dejarme el espacio vacío al lado de mi amiga.

—Este es un lugar seguro, puedes contarnos lo que pasó.

Ari no dice nada por algunos segundos, su mirada divaga entre nosotras. Sus padres no la apoyaban antes del embarazo, por lo que no fue sorpresa que tampoco mostraran su aprobación al enterarse. Aun así, no pensé que la tensión escalara a tal punto que sintiera la necesidad de irse con nada de respaldo durante una pandemia.

La historia que cuenta Ari es similar a lo que temí que pasara: una situación tonta y sin sentido, que escaló a una más hiriente y destructiva donde las palabras se convirtieron en armas que explosionaron lo que no debían. Su madre tenía muchas cosas guardadas que dejó salir de golpe, llenas de veneno y rayando el repudio. Nunca entenderé cómo un padre que supuestamente ama a su hijo tiene el ímpetu de expresar que fue un error y que preferiría no tenerlo en su vida. Sé que en el calor del momento se dicen cosas que no se sienten, pero por el historial de su dinámica es como si sus hijos fueran el complemento de la marca familiar, no el fruto de un matrimonio amoroso.

—Papá se quedó en silencio, validando cada palabra que dijo la persona que se supone que más me ama en el mundo —lo dice con rabia, más que con tristeza—. No sabía a quién acudir. Leo está en el interior ayudando con unos asuntos familiares y Sebas está fuera por una entrevista de trabajo.

—Sabes que siempre serás bienvenida. Puedes quedarte sin problemas —responde mamá. Su expresión es un poema que transita entre la indignación y la rabia ante una historia con la que se identifica, por lo menos a grandes rasgos—. Es hora del almuerzo, ¿algo en específico que les apetezca? Lo preparo enseguida.

—Tienen que comer —apremio al ver su indecisión.

Acaricia su ya notorio vientre y suspira.

—Gracias —responde, aún con voz quebradiza. Toma su teléfono y lo observa por unos segundos —. Llamaré a Sebas para que sepa lo que ocurre.

Asiento, asegurándole que estaré devuelta a su lado en breves instantes. Mamá y yo llegamos a la cocina cuando Hiro la estaba abandonando. En cuestión de segundos, la meseta está repleta para lo que sea que ella tenga en mente. Detiene su inspección de los alimentos unos segundos después para observarme.

—No me gusta criticar a otros padres, pero no entiendo a los Durand. No sé qué ganan con crear esta enemistad con su hija, sobre todo en esta situación. No me interesa cuáles sean sus razones. Puedo entender la decepción de que tu hija quede embarazada a mediados de carrera. Esperas que vivan un poco más antes de dar ese paso trascendental en sus vidas. Pasé por lo que Ari está pasando y sé que no es fácil; sus padres no deberían ser parte de la dificultad.

—Si fuese yo la que estuviese en la situación, ¿no te decepcionarías?

—Una cosa es decepcionarse y otra muy diferente es darte la espalda. Te amé desde el momento en que supe de tu existencia, ¿cómo voy a dejar de hacerlo porque no hicieras las cosas exactamente como yo esperaba? Mi amor no era genuino si se corrompe tan fácilmente.

Nadie en la familia, aunque se diga lo contrario, creyó que la relación de mis padres funcionaría al haberse unido por un bebé. Aun así, lo hicieron funcionar. Me obligo a observar hacia la dirección donde Ari nos espera. No sé qué pasará con sus padres, pero tengo que asegurarme de que, sin importar el desenlace, yo esté ahí para ella y el bebé que llegará a complementar todo.

—0—

El virus está tocando puertas cercanas. Los padres de Milo resultaron positivos el día en que Ari fue a mi casa. Su condición se complicó y necesitaron ser ingresados de emergencia. Por las restricciones, a Max se le dificulta estar al pendiente de ambos, sus familiares se encuentran en el interior y está virtualmente solo. Aunque nos mantenemos en constante comunicación, no es lo mismo y sabemos que Milo nos necesita en vivo y en directo. Max y Ari no pueden arriesgarse más allá de existir en sus espacios; soy la muy preocupada representante de todo el grupo.

Mientras me adentro al recinto, mi mente vaga hacia Maximiliano. El diagnóstico de los señores Araya vino luego de un contacto estrecho con los Bécquer. Todos se encuentran haciéndose la prueba, incluyendo el joven que no debería ni siquiera tener como opción enfermarse. Me estresa pensar en esa posibilidad, pero sé que no puedo hacer mucho más que concentrarme en brindarle apoyo a un amigo que lo necesita. Encuentro a Milo en el jardín del hospital. Está desierto y la única persona en el lugar es él, sentado en uno de los pocos banquillos que ofrecen sombra a esta hora del día. Levanta la vista. No puedo ver su rostro del todo por la mascarilla; aun así, reconozco el alivio de ver una cara conocida.

—Me alegro de verte.

Seguimos las señalizaciones del lugar y nos sentamos a pocos metros el uno del otro. Extiende su codo como forma de saludo y termino correspondiendo; estas costumbres extrañas de pandemia.

—¿Cómo siguen?

—Mamá está oxigenando mejor, papá está alerta, pero no hay mejoría significativa. Muchas cosas se están complicando. —Una tenue brisa inunda el lugar, aliviando un poco el incesante sol de verano, pero sin aminorar la tensión del momento ante sus declaraciones—. Sora, ¿cómo crees que será la vida si muere odiándome?

—Milo, él no te odia. —El simple hecho de que niegue con la cabeza me da a entender que cree lo contrario—. Y si ese fuese el caso, que insisto, no lo es, con tu actitud y lo abnegado que has estado a él, sabe que le importas. Tal vez este sea el punto de inflexión. —Es difícil ver a alguien tan alegre como Milo en este estado. Es como ver el sol apagarse. Sin importarme la distancia de seguridad, le abrazo de manera fraternal, brindándole el caluroso apoyo que necesita—. Hazle saber cuánto lo quieres, que sepa que estás ahí para él. Nada implícito, nada de asumir. Díselo, que no quede lugar a dudas. Te sentirás incluso mejor.

—Él es muy inteligente, debe entenderlo a estas alturas.

—A veces, las personas más inteligentes son las que menos entienden lo que de verdad importa —le digo amablemente mientras sonrío, pero, por la mascarilla, no puede verlo. Tendrá que confiar en lo que expresan mis ojos y en la convicción que tengo de que esto no se trata de odio; siento que es más una cuestión de orgullo. Me niego a creer que el amor que ese hombre profesó por su hijo durante toda su vida se haya esfumado por su orientación sexual. No tiene ningún sentido.

—Eso también es cierto —admite mientras juega con sus manos—. Lo único que quiero es que se recuperen y poder llevarlos a casa. —No puede verlos todos los días por las medidas; es un milagro que tan siquiera le permitan las visitas. Además, se siente culpable por ser el único de los tres que no está infectado.

—Sabes que nosotros colaboraremos en lo que necesites.

—Lo sé. —Suspira antes de proseguir—. Por cierto, Ari se escuchaba un poco más animada. ¿Pudo resolver el tema de sus padres?

—No, pero vivir con su hermano la está ayudando a sobrellevar la situación. —Sebastián Durand no se tomó el exabrupto de sus padres de buena manera. Ambos hermanos están en guerra con sus progenitores y, hasta donde sé, el último contacto que tuvo con ellos de manera indirecta fue cuando volvió a casa por las cosas de su hermana—. Leo está buscando apartamentos para que puedan mudarse juntos, pero la búsqueda durante la pandemia no ha sido fructífera.

—Me imagino —responde en medio de un suspiro—. ¿Alguna noticia de Max?

—Espera por los resultados.

—Estás que te trepas por las paredes, ¿no es así?

—¿Se nota tanto?

Se encoge de hombros.

—Le escribí a primera hora y aún no me responde.

—Eso es raro, teniendo en cuenta que eres tú quien le está escribiendo. Eres *top priority*, lo tienes con un látigo.

—Claro que no —niego con vehemencia, sabiendo perfectamente que es verdad. No el hecho de la dominación, sino en cuanto a las prioridades; ambos nos tenemos incluso con una alarma distintiva—. Aunque sí es extraño.

—Puede que esté dormido, ya sabes, por el asunto del tratamiento.

La distancia en tiempos de enfermedad es difícil de sobrellevar. Las palabras entrecortadas durante una mala conexión de internet, las lágrimas que no podemos alejar del rostro ajeno, la logística que supone el acto de visitar a una persona... Es verdaderamente frustrante.

—Tengo que volver, espero que ya me permitan pasar —dice mientras se pone de pie—. Por cierto, convocaron una charla para los estudiantes con becas en el extranjero; no sé de qué quieren hablar, pero se leía importante. ¿Podrías acompañarme? Mi cabeza no es muy confiable en estos momentos y me gustaría tener una que sí. Es el próximo sábado.

—Ahí estaré.

Por la forma en que se entrecierran sus ojos, asumo que me responde con una sonrisa.

—Muchas gracias por venir, Sorita, me has ayudado bastante.

—Para eso estamos. Manténnos al tanto, ¿bien?

Asiente, se despide con una seña y desaparece entre los pasillos.

Reviso mi teléfono en busca de alguna novedad del joven Bécquer, pero no hay nada. Le llamo, no obtengo respuesta; hago lo mismo con su madre, pero tampoco. Incluso intento con el número residencial y nada. Al parecer, nadie está en casa, lo cual es extraño. Se supone que sus padres están en aislamiento y él no puede ir a ningún lado. No recuerdo que me comentara que tenía algún compromiso o si tenía que visitar al médico. Lo más frustrante de todo es que mucho no puedo hacer, pues el toque de queda comienza a las cinco de la tarde. No me da tiempo para llegar a su casa y regresar a la mía en solo cuatro horas; sin mencionar que, con todo y que las calles están prácticamente desiertas, el transporte está difícil.

Respiro hondo y trato de tranquilizarme. No puedo estar asumiendo lo peor como hacen las madres en el momento que no respondes una llamada. Tal vez están ocupados o simplemente no están disponibles. Dicen que las malas noticias son las primeras que se saben, él aparecerá eventualmente y me contará qué pasó. Confiada en ese panorama, me dirijo a mi hogar, donde paso el resto de la tarde de este sábado, tratando de resolver alguno de mis pendientes con la finalidad de desviar mi atención de todos los escenarios posibles en los que puede estar Max. A eso de las seis, tomo un respiro mientras observo las calles desiertas. Solo ha pasado un vehículo y se trata de una patrulla militarizada revisando que nadie se encuentre en las calles. El sonido de mi teléfono me trae de nuevo a la realidad. No dudo en tomar la llamada.

—Hola, Sora, te estoy devolviendo la llamada. —Y no, no es Max, es su madre, lo que no me tranquiliza para nada.

—Sí, hola, Mabel, ¿cómo está?

—Sinceramente, un poco ansiosa. Como sabrás, el padre de Max y yo estamos en cuarentena por nuestro contacto con alguien que resultó ser positivo al virus.

—Sí, estoy al tanto.

—Verás, Max presentó un cuadro de fiebre esta mañana y no tuvimos otra opción que enviarlo a la clínica por precaución. No sabemos si se trate del virus, de una infección u otra cosa, pero no se pueden tomar riesgos. Fue ingresado para determinar qué tiene.

—Entiendo. —No puedo creer lo compuesta que salió mi voz, teniendo en cuenta cómo se me instaure un nudo en la garganta.

—Está con una de nuestras enfermeras de confianza. Sé que mañana es domingo, pero no sé si podrías...

—Por supuesto que pasaré a echarle un ojo; claro, si me permiten la entrada.

—Harán una excepción. —Cada vez que los padres de Max llegan con sus «excepciones», me siento la hipócrita más grande de la historia. Aún no me gustan los favores, pero desde que todo se complicó, sé que no podría apoyarlo si no fuera por ellos—. Ya debe tener su teléfono. Estaba sin batería y no sabíamos que lo había dejado durante todo el ajetreo. Ha pasado el día durmiendo, seguro se alegrará de escucharte.

—Sí, gracias por avisar, le llamaré para saber cómo está.

—Siempre eres una fuente de ánimo para él. Muchas gracias, querida. —Las palabras son pronunciadas correctamente, pero a una velocidad que delata lo agitada que se encuentra y la incertidumbre que le invade. No importa la edad que tenga, una madre siempre está al pendiente de su hijo, y estar en semejante situación sin poder estar a su lado, o peor aún, ser la posible causa que lo llevó a la separación, debe suponer un duro golpe a su sentido materno. Si yo me siento de esta manera, no puedo imaginar lo que pasa por su cabeza.

Me despido, y ni bien desaparece la llamada en pantalla, realizo otra, pero esta vez con video porque no quiero solo escucharlo, sino ver su semblante; esto no engaña.

—Presiento que estás furiosa —me dice mientras trata de sonreír como si nada pasara, pero no me convence; la fatiga se ve a kilómetros.

—¿Cómo te sientes?

—Me siento mejor, solo estoy cansado.

—¿Qué te han dicho los doctores?

—No mucho, muchas tomas de sangre y controles, lo usual.

No le respondo, siendo mi único pensamiento el hecho de que está solo.

—Estoy bien, cielo, en serio.

—Iré a visitarte mañana a primera hora, espero que no hagas locuras hasta entonces.

—No sé si te dejen pasar.

—Tienes una ventana en la habitación, ¿no?

—Sora, estoy en un tercer piso.

—Está bien, siempre visto zapatos deportivos.

Niega con la cabeza, diversión y preocupación en su mirada. Sabe que soy capaz de intentarlo.

—Por favor, te necesito en una pieza.

—No prometo nada —le respondo con tono de burla—. Trata de descansar y no hagas cosas raras hasta que llegue.

—No prometo nada. —Nos sonreímos a través de la pantalla—. ¿Te tienes que ir? —trata de

preguntarlo como si no le importara, pero la esperanza no es fácil de esconder en este tipo de situaciones. Escucho un ruido en la habitación. Le agradece a alguien fuera de cámara y vuelve la vista hacia mí—. Mi cena acaba de llegar, podemos tener una cita virtual.

—No tengo ganas de hacerme algo. ¿Los *deliveries* siguen con libre tránsito?

—Eso creo.

—Perfecto, pediré algo.

Tomo mi PC y entro a la página web de uno de mis restaurantes favoritos.

—Entonces, esperaré por ti.

—No, come, tardará una media hora.

—Tampoco es como que me emocione mucho la sopa que tengo enfrente.

Fiel a su palabra, sostenemos una extraña cita virtual donde comemos y hablamos de todo un poco, como es lo usual. Mi intención desde el principio era la de intentar no pensar mucho en lo que se avecina al día siguiente. Podría tener el virus, lo cual sería lo más frustrante de la historia teniendo en cuenta todo lo que hemos hecho para prevenir ese escenario. Hasta que la incertidumbre se esfume, trato de no visualizar más allá del presente, justo como he hecho desde que me enteré de su enfermedad. Las horas pasan y entre vueltas y risas dentro de la casa, lo veo batallando con Morfeo en su cama de hospital.

—Es casi medianoche.

—No tengo sueño. —Complementa su argumento con un bostezo.

Hace media hora colocó el teléfono sobre una mesa para estar más cómodo, pero sé que lo hizo para que no rodara hacia el suelo cuando irremediablemente se quedara dormido. Me acomodo en el colchón, alejándome lo más posible de las sábanas. Con el calor que hace, no quiero nada que ver con ellas.

—No puedes mantener los ojos abiertos.

—No es... verdad —dice entre bostezos.

No pasa mucho tiempo antes de que vea su pacífico rostro a través de la pantalla. Me quedo observándolo con una pequeña sonrisa. Coloco el teléfono sobre la mesa de noche, la llamada activa.

—Buenas noches... —digo al aire. Soy consciente de mi cansancio y de que en cualquier momento también sucumbiré. De alguna u otra forma, esto alivia un poco la culpa: lo estoy cuidando a la distancia, aunque sea por medio de pantallas.

—0—

Mientras busco la habitación de Max, pienso en lo caóticamente tranquilo que se encuentra el hospital. En condiciones normales, no me gusta este lugar; en esta situación, es el peor espacio del mundo. La toma de temperatura, la desinfección y el hecho de que todos llevamos mascarillas es raro, sobre todo lo último, que es directamente intimidante. Luego de perderme varias veces por la nueva ruta hacia las habitaciones, encuentro el número indicado, toco la puerta y lo escucho responder del otro lado.

—Suenas como si tuvieras resaca —le digo. Él sonríe con ganas al verme entrar en la habitación—.

Me extrañaste, lo sé.

—No te equivocas, cielo. Tengo desde que desperté observando la ventana, por si acaso — responde mientras tomo una de las sillas del lugar y la arrastro hasta su lado, sonriendo para mis adentros ante la ocurrencia—. Tengo buenas y malas noticias, ¿cuál quieres primero?

—A ver, dame las buenas.

—No tengo el virus.

—Sí que son buenas noticias. ¿Cuál es la mala?

—Mis padres dieron positivo, junto a la gran mayoría del *staff* de la casa. Mi madre se encuentra en una misión para reubicarme, mis familiares están fuera de la ciudad y no debería alejarme tanto de mi médico de cabecera. Tiene esperanza de que tus padres me permitan quedarme, pero seamos honestos, a tu padre no le hará gracia que estemos bajo el mismo techo durante tanto tiempo.

—Como si ya no hubiésemos hecho lo que quiere evitar.

—Él no lo sabe, cielo, y espero que no se entere.

—Debe sospecharlo...

—No se lo confirmes. —Aunque la relación entre ambos es buena, papá es intimidante cuando quiere. Max hace lo que puede para no caer en su lado malo—. Lo más probable es que pase otro tiempo importante aquí. Aún no saben qué provoca la fiebre. ¿No te piensas quitar la mascarilla? — inquiere, levantando una de sus cejas con suspicacia.

—No.

—Vamos, cielo, no seas así.

—No seré yo quien te ponga en riesgo.

—Entonces, ¿no veré tu bella sonrisa?

—Efectivamente. —Se ríe ante el comentario—. Mientras más rápido aceptes tu destino, más sencillo será para ti. —Saco de mi bolso el desinfectante portátil e higienizo mis manos para poder interactuar de manera segura con él. Cuando termino, me toma de la mano y suspira resignado—. Tampoco disfruto de este protocolo —confieso, enfocándome en su figura—. Cuando se tenga más información sobre la enfermedad, encontraremos la forma de que no sea algo riesgoso para ti.

—Lo importante es que lleguemos vivos —responde, tratando de agregarle humor—. ¿Cómo siguen los padres de Milo? Iba a escribirle, pero los acontecimientos no resultaron a mi favor.

—La condición de su padre no es muy alentadora, y con la relación tensa que tienen por los momentos, se siente intranquilo, podría decirse que hasta culpable. —Maximiliano es de los mejores amigos que he conocido en la vida, le consume no poder apoyar como quisiera a su preciado camarada.

—¿Ari?

—Viviendo la guerra familiar como puede. Lo importante es que todo se encuentra en orden con el bebé. Sus prioridades han cambiado y con todo lo de sus padres, está viendo otras alternativas para mantener la costosa matrícula.

—Es increíble lo mucho que ha madurado en estos meses.

—Convertirse en madre tiene ese efecto. —Me acomodo mejor en la silla contra la que batalla mi espalda—. ¿Algo nuevo que contar de las horas en las que no tuvimos contacto?

—En realidad, sí, se me escapó comentarte algo.

—¿Eso sería...?

—Intentaré con los *streams*.

Mi cabeza se ladea inmediatamente ante la extraña confesión que acaba de hacer.

—No te entiendo.

—Es una actividad desde casa, interactiva y que no me supone demasiado esfuerzo. Puedo incluso ser diferente, qué sé yo, con la robótica, por ejemplo. Sabes que me gusta y lo hago como *hobby*. Es la oportunidad perfecta para tratar de desarrollarlo. Puedo intentar monetizarlo y de paso, entretengo a otros.

—Max, ahora lo que importa es que te recuperes, el dinero...

—Sentirme útil me hará bien.

Le observo por unos momentos. Lo único que veo es decisión y expectativa en su mirada. Sé que la enfermedad lo hace sentir inútil, inactivo; temo que entre en una depresión por las emociones conflictivas que supone lo que está viviendo. He notado que su característica alegría no es tan cotidiana como solía ser.

—Si no funciona, tal vez me sirva de distracción y puede evolucionar en cuanto a ideas de qué hacer en el futuro —insiste. Él siempre me ha apoyado en mis locuras, y si esto le ayuda a sobrellevarlo, no soy nadie para cortarle las alas—. Me emociona bastante la idea. —He perdido la batalla.

—Estaré aquí para lo que necesites.

Observo mi reloj. Apenas son las 8:30 a. m., tengo tiempo antes del toque de queda. Trato de mantener la conversación lo más alejada que pueda de cualquier contexto negativo. Lo que necesita es sentir que estamos los dos; las enfermedades y demás problemas pueden quedarse para el próximo día laboral.

—0—

La susodicha charla a la que me invitó Milo es una especie de «masaje» para informarles a los estudiantes lo complicado de la situación que les aqueja para la movilidad. Empezando por que los aeropuertos están cerrados hasta nuevo aviso y se espera que los precios de todo lo que podamos imaginar se vayan a las nubes. Por las restricciones, todos están sentados a un sillón de distancia en el auditorio. Los infiltrados como yo nos encontramos de pie en la entrada; en total solo somos tres individuos, registrando las informaciones que consideramos nos pueden convenir más adelante. Han pasado unos cuarenta y cinco minutos y, hasta el momento, solo se han discutido las opciones disponibles.

—Jóvenes, luego de las desafortunadas novedades que les hemos informado, pasemos a una sección más alentadora. El siguiente invitado fue estudiante sobresaliente de nuestra institución. Estudió dos carreras e incursionó en varias maestrías y certificaciones en el extranjero. En el país, ha ostentado varios cargos gubernamentales, incluyendo su función más importante como procurador en el gobierno anterior —anuncia el moderador, haciendo que toda mi atención se

concentre en el escenario. Siento cómo mi corazón se acelera en el acto. No puede ser quien creo que es, no puedo tener la dicha de que sea ese individuo. Milo gira hacia mí con la misma incertidumbre que me embarga—. Licenciado Gérard Arredondo.

En un instante, abandono el presente y me transporto al pasado, donde ese mismo hombre está frente a mí, observándome con cinismo.

—¿Cómo alguien como él arriesgaría todo por un simple encuentro? —Se apoya en el escritorio. Su mirada denota burla—. Seamos honestos, ¿el problema es que no llenó tus expectativas?

—Pero...—Coloco mis manos en el pecho ante la opresión que se me instaura. Mamá me envuelve de inmediato; tiembla, pero trata de aminorar mis propias tribulaciones ante la crisis que estoy por experimentar.

—¿Cómo se atreve! —vocifera papá mientras se coloca de pie, dando un fuerte golpe a la superficie—. Ese degenerado violó a mi hija y siguió torturándola incluso después del hecho. ¡Casi la mata de una sobredosis!

El supuesto ente de la justicia no se inmutó ante el exabrupto de mi padre. Antes de que el pánico me enviara a la inconsciencia, recuerdo su expresión implacable. Supe que no habría nada que hacer.

Ese es el hombre que decidió que mi versión era una mentira, que el trauma que se escapaba por mis poros era ficticio, que los exámenes médicos no evidenciaban el horror que me ocurrió en esa casa. Pintó todo aquello como una gran farsa de adolescentes donde su conocido era un santo.

Cuando vuelvo a la realidad, el hombre en cuestión se encuentra alardeando de sus tantos logros. Por el rabillo del ojo, veo una figura acercarse. Se trata de Milo, cuya expresión de circunstancias indica que identificó al involucrado en una de mis historias.

—Lo siento tanto, no tenía idea de que habría invitados y que sería justamente él.

Aunque lo escucho, algo dentro no me deja moverme ni responder. ¿Este es un ejemplo a seguir? Cada vez que veo a uno de estos personajes tan tranquilos con su consciencia, viviendo como si nada hubiese pasado, la rabia y la impotencia me consumen. En ese entonces, su presencia me intimidaba, ahora quiero plantármele al frente.

—A pesar de eso, he podido lograr cada meta y, en el camino, contribuir con la seguridad del país —dice Gérard. Una sensación abrasadora sube por mi pecho. ¿Él le llama «contribuir con la seguridad del país» a dejar en libertad a un violador?—. Logramos dismantelar bandas que atentaban con la estabilidad del comercio, los índices de delincuencia mejoraron, fuimos capaces de...

—... dejar en libertad a un violador —termino en mi mente, o al menos eso pienso hasta que veo que las personas en el auditorio giran en mi dirección. Milo me observa con los ojos como platos—. ¿Dije eso en voz alta? —pregunto solo por confirmar. No siento vergüenza, a pesar de que salió sin pensar.

—Así es —susurra.

El silencio que se instaura en el lugar es inquietante. Ya no puedo dar marcha atrás, menos cuando el susodicho clava su mirada en mí, tensando los músculos del rostro como si se estuviera conteniendo. Su mentón toma altura mientras decide romper la observación fija para mirarme de arriba abajo. Mueve el micrófono de un lado a otro como si sopesara su siguiente respuesta. Sus frondosas cejas se elevan de manera sutil, alejándose un poco de sus grandes, malignos y negros

ojos. Arruga su perfilada nariz mientras se relame los labios, en un intento poco sutil de controlar su expresión mientras habla.

—Joven, esa es una acusación grave. —No es lo que espero escuchar y me enoja aún más.

Me remuevo la mascarilla y, en cuestión de segundos, veo cómo su expresión se rompe de inmediato y traga en seco.

—Lo sé. —Es mi simple respuesta.

De repente, parece que la corbata le molesta y, por los murmullos que escucho, las personas también comienzan a cuestionar su forma de actuar. Siento cómo Milo pasa un brazo sobre mi hombro. Tal vez teme que en algún momento pueda flaquear o solo busca resistir la situación que he creado. El licenciado se dirige tras bambalinas tan rápido que lo único que logro diferenciar es el reflejo de la luz al encontrarse con su calva. Los murmullos no tardan en inundar el lugar y el moderador es incapaz de restaurar el orden.

—Vamos... —Es la voz de Milo. Me toma de la mano y me guía rápidamente fuera del auditorio. Mientras la adrenalina abandona mi sistema, entiendo lo que acaba de pasar. No me arrepiento de lo que dije, pero me preocupa lo que pueda venir luego—. ¿Estás bien? —pregunta mi amigo. ¿Qué se supone que le responda?—. No te culpo —su voz no da indicios de mentira—, aunque Max puede que...

—Se lo contaré —miento de inmediato. No quiero que Max se entere de este incidente. Nada debe desviarlo de lo que realmente es importante: su salud. En el mejor de los casos, esto no pasará de ser un suceso aislado, como mucho un rumor, a pesar de que siento la ansiedad crecer en mi pecho ante la otra posibilidad de que acabo de mover el avispero y esto no hará más que empeorar.

—0—

—No pensé que se haría viral el asunto.

—¿Qué esperabas? Tu familia no es desconocida y tienes a la socialité de tu lado —le digo. Ari riega la voz en cada red social que posee—. Además, no publicas mucho en redes; cuando lo haces, les notifica a todos.

Sigo con mi labor de organizar las lámparas de su improvisado estudio. Como vaticiné, la solución de sus padres fue enviarlo a otro de sus domicilios, una casa bastante modesta para el estilo de vida que ostentan. Lo más destacable del lugar es la piscina en el patio trasero. Fuera de ese detalle, es solo un lugar de tres habitaciones, espacioso, con una terraza techada en el segundo piso donde terminó de pasar las secuelas de la influenza, que resultó ser la causante de sus síntomas.

—Incluso Milo está promocionándolo.

—Eso vi... Por cierto, su madre fue dada de alta y su padre también está mejor. Dice que existió un progreso en su relación. No es la mejor situación, pero por lo menos para algo sirvió.

—¿Cómo les fue en la charla?

—Bien, ya sabes, mucha diplomacia para amortiguar las cosas —respondo lo más natural que puedo. Fiel a mi palabra, no he querido comentarle el incidente y espero que no sea necesario—. Ya, prepárate. Estaré desinfectando las cosas del supermercado y guardándolas en la despensa.

—¿No te vas a quitar la mascarilla?

—Por ahora no.

—Se me va a olvidar tu rostro si seguimos así.

—No tengo problemas con enviarte fotos —respondo. Lo escucho reír, una risa que identifico como forzada—. Ya, anda. Estaré viendo todo desde la cocina. —Me retiro la mascarilla por un momento y le regalo una de mis sonrisas, esas que supuestamente le gustan—. Ve a pasar tiempo con desconocidos de manera virtual. Y no te preocupes, solo sé tú mismo.

Asiente con energías renovadas y cada quien toma su camino. Como no puede hacer nada de esparcimiento, paso la mitad de mi tiempo libre en su hogar temporal, haciéndole compañía y pasando el tiempo de calidad que la distancia y las medidas nos permiten. Quiero pensar que pronto se resolverá y la normalidad de la que tanto nos quejábamos volverá a nosotros. Recojo mis mangas y comienzo a clasificar lo que acabo de comprar. Sí, también soy su linda mensajera. Teniendo en cuenta que es la primera compra del lugar, traje muchas cosas, así que me tomará un rato tener todo listo. Tomo el teléfono y entro a la aplicación de *streaming*, sorprendiéndome al visualizar a Max dentro del *top* diez de los más vistos en el momento.

—Gracias por la donación, Use00; para el próximo, escribe algo para que charlemos. Soy buena gente. —El muy mentiroso dijo que estaba nervioso y todo le está saliendo natural, sin esfuerzo—. No soy complicado, hago este tipo de actividades, me gusta lo delicado que es armar estas cosas... —dice mientras el número de espectadores sigue subiendo. Sé que no es un desconocido, pues pertenece a una familia poderosa, sin mencionar la propaganda brutal que le hicieron Ari y Milo. Aun así, me sorprende el alcance que está teniendo. Las personas realmente están interesadas—. ¡Mi peinado? —le escucho preguntar—. Sí, esperamos que sea solo una etapa. Tengo cáncer, se estaba cayendo y fue la decisión más lógica. Algún día volverá a crecer... o eso espero. —Me sorprende que haya dado a conocer ese detalle. Tal vez piensa que es inevitable que lo descubran, así que es más sencillo que él entregue las explicaciones.

—*¿Cómo está la novia?* —pregunta alguien a través del *bot*, y no puedo evitar negar con la cabeza ante el patético intento de camuflar su verdadera duda. El usuario usó la vieja confiable.

—¡Genial! Está cuidándome de mí mismo como de costumbre. —La sonrisa que aparece en su rostro al responder ocasiona que una similar aparezca en el mío—. Espero presentárselas algún día.

No se trata de que no aprecie sus atenciones, pero aun con todo el tiempo que pasamos, no me acostumbro a lo abierto que es en cuanto a lo que tiene que ver conmigo. No me avergüenzo de él, estoy orgullosa de ser reconocida como su novia; es solo que parece resultarle natural expresarse en cuanto a nosotros. A mí me sigue costando más de lo que me gustaría admitir.

—*Lamento tu situación de salud, mi pregunta no era para exponerte* —dice el *bot* nuevamente.

—No te preocupes, está bien —responde Max, sonriendo hacia la cámara por un momento antes de volver a su manualidad—. Es algo que debe ser discutido, una enfermedad seria y que sé que muchos están enfrentando también; no debe ser un tema tabú, menos aún en la pandemia que enfrentamos.

A veces me siento culpable de negarle el afecto, pero luego pienso en lo que podría pasar si se contagia por un descuido de mi parte. Mi única meta es mantenerlo en óptimas condiciones hasta que haya una vacuna.

—*¿Estás enfermo? Pero si te ves joven.*

—Y lo soy o al menos me considero así.

—¿Y tu novia? ¿Tienen la misma edad?

—Están muy interesados en mi vida amorosa, picarones —dice y sonrío ante su respuesta—. No, soy tres años mayor que ella —añade sin apartar la vista de lo que hace—. Creo que es mejor que les cuente un poco sobre mi cielo para las preguntas que vienen, sé que el interrogatorio continuará: su nombre es Sora, acaba de terminar la carrera de Ingeniería Industrial y trabaja en una zona franca local. Es una chica tranquila, reservada, con un enorme corazón, muy curiosa y diferente a cualquier persona que he conocido; eso último fue lo que me atrajo de ella la primera vez que la conocí. Fuimos mejores amigos por cuatro años y, finalmente, entablamos esta relación. Ella es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

No lo puedo negar, él también ha sido lo mejor en mucho tiempo y sus palabras hacen que las mariposas se revuelvan en todo mi ser. A veces sigo sin creer que esté viviendo esto, no lo creía posible después de todo el fiasco con el innombrable. Max es una variante que no esperé, pero que, gracias al cielo, se agregó a la ecuación. Curiosa, abro el chat para ver las interacciones.

¡Rendido el muchacho! Oh, por Dios, qué adorable. Son el uno para el otro.

Ubico a Ari de inmediato.

Parpadea dos veces si necesitas ayuda. Tal vez te hizo una especie de amarre, estás a tiempo.

Ruedo los ojos ante el comentario. Por supuesto que mi adorado hermanito no podía faltar.

El chat está descontrolado y cada vez más sube el número de espectadores mientras habla de lo que hace, lo que le gusta hacer y qué podrán encontrar en sus diferentes transmisiones. Es una de las pocas ocasiones en mucho tiempo donde lo veo genuinamente relajado. Esto puede ser algo muy bueno para su ánimo y su estado en general. Ante ese pensamiento, sonrío y sigo con mi labor, hasta que veo una notificación aparecer en mi pantalla:

No podías dejar las cosas tranquilas. Solo quiero que recuerdes que te di la oportunidad.

Un nudo se instaura en mi garganta ante las palabras que leo. El número es privado y no tiene nada con lo que pueda identificarlo, pero el contexto es claro. Si no se trata de él, es alguien de su círculo y me preocupa que tenga acceso a algo tan personal como mi número telefónico. No puedo evitar observar por las ventanas en busca de algún movimiento sospechoso, a pesar de que los alrededores tienen una cerca difícil de penetrar. Trago en seco. Este mensaje acaba de desestabilizar todo mi sistema. Es inquietantemente parecido a lo que comenzó toda la debacle años atrás. No puedo negar que me asusta.

—0—

Termino mi jornada laboral y me dirijo a la reunión pautada en el recinto universitario. La debacle de la susodicha conferencia no iba a quedar en las sombras; por lo menos, no para mí. Cuando el correo de Orientación Académica llegó a mi bandeja, perdí la esperanza de salir bien librada de todo el asunto. Mientras me dirijo al despacho del coordinador, siento los nervios a flor de piel. No quiero pensar que esto será una repetición de las injusticias del pasado, así que no prometo mantenerme en calma si la situación se torna igual. Toco la puerta y espero la señal para entrar. Ni siquiera presto atención al saludo mecánico que me entrega, me dedico a tomar asiento, esperando esta conversación.

—Señorita Sakurai, entiendo que sabe la razón de que la citara con tanta premura.

Asiento, jugueteando con el gafete identificador que no guardé luego de salir de la planta.

—La acusación que lanzó a nuestro invitado es muy grave —prosigue—. Ese tipo de cosas pueden arruinar la vida de la persona. —Afianzo mi agarre en el gafete y muerdo mi lengua, tratando de contenerme, al menos hasta que termine todo su discurso—. Este tipo de comportamientos va en contra de nuestro código de ética. Los chismes son una muestra de poco criterio.

—¿Por qué asume que se trata de un chisme? —Mi pregunta lo toma por sorpresa; debo tener una expresión lo suficientemente elocuente en cuanto a mi mensaje—. ¿Me citó aquí para obligarme a disculparme con alguien que sé, por primera mano, hizo lo que dije?

Duda ante lo que acabo de decir, pero recupera la compostura mientras simula que arregla la montaña de papeles frente a él.

—Señorita Sakurai, no tengo pruebas o alguna sentencia que valide lo que ha dicho.

—Porque él mismo se encargó de destruirlas o archivarlas.

—No hay pruebas como para...

—¿Cuál será mi sanción? —No lo dejo terminar. No tiene sentido que sigamos la conversación cuando la dirección a la que se dirige es obvia.

—Aún no se ha decidido, pero como completó el pénsum, esto podría traer problemas en la expedición de su título. No sabemos si el señor Arredondo presentará cargos.

Lo observo por unos segundos.

—Señorita Sakurai, todo puede solucionarse si se retracta —insiste—, no tiene que escalar más de lo que ya lo ha hecho.

Me inclino sobre la mesa ante la atenta mirada del docente. No puedo esperar que lo entienda y mucho menos que empatice cuando es obvio que lo que está haciendo es guiado por superiores. Aun así, es el representante de todos aquellos que quieren controlar la dinámica.

—No voy a retractarme. Él sabe lo que hizo y sabe a quién dejó libre. Ese, al que favoreció, volverá a hacer lo mismo quién sabe a cuántas inocentes más, y cuando eso pase, todos los que han apoyado esta narrativa serán cómplices. —Tomo mi bolso y me lo echo al hombro mientras me pongo de pie—. No pienso disculparme con la persona a la que no le alcanzará la vida para enmendar lo que me hizo. —No me inmuta su indiferencia y mucho menos quiero seguir hablando con alguien que tiene la dicha de vivir en la ignorancia.

En cuanto la puerta se cierra detrás de mí, suspiro sonoramente. ¡Estoy tan harta de todo esto! Sigo recibiendo los mensajes y temo que se trasladen a la realidad, donde alguno de los indeseables se aparezca personalmente o importune a mis allegados. La paranoia no es un buen acompañante para el día a día; mi cuerpo y mi mente lo están sintiendo. Sin mucho más que pueda hacer, me adentro en los pasillos desiertos del recinto. Solo la administración trabaja presencial y, por la hora, no quedan tantas almas alrededor. El sol se está ocultando, queda muy poca luz para el trayecto que me falta. Con la inquietud que siento, no estoy emocionada por transitar el recinto y las calles vacías por el inminente toque de queda, que comienza en unas dos horas mal contadas. Salgo por la única puerta disponible donde el guardia se encuentra sentado a unos pasos. Estoy fuera de su visión en el momento en que pongo un pie en la calle, lo que hace que apresure el paso. Salgo de los perímetros de la universidad y me adentro a la calle que tanto odian mis

allegados. Debo llegar a la estación del metro antes de perder la luz para poder estar a tiempo en casa. Estoy a mitad de camino cuando veo que uno de los autos abre sus puertas frente a mí. No le presto atención, trato de no pensar demasiado, pero cuando me acerco y una figura femenina se me atraviesa, levanto la vista.

—¿Necesitas que te lleve, querida? —La voz de esta mujer que reconozco a la perfección envía ondas desagradables por todo mi cuerpo. Vestida como si fuese a una reunión de negocios, se quita los lentes oscuros y la mascarilla para que pueda confirmar su identidad. La rubia tiene nuevas expresiones en su rostro desde la última vez que la vi, pero la cara de «yo no fui» está intacta. Es obvio que Mauro la heredó de ella—. ¿Cómo te fue en tu reunión?

La figura masculina que la acompaña pasa a mi lado para colocarse detrás de mí. Por instinto, giro hasta quedar de espaldas al edificio cercano, de frente a la calle.

—¿Por qué no me dejan en paz? No quiero tener nada que ver con ustedes.

—Entonces, ¿por qué sigues moviendo el avispero?

No le respondo, y trato de rodearlos para alejarme lo antes posible, pero el acompañante me agarra del brazo y me devuelve de manera no muy amable a mi posición inicial contra la pared. Mi espalda y mi brazo resienten el impacto, siento una de sus manos en mi cuello.

—La señora está hablando. —Su voz es profunda e intimidante. Me hace tragar en seco a través del dolor. Por la ropa y el físico que porta, parece ser su seguridad, un militar en el peor de los casos, pero joven, más o menos de mi edad. Libera mi cuello, pero me toma del brazo para mantenerme en el sitio.

—Gracias, Roland. —Vuelve su atención hacia mí—. No eres estúpida, Sora, sabes de sobra que llevar la contraria no funcionará. —Mi mente es un remolino tratando de discernir entre las opciones. La calle está desierta, no hay tránsito y estoy a merced de dos personas que claramente no son amistosas—. ¿En serio quieres revivir esta batalla que sabes vas a perder? ¿Por qué andas acusando a figuras públicas de cosas tan horribles? ¿No crees que sé que andas entre las sombras moviendo los hilos?

—No sé de qué hablas.

El tal Roland vuelve a estamparme contra la pared. El dolor se expande por mi espalda.

—Sabes de qué hablo. —Da unos pasos hacia nosotros y me toma el rostro con una de sus manos; siento sus uñas clavándose en mis mejillas—. A nadie le gusta una mentirosa.

La mezcla entre la furia, el miedo, la impotencia y el odio nublan mi buen juicio. No debería pensar en hacer una estupidez cuando claramente me superan con creces, pero mi boca reacciona, ignorando a mi consciencia.

—Sabes lo que hizo Mauro, sabes lo que hicieron y tienes el descaro de seguir atormentando a la persona que tu hijo dañó.

Su pequeña carcajada falsa me asquea.

—Algún día lo entenderás, si es que llegas a ser madre.

—Mis hijos no serán abusadores.

Su expresión pasa a la furia en cuestión de segundos y lo siguiente que siento es cómo su mano

abandona mi rostro para volver más destructiva, con impulso, en forma de un puño que hace que gire el rostro. El monstruo que ella llama hijo es su orgullo. Recupera su posición de «digna» en cuestión de segundos.

—Te recomiendo que tengas cuidado. Decir una mentira tantas veces puede convertirla en realidad, ¿no es así, Roland?

El infame hombre me arrincona contra la pared mientras me observa de arriba abajo. El pánico recorre cada fibra de mi ser ante la cercanía de su mirada maliciosa. Los *flashbacks* invaden mi mente y mi resolución está a punto de destruirse ante la posibilidad de que este desconocido pueda lastimarme. Forcejeo como puedo para alejarlo, pero solo logro que me aprisione más entre la pared y su cuerpo.

—Es muy linda, señora —dice y me obliga a observarlo. Quiero pensar que solo trata de intimidarme, pero su presencia es abrumadora. El forcejeo no funciona, así que atrapa mis brazos contra el muro—. Puede ser divertido —susurra en mi oído, enviando ondas de pánico por todo mi cuerpo.

—Suéltame... —La voz no sale fuerte, se quiebra ante lo que estoy reviviendo con la situación. Su respuesta es un simple beso en mi cuello—. No... —¿Cómo pueden ser tan crueles? La impotencia de no poder alejarlo, crear mi espacio seguro y escapar de estas personas que me están haciendo revivir el trauma una y otra vez, amenaza con destruir mi cordura—. Por favor...

No pensé que mi súplica funcionaría, pero se aleja y siento como cierto control vuelve sobre mi cuerpo. No sé qué está pasando, pero me concentro en controlar las palpitaciones de lo que pinta ser el inicio de un ataque de pánico. Mis piernas ceden ante el cúmulo de emociones; tiemblo de pies a cabeza.

—El próximo será con el bate.

—¿Y tú quién eres?

Me enfoco en la indeseable que hizo la pregunta.

—Alguien que traspasó propiedad privada para practicar bateo y que no le importa añadir agresión con objeto contundente a los cargos, si no se alejan de Sorita. —Milo les apunta con el bate que hasta ahora noto que trae—. ¿Quiénes son ustedes?

—Es la madre de Mauro —susurro, colocando mi mano sobre mi desbocado corazón.

—O sea, escoria. —Se coloca de pie frente a mí, apuntándoles—. No creo que sea en su mejor interés que llame a la policía por lo que han hecho. ¿No creen que eso llamaría la atención sobre otro asunto? —Roland se incorpora y se acerca a Milo de manera amenazante. Este último baja el bate y prefiere encararlo cuerpo a cuerpo. —¿Qué vas a hacer, cobarde?

El guardaespaldas lo empuja y le lanza un puñetazo que logra esquivar, devolviéndoselo de lleno en el rostro y propinándole un rodillazo en el estómago.

—¿No que eras muy rudo? —provoca Milo.

—Suficiente, no queremos llamar la atención —comenta la madre de Mauro a unos pasos—. El mensaje está claro.

Roland me observa directamente a los ojos. No está feliz de obedecer, pero sigue los pasos de la mujer hasta el auto. No puedo creer que se puedan ir como si nada después de lo que me han

hecho; no puedo creer que la experiencia de hace años se esté repitiendo de alguna forma.

—Sor... —Milo se arrodilla frente a mí. Con la adrenalina abandonando mi cuerpo, siento el dolor de los golpes y la situación en general. Revisa mi rostro, levanta mis mangas y trata de ayudarme a controlar los temblores lo mejor que puede—. Te llevaré al hospital.

—No.

—Sora...

—Dije que no.

Suspira ante mi respuesta.

—Pues te llevaré con Max, estamos cerca.

—No, él no...

—¿Él no qué? —No respondo—. Le dijiste lo que pasó en la charla, ¿verdad? —Silencio nueva vez—. Sora...

—No quiero que se preocupe...

—¿Y esto ayudará de alguna forma? ¿Qué hubiese pasado si no intervengo? —Suspira otra vez. El dolor y las emociones me tienen en agonía—. Iremos con Max. No tenemos tiempo de llegar a casa antes del toque de queda.

Se levanta, toma su olvidado bate y me extiende su mano para ponerme de pie. Me cuesta admitir que no puedo hacer el trayecto sobre mis piernas, por lo que cambia la estrategia. Llama a un Uber hasta la vivienda Bécquer temporal. En el momento en que abordamos el transporte, lo escucho en llamada con Max, contándole en detalle desde lo ocurrido en la conferencia hasta lo que vio hace unos instantes. No quiero que esto vuelva a recaer sobre él cuando debo ser yo la que esté cuidándolo. Al llegar a la residencia, Max está en la puerta, bajo la luz de la entrada que alumbra las tinieblas. Ni siquiera he cerrado la puerta del auto cuando da dos grandes pasos hacia mí. Me toma el rostro y puedo ver cómo la ira se apodera de él en una fracción de segundo.

—Max...

Pero no me deja terminar. Me abraza. Mi espalda y brazo siguen resentidos, así que no puedo disimular el quejido de dolor cuando los presiona a la vez. Me suelta de inmediato.

—Dios... —Me toma de la mano y me dirige al interior de la residencia.

Al escuchar cómo Milo cierra la puerta detrás de nosotros, sé que una tormentosa noche ha comenzado.

—0—

Max ha estado inusualmente callado desde que me ayudó a revisar la magnitud de los golpes. Mi brazo y mi espalda tienen moretones que me ayudó a tratar y que puedo esconder con facilidad. El tema está en las evidencias en mi rostro: el labio partido, el moretón en la mejilla y los rasguños llevarán cierto nivel de maquillaje para desaparecer ante la vista. Lo que no desaparece es la furia en el rostro de mi adorado novio. No puedo culparlo por ponerse así. Si no reaccionara, habría un problema mucho más profundo en nuestra relación. Aún tiemblo al recordar la mirada que el tal Roland me dirigió. Lo creo muy capaz de hacer lo que le sugería la madre del mal.

—¿Te sientes mejor? —La voz de Milo me saca de mis pensamientos. Asiento de inmediato,

saliendo de tomar una ducha más que esperada—. Está en su habitación; llevó tu cena con él.

—Muchas gracias, Milo.

Su sonrisa se ensancha aún más mientras se acerca y me abraza con delicadeza tratando de infundirme cariño, sin presionar los puntos de mi anatomía que palpitan por el encuentro anterior.

—Nunca dejaría que lastimaran a mi hermanita. —Su respuesta me conmueve al recordar lo valiente que fue en el momento del caos. —Ahora ve, sigue nervioso y enojado.

Rompe el abrazo y se deja caer en el sofá, donde una manta le espera. Me concentro en la dirección contraria, donde escucho la voz de Max. Entro sin hacer ruido, sabiendo que está al teléfono hablando sobre mí. Me dirijo a la cama y tomo el *wrap* de pollo de su mesita de noche. No tengo hambre, pero lo menos que puedo hacer es alimentarme con lo que me ofrece. Cuando termino el manjar es que caigo en cuenta de que habla con mi padre. Genial, ahora también estarán preocupados. Me dejo caer en la cama y me apoyo en el lado derecho del cuerpo, perdiendo a Max de vista. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que me coloqué en esta posición. La realidad me golpea nuevamente cuando siento la cama moverse detrás de mí.

—¿Te duele? Tengo analgésicos más fuertes.

—Estoy bien —respondo en automático. Por los movimientos, asumo que está sentado, observándome desde las alturas—. No era necesario contarles a mis padres.

—Sí lo era.

Nos mantenemos en silencio por unos segundos. No quiero discutir, no quiero iniciar una pelea por algo en lo que, si fuese al revés, estaría haciendo lo mismo.

—Sentí que el corazón se me detenía —confiesa. No es lo que quiero escuchar conociendo su estado de salud—. ¿Por qué no me dijiste lo del auditorio? ¿Lo de la reunión del día de hoy?

—No consideré que fuese importante.

—Te atacaron, Sora, tienes sus dedos marcados en el cuello. No quiero imaginar qué hubiese pasado si Milo no aparece. —Su mano se posa en mi vientre mientras se acuesta en la cama y me abraza por detrás. Su agarre se afianza a mi cuerpo lo suficiente para entregarme la sensación de protección, sin maltratar mis heridas—. Me contó lo del chico.

—No llegó a hacer algo peor que acosarme, aunque...

—... activó los recuerdos.

—Sí... —respondo en un susurro, como si no decirlo en voz alta evitara la sensación. Mi cuerpo se tensa y mi respiración se acelera ante la admisión—. No me dejarán en paz; no los dejarán en paz a ustedes.

—Esta guerra la inició él y pienso terminarla. —Su comentario trae a mi mente otros que ha hecho antes, más el que hizo la madre del monstruo. Giro en sus brazos y lo observo directamente a los ojos, pues la otra mitad de su rostro se oculta tras la mascarilla—. Maximiliano, ¿qué estoy haciendo?

—No te entiendo.

—La madre de Mauro me acusó de estar «accionando tras bastidores». ¿Qué se supone que estoy

moviendo? —pregunto y él arruga el puente de la nariz, gesto característico de cuando sabe que sus palabras pueden traerle problemas—. Max...

—Hay algo, pero no puedo decir mucho. Necesito que confíes en mí...

—No estamos en una situación donde debemos estresarnos con esa gente.

—¿Cómo demonios no me va a importar que ese ser ande por las calles? No voy a dejar que vuelva a hacerte daño.

—Lo que importa... —digo, mientras delinea los pequeños pinchazos en sus brazos— es esto. Y esto... —continúo, mientras señalo la venda que sobresale de su franela, el hogar de los catéteres que sirven para varios procesos de su tratamiento—. Esto es lo que me importa, Max.

—Pues para mí... —imita mis acciones, tocando las marcas en mi cuello— esto es importante. Y no se repetirá.

Me dedico a observar los cansados ojos que me devuelven la mirada. Han pasado meses desde que lo diagnosticaron, otros más desde que comenzó la primera etapa del tratamiento. Ha sido desgarrador presenciar el estrago de la enfermedad en él. Durante cada sesión del tratamiento, reconozco esa mirada que tanto he practicado con los años; esa mirada donde claramente no estás en el presente. No sé si viaja a otro recuerdo o solo se concentra lo más que puede para no aceptar lo que vive, pero sé que no está con nosotros. Aún me siento culpable por aquellas semanas de diciembre y enero donde no sabía lo que pasaba. En diciembre, tenían al posible culpable cuando llegaron los primeros resultados; básicamente, lo arrastraron para repetir las analíticas que esperaban fueran erróneas. Cuando pasó el incidente con Milo y nuestro primer beso, acababan de confirmar la enfermedad, pero carecía de apellido. Lo descubrió durante las semanas que estuvimos separados, enfrentándose a su primera gran prueba.

No lo sabía en aquel entonces, pero estuvo enfermo en ese periodo. La situación fue tan grave, que tuvieron que recurrir a la transfusión de sangre para ayudar a su organismo infectado. Por eso cuando nos reencontramos en el aeropuerto se veía tan desmejorado. Acababa de esquivar una enorme bala y, contra las recomendaciones médicas, hizo el viaje con nosotros. Ansioso de arreglar de alguna forma nuestra relación, sin tener que contarme nada. Al volver a la realidad, el tratamiento arrancó oficialmente. Mes tras mes, he visto los cambios en su cuerpo, siendo maltratado tanto en el interior como en el exterior. Su tratamiento se divide en etapas y, a pesar de los mejores esfuerzos, no se ha desarrollado como se esperaba. La enfermedad se resiste. La primera etapa acabó poco después de que se declarara la pandemia, en vez del mes y medio que se estimó, incluyendo la desviación en el tiempo. Tardaron tres meses y una semana para declarar que Max podía pasar de la etapa de inducción a la de consolidación, luego de un periodo de descanso para que su cuerpo de alguna forma resistiera.

Esta etapa tampoco va como se esperaba. Es la segunda y normalmente tarda unos meses en finalizar: el médico estimó unos setenta y ocho días. Se supone que lo que falta es aniquilar los restantes del primer proceso. Según entendí, esta no debía ser tan agresiva como la primera, pero están los medicamentos, incluyendo unas pastillas que se espera tengan un impacto no muy grato. Se supone que es por sesiones, poco a poco, pero, aunque trate de disimularlo, el malestar no se oculta del todo. Lo último que quiero es agregarle estrés con algo que no merece. Mauro es mi problema ahora, la única tarea de Maximiliano debería ser la de superar su enfermedad. El movimiento de su mano para retirarse la mascarilla me saca del hipnotizante trance que supone su

mirada. Veo su intención de acercarse.

—Max, sabes que...

—No me interesa. —A mí tampoco me apetece pensar en la distancia. En una situación normal, solo apreciaría el momento y me dejaría llevar por estas sesiones con él, pero desde el susto con el resfriado aquel, quiero que mantengamos la distancia hasta que esto pase—. Por favor... —No es justo que suplique a pocos centímetros de mis labios, menos sabiendo cuánto necesito este contacto también.

Como no me resisto al beso, el acto se concreta, como una excepción a la regla dado lo ocurrido en el día. Necesito tranquilizarlo y demostrarle que todo está bien, que estoy bien y que necesita concentrarse en él. No sé qué está haciendo tras bastidores, pero debo detenerlo de alguna forma. Esta no es su batalla.

—0—

—Te presento los futuros aposentos de mi bebé, Sor. —Su voz es el epítome de la emoción mientras abre la puerta de la aún vacía habitación—. Como nos decidimos por saber el género en el parto, optamos por dejar la pared blanca y pensamos en adornarlas con diseños genéricos. —La joven Durand se mueve por el lugar, muestra el espacio como está en su mente—: Una mecedora para cuando esté difícil, su cunita para que tenga lindos sueños... Aunque pienso que, durante los primeros meses, estará en nuestra habitación. No creo ser capaz de dejarlo solo por las noches.

—Bueno, no dormirás mucho que digamos.

—Con más razón necesito tenerlo cerca. El camino hasta aquí será peligroso estando medio dormida. —La frase está supuesta a expresar molestia, pero su rostro no la muestra. Desde que supo de su estado, no he percibido quejas más allá de los achaques propios del proceso y, por supuesto, todo el tema de su familia. Al final, los próximos padres encontraron un lindo apartamento en el centro de la ciudad, perfecto para una familia de cuatro. Fue una odisea encontrarlo en el contexto actual, cuando los precios se han disparado. Gracias a las campañas y demás cosas que les han surgido por su nueva maternidad, ahorraron para el inicial. Leo obtuvo un nuevo puesto con más remuneración y, por lo que entendí, es quien se está encargando de la compra de los muebles y demás equipamientos. Hasta ahora, el lugar solo tiene la estufa, la nevera, la cama de ellos y la cuna del bebé, aún sin armar—. No creemos tener todo listo antes de que nazca. Leo se quedará con nosotros los fines de semana aquí para ayudar, así no interfiere con su empleo. Confío en que lo haremos funcionar. Lo primero es traerlo al mundo de manera segura. Mis ingresos en redes sociales cubren gran parte y Leo está ganando bien. Por lo menos, tenemos holgura para los primeros meses.

—Hablas como toda una madre.

—Da miedo.

Ambas reímos. Su mirada se apaga, mientras se concentra en un punto en la pared.

—Lo estás haciendo bien, Ari, serás una gran madre.

—Eres de las pocas personas que lo exterioriza. Muchos piensan que no terminaré mis estudios, otros que no duraré con Leo... una banda de tóxicos y llevavidas.

—Y, por eso, no debes hacerles caso.

—Es solo que me molesta y las hormonas no ayudan. —Sonríe con tristeza, mientras me observa por unos instantes. Debe ser difícil vivir esta experiencia con una guerra instaurada con sus padres. Hasta donde tengo entendido, no ha vuelto a hablar con ellos. Todo lo que sabe es gracias a su hermano, quien tampoco está en los mejores términos con sus progenitores—. Ya verás cuando te toque.

—Mis hijos tendrán una crianza muy interesante —comento y volvemos a reír—. Falta mucho para ello. Además, el tratamiento de Max puede tener efectos secundarios en ese aspecto.

—Sí que has investigado. —Me encuentro con una sonrisa burlona en su rostro—. Por cierto, vi su *stream*; es toda una celebridad. ¿Cómo lo llevas?

—Estoy superemocionada de tener a tantas personas que no conozco averiguando hasta el más mínimo detalle sobre mi vida.

—El sarcasmo no era necesario.

—Sale en automático —me defiendo—. Me alegro de que le esté yendo bien, pero no me agrada tener todas las miradas sobre mí.

—¿No crees que sería una buena oportunidad? No digo que tengas que exponerte del todo, solo que, si la situación se presenta, seas capaz de contarlo. No eres tú la que debería sentirse avergonzada por lo que pasó, ni por lo que sigue pasando.

—No me siento como una heroína.

—Lo eres para nosotros, y posiblemente para otros más en el futuro, señorita novia de un *influencer* —dice en un intento de aminorar la tensión. Me encantaría poner una denuncia y pensar que algo pasará en cuanto al ataque, pero existe data histórica. Además, aún no sé qué carajos está haciendo Max tras bastidores, por lo que no me atrevo a accionar. Las cosas podrían ponerse más feas—. Bien, ya es hora de ir a la asamblea del área de salud —anuncia Ari, dirigiéndose a la puerta—. Si prefieres ir directo a casa, avisa para que sepan la ruta que tomarás.

Suspiro, no muy contenta. Es obvio que el innombrable me tiene bajo vigilancia, por lo que debo evitar estar sola en lugares sospechosos (básicamente, todos los lugares, teniendo en cuenta la pandemia).

—¿O prefieres venir y retornar con Max?

Frunzo el ceño.

—¿Por qué estaría Max en el recinto? Sabe que no puede estar en este tipo de concentraciones.

—Pues me escribió para confirmar la hora y el lugar. Lo que sí se me hizo extraño fue que preguntara por Kira. Ni siquiera la conoce tan bien como... —Mis ojos se abren como platos, lo que hace que la realización caiga sobre ella—. Oh, oh...

—0—

—Maximiliano, es la tercera nota de voz que te envió porque no respondes las llamadas. No vayas a hacer una locura.

Estoy empezando a entrar en pánico y apenas son las diez de la mañana de un sábado. Ari permanece en la entrada del auditorio, dada su poca movilidad, mientras Leo entró para verificar si se encuentra en el interior. Me encargo de revisar los demás niveles, por si está en alguna de las

aulas esperando el momento idóneo para aparecer. Mi teléfono vibra. Pensando que se trata de él, lo reviso de inmediato; pero no, es Ari.

Ari: *Están aquí. Entrada a la plazoleta.*

Justo frente a mi ubicación, unos pisos abajo. El hecho de que escribiera en plural no me tranquiliza. Me acerco al barandal y, en efecto, veo a Max acompañado de Leo, quien trata en vano de alejarlo de los individuos. No puedo distinguir lo que dicen desde mi posición, pero los gestos de Mauro no son nada amistosos. Dudo que sea en el mejor interés de la situación agregarme a la escena, mi presencia puede hacer que todo explote aún más. Kira no hace nada para calmar a Mauro, quien eleva la voz. La respuesta a mi duda es clara cuando Max, sin mover un músculo, responde algo que parece ser el colmo para el cobarde. Veo en cámara lenta cómo su puño viaja hacia la mejilla de mi novio. Un chillido de sorpresa escapa de mi boca. Como solo logra hacer que gire el rostro, Max le devuelve el golpe de inmediato y Mauro cae al suelo. La adrenalina me mueve entre cada escalón como si volara y recupero el control de mi cuerpo cuando llego hasta el campo de batalla.

—¡Max! —Para mi sorpresa, a pesar de los intentos de Leo por separarlos, el joven Bécquer tiene a Mauro atrapado en una especie de llave full Nelson. Al escuchar mi llamado, su mirada se suaviza, pero no lo suelta—. ¿Qué se supone que haces?

—Dejándole en claro que, si él o alguien más de su grupito vuelve a tocarte, las cosas se pondrán mucho más feas.

—Suéltalo. —No es lo que quiero, es lo mínimo que merece: experimentar consecuencias por sus acciones, pero no es la manera. No meteré a Max en problemas ni someteré su cuerpo a un estrés innecesario—. Maximiliano. —El tono severo de mi voz hace el truco. De mala gana, lo suelta, empujándolo hacia adelante y causando que termine nueva vez en el suelo.

—Es hora de que te deje en paz.

—Tanto revuelo por una puta. ¿Tanto te molesta que haya sido su primero?

Me enfurece, pero mi intención es controlar a Max, quien hace ademán de volver a la carga. Me interpongo en su camino.

—Dijiste que no había pasado nada, por respeto —comenta Kira, pillándole la contradicción, mientras ayuda a Mauro a ponerse de pie.

—Es una forma de decir —se excusa de inmediato.

—Maldito cobarde, déjala en paz. —Max aprieta los puños a más no poder.

—Ustedes déjenlos en paz.

—Kira, ¿en serio? No ha parado de insultar y denigrar a Sora, ¿y nos cuestionas a nosotros? — explota Ari a mis espaldas. Mantengo la vista en la perdida joven que no es consciente de a quién defiende.

—Vas a caer más pronto de lo que te imaginas y cuando eso pase... —Max se coloca a mi lado y señala a Kira— espero que puedas vivir contigo misma. No quieres aceptar la verdad y eso te convierte en cómplice de esta cosa —dice con hostilidad, refiriéndose a Mauro. Me toma de la mano—. Y, de nuevo, si tú o alguien de tu grupito vuelve a ponerle un dedo encima, no respondo por mis actos. Desearás solo lidiar con lo que se te viene encima.

Mauro trata de disimularlo, pero el comentario le afecta.

—Qué amenaza más vacía...

—¿Quieres apostar? —rebate Max de una vez; Mauro traga en seco.

No tengo idea de qué pasa, pero trata de hacerse el digno mientras se recupera un poco de la batalla que claramente acaba de perder. Me observa con odio, haciendo que una imagen suya del pasado asalte mi mente. Me niego a demostrarle que me afecta. No sé si es la realización de que le hago frente y que Max, de alguna forma que no conozco, lo tiene entre la espada y la pared, pero toma la mano de Kira y la hala de una manera para nada delicada. Cuando lo pierdo de vista, observo al joven Bécquer. Estoy entre el enojo y la preocupación. Sé que sabe que está en problemas por la manera en que rehúye mi mirada.

—0—

Gracias a la aventura de Maximiliano, me toca hacer guardia nocturna en su residencia. Luego de pasar por emergencias para confirmar que el nefasto golpe no complicó más la situación, no había manera humana de que llegara a mi hogar antes del toque de queda. Justo hoy, que no me siento de humor, pasaré la noche en su hogar, sin ningún tipo de espacio para calmar las aguas. ¿Qué parte de que es una persona con una enfermedad de alto riesgo no entiende? ¿Sabe por dónde andan sus niveles de plaquetas como para arriesgarse a provocar una herida? ¿Y si el golpe hubiese sido más contundente y hubiese generado algo peor? Solo de pensarlo, me enojo aún más. ¿Lo peor? Sé que lo hizo por mí.

—Cielo, no has dicho nada más allá de responder preguntas de los médicos. —No confío en mis palabras. Aún siento que no me he calmado lo suficiente—. Cielo...

—Es hora de uno de los medicamentos —respondo mientras me dirijo a la cocina—. Toma una ducha, como siempre, y ten cuidado con el catéter. Haré la cena. —Mi tono es lo más cercano a una cuchilla.

Escucho sus pasos alejarse luego de que comprueba que no tengo intención de hablar. ¿Es el movimiento más maduro por mi parte? No, pero es mejor encontrar una actividad que me distraiga lo suficiente como para no direccionar la conversación hacia una pelea más agitada. Leo cada etiqueta nutricional para que no se me escape algún producto prohibido en dosis imperceptibles. Odia su nueva dieta, la ha odiado desde el principio y creo que eso también ha influido en que pierda peso. No queremos llegar al punto en el que tengan que alimentarlo por una sonda. Solo me toma unos cuarenta y cinco minutos tener su cena lista, otros quince en los que dejo la cocina como la encontré. Con la porción en mano, me dirijo a su habitación y lo encuentro en su escritorio, conectando su celular al cargador. Al verme, se incorpora de inmediato. Coloco el plato sobre la mesa.

—Gracias. —Hace el ademán de acercarse, pero doy un paso atrás.

—Maximiliano, la mascarilla. Te has arriesgado lo suficiente por hoy. —suspira mientras toma su alimento. Me dirijo hacia la puerta.

—Sora, no voy a disculparme por defenderte.

Me detengo a pocos metros de la gloria del pasillo. Por supuesto que supe desde el inicio que a sus ojos no hizo nada malo, la última posibilidad en mi mente era que un «lo siento» saliera de sus labios.

—Lo que te hicieron no se podía quedar como si nada.

—Y para eso era necesario que te pusieras en riesgo.

No me responde.

—Hemos sido muy irresponsables varias veces —continúo—. Desde que comenzaste con el tratamiento, debimos detener el contacto innecesario. Cuando por fin lo estamos logrando, a ti se te ocurre que la mejor manera para dañar todo el esfuerzo es exponerte a un foco y desperdiciar energías en alguien que no vale la pena.

—No creo que haya sido un desperdicio —replica con seriedad—. Saben que, si siguen molestando, su caída será más pronto.

—Maximiliano... —Trato de armarme de paciencia para no dejar salir lo que realmente pienso—. Confié en ti para lo que sea que estés haciendo tras bastidores, pero es obvio, por lo que pasó hoy, que es mucho más peligroso. No creo...

—Va a pagar por lo que te hizo —me interrumpe—. De una manera u otra, aunque suponga una exposición a niveles Chernóbil para mí, no me interesa.

—Debería interesarte.

—Me interesa protegerte.

Levanto la vista hacia el techo, mientras organizo mis próximas palabras. Doy unos pasos hacia él.

—¿De qué me sirve que soluciones el presente si te arriesgas a no estar en el futuro? —le cuestiono; él parece pensarlo—. Me mentiste y te expusiste de manera irresponsable.

—Pero él...

—No me interesa nadie más que tú. Te necesito sano. —Lo conozco, sé que quiere rebatir lo que le acabo de decir, pero sus argumentos parecen no convencerle. Termina por negar con la cabeza. Está frustrado, lo entiendo, pero no puedo dejar que sus acciones sean erráticas y perjudiquen su salud—. Disfruta tu cena —digo antes de salir.

Al cerrar la puerta, no se siente bien; el ambiente está pesado. No estamos en la misma página y apenas llevamos seis meses en el tratamiento, el cual apunta a prolongarse. No quiero ser pesimista, pero estamos dando pasos hacia atrás.

—0—

Hoy es 27 de agosto, apogeo del verano y de la temporada ciclónica del Caribe. Toca una de las sesiones kilométricas de Maximiliano, de esas que toman un día completo. No estoy segura de por qué estamos en un punto mixto entre administrarle ciertas rondas de la quimio intravenosa y sus medicamentos asignados. Asumo que la resistencia de la que nos llevan advirtiéndome en cuanto a la enfermedad es muy real. A estas alturas, deberíamos estar celebrando la salida de la segunda etapa; los médicos se encuentran considerando referirlo a un ensayo clínico que se lleva a cabo en España. Todos los giros del tratamiento me preocupan. Pensaba que sería más o menos lineal y que el cuerpo de Max estaría aliado al tratamiento, pero se complica y temo que lo siga haciendo. Me he cuestionado cómo será para alguien sin los recursos de los Bécquer.

Con parsimonia, me coloco el traje de protección personal para ingresar a la habitación donde

Max iniciará su jornada. He pedido estos dos días libres para acompañarlo y hacer llevadero el momento en el que deberíamos estar celebrando. Es su cumpleaños y lo pasará entre estas paredes. Lo menos que puedo hacer es tratar de mejorar la experiencia. Lo último que me coloco es la mascarilla, para acatar el protocolo hasta donde pude negociar; solo queda mi coleta y ojos al descubierto. No sabe que soy la que entrará a hacerle compañía, pues espera que sea su madre quien lo haga.

En los últimos meses, hemos estado cerca a la distancia. Los besos en la mejilla son los únicos que se me escapan de vez en cuando, incluso con el pensamiento de que podría estar enviándolo a su muerte. ¿Es necesario establecer el estado de nuestra intimidad? Sé que está haciendo tanta mella en él como en mí. Su devoción ante lo que acontece cuando nos unimos de esa forma me brinda seguridad, me hace sentir atractiva, me hace sentir amada mientras disfruto sin culpa con mi pareja. Cambiar, mejor dicho, interrumpir esa dinámica de manera tan abrupta ha sido difícil y temo lo que pueda suponer para nosotros. Quiero hacer todo lo posible para aminorar el daño ocasionado por las circunstancias. El reloj en mi pulsera marca las 5:50 a. m. Salgo del vestidor y no me toma más de cinco minutos encontrar el espacio numerado que le toca en su pasadía. La puerta rechina, anunciando mi presencia.

—¿Cielo?

Le hago la seña de paz para confirmar su sospecha. Es el único en la habitación que no tiene mascarilla, así que muestra su sonrisa abiertamente. La enfermera explica todas las reglas que nos sabemos de memoria, además de advertir que vendrá luego para seguir con el tratamiento. Espero a que desaparezca para acercarme a Maximiliano.

—No te esperaba aquí, al menos no tan temprano, el trabajo...

—Es tu cumpleaños, Max, hoy existen excepciones.

—¿Eso incluye la fastidiosa mascarilla?

—Max...

—¡Vamos! Yo la utilizaré, déjame verte el rostro por hoy. Ese será mi regalo.

—De todo lo que puedes pedir, ¿eso es lo que quieres?

—Quiero otras cosas menos inocentes, pero sé que esto es lo más que puedo negociar por ahora.

El comentario me afecta, sé que es algo que realmente extraña y que no puedo darle, aunque está a mi alcance. Dirijo las manos hacia los tirantes del objeto que tanto le molesta y dejo mi rostro al descubierto.

—¿Feliz? —No hay duda de que lo está, todos los dientes campantes hacia mí—. No sé qué tanto ves, ni maquillaje tengo.

—Por favor... —Trata de acercarme extendiendo el brazo opuesto al catéter que recibe lo que sea que está entrando a su cuerpo, pero lo detengo. Ante mi negativa, señala un bolso abandonado en la esquina de la habitación—. Mi mascarilla está en el bolsillo delantero.

Sigo sus instrucciones y en cuestión de segundos tengo la fina tela entre mis manos. Vuelvo a su lado y se la extiende. Cuando se la coloca, no puedo evitar la sonrisa al ver el «xD» plantado en la tela. Tomo mi asiento designado. A Max no le gusta hablar durante las sesiones. Su vista se queda en un punto de la pared y lo único que necesita es sentir su mano entrelazada con la de un ser

querido. Hago excepciones al distanciamiento durante las sesiones, apoyando mi cabeza en su hombro para que se arrime a mí. Aún siento que no es suficiente, pero no puedo hacer mucho. En estos espacios, noto mejor los cambios en su actitud: su chispa fluctúa y me temo que esto se va haciendo cotidiano.

—Gracias por venir, cielo —lo escucho resoplar bajo la tela. Aprieta levemente mi mano—. ¿Cuál es la agenda del día?

—Tus padres dijeron que pasarán a mediodía, Milo nos honrará con su presencia en la tarde. Obviamente, por turnos y vestidos como yo.

—Es decir, ¿no hay pastel? ¿Ni deseo ni nada? —Trata de que no suene a un ataque, a pesar de que la queja vuelve a salir de sus labios.

—Cuando todo esto acabe, te acompañaré a todo lo que puedas comer. Será parte de mi resolución de año nuevo. —Levanto la vista ante su silencio, lo encuentro totalmente absorto—. Esto acabará eventualmente.

—¿La pandemia o la enfermedad?

—Ambas —respondo sin titubear. Me devuelve la mirada—. ¿Creíste que dudaría al responder? Alguien me dijo que es la mejor manera de tomar las cosas, ¿no?, con la convicción de que todo mejorará.

—Tengo que dejar de compartir mi sabiduría contigo, la usas en mi contra —dice, tratando nueva vez de bromear, sin éxito. Lo ignoro para no propiciar que el ambiente se tense.

—¿Todo bien?

—Claro, ¿por qué no lo estaría? Estás aquí y tendré visitas más tarde, es el mejor día en mucho tiempo. —El comentario suena más deprimente de lo que espera.

—¿Quieres un almuerzo especial? La despensa está llena y puedo ir mientras tus padres están aquí, haré algo rico con lo que tienes permitido. Lo escabulliré de las enfermeras para que comas algo con sazón. —Es mi nada sutil intento de cambiar el tema y evitar que la situación se vuelva más triste.

—Sora, no espero que seas mi sirvienta. Aprecio que estés aquí, es lo que necesito. —Con delicadeza, para no desprender nada de lo que tiene colocado, me envuelve en sus brazos—. Solo quiero pasarlo con ustedes y saludar a mis seguidores. Las notificaciones han explotado desde la medianoche. —La faceta de Max *influencer* está para quedarse. Las personas se engancharon con él y, cada día, su presencia en las redes es más importante, a pesar de que los *streams* se han espaciado en el tiempo debido al tratamiento.

—¿Quieres que salga?

—¿En el video?

—Sí, siempre dices que quieres que me conozcan oficialmente.

Una parte de mi sentido común está gritándome lo loca que estoy. Estoy bajo la mira de un grupo no muy afable como para exponerme aún más. Sus seguidores saben quién soy, pero Max siempre ha querido que nuestra relación sea oficial apareciendo en pantalla y pienso que es un lindo gesto darle esa satisfacción. Suspira con alivio mientras me dirijo hacia el bolso y le alcanzo su teléfono, para volver a la posición inicial. Me preocupa bastante que maniobre el aparato con el

brazo al que se conecta el catéter, pero sé que mi recomendación caerá en oídos sordos. Antes de que me dé cuenta, ya está grabando.

—Hola, chicos. Pensé que hoy estaría un ratito con ustedes celebrando un año más de vida, pero las circunstancias han sido otras. —Mueve el teléfono hacia el lado opuesto a mí para que vean el equipamiento, antes de volver la cámara hacia él. No soy una persona que ame la cámara, me siento nerviosa desde que lancé la idea, pero decido dejarlo fluir e interactuar como lo que es: él y yo en la habitación—. Al menos, no estoy solo. —Dirige el lente hacia mí y sonrío tenuemente mientras saludo con un gesto—. Quisimos pasar un momento a agradecer los buenos deseos y bellas palabras que han estado llegando. Así que, muchas gracias, significa mucho. —Gira en mi dirección, nos observamos por unos segundos—. ¿Algo más que agregar?

Me encojo de hombros.

—No, solo que este señorito está usando mascarilla por terco.

—¿En serio? ¿Vas a exponerme? —Reímos mientras él termina la transmisión. Verlo sonreír es suficiente: lo mínimo que espero en su cumpleaños.

—0—

—No... —El desasosiego que recorre mi pecho ante lo que digo empeora al ver la decepción y la tristeza en su mirada. Me dedica un simple asentimiento mientras se aleja de mí, con destino a su habitación. Cubro mi rostro con ambas manos. Me siento terrible de hacerle pasar este mal rato, pero... ¿qué se supone que haga?—. Max...

—Está bien. —Su tono neutral me hace entender que no es así. La culpa se me acumula en la garganta.

Tal vez el hecho de que pasáramos gran parte del día aferrados el uno al otro le entregó el mensaje incorrecto en cuanto a las excepciones. Gracias a su capacidad de convencimiento, pudimos compartir la cama del hospital para dormir; pero el trato había acabado y yo utilicé el equipo de protección personal en mi rostro para protegerlo a él. El tema es que le dieron de alta a primera hora, por lo que volvimos a la residencia temporal que debería abandonar pronto. Parece que entendió que estos días serían de excepciones, incluyendo en nuestra intimidad. Mentiría si dijera que estuve tentada a decir que sí, como cuando engañas en la dieta y pides postre, pero todas las imágenes de lo que podría pasar por un momento de placer me detuvieron en seco, provocando este momento incómodo que arruinó todo el progreso que hicimos en las últimas veinticuatro horas. Suspiro, me dirijo a la habitación; Max está de espaldas hacia mí, sentado frente al ordenador. La pregunta que me llega a la mente no es la mejor para dirigirnos a la paz, pero me intriga.

—¿Sientes que... mis sentimientos han cambiado? —Opta por el silencio—. Respóndeme. —Mi voz sale más seria de lo que intento, pero funciona para que me enfrente. Suspira de manera sonora mientras se encoge de hombros.

—Solo digo que... —El hecho de que tenga que pensar sus palabras no es buena señal—. No soy el mismo Max de nuestros inicios.

—No espero que lo seas. Es una situación difícil, es natural que...

—¿... no pueda besar a mi novia sin temer lo peor?

—Max, ya hablamos sobre esto.

—Sí... ya lo sé. Es de las pocas cosas que sé.

Se enfoca nueva vez en su ordenador. Es frustrante sentirlo tan lejos mientras lo tengo a unos pocos metros. Como a él, me fastidia lo que vivimos, pero elijo pensar que es temporal y que, a la larga, podremos vivir nuestra vida en pareja como corresponde. Con aquello en mente, me lanzo hacia la primera acción que asumo como buena y válida. En cuestión de segundos, me encuentro envolviéndolo en mis brazos, lo que me trae recuerdos de aquella lejana noche en mi baño cuando aceptamos a este indeseado tercero en nuestra relación.

—Yo sé que te amo. —Mi voz desarma la tensión de su cuerpo—. Tengo esperanzas de que, en un futuro no muy lejano, pueda besarte sin miedo a nada, perdiendo el aliento, sintiéndome afortunada de compartirlo todo contigo. Te quiero feliz, sano, vivo... y haré hasta lo imposible para apoyarte, incluso si ahora tengo que negarte todo esto.

Sus manos se encuentran con las mías. Rompo el contacto, opto por dejarlo solo para que pueda concentrarse en sus asuntos y pensar, en caso de que lo necesite. No quiero presionarlo.

Me concentro en verificar los medicamentos del botiquín. Cuando me dirijo a la habitación para preguntarle una duda respecto a la próxima dosis, escucho un suspiro desde el baño, un tono conocido pronunciando mi nombre. Apoyo la espalda en la pared y cierro los ojos por unos segundos. No soy inocente, sé lo que está haciendo y sé que es normal, con o sin pareja, pero en el contexto en el que vivimos me hace sentir desesperanzada. Sigue siendo una situación que me supera con regularidad. No imagino la magnitud de las consecuencias a largo plazo, pero quiero mantener la fe para preservar esto que tenemos.

—0—

—Querida, ¿ya has terminado?

Levanto la vista y me encuentro con la madre de Max, observándome desde la puerta. Vinieron a finales de la tarde para verificar a su hijo e irse antes de que el toque de queda empiece. Al intuir que necesitaban un tiempo a solas como familia, inventé una excusa para escabullirme.

—Sí, ya iba de vuelta.

Sonríe mientras se acerca a mí.

—Sé lo que hiciste y lo aprecio. No era necesario inventar lo de la llamada.

—Su hijo no me hubiese dejado ir sin algo convincente.

Toma asiento, lo que provoca un chirrido del colchón.

—¿Sabes? Estuve viendo unos comentarios no muy agradables en el chat de Max hace unos días. No es mi intención incomodarte, solo me gustaría saber de dónde provienen esas personas tan... — se interrumpe para pensar en sus palabras, y añade—: constantes en su deseo de odiar.

No es un tema que creí que estaría discutiendo con Mabel. Algunas de las personas de mi antiguo círculo me han encontrado de nuevo y no han perdido la oportunidad de acaparar los comentarios de Max, advirtiéndole que tenga cuidado conmigo. Han dicho de todo, han compartido informaciones que creen ciertas y, ¿cómo no?, poniendo en un altar al «todo santo e inocente Mauro que fue acusado injustamente por su psicópata exnovia». Los mensajes de números privados tampoco han cesado. El bloqueo se ha vuelto, nueva vez, mi pan de cada día.

—No hay mucho qué decir. Es algo con lo que me toca lidiar.

El silencio que sigue a mi intervención es incómodo. Lo último que quiero es que mi nuevo círculo se contamine por cosas del pasado.

—Conozco un bufete de abogados muy bueno. —No es el rumbo que esperé de la conversación—. Estoy al tanto de la historia, no gracias a mi cooperativo hijo, que me puso un freno alegando que era algo personal que él no puede ir contando; así que me tocó investigar por mi cuenta. —Al parecer, todos saben lo que está pasando tras bastidores, menos yo—. No eres del tipo de chica que inventaría algo así. —Sé que Mabel tiene conexiones que le facilitan información, ¿qué tan fácil será para la prensa encontrar todo y sacarlo a la luz a una escala mayor?

—Gracias, pero no creo que haya mucho por hacer. Ha pasado mucho tiempo.

—Nunca se sabe... —Se levanta, manteniendo su sonrisa afable—. Tienes a Maximiliano como defensor. —El comentario no puede ser más cierto. Es entretenido ver cómo se enfrenta a esas personas, blandiendo una espada virtual de manera educada, más no por eso menos letal—. Regresemos, deben echarnos en falta.

En cuestión de media hora, Max y yo volvemos a estar solos en la residencia. Es relativamente temprano y nos decidimos por ver algo en el servicio de *streaming*. Nos mantenemos en silencio hasta la mitad de la película, cuando él interviene.

—No quiero volver, prefiero estar así, viviendo lejos de mis padres.

Me aparto un momento para poder ver su expresión.

—Pensé que todo estaba bien entre ustedes.

—Y lo está, es solo que... hace tiempo que quería irme de casa.

—¿No crees que debes esperar a que esto pase?

—No hay tiempo para esas cosas. Estoy hablando con papá para ahorrar y comprársela. Le estoy obligando a aceptar una mensualidad como alquiler hasta que tenga el inicial, de acuerdo con lo que he empezado a generar.

—Maximiliano, no tiene sentido que...

—Quiero ser independiente. No me importa si mi estilo de vida se ve afectado.

Es su decisión, estoy consciente, pero últimamente sus horarios están por todas partes: no planifica más allá del día siguiente y siempre parece apurado de que nada quede pendiente.

—No me parece prudente.

El ambiente se torna tenso y sé que se puede notar en nuestra expresión que no nos gustó la respuesta del otro.

—Bueno, respeto tu opinión.

El silencio que se forma después de su respuesta se rompe por el sonido de una notificación en mi teléfono.

—¿Qué ocurre?

—Es Ari —respondo—. Me envió un video en vivo, dice que es importante.

Las informaciones aseguran que el joven ha sido arrestado con cargos de acoso y abuso sexual contra múltiples jóvenes, incluyendo empleadas de la empresa de sus padres, donde labora actualmente. Según los documentos a los que hemos tenido acceso, su primer roce con la ley fue en sus años de adolescencia cuando su exnovia lo denunció por abuso sexual, pero el caso no avanzó, alegando que no existían pruebas suficientes. Presuntamente, una de las jóvenes se quitó la vida como consecuencia del ataque.

—Maldición... Se adelantó el operativo. —Siento su mirada sobre mí y un zumbido estridente invade mis oídos. No puedo apartar la vista del teléfono; lo siento gestarse en mi interior—. Oye...

Parpadeo un par de veces antes de volver mi vista hacia él.

—Sora —me llama al ver que no tengo dominio sobre mí.

Lágrimas descienden por mi rostro ante la impotencia y la frustración. Hay más víctimas porque no fui capaz de ponerle un freno, alguien murió porque siguió haciéndolo. Un sentimiento conocido pero lejano a la vez se instaura en mi pecho. No quiero que pase frente a Max.

—Espera... —le escucho decir.

No tengo idea de cómo termino en el baño después de su intervención, solo soy consciente en cuanto llego y cierro la puerta. Los recuerdos vuelven con la potencia que creí controlada en el pasado, siendo los más certeros aquellos donde lo recuerdo sobre mí, viviendo el ultraje. Me deslizo por la pared ante la abrumadora sensación. Siento la opresión en el pecho que no me deja respirar, hiperventilo, siento los mareos característicos y me arrebato la mascarilla con desesperación. Este estado donde imaginas que es el final es difícil de explicar. Mi cuerpo no reacciona: se paraliza ante los incontrolables temblores y la horrible sensación de terror se instaura en mi mente, mientras mi cerebro hace un recorrido de todo lo que pasó con él y sus consecuencias. Esto no es porque lo atraparan, es lo que debió pasar desde el inicio. El daño que causó después de romperme es lo que no me deja en paz.

—No... —gimo.

—Sora —llama Max desde el pasillo.

A través de mi nublada visión, percibo la puerta abrirse y Max se arrodilla frente a mí. Sigo sin controlar mis emociones, pero su presencia hace que identifique un pequeño destello de cordura y comienzo a hacer lo que he aprendido a través de los años para detener los ataques. No sé cuánto pasa hasta que vuelvo a la realidad. Lo primero que registro son sus manos sobre mi mejilla, las mías se encuentran firmemente aferradas a sus brazos. No puedo dejar de llorar.

—Él... terminó una vida. —La oración sale rota.

Me enferma que otra alma inocente se encontrara con él y no pudiese vivir con lo que hizo. Sé lo que se siente. No sé cuánto tiempo pasa hasta que mi corazón vuelve a su ritmo natural. Mis extremidades aún se encuentran débiles por el abrumador episodio, cuando decido que debo ponerme de pie; Max me ayuda con cuidado ante mis constantes temblores. Observo mi reflejo de soslayo en el espejo. Me aferro a mi novio como si mi vida dependiera de ello y las lágrimas no se detienen. Lo que siento es demasiado doloroso como para que mi cuerpo lo soporte. He vuelto al inicio de todo y no sé qué debo hacer.

II

SETSUNAI 切ない

La sensación de dolor que nunca acaba

—Hoy se conocerá la medida de coerción. —Má Naoko me observa tan fijamente que parece como si la estuviese viendo en persona, mas no en pantalla—. Debería existir la pena capital —añade—. Las personas que lastiman deliberadamente a otras no merecen misericordia. —Sé que lo dice presa de la indignación, al igual que todos los familiares de las chicas que están lidiando con el mismo monstruo y sus acciones. Confío en que, con la atención mediática y la cantidad de denunciantes, será suficiente para que esta vez la cosa vaya en serio.

Han sido tres semanas de terror. Es la razón por la que estoy en esta sesión a distancia, tratando de despejar la mente. Con todo lo de Max, he perdido la agilidad que había retomado anteriormente. Ahora estoy oxidada y me cuesta concentrarme. Entre todo el escándalo de Mauro, la salud del joven Bécquer y mis obligaciones, no tengo respiro. Max estuvo más que preocupado luego de lo que presencié, así que omití el pequeño detalle de que los ataques de pánico se han vuelto cotidianos. Es una espiral de la que no tengo idea de cómo salir. Estar en casa todo el tiempo ha disparado mi *overthinking*, pensando de todo, temiendo escenarios que podrían concretarse en cuanto a Max y a Mauro, a mi familia, Ari, Milo y el futuro en general.

—No quiero hablar al respecto.

La veo asentir, aún con la molestia en el rostro.

—¿Cómo te está quedando? Muéstrame.

Tomo el teléfono y lo dirijo directamente al papel. Pasan unos segundos mientras lo analiza.

—O no lo estás apoyando lo suficiente o no preparaste la tinta como corresponde.

—Preparé la tinta como siempre, solo la marca es diferente. No encontré la usual.

—Te enviaré unos frascos de mi reserva. Aun así, no es excusa para la falta de precisión en los trazos. Coloca el teléfono frente a ti, quiero verte a la cara cuando hablemos —me reprocha. Giro los ojos en fastidio antes de obedecerle—. Los nervios no son compatibles con este arte, se necesita serenidad, nada de titubeos. La inseguridad se refleja en los trazos —vuelve a regañar, con un tono más autoritario del que debería emplear para algo que hago con el objetivo de relajarme—. Sí te está afectando.

—No, estoy bien.

—¿Tiene que ver con Maximiliano? ¿Ha empeorado su estado?

—Concentrémonos en esto, ¿sí?

—¿Cómo es la mecánica en la intimidad si mantienen la distancia?

—Por el amor a... —Junto los labios, trato de contener la sonrisa amortiguada que no contiene ni un ápice de felicidad—. Má, si algo está haciendo esta conversación, no es ayudarme. ¿Podemos concentrarnos en lo que hacemos?

No parece estar feliz con mi respuesta. Por supuesto que lo de Mauro me afecta y su sospecha en cuanto a Max también es acertada. Aun así, desglosar este tipo de cosas no es lo que necesito. Este es un intento de despejar la mente mientras la pongo en acción, una manera saludable de poder manejar el cúmulo de emociones. Discutir mi vida íntima con mi abuela no entra ni por asomo en esa fórmula. No me siento bien emocionalmente y soy incapaz de tan siquiera entenderme en estos momentos como para expresarme con un tercero.

Mis amigos tienen sus propias tribulaciones. Ari dará a luz muy pronto y, como es de esperar, está estresada por lo que eso implica en estos momentos. Milo está lidiando con decisiones importantes de su carrera y futuro en general. La solución inmediata para no perder la oportunidad de estudiar en el extranjero es iniciar de manera virtual por tiempo indefinido. Por lo que dijo, podría cursar todo el asunto en línea, lo que no le supone una aventura emocionante, pero se contiene, aferrándose a que se graduará en la próxima ceremonia de entrega de títulos, donde se supone que tanto Max —con su excepción aún no cumplida en cuanto a la pasantía— como yo recibiremos nuestros títulos bajo un protocolo que desconocemos.

—¿Estás consciente de las posibilidades? —La pregunta de Má me desconcierta—. Es decir, de los posibles escenarios con Maximiliano. Por supuesto que lo que quieres es que se sane y todo vuelva a la normalidad, pero también debes estar consciente de que la historia puede ser muy diferente.

Suspiro sin levantar la vista. Me paraliza solo pensar en la opción de la muerte. Es un nuevo set de pesadillas que me visitan durante las noches, algunas donde me veo perdiéndolo, otros donde presencio su lápida y observo una cáscara sin alma, arrodillada ante la devastación. Es horrible y no me gusta que las personas traigan la posibilidad a colación, solo lo hace más real.

—No quiero pensar en eso, ¿bien?

Max tiene suficiente con lo que pasa en su vida. El tratamiento, los exámenes y las directrices siguen siendo estrictas, y los efectos secundarios son cada vez más difíciles de disimular. Me preocupa que las cosas están raras entre nosotros. Es como si estuviésemos estáticos, sin avanzar ni retroceder. Entre su tratamiento y el problema de Mauro, nuestras mentes pocas veces se encuentran en el mismo lugar. Cada vez lo siento más distante, más apagado, y no sé si estoy proyectando lo mismo hacia él. El confinamiento me ha devuelto al casi inicial estado de mi terapia y no encuentro la fuerza de voluntad para retomar el proceso. Sé que no es la manera en la que debería estar manejando mi situación personal y mucho menos la de pareja, pero no poseo la energía para enfrentarlo.

Pasan dos horas antes de que demos por terminada la sesión. Mi versión de la palabra «esperanza» en caligrafía japonesa es claramente no tan buena como la de mi abuela. Recojo los utensilios y me dejo caer en la cama. No sé si Má Naoko eligió justo esta palabra por algo en específico, tal vez cree que tenga que recordarla de vez en cuando. Decir que es lo último que se pierde me ha parecido falso en ciertas ocasiones. Lo último que se pierde es la cordura. La esperanza nos guía hacia la realización de lo poco probable, pero la cordura es su verdadero

combustible. Es un trabalenguas que posiblemente solo yo entienda, pero el punto es que me siento estática en el tiempo como para comenzar tan siquiera a pensar en lo que podría solucionar alguno de mis problemas. Respiro hondo. La experiencia me dice que no podré tapar el sol con un dedo. Algo tiene que cambiar, pero no sé qué.

—0—

—Es un nombre muy lindo. —Max entra a la habitación. Trae consigo su portátil para trabajar a mi lado. Una de las alternativas para pasar más tiempo juntos y ponernos al día es trabajar bajo el mismo techo cuando sus tratamientos lo permiten. Intentamos alternar el lugar: un día en su hogar, al día siguiente en el mío, y es la hora del almuerzo el momento donde charlamos. Hoy vine a su casa para aprovechar la hora de almuerzo e ir a conocer al pequeño ahijado del grupo. Eliot Silva Durand dio su primer respiro durante la madrugada del 20 de septiembre. Es irreal pensar que uno de nosotros tiene un hijo—. Sospeché que elegirían un nombre extranjero.

La conversación se pausa por unos minutos en los que respondo un correo y él abre el programa de edición para trabajar en la versión compacta de su directo. Tuvimos que esperar un poco para poder conocerle en persona debido a las restricciones.

—¿Cómo se sentirá ser padre? —pregunta, rompiendo el silencio.

Levanto la vista para observarle. Max parece concentrado en su pantalla, como si su duda fuese un tema banal.

—Ya sabes, estar consciente de que hay una pequeña criatura que ayudaste a crear y que vino a este mundo gracias a ti.

—¿Algo en específico por lo que te lo preguntes?

Se encoge de hombros.

—Tener un nacimiento tan cerca provoca este tipo de cosas.

¿Por qué evita mi mirada? Esta es una conversación importante que nunca se nos había ocurrido. Siempre tuve la seguridad de que Maximiliano se percibe como un futuro padre. Es un niño en el interior y, por la historia de su familia, supuse que querría ser la figura paterna que no tuvo en su infancia. Con su pregunta se instaura un nudo en mi garganta ante la idea de que sea lo contrario. Dejo el ordenador a un lado, para concentrarme del todo en la conversación. Sería agradable que pudiéramos zanjar algún tema de manera directa, sobre todo uno tan importante como este.

—¿Te gustaría ser padre?

Por fin, su atención abandona la pantalla.

—Sería reconfortante que alguien me dijera «papá» en el futuro. —Interpreto su respuesta como una afirmación—. ¿Los niños te hacen ilusión?

—Sí, más adelante sí.

—¿Cuántos aspiras a tener?

—Oh... no lo tengo escrito en piedra. Mi máximo es tres, por el asunto de la camaradería entre hermanos. ¿Tú?

—No lo sé, solo sé que sería... agradable fundar una familia.

Vuelve su atención al ordenador. Todo el tono de la conversación me inquieta, su respuesta

siendo más un anhelo lleno de dudas que una posibilidad que tiene en mente cumplir. No mostró emoción ante lo que dijo, simplemente lo dejó salir como si no fuese nada más allá de un punto suelto al aire. Este patrón se está haciendo constante. El brillo característico que tanto amo cada vez se hace más atípico, es una rareza encontrarlo. Ante mi incapacidad de continuar el diálogo, reanudo mi labor, imitándolo. Nos mantenemos concentrados en lo nuestro hasta mediodía, cuando nos dirigimos a la residencia de Ari. El tema no vuelve a salir, y en el trayecto solo hablamos de lo que nos espera al conocer al recién nacido.

Leo nos recibe en la puerta. Lo primero que noto, junto a su sonrisa amable, son las ojeras. Ingresamos al hogar y, antes de entrar a la habitación del pequeño, pasamos por el baño para desinfectar nuestras ropas y lavarnos las manos. Leo hace lo propio y nos entrega un nuevo set de mascarillas: instrucciones de la nueva madre para la ocasión. No tengo la potestad para discutir con el instinto maternal recién estrenado de mi mejor amiga.

—Chicos, ¡me alegra tanto verlos! —creo que dice, pues la mascarilla no permite que se entienda del todo. Su tono de voz es animado, pero lo suficientemente bajo como para no perturbar al pequeño Eliot, quien, por lo que vemos desde la puerta, está en la cuna cercana—. Pasen.

Le obedecemos y, de inmediato, divisamos a la pequeña criatura con lujo de detalle. El pequeño viste un enterizo blanco con diseños de estrellas.

—Les presento a Eliot Silva Durand.

—Me sorprende que no le hayas elegido un segundo nombre —comenta casualmente Max.

—No presiones, bastante trabajo nos costó ponernos de acuerdo en este. —Es lo último que logro distinguir de la conversación.

Mi vista se enfoca en el pequeño humano que descansa en el centro de la cuna. Está despierto y puedo ver la herencia de su madre en el mirar difuso. Su vista está fija en mí, devolviéndome la mirada. Siempre me ha parecido fascinante todo el concepto de la vida humana, desde la concepción a partir de un ente microscópico hasta el desarrollo de un pequeño humano. Un asunto meramente biológico en la mayoría de los casos, pero significativo cuando ocurre entre dos individuos que realmente comparten un vínculo. Dos personas pueden crear el ser más puro e inocente, sin necesidad de serlo.

—¿Cielo?

Doy un brinco ante la mención.

—Perdón, ¿qué decían?

—Nada de importancia, más allá de que, al parecer, ustedes dos se están conociendo —responde Ari. No se ve por la mascarilla, pero sonrío apenada—. Como sé que pasaron por el control sanitario, ¿quieres sostenerlo?

—Tengo una larga temporada que no cargo a un recién nacido.

—Está bien, apenas me estoy acostumbrando —interviene el recién nombrado padre—. Te advierto que es muy quisquilloso, solo Ari y yo tenemos su aprobación.

Mi mejor amiga toma la frágil figura entre sus brazos y lo transfiere a los míos con cuidado. La memoria corporal hace que lo acomode en automático, sosteniendo su cabeza como solía hacer con mis primos más jóvenes, pues soy una de las primeras nietas. Me observa y lo único que puedo

hacer son gestos con los ojos para mantener su atención en mí.

—Oh, por Dios, no llora. —La sorpresa es notable en su voz—. ¡Leo, encontramos niñera!

Ahora que lo puedo apreciar de cerca, sigo sin identificar del todo a quién se parece más. Exceptuando sus orbes azules, ninguna de las otras facciones delata su origen. Como es normal en un bebé recién nacido, no se parece a nadie.

—Sí, solo le falta dormir en las noches.

El comentario hace que levante la vista hacia el padre, pero termino concentrándome en Max, quien se mantiene inmóvil a su lado. Solo puedo ver sus ojos, pero es suficiente para identificar que no está con nosotros.

Se desata una conversación para detallar la experiencia de los primeros días de Eliot en el mundo y cómo han estado manejándolo. Nunca se escapa una queja entre los detalles que comparten. Lo cuentan con asombro, expectativa y ganas genuinas de expresar lo feliz que se sienten al respecto. Me hace pensar en la pregunta de Max sobre el sentimiento de ser el padre de alguien. Entrego al pequeño nueva vez a su madre, quien lo coloca en la cuna. Max parte por un vaso de agua con Leo detrás, hablando de quién sabe qué. Eliot se queda dormido poco después de haber vuelto a sus dominios.

—Estamos solas, puedes sincerarte —le digo.

Ari sonríe, sin apartar la vista de su hijo.

—Tener un pequeño ser bajo tu responsabilidad es abrumador. Aun así, en el momento en que lo sostienes en brazos, el sentimiento de que no puedes vivir sin él es automático. Es algo que tiene que vivirse para entenderlo. Es irreal, especialmente porque Leo no está aquí todo el tiempo. Sí, está cerca, pero no es suficiente.

—¿La mudanza tiene fecha cercana?

—Aún no, pero esperamos que sea pronto. Así podemos ser la familia que ya somos con todas las de la ley —afirma—. No les he comentado a mamá y papá que he dado a luz. Sé que Sebas los puso al tanto; no han venido porque no les interesa. El mensaje de mis padres es bastante claro. No es la situación ideal, pero, de cierta manera, sé que debe ser así. Si no sienten que pueden amar genuinamente al pequeño y lo que representa, lo mejor es mantener la distancia. Tengo que aceptarlo. —Gira hacia mí, fuerza una sonrisa, sé que cambiará el tema sin darme oportunidad de profundizar en la conversación. No quiere que este momento se vea empañado por su situación familiar—. Cuéntame, ¿cómo te está sentando el veredicto de prisión preventiva?

—Me alegra que esté encerrado, pero, a la vez... esto ha destapado un infierno.

—¿Qué han dicho tus padres?

—Me mantienen bajo lupa, especialmente mamá. Me pregunta todo el tiempo si estoy bien.

—Me dijo que está preocupada por ti. —La observo con cansancio—. Hablé con ella esta mañana, me ha estado dando consejos de maternidad. —Su defensa no me sirve—. Entonces, ¿qué sigue? ¿Es posible que te involucren en el proceso?

—No lo sé, no se me ha notificado. Solo sé que Max y su familia son los que han movido todo esto.

Cuando se destapó el escándalo, Max tuvo que contarme todo. Desde aquel encuentro con Mauro en diciembre, había contratado a un detective privado para averiguar lo que había estado haciendo desde que me atacó hasta la actualidad. Encontraron una caja de Pandora. Recolectaron evidencias del insufrible amenazando, haciéndose el tonto y más estupideces que le jugaron en contra y convencieron a las chicas para que lo denuncien; todos los gastos legales por cuenta de los Bécquer. El operativo se adelantó porque él y la joyita de sus familiares, ante la inminente explosión, planeaban fugarse del país.

—Por recomendación de Mabel, —añado— coloqué la denuncia por agresión y acoso en contra de sus padres y el insufrible guardaespaldas, pues lograron comprobar que él y el padre de Mauro eran las personas detrás de los mensajes de texto.

—Y si te notifican, ¿lo harías?

Enterré a ese hombre años atrás, lo volví a hacer cuando nos encontramos, y no me apetece revivir todo de nuevo, pero, al mismo tiempo, necesito asegurarme de que no siga haciendo lo mismo. De alguna manera, debo aportar.

—Si me requieren, lo haré.

—¿Qué piensa Max?

—Tiene una mezcla de sentimientos, al menos eso creo.

—¿Qué significa eso? —Ante mi silencio, la muy astuta presiona aún más—: ¿Algo ha pasado entre los dos?

—Siento... algo raro y me inquieta. Tal vez está resentido por el tiempo que tenemos sin hacer cosas de pareja.

—Yo lo estaría.

—Gracias, mejor amiga, ¿qué haría sin ti?

La escucho reír.

—Pero entendería la razón.

Dudo de si debo contarle el último punto que discutimos. Decido hacerlo, tal vez me entregue otra perspectiva.

—Hoy me preguntó sobre el sentimiento de ser padre.

—OK... ¿Por qué?

—No tengo idea, pero lo dijo con tanta neutralidad que no entendí el propósito...

—Pregúntale... —Una sugerencia que me cuesta tomar ante lo que supone.

Los chicos vuelven a la habitación unos minutos después, con Maximiliano anunciando que debemos irnos para que llegue a tiempo luego de mi hora de almuerzo. Le prometo a Ari que vendré pronto para sentarnos a conversar como corresponde. Por los momentos, con todo lo acontecido en estas dos horas, tengo mucho en lo que pensar y no solo en el hecho de que soy tía de un adorado pequeño.

—0—

Mediados de octubre y seguimos jugando a la ruleta con el bicho. Estoy ayudando a un colega

con su proyecto, que impacta al mío donde me requirieron como soporte para los estudios de tiempo, los ajustes y la futura parte de diagramación del nuevo proceso, cuando esté listo. El área administrativa está vacía y mi piso es el único que registra movimiento, trabajando a media capacidad con cada estación del proceso dividido por una lámina transparente, cada quien con su mascarilla. El ruido de las máquinas inunda el lugar; el intento de los operarios de hablar por encima de él también está presente. Reviso mi teléfono, contesto a mi madre y a Max, diciéndoles que todo está en orden y que he llegado bien.

Maximiliano tiene un itinerario de día completo en el hospital. Las últimas veces he podido acompañarlo, me llevo la laptop y trabajo desde la sala de espera. No es lo mismo que estar junto a él, pero con el rebrote que se está gestando, no hay excepciones que valgan; intuyo que será así hasta que pasen las festividades. Aunque sé que no está solo y su madre le ha acompañado, no me sienta bien el hecho de estar concentrada en otra cosa mientras él está en uno de sus días activos de tratamiento. El toque de queda se ha flexibilizado hasta las nueve de la noche; puede que me dé el tiempo para visitarlo, aunque sea por poco tiempo.

Tomo un sorbo de agua y alejo mi termo del camino, me coloco nueva vez la mascarilla y tomo la planilla de anotaciones y mi teléfono, que tiene todas las herramientas para la documentación de tiempos e imágenes, así como cronómetro y cámara. Me muevo por el lugar, saludando a los que me saludan primero, y comienzo el proceso sola, porque el interesado sigue en una reunión con el suplidor.

—Sora, un placer coincidir contigo. —Raúl se acerca a paso rápido—. Hace tiempo que no nos veíamos.

—Es cierto. Lindo estilo.

Su cabello castaño ha crecido bastante. Lo lleva en una pequeña coleta y, por lo que deja al descubierto la mascarilla, parece que se ha dejado la barba.

—Gracias. —Se arregla el cuello de la camisa—. Estaremos trabajando juntos a menudo —comenta. Me limito a asentir mientras continúo con la toma de tiempos. Lo que dijo no me desagrada, tampoco me emociona. No cambia para nada lo que tengo en mente—. Y cuéntame, ¿cómo ha estado todo?

—Bien, dentro de lo que cabe en medio de una pandemia.

—Al menos veo que te fijaron. Enhorabuena.

—Gracias.

Se mantiene en silencio, lo que interpreto como que la conversación ha terminado.

—¿Cómo está Max? —pregunta de repente—. Vi que ahora es *streamer*.

—Le está yendo bien.

—Es impresionante lo que ha logrado a pesar de estar enfermo. No debe ser fácil.

—No lo es, pero se las arregla y es feliz con lo que está haciendo.

—Se nota. —Espero que de verdad haya terminado la conversación, pero él continúa—: Asumo que es un reto para la relación de pareja.

Detengo mis anotaciones. No quiero ser maleducada, mucho menos ofenderlo, pero hay ciertos

límites cuando socializo. Puede que trate de ser agradable, pero los temas con Max son herméticos. Como mucho, Milo y Ari son los que llegan a enterarse, siendo los mejores amigos de cada uno; fuera de ahí, me irrita cuando alguien trata de obtener información. Como siento que no estamos en el mejor momento de nuestra relación, este tipo de preguntas me molestan más de lo normal.

—No creo que sea un tema que le incumba a otros que no seamos él y yo.

Raúl hace con sus manos un ademán de entendimiento y defensa.

—Tienes razón —afirma, pero no le respondo; no pienso disculparme para aliviar su incomodidad—. Eres una gran chica, seguro le buscas la vuelta.

Poco después, tomamos direcciones diferentes. Mi teléfono vibra a final de la tarde con una notificación de Maximiliano informándome que ya se encuentra en casa. Le escribí a su madre para enterarme de los pormenores de la jornada, pues mi adorado novio no parece querer ponerme al día. Mabel me cuenta que ha sido un día duro y el tratamiento ha caído con fuerza. Él está en cama, mientras ella le prepara un caldo para ver si su estómago lo acepta sin rechistar.

Hemos vuelto al inicio, justo como aquella noche donde le rogué que me hablara, que me incluyera para poder estar juntos en esto. Me siento como la peor novia del mundo, sin saber bien qué hacer. Tal vez, tratando de mantenerlo a salvo en cuanto a su salud, he puesto en peligro nuestra relación. A veces pienso que cree que estoy con él por compromiso; es como si nada de lo que hago terminara de confirmarle que estoy para él. No se supone que sea así; somos un equipo y debemos compartir lo que se viene, sin tener que obligarnos a hacerlo, sin necesitar intermediarios que nos informen de las cosas que el otro no desea contar. Mis ojos arden ante el cúmulo de emociones. Tomo una gran bocanada de aire en un intento de recomponerme. Aún estoy en mi espacio laboral y lo último que quiero es que mis colegas me vean de esta forma. Mi teléfono vuelve a vibrar.

Lamento si te incomodé esta mañana, no era mi intención. Me alegró verte en persona de nuevo.

El mensaje de Raúl hace que niegue con la cabeza ante lo extraño que resulta que sus palabras lleguen justo en el momento en el que cuestiono todo. No necesito pensar en más personas, ya tengo suficientes problemas y asuntos existenciales para lidiar con un compañero que, por los momentos, solo puedo catalogar como intenso por todo lo que me atormenta. Recojo mis cosas. Me coloco la mascarilla y me dirijo a la salida, esperando que el trayecto a casa sea suficiente para calmar todo lo que siento. Necesito disimular, no quiero tomar el riesgo de hablar en este estado.

—0—

Las semanas han comenzado a pasar lentamente. Se pueden resumir en trabajo y Max, habiendo más éxito en el ámbito laboral que en mi relación de pareja. Solo he manejado los ataques de pánico que parecen visitarme varias veces por semana. Es triste pensar que ya me he acostumbrado a esta estúpida mecánica de ignorar los problemas. La única persona fuera de mi círculo íntimo con la que hablo de manera recurrente es Raúl. No es un mal chico; sé que, si no hubiésemos interactuado en medio de este tifón de situaciones y emociones que tengo por todas partes y en ningún lugar a la vez, lo percibiría diferente. Hoy en especial es un día de esos donde despierto con un bajón sin ningún tipo de razón aparente. Todo me pesa, estoy más sensible de lo normal, mi concentración está de vacaciones y estoy susceptible ante lo más mínimo.

—Estás muy distraída.

Su comentario hace que lo observe. Hoy optamos por almorzar en el pequeño kiosco detrás de la nave. Siempre está vacío por el resplandor que reina en el lugar, pero nos las arreglamos para ignorarlo y variar el ambiente del comedor. Hace unos minutos que terminamos de comer, recogimos todo y decidimos esperar a que los minutos restantes se extingan.

—¿Ha pasado algo? —Con su pregunta, mi vista vuelve al frente. Por el rabillo del ojo, veo que se ha acercado más. No tengo suficiente energía social como para prolongar la conversación, a pesar de que él ha sido de los pocos que me hacen olvidar momentáneamente lo que pasa en casa—. El amor no debería hacerte infeliz.

No giro hacia él, pues intento que el comentario se lo lleve el aire. Sé a lo que se refiere y prefiero seguir en piloto automático. Lo escucho suspirar, unos segundos después me toma el rostro con delicadeza y me obliga a observarle.

—¿Qué haces? —Es lo único que logro decir antes de paralizarme por lo cerca que está.

Es una sensación extraña, porque la situación me lleva al pasado, donde eran cotidianas estas escenas con Max. Ahora estoy en aquellos momentos similares donde el protagonista es el joven Bécquer y me cuesta identificar qué es real y qué no. Ni siquiera cuando unos labios se posan sobre los míos me doy cuenta de si es un recuerdo vívido o la realidad. Lo he añorado tanto en estos meses, algo tan sencillo como un beso... ¿Cómo puede ser que no entienda si lo estoy viviendo? El trance se rompe ante la caricia extraña de una mano sobre mi mejilla. Frente a mí no está Max, está Raúl, y acabamos de besarnos; es lo único que mi mente registra.

—¿Qué crees que haces? —El tono no sale tan furioso como me gustaría, la duda plaga mi voz—. ¿Sabes lo irresponsable que es hacer esto en el contexto en que vivimos? —No me golpeo porque estamos en público, pero ¿en serio es lo que más me preocupa ahora?

—Me gustas —responde con la seriedad que me falta.

—Pero... tú... —Respiro hondo, tratando de controlar mis instintos—. Sabes que tengo novio.

—¿Segura? Mereces mucho más que un noviazgo infeliz. —Encima de que duda de mis palabras, se toma la libertad de opinar sobre lo que no sabe—. Además, ¿por qué me has dado la oportunidad de acercarme? Nos conocemos desde hace tanto y nunca habíamos congeniado tan bien.

—¿Ser social? ¿Crear una amistad? Me agarraste fuera de base.

Mi respuesta lo descoloca. No espero a que me responda y, como medida preventiva, me levanto. Tiene suerte de que estemos en el ambiente laboral y tenga que guardar las formas para evitar problemas.

—Espera, Sora...

Me dirijo al baño y limpio cualquier rastro de lo ocurrido. Me va a tomar un rato tranquilizarme del todo. Este detalle, que para él es una tontería y posiblemente algo inocente, para mí es un estúpido momento de crisis que vivo.

Necesito hablar con alguien. Le escribo a Ari para preguntarle si puedo visitarla al salir del trabajo y su respuesta es afirmativa. La tarde transcurre como si pasara a través de un cuentagotas, a pesar de que lo que resta de la jornada es intenso. Finalmente, tomo mis cosas y recorro el camino conocido hacia la recién estrenada residencia Durand. Troto en dirección a la entrada y toco con

insistencia el timbre. Salto los escalones con la agilidad que nunca me ha caracterizado hasta que llego al apartamento. Ari abre la puerta, sosteniendo su teléfono y una pila de ropa en el otro brazo.

—Sor, ¿cuál es el...?

—Raúl y yo nos besamos.

No sé si está actuando o realmente le impactó la noticia, pero su agarre parece fallar y, por más que lo intenta, no logra mantener lo que sostenía en brazos.

—Mujer, ¡entra! —ordena, mientras señala al interior.

Me apresuro con el protocolo de desinfección para dirigirme a la sala de estar donde Ari me espera.

—Saluda a tía, amor —dice Ari, con Eliot entre sus brazos cuando vuelvo al salón principal. Me concentro en el rostro de mi mejor amiga. Se ve agotada, pero feliz y dispuesta a escucharme—. No te preocupes, está alimentado, en paz y listo para ayudar a entender este giro de acontecimientos. Ahora bien, seamos serias: Sora Sakurai, mejor amiga de mi vida, ¿es real que besaste a tu compañero de trabajo? —pregunta y yo asiento, mientras dejo salir un sonoro suspiro—. Por gente como tú es que dicen que las calladitas son las peores. —Su tono de voz no se eleva, pero puedo ver en sus facciones toda la emoción del momento.

Me preparo para responder cuando mi teléfono suena. No puede ser más oportuno.

—Dame un momento —le pido a Ari, sin darle tiempo a contestar.

Tomo la llamada del señorito Bécquer y pincho el altavoz para no tener que hacer un resumen más tarde.

—Cielo, hola, ¿estás en casa?

—No, pasé a visitar a Ari. ¿Por?

—Quería invitarte a cenar. Mamá envió comida para un batallón y no quiero que se desperdicie.

—Bueno, tienes el almuerzo de mañana, ¿no?

—Sabes que no.

—Lo sé. ¿Cómo estuvo tu día?

—Bien.

—OK... ¿Qué hiciste?

—Lo normal.

Mi expresión se tensa mientras respiro profundo.

—¿Algo nuevo que contar?

—No realmente... solo llamaba para eso. ¿Cómo estuvo el trabajo?

Siento la tentación de contarle, pero con lo elocuente que está, no sé qué esperar como reacción. Una posibilidad es que haga algo que no debería en horario de toque de queda y caiga preso.

—Interesante. Una combinación de mucho trabajo y aburrimiento.

—Chica productiva. Me di cuenta de que estabas ocupada cuando ni siquiera pudiste cerrar el

teléfono al terminar de hablar. Si fuese otro, ya estuviese repartiendo el chisme de la compañera que está por dejar su puesto —menciona casualmente uno de los episodios que tuvimos durante el día, cuando le llamé. Lamentablemente, están convirtiéndose en algo cotidiano—. De acuerdo, te dejaré tranquila. Recuerda que estaré fuera por unos días, iré con mamá a visitar a un especialista en el interior. Sigo sin entender para qué o la razón de por qué no puede ser por videollamada.

—Sí, lo recuerdo. Nos veremos cuando vuelvas.

—Sí, descansa, cielo. —Suenan tan impersonal, a pesar de que me llama por el cariñoso apodo de siempre.

—Tú también.

Toco la pantalla y dejo caer el teléfono en la cama, mientras vuelvo mi atención a mi mejor amiga.

—¿Y ese formalismo?

—No lo sé y no sé qué hacer. Por eso no quiero decirle lo del beso con Raúl, no aportaría nada.

—No es que lo tome como un chisme, por supuesto quiero ayudar, pero ¿podrías darme contexto, con lujo de detalles?

—Ya sabes quién es Raúl, posiblemente más de lo que creo teniendo en cuenta tu historial con las redes. El caso es que, mientras pasábamos el tiempo del almuerzo... fue raro. No sé si se trataba de nostalgia, pero cuando ocurrió el beso, pensaba que era Max.

—Y... ¿qué sentiste?

—Nada, ni siquiera fui consciente de lo que pasaba, yo... solo podía imaginar la escena con Max. Lo mucho que extraño ese tipo de momentos con él. Raúl ha estado cuestionando mi relación, pensaba que yo andaba buscando un escape con él.

—Es como ese vecino molesto que cree que, como es un país libre, su libertad incluye poner a vibrar toda mi casa con la música que asume que también me gusta. El sitio está tranquilo y él siente que es su deber romperla. —Su analogía suena más como un desahogo de algo que ella está viviendo, pero encaja a medias con la situación. Me acomodo mejor en el sillón—. En fin, aunque por lo que escucho lo manejaste bien, creo que deberías comentárselo a Max. Úsalo como el inicio de la conversación importante que tienen pendiente. —Trato de rebatir, pero no me lo permite—. Lo que acabo de presenciar no suena al Max y a la Sora que se identifican como el dúo dinámico. Algo no está bien, ¿o me equivoco?

—No es...

—También sé que algo no anda bien contigo —me interrumpe—. Puede que solo te he estado viendo a través de la pantalla, pero he identificado unos patrones que se supone ya no tenías.

Trago en seco, mientras ella me observa por unos segundos en silencio.

—Sor, confío en que, si algo grave estuviese pasando, pedirías ayuda, ¿verdad?

—Cuando entienda un poco mejor lo que pasa, prometo hacer lo que deba. —Es lo mejor que puedo ofrecer por el momento, sin mentirle.

—¿Cómo «hacer lo que deba»? Oye, no me asustes.

—No te preocupes.

No creo que le tranquilice mi respuesta, mucho menos intuyo que me crea. No sé si mi cerebro y todo mi ser están recapitulando el año atípico que estamos teniendo, pero he notado que, en los últimos días, parece ser el caso, al despertar ansiosa a diario ante lo que podrían traer estas nuevas horas de sol. Tomo mi teléfono y me pierdo en la imagen de Maximiliano. Temo que el desenlace de lo nuestro sea una película de terror.

—0—

Mi vida no debería ser tan interesante. Cuando abrí mi correo a primera hora, lo último que esperaba encontrar era un mensaje donde me citan como testigo de la procuraduría en el caso del innombrable. ¿Por qué? ¿Por qué todo junto? ¿No pueden enviarme una situación a la vez? Lo último que necesito es sentir la anticipación ante lo que se vendrá con este juicio. Sí, me alegro de que se esté haciendo justicia. No, no me gusta que me estén citando justo en este momento donde no confío en mi mente. Hoy es el día del regreso de Max a la ciudad, el día en el que he tomado el valor para seguir el consejo de Ari. Es el momento de esclarecer cada aspecto que se ha vuelto difuso y entender qué se ha roto en nuestra relación. Sé que es algo más que su enfermedad, más allá de la distancia que nos hemos obligado a mantener. Estamos en un abismo y me hubiese encantado no recibir el citatorio justo ahora.

Es mediodía del sábado, llego a su residencia y le escribo para que sepa de mi presencia. Cuando lo hace, me recibe con un abrazo que siento más por compromiso que por afecto. Trato de que no me incomode, aceptando la posibilidad de que sean mis emociones la causa de todo lo que pasa a mi alrededor. Cierro la puerta y lo sigo hasta el interior de su hogar. Se dirige a la cocina mientras dejo mis cosas sobre el mueble más cercano. Incluso para los estándares de estas últimas semanas, lo noto aún más extraño, cosa que no pensé posible. Apenas ha hablado y su expresión denota que algo le molesta.

—Max... —llamo, con más cautela de la que me gustaría cuando vuelve al lugar—. ¿Estás bien?

—¿Por qué no lo estaría?

Frunzo el ceño ante el inicio del jueguito en el que llevamos meses.

—No respondiste a mi pregunta. Necesito algo más con lo que trabajar.

—De acuerdo. —Se sienta en el sofá—. Sí.

—Maximiliano, ¿podrías ser un poquito más expresivo? En serio, me interesa saber cómo estás. Se supone que no nos ocultamos nada y, en los últimos meses, siento que tenemos una pared entre nosotros.

Tuerce la boca.

—¿Hablares de comunicación? Esto se puede aplicar a dos vías.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo van las cosas con Raúl? —Me quedo de piedra—. Me imagino que esta última semana fue incómoda después del beso. —Me sorprende tanto que lo sepa como el enojo que percibo en su rostro.

—¿Cómo sabes sobre eso?

—Debes cerciorarte de cerrar la llamada cuando terminas de hablar con alguien. —Trago en seco.

Lo supo desde el primer día—. Y así me hablas de no contarnos las cosas. —La audacia de que esas palabras salgan de su boca enciende emociones no muy gratas en mi interior.

—Pues sí, hablo de contarnos las cosas porque justamente venía a comentártelo. Pensé que sería mejor tratarlo en persona. Si escuchaste la llamada, sabes que lo puse en su sitio.

—Ese no es el punto, Sora. No puedes hablarme de ocultar cosas si tenemos este ejemplo.

—Es un ejemplo contra cientos de los tuyos, Maximiliano. Es como tener un *déjà vu*; ya tuvimos esta conversación. —Mi declaración lo toma por sorpresa, su ceja se levanta ante el inesperado golpe verbal—. ¿Cuál es el problema? ¿Qué estoy haciendo mal?

—Nada, Sora, ¿bien? Solo trato de protegerte.

—¡Maldita sea, Max! ¡Soy tu novia, no tu hermanita! Esta es la excusa que siempre usas cuando quieres dejarme fuera.

—¿Excusa? ¿Perdón? ¿Crees que esto es divertido para mí?

—No lo sé, tú dime. Llevo meses esperando a que me cuentes y me saltas con la única cosa que podrías recriminarme, que, por cierto, vine a contarte. Te recuerdo que en la antigua situación no quedamos en muy buenos términos.

—Te diga o no, de todas maneras te enojarás.

—Inténtalo.

Cruzo los brazos en la postura menos receptiva del mundo, pero es la que mi cuerpo decide adoptar ante lo que se viene. Sus manos van a su rostro y terminan en los bolsillos de su pantalón. No sé cómo voy a tomar lo que sea que tenga para decirme con esta premisa. Max no es de los que anda con rodeos, o por lo menos era así antes de toda la debacle comunicativa. Sea lo que sea, me conoce. Si dice que me molestará, es posible que lo haga.

—Han pasado meses desde que comencé el tratamiento. Aunque los médicos dicen que hay avances, yo... he pensado en otras alternativas.

Frunzo el ceño.

—¿Desde cuándo eres médico?

—No se trata de eso.

—Max, esto no es un juego.

—Quiero probar otras alternativas más naturales, creo que puede ayudar.

—O empeorarlo todo.

Sé que no es su parte racional la que habla, es la sentimental guiada por la desesperación. En esta situación es fácil perder las esperanzas, pero no puedo permitir que llegue a un punto donde comience a ser peligroso para su bienestar. Da unos pasos hacia mí y su semblante se suaviza. El mío no es el más amistoso.

—Ya lo decidí, Sora. Pausaré el tratamiento, intentaré con lo natural.

Trata de tomar mis manos, pero no se lo permito. Rehúyo del contacto como si este fuese a quemarme. No sé si es mi imaginación, pero escuché un clic en mi cabeza justo antes de que la rabia se instaurara en mi pecho. Fallo en mi intento de hablar en varias ocasiones, por lo que trato

de calmarme dando unos pasos hacia la salida, ofreciéndole la espalda a Max.

—Escucha...

—No, no, no. —Giro hacia él, sin contener la expresión en mi rostro—. ¿Esta es tu forma de decirme que te quieres morir?!

—¡Claro que no! Lo hago por nosotros.

—¿Por nosotros?! ¡No hay un nosotros si tú no estás! —La conversación es tan irreal—. ¿Por eso has estado distante todo este tiempo? ¿No querías que me enterara?

—Me habrías detenido.

—¡Por supuesto que sí! Esto no tiene sentido.

Ha mantenido su expresión calmada. Todo este tiempo sacrificando todo para que mejore, mientras, tras bastidores, él buscaba formas de sabotearse. No encuentro una manera fidedigna de describir lo furiosa que me siento.

—¿Tienes una mejor idea? Tengo casi un año en esto y ni siquiera estoy lo suficientemente sano como para besar a mi novia.

—Ya hablamos sobre esto.

—Y seguimos en las mismas.

Suspiro mientras bajo la vista. Alguien tiene que ser el ente racional de la relación.

—Es una situación extraordinaria, Max. No significa que no se pueda...

—Lo voy a hacer.

La tajante respuesta hace que me paralice por unos instantes, mientras analizo esta actitud a la defensiva tan anómala en él. Un millón de imágenes pasan por mi mente ante la estúpida alternativa que ha tomado. Mis ojos arden. Él trata de suavizar su expresión luego de reconocer que no fue la mejor forma de responder. Lo veo acercarse, su mano parece tener la intención de descansar en mi mejilla.

—Cielo, solo quiero que...

Alejo el rostro, rehúyo de su contacto por segunda vez. Le sorprende tanto como la primera ocasión.

—He estado abierta a muchas cosas y te he apoyado más de lo que debería en otras tantas. He cambiado todo lo que conocía para mantenerte a salvo y todo porque quiero que estés bien.

—Y lo estaré.

—¡Si no sigues el tratamiento, no lo estarás! Max, hemos sacrificado demasiado para llegar hasta aquí, me niego a apoyar algo que posiblemente te mate.

—¿Qué pasó con lo que dijiste al principio de todo? ¿No dijiste que me apoyarías? ¿Qué querías ser parte de esto?

Estoy tan exhausta emocionalmente que me cuesta reaccionar de manera apropiada, solo atino a negar con la cabeza mientras lo miro a los ojos, reconociendo, sin tapujos ni intentos de ocultar la verdad, que ese no es mi Max.

—Nunca apoyaré algo que te haga daño. Y sé que no confías en mi juicio o en mí por la forma en que ocultaste lo que estabas haciendo. —Traga en seco. El volumen de mi voz no sube un ápice. Si no fuese porque mi expresión denota lo que me duele toda la situación, nadie pensaría cuánto me desgarrar lo que experimentamos—. Pasaste meses ahuyentándome porque sabías que no estaría de acuerdo, ¿no es así? —Su silencio es suficiente para mí—. ¿Qué piensan tus compañeros del grupo de apoyo sobre esto? ¿De verdad creen que es buena idea? ¿O no les has dicho?

Aparta la vista por unos segundos. Cuando vuelve a mí, no me responde, solo se queda observándome de manera seria. Es mi turno de menear la cabeza de un lado a otro. La incredulidad plaga mi rostro y río irónicamente por lo que acabo de entender.

—Ni siquiera estás asistiendo.

—No estaba ayudando.

—Porque tú lo dices.

—Porque lo siento y lo vivo. Presiento que es lo mejor.

—¿Para ti?

—¡Para ambos, Sora!

—Por supuesto que sí, Maximiliano. Por supuesto, nada me hace más feliz que estar en primera fila mientras te dejas morir. —Vuelvo a reír con ironía y dejo salir un bufido—. No puedo con tanto romanticismo, de verdad.

—Al menos uno de los dos está haciendo algo para tener una relación. —El comentario me hiere, teniendo en cuenta que todo lo que he hecho y dejado de hacer ha sido por su bienestar.

—Sabes muy bien que lo único que he hecho es protegerte, velar por ti.

—¡No soy un niño! —Levanta un poco el tono de voz—. Así como no quieres que te trate como mi hermanita, deja de tratarme como si fuera tu hijo.

—Entonces, sigue tu tratamiento, atiende a las reuniones, deja de hacer berrinches y actúa como un adulto responsable actuaría en esta situación. Lo complicas más de lo que deberías, ¿tienes el acceso a todo lo que necesitas para tratarte! ¡¿Por qué quieres convertir esto en un problema más?! —

—Tal vez yo sea el problema —cuando lo dice, me toma por sorpresa—. ¿No sería más fácil para ti, para todos, que desapareciera?

Es de esas frases que recorren todo el cuerpo como si fuesen una manifestación física. No quiero hacer esto sobre mí, pero... ¿realmente he hecho un trabajo tan horrible como para que él crea que estaré mejor sin él? ¿No he demostrado suficiente afecto emocional para respaldar lo que pasa? ¿Acaso solo se trató de lo físico o lo considera más importante? No sé cómo lidiar con el cambio que han supuesto los últimos meses, mucho menos con esta versión de Max que no conozco. La enfermedad lo está consumiendo en todos los sentidos y no soy suficiente para demostrarle lo contrario. Es... una realidad que no puedo ocultar, aunque sea más fácil hacerlo. Confirma que no ha sido suficiente.

—No puedo hacer esto, no puedo... De verdad, yo... —Las lágrimas caen por mis mejillas ante el repentino peso sobre mis hombros. Es asfixiante y lo único que quiero hacer es caer de rodillas, rendirme ante la situación que me vence, sin mucho esfuerzo—. No estamos llegando a nada, no puedo destruir esta distancia a pesar de que te tengo a unos pasos. —Me alejo de él y tomo mi

bolso.

—¿Crees que ha sido fácil para mí? ¿Crees que me gusta cómo han resultado las cosas? —lo escucho cuestionar a mis espaldas—. ¡Te volviste a cerrar, Sora! Es muy difícil sentir que soy suficiente, que no soy un inútil y que alguien como Raúl no pueda existir.

Esto es mucho más complejo que un simple cambio de tratamiento, va más allá de un ataque de celos, esto está en lo profundo de ambos. ¿Desde cuándo somos inseguros? ¿Desde cuándo nos recriminamos estupideces? ¿Qué pasó con la confianza? ¿Qué nos pasó? El poder de las palabras que pronto diré es destructivo. Mi corazón trata de retenerlas en mi interior ante el punto de no retorno que representan, pero mi cerebro las empuja: sabe cuál es la pregunta que necesitamos hacernos en este momento.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo si ambos somos tan infelices? —El ambiente se carga con el poder de mi cuestionamiento. Reúno el valor y giro hacia él. Ni siquiera intento contener las lágrimas—. ¿Qué estamos haciendo?

Su expresión es de horror y desesperación mezclados con sorpresa. Lo veo tragar en seco ante mis lágrimas, siempre han sido una debilidad para él.

—Hacemos lo que podemos...

—No parece ser suficiente. —La voz me sale entrecortada, mientras trato de recuperar cierto control. Limpio las lágrimas y ruego para cohesionar mis ideas—. No puedo luchar por ti y no quieres que luche a tu lado.

—Eso no es...

—Sabes que es verdad y yo no... No creo poder seguir con esto.

Su expresión se ensombrece y atisbo el brillo característico de las lágrimas en sus ojos. Necesito que exprese que le importa, necesito que entienda que esto está acabando con ambos y que no quiero, bajo ninguna circunstancia, ser testigo de su muerte. La última vez que vi la expresión que tiene ahora fue aquella noche de enero cuando me confesó que estaba enfermo. Esa vez logramos seguir; tal vez, como en aquella ocasión, podamos...

—Nadie te ata... —empieza diciendo. Muerdo mi labio como el último recurso que me queda para controlarme—. Tú sí eres capaz de escapar de todo esto. —Sus brazos se extienden, demostrando su punto, y se señala como si no hubiera quedado claro. El énfasis en el «tú» me ha dolido. Es obvio que no considera que exista un plural cuando se trata de nosotros.

No sé cuánto tiempo me dedico a observarlo, no soy capaz de disimular el dolor que me invade.

—Bien...

Se siente como si fuera solo una espectadora. Entiendo lo que pasa, sé lo que significa y sé que el paralizante impacto de lo que acaba de ocurrir me devastará, ya comienza a ser asfixiante. Tomo mis cosas y salgo del lugar, no quiero mirar atrás. Cuando visualizo el gran portón, las lágrimas se pasean libremente por mis mejillas, pero mi expresión se mantiene implacable, tratando de encontrar algún tipo de control en mi ser. Observo el muro que separa la residencia de la calle y lanzo mis cosas sobre él para luego treparlo; no volveré por unas llaves. Necesito alejarme, no me importa hacia dónde, pero debo hacerlo.

Siento la conocida opresión en el pecho ante el trabajo de mi mente traicionera, mientras me

hace recordar estos últimos meses donde los buenos y malos momentos se reencuentran. Llego a un parque cercano y me dirijo a un gran árbol que veo a la distancia. Una de mis manos se apoya en él, la otra se dirige a mi pecho mientras me dejo caer en el suelo, con la sensación de que el mundo se me viene encima. No parece ser posible que un ataque de pánico sea peor que el otro, pero este que estoy experimentando es el peor en mucho tiempo. Me cuesta utilizar los métodos cotidianos para manejarlo y, en un momento, siento que será inútil. Me toma más de lo que debería distraer mi mente y poder iniciar la transición hacia el escape de este infierno. Comienza a ceder, mi respiración va tomando su ritmo y mi corazón coopera. El dolor sigue grabado con fuego en mi pecho.

Apoyo mi cabeza en el tronco del árbol mientras mi mirada se pierde en la nada. Nunca he experimentado este tipo de dolor tan agudo, constante y profundo. No sé cómo explicarlo, un vacío se abre en mi interior y temo que me absorba hasta un punto sin retorno; una mezcla poderosa de desasosiego, tristeza y ganas de no dar un golpe más. Me cuesta creer que se acabó, me atormenta que ninguno sintió la fuerza para evitarlo. Es como volver a nuestro primer encuentro, sin que él sea el amable de la situación. Abrazo mi bolso, como si pudiese brindarme confort ante lo que siento. Una idea cruza mi cabeza y me extraña que mi parte racional siga funcionando. Tomo el teléfono y marco un número conocido.

—Hola, Sorita, ¿cómo estás?

—Milo, ¿crees que puedas acompañar a Max hoy?

—¿No estás con él?

—No. No puede pasar la noche solo.

No me responde de inmediato.

—¿Todo en orden?

—¿Puedes? —insisto; no quiero que me escuche perder el control nuevamente.

—Claro... —Su respuesta denota lo extrañado que se siente.

—Gracias.

El sol le da paso a la luna, pero no siento la fuerza necesaria para moverme. Decido que debo ir a casa por la hora y porque no estoy necesariamente cerca de mi hogar. No es lo que quiero, aún no me siento lo suficientemente tranquila como para disimular. Las lágrimas no dejan de escapar, como el intento desesperado de mi cuerpo por evacuar el dolor de alguna manera. Me levanto, trato de contenerme. Cuando empiezo a caminar, veo a las pocas personas con sus mascarillas y recuerdo que no llevo la mía. Suspiro, como si no fuese suficiente lo comprometida que siento mi respiración. Llego justo a tiempo a casa y, como esperaba, mis padres se encuentran en la entrada.

—¿Dónde estabas?!

No le respondo, lo que parece empeorar su humor.

—Sora Sakurai Montés, te estoy...

—Espera... —Mamá le detiene y levanto la vista ante su intervención. Mi expresión debe ser peor de lo que pienso, porque de inmediato veo el horror aparecer en su rostro—. Sor, ¿qué pasó? ¿Has estado llorando? —Hace el ademán de acercarse, evito el contacto.

—Perdón por la tardanza, no era mi intención preocuparlos. —Es mi respuesta antes de adentrarme a la casa.

Llevo a cabo el protocolo de limpieza en automático, ante la atenta y preocupada mirada de mi familia. No me molesto en pensar en la cena, mi apetito perdió su rumbo y no creo que vuelva por un buen rato. Solo quiero estar en la soledad de mi habitación, no hablar y lidiar con esto que siento de alguna u otra manera. Dejo mi teléfono sobre la mesita de noche, el cual no deja de vibrar. La oscuridad invade el lugar. Cierro la puerta y me dejo caer en la cama bocabajo, luego abrazo la almohada. Duele, demasiado, más de lo que me gustaría admitir, y no tengo idea de cómo empezar a liberar la angustia. La habitación se ilumina ante la puerta que se abre.

—¿Sor? —La preocupación envuelve su voz. No puedo verla, pero, por el cambio de iluminación, adivino que se está inclinando sobre mí—. Si necesitas hablar, sabes que estoy para ti.

No respondo, no me muevo. Mamá aparta mechones de cabello de mi frente antes de depositarle un beso. Sé que espera un poco antes de irse, con la esperanza de obtener alguna reacción por mi parte, pero al darse cuenta de que no es el caso, desiste.

La oscuridad envuelve el lugar otra vez y dejo que las lágrimas corran por mis mejillas, sin suscitar algún tipo de cambio en mi expresión. La pantalla de mi teléfono se ilumina, el nombre de Ari la ocupa. Observo una y otra vez cómo intenta contactarme. En la quinta ocasión, parece desistir y tomo el aparato. Tengo llamadas perdidas tanto de ella como de Milo, al igual que mensajes en los chats. Él me avisa que ya está con Max y le gustaría saber mi versión de la historia. Como espero, Ari es mucho más intensa al respecto, Milo debió comentarle sobre el desastre.

Ari: Sora, porfa, responde. Me enteré de lo que pasó con Max. Estoy aquí para ti.

No sé qué necesito, no sé qué quiero hacer. Lo único que sé es que acabo de romper con la persona que consideré, por primera vez en mi vida, mi mejor amigo, y siento que es mi culpa, que no hice suficiente para estar a la altura de la situación para evitar que nos consumiera. Algo dentro de mí sabe que esto debió ser un trabajo en equipo, pero no puedo evitar mi parte de la responsabilidad al arruinar lo que protegía con tanto anhelo.

Coloco el teléfono a un lado y me levanto para tomar la frazada olvidada sobre mi escritorio. Una de mis obras está sobre la superficie: la palabra «esperanza», plasmada con ese bello arte que es la delicada caligrafía de mis orígenes. El primer hipido de la noche sale de mi boca, marcando el inicio de unas horas infernales. Tomo la frazada y me apresuro hacia la cama, mientras todas las imágenes de Maximiliano Bécquer pasan por mi mente. Mi almohada es requerida para amortiguar los sonidos que salen de mi garganta ante el recuerdo de lo vivido y perdido. El enojo, la tristeza y la decepción se mezclan con el miedo y la incertidumbre. ¿Qué voy a hacer si al final sus planes salen mal? ¿Cómo voy a lidiar con perderlo? Mi garganta siente los embates de mi dolor, mi cabeza también y sé que esto es solo el comienzo de la tormenta en mi interior, lo peor puede que aún no pase.

—0—

Han pasado unos días desde el nefasto suceso y siento que vivo en un adormecimiento eterno, en el que me importa todo y nada a la vez. Como esperé, mis emociones están mostrando su presencia de manera somática. El estrés tiene mi ojo derecho en constante movimiento, mis sesiones de llanto me mantienen con dolor de cabeza y mi cuerpo resiente la falta de sueño. Trabajar de esta forma es un suplicio, me cuesta concentrarme y no funciono como me gustaría.

Raúl sigue con su rutina de disculparse una y otra vez por su atrevimiento. No tengo interés en emplear la poca energía que tengo en aceptar una disculpa que sé que no es sincera, porque sigue insistiendo para que le dé una oportunidad.

Siento que parte de mi habilidad del habla se ha esfumado o escondido en alguna parte de mí. Sé que de alguna manera debe salir, es lo normal y saludable, pero soy incapaz de hacerlo. No sé cómo ni con quién hablarlo, no me siento segura. Mis padres no lo entenderían y lo último que necesito es un sermón. Milo y Ari están en el medio de ambos y sé que su meta final es que volvamos, lo cual, para mí, no es una opción por ahora. No puedo soportar otro desplante de Max, mucho menos apoyar lo que quiere hacer en honor al Max original que siento haber perdido. Además, tampoco estoy en condiciones, y he retrocedido tanto que no sé cómo dar un paso adelante. Me pierdo, me paralizó.

Maximiliano, según Milo, tampoco la está pasando bien. Parece que desistió de sus ideas naturalistas o las pausó temporalmente, asumiendo que su mejor amigo parece no saber lo que tiene planeado. Al menos, la ruptura ha surtido efecto de alguna forma. Me resulta difícil el simple hecho de recordarlo, mencionarlo o revivir todo el pasado. No hemos tenido ningún tipo de contacto directo desde entonces, a pesar de que nuestros allegados se han esforzado por suscitarlo. Su padre, con quien casi no hablo, me llamó para ver si había posibilidad de diálogo. Es un lío de múltiples direcciones.

Intento, por enésima vez, concentrarme en el flujograma que estoy haciendo. Casi es hora de salir, mamá me pidió que le acompañara a hacer unas compras. Ella puede ir sola, pero es su manera de tener una conversación profunda conmigo, solo las dos, donde pueda hacerme todo tipo de preguntas sin que nos interrumpan. Sé lo que se viene, pero no tengo ganas de discutir, menos de debatir. La hora llega y recibo el mensaje avisando que está aquí. No me toma mucho tiempo unirme a ella; me sonríe con tristeza al verme. Entro en el asiento del copiloto.

—¿Cómo estuvo tu día? —Su tono es afable, sé qué realmente quiere saber.

—Nada realmente importante que contar —respondo, mientras me coloco el cinturón de seguridad y me quito la mascarilla.

Enciende el auto y no dice más hasta que llegamos al semáforo.

—Está bien que duela, una ruptura nunca es fácil. —No tengo ánimos de esta conversación, pero ella continúa—: Hablarlo puede hacerte sentir mejor.

—Lo dudo bastante.

La escucho suspirar.

—Quiero ayudarte.

Mi silencio es grosero, lo sé, pero para mantener el control, las palabras deben resguardarse. No confío en nada de lo que diga si no sé qué siento. Agradezco que desista cuando el semáforo cambia y tomamos la ruta acostumbrada hacia el área comercial que le gusta frecuentar. No hablamos, me dedico a observar el movimiento de la ciudad. Es una sensación extraña el tener tantos pensamientos al mismo tiempo como para que al final termines pensando en nada en concreto. La nada abruma más que cualquiera de mis picos de estrés. Algo estaba mal en mi interior desde verano y esto de Max solo terminó por quebrar lo que sea que venía resentido desde entonces. Mi atención vuelve al presente, cuando el auto se detiene en una tienda tipo almacén. El

estacionamiento está vacío. Este no es un lugar que frecuenta mi familia para las compras.

—¿Vas a hacer las compras aquí? ¿Tienes un cupón o algo?

No me responde, o, mejor dicho, no le da tiempo a hacerlo. Ambas puertas traseras se abren y, para mi sorpresa, veo dos figuras conocidas tomar asiento. Lo siguiente que registro es el sonido de las puertas asegurándose.

—¿Y ustedes? —pregunto. En los asientos traseros se encuentran Má Naoko y Ari; esto es una emboscada.

—Si no quieres ayuda de manera voluntaria, te obligaremos a obtenerla —dice mi supuesta mejor amiga a mis espaldas. No me importan las intenciones ni el propósito, esto me molesta.

—Sora-chan, estamos preocupadas. —Apenas entiendo lo que dice por la mascarilla que lleva puesta.

—No quiero hablar, ¿por qué es tan difícil de entender?

—Porque no lo estás asimilando —interviene Ari nuevamente—. Sora, por favor, no te cierres. Sé que es difícil, pero...

—No se te ocurra pensar que lo entiendes.

—Entonces, explícanos, solo queremos...

—¿Qué quieren? ¿Cómo van a entender todo lo que está pasando si yo no logro comprenderlo?

—Toma su tiempo, pero lo superarás... —Y ante esta última intervención, siento que lo que tanto traté de evitar está por ocurrir.

—¡No sé cómo! —Trato de expresarme de la manera más coherente, pero solo logro hacer el ademán de hablar antes de que las lágrimas me traicionen. El silencio incómodo se hace presente, mientras me tomo unos segundos para recomponerme—. Esto es mucho más complicado.

—Lo sabemos, mi Sora-chan, es por eso...

—No, no lo saben... —Los hipidos me dificultan hablar, pero necesito que termine, quiero que me dejen en paz—. Cuando pensé que había hecho un proceso, que ya no era la antipática y fría chica que no sabe cómo expresarse, retrocedo hasta el inicio, y cada gramo de mis errores me asfixia. Mauro vuelve a aparecer y me entero de que les ha hecho daño a muchas personas porque no pude detenerlo y Max...

Lo pierdo del todo. Apoyo mi brazo de la puerta mientras mi mano intenta controlar los sonidos que salen de mis labios.

—Todo estará bien...

—No, no lo estará —digo entre sollozos. Siento los brazos de Ari envolviéndome desde atrás. Su abrazo representa la acción más agradable hasta la fecha que me he negado a recibir por mi propia incapacidad—. De verdad pensé que... esto iba a durar y ahora... me siento culpable de que acabara justo cuando él más me necesita. Pero no puedo. No puedo, sé que, por el bien de los dos, tenemos que estar alejados. Y duele sentir que se arruinó la conexión con una de las personas más maravillosas que he conocido y que ahora desconozco. Duele demasiado. —El agarre de Ari se afianza un poco más—. Sé que esto es mi culpa. Merezco estar sola, merezco todo lo que me ha pasado.

—No, no, no digas eso. —Percibo el quiebre en la voz de mi madre, quien no puede disimular la culpa—. Esto es solo un bache, solo que ahora no lo parece. Estaremos aquí para lo que necesites. Es más, puedo hacer una cita...

Mis ojos caen sobre ella, lo que hace que detenga su plática. Vuelvo a escuchar aquel clic en mi cabeza. No intento controlar las lágrimas, dejando que vea lo rota que me siento y lo banales que me suenan sus soluciones en estos momentos.

—¿De qué servirá la tercera vez si queda comprobado que tratar de arreglarme es inútil? ¿De qué sirve si vuelvo a mi realidad y las personas que me importan, las que no quiero sacar de mi vida, no están en el mismo tren que yo? ¿De qué servirá si, claramente, ustedes piensan que todo el problema viene de mí? —Traga en seco en un intento de controlar sus propias emociones. Estoy en un punto donde no mido lo que digo, el filtro no funciona y no tengo la capacidad de que me importe quién se pueda ofender—. Iré a decirle lo mismo —añado—; ese patrón no es nuevo, mamá.

Nos mantenemos la mirada. La mía debe denotar enojo; la de ella representa el dolor que le causa mi reclamo.

—Carolina —escucho a Má Naoko llamarle, haciendo que su mirada se aparte de mí—. Ven conmigo.

Al principio mi madre se niega, pero termina por aceptar.

—Señora Naoko, no se quite la mascarilla, esa fue la condición.

—Sí, jovencita, lo recuerdo.

Salen del auto y las observo a unos cuantos pasos. El lenguaje corporal de mi madre denota su incomodidad mientras Má trata de razonar con ella. Ari se aleja por completo y trepa hasta el asiento del conductor. Aparto la mirada, sé que me observa a pesar de que mantengo mis ojos al frente.

—De alguna forma iba a salir. —Giro para observarla y la encuentro apoyándose del asiento—. No quiero que creas lo que acabas de decir respecto a ti. Claro que mereces tener a personas que nos preocupemos por ti y de ninguna manera mereces lo que pasó. Sé que te cuesta demostrar tus sentimientos, aun así, eres la que siempre está al pendiente de nosotros.

—No fue suficiente para Max.

Parece pensar sus próximas palabras.

—No sé qué exactamente detonó esto, pero para que le pusieras fin a lo que tienen, debió ser importante. No te juzgo, hiciste lo que considerabas mejor para ti. —Extiende su mano y toma la mía en señal de apoyo—. Lo que sí te pido es que no te cierres, deja las puertas abiertas y ve qué pasa. Tanto tú como Max están pasando situaciones difíciles.

—Si fue lo correcto, ¿por qué no se siente así? Pensé que sería diferente. Max ha sido el primer chico que puedo decir con seguridad que me importa y...

—No te martirices, Sora. Mejor reflexiona, busca ayuda y comienza a sanar. No sabemos cómo viene el futuro, ya sabes cómo se desenvolvió el pasado. Necesitas encargarte del presente. Todo lo que has vivido hubiese derribado a cualquiera, pero seguiste y mereces tener este apoyo.

No contesto, más bien, dejo salir lo que llevo dentro mientras ella me conforta quién sabe por cuánto tiempo. Los brazos de Ari representan alivio nuevamente. Quiero creerle, pero es difícil

imaginar un espacio donde soy realmente feliz.

Mi madre y Má vuelven al auto luego de su respectiva charla, de la cual no me interesa saber. Lo que acabo de experimentar ha drenado lo que me quedaba de energía.

El camino a casa después de dejar a Ari y a Má fue tenso y silencioso. Aunque sé que me excedí en parte, necesitaba expresar mi parecer. Para aclararlo, debo tener la mente más tranquila y la razón funcionando a máxima capacidad. Por ahora, solo quiero estar sola y tener la sesión de llanto que me ha acompañado durante estos últimos días hasta quedarme dormida; es la única instancia del día donde no pienso en nada y tengo un respiro, mientras experimento cierto atisbo de la paz olvidada.

—0—

Llego a casa y me recibe Hiro, informándome que papá y mamá no se encuentran. No presto mucha atención. Ver las noticias sobre el caso de Mauro, lo poco activo que ha estado Max en las redes, la tensión que he creado con mis padres... Esto no parece acabar nunca y no tengo un lugar al que pueda llamar escape. Mi apetito no coopera, mi ciclo de sueño tampoco; todo el peso cae sobre mi cuerpo, que cada vez se siente más débil. Los mareos y las lagunas mentales son una señal de que este es mi límite.

Me dirijo a mi habitación y me dejo caer en la cama ante la imposibilidad de mantenerme de pie por mucho tiempo. El estómago me reclama, pero no tengo ganas, de alguna forma me siento apagada y encender no es una opción. He considerado acudir a los ansiolíticos que tanto odié en su momento. No es lo mejor, mucho menos si no son recetados, pero estoy desesperada. Una parte aminorada de mi consciencia me dice que es una idea estúpida, pero, por ahora, no es como si estuviese buscando la respuesta a la vida; solo quiero un poco de paz. Recuerdo vagamente el nombre de uno de ellos. Me levanto con más dificultad de lo que me gustaría admitir y me dirijo a mi ordenador. La magia de Google de encontrar hasta las cosas que no parecen estar en el idioma que se necesita. Confirмо que se trata del que recuerdo por la imagen.

Coloco en pausa la investigación para darme un baño y conseguir algún aperitivo en caso de que el milagro ocurra y mi apetito coopere, antes de que mis padres vuelvan. Tomo mi toalla, el pijama, mi teléfono y los audífonos en lo que preparo todo. Llego al baño y abro la llave para que se llene el contenedor. La *playlist* inicia y la primera canción hace que recuerde a Max, así que la cambio por la segunda, la tercera, la cuarta... el mismo resultado. Todo me recuerda a él, haciéndome cuestionar en qué estará, si me extraña como yo lo extraño. Decido dejar que la lista siga su curso; no puedo huir por siempre. Reviso los frascos en el botiquín, tal vez pueda encontrar algunas pastillas para dormir en lo que se resuelve el caso. Me concentro en la labor investigativa como un estúpido mecanismo de distracción que toma más tiempo del estimado. Salgo abruptamente de mi distracción cuando la puerta, que tenía pestillo, se abre con fuerza al chocar con la pared.

—¡Hiro! ¡¿Qué demonios te pasa?! —pregunto al ver su figura ante el destrozado inmueble.

—¡¿Qué demonios te pasa a ti?! ¡¿Por qué no respondías?! ¡Lo único que escuchaba era el agua correr! —Que me levante la voz me molesta aún más.

—¿Y por eso tenías que romper la puerta?

—Pensé que... —La voz se le quiebra—. Tu computadora...

Paso de la confusión al entendimiento y no puedo evitar sentirme culpable ante lo que pensó que ocurría.

—Hiro, no... nunca haría algo así.

—¿Cómo saberlo?

Cuando pasó toda la debacle de Mauro, no era un bebé, pero apenas estaba entrando a la pubertad. Lo recuerdo observándome a la distancia, sin realmente saber qué hacer pues no entendía del todo la situación, más allá de que su hermana mayor estaba triste y él no podía remediarlo. Al crecer, se enteró con lujo de detalle. Mi estado en las últimas semanas puede que le haya traído recuerdos.

—¿Por qué insistes en que vivamos esto una y otra vez? —me recrimina—. Siempre nos ilusionas con que todo estará bien para arrastrarnos de nuevo. —Trago en seco cuando veo las primeras lágrimas descender por su mejilla—. No puedo vivir temiendo el día en el que abriré la puerta de tu habitación y tú... —se interrumpe, incapaz de decirlo en voz alta—. ¡Tengo pesadillas sobre eso! —Trato de acercarme, pero da un paso hacia atrás. Se limpia las lágrimas con el antebrazo—. No coloques el pestillo o derribaré cada maldita puerta de esta casa —declara, para después alejarse.

Sus palabras solo aumentan el peso que ya sentía. Sé que debo hablar con Hiro, pero su ánimo y el mío no permitirán que la conversación fluya. Decido darme el baño con la esperanza de salir lo más rápido posible. ¡Al carajo el intento de relajación y calma que tenía en mente! Salgo en pijamas y me dirijo directamente a la cocina. Lleno mi botella hasta el tope con agua, me llevo tres envoltorios de *chips* y, como ha sido costumbre, me atrincho en mi habitación, abrazando mi almohada mientras me pierdo en el vacío que siento. No sé en qué momento caí en la tan necesaria red de Morfeo. Cuando mis ojos vuelven a ver el mundo, lo hacen ante el sonido de mi alarma y la luz solar de un nuevo día.

La cabeza me duele horrores, mi cuerpo pesa toneladas y me cuesta salir de la cama. Me levanto como puedo. Trago con dificultad, no recuerdo la última vez que bebí agua el día anterior, pues la que traje conmigo sigue intacta. Me dirijo al baño y me asusto ante el desastre que supone mi reflejo en el espejo. Tengo que concentrarme en el presente y tratar de arreglar lo que viene. La situación es muy reciente, así que no debo esforzarme por tenerlo todo planeado, es un proceso y no puedo saltarme pasos a conveniencia; mi hermano menor teniendo la sabiduría para darme una bofetada sin mano. También está el tema de Max. Me cuesta imaginar un futuro sin él, pero sé que, aunque esto duela como si estuvieran desgarrándome desde adentro, es la alternativa para evitar que nos odiamos a muerte. Nuestra historia no merece este final.

Tratando de seguir mi rutina, tomo mi cepillo de dientes, coloco la pasta dental y comienzo a higienizar mi boca. Pasan unos segundos antes de que note un detalle de suma importancia: no percibo el sabor. Saboreo el contenido varias veces y nada, tampoco percibo el olor característico al abrirlo. Con una posibilidad no muy agradable en mente, tomo uno de los perfumes de la repisa, el que posee el aroma más fuerte. Lo acerco a mi nariz y no huelo absolutamente nada. Cierro los ojos, molesta.

—Maldita sea...

III

KANASHI 悲しい

Triste Infeliz

Mi antigua experiencia con este monstruo coincidió con el declive de mi falso círculo social. La relación con mi ex, Alana, fue igual de tormentosa. Es una chica muy atractiva, de esas que deslumbran en una fiesta y que es el centro de atención de las reuniones. Hasta el día de hoy, existen muchas cosas que desconozco de ella; nuestra relación fue mayormente sexual. Estaba enamorado de lo que ella representaba y ella nunca me vio más allá de la imagen poderosa que significaba tenerme a su lado. Era demasiado celosa y me agredía constantemente, tanto de manera física como emocional, y me amenazaba con declarar cosas falsas sobre mí si osaba llevarle la contraria o no hacía lo que ella quería. Pero, claro, ¿quién creería que mi novia era abusiva conmigo? Muchos se ríen ante la idea.

El punto de inflexión llegó cuando me rebelé contra el líder de mi grupo social, Rodrigo. El *influencer* número uno del país en aquel entonces. Era el típico chico salvaje que le cae bien a todo el mundo por ser un «bienqueda», sin sentido crítico y que atrapa toda corriente que aparece. Muchas de sus actitudes hacia los demás no me gustaban, incluso con todo el tema de que no éramos personajes muy diferentes en ese entonces. Con el tiempo entendí que yo actuaba según lo que me molestaba y me hería de mi entorno; él era —o es— así por naturaleza. El acto de denigrar a otros por su fama me parecía vomitivo y terminé explotando cuando quiso propasarse con una joven en una fiesta. A partir de ahí, todos me dieron la espalda. Alana cambió su actitud conmigo y me hizo la vida imposible, más de lo usual.

Muchas puertas se cerraron, muchos amigos hicieron el conocido acto de magia y desaparecieron del panorama. De repente, pasé de una legión de personas que me alababan y con las que vivía la vida loca, a un espacio vacío donde todos me ignoraban. Luego, pasó lo del accidente. Fue tan estúpido todo el asunto que, hasta el día de hoy, no entiendo cómo ocurrió. Estábamos de vacaciones y se me ocurrió ir a jugar golf —el cual detesto— con papá. Con todo lo que estaba pasando, sentía la necesidad de acercarme a él y tratar de tener una charla padre e hijo. No recuerdo todos los acontecimientos, solo tengo la noción de que, por un movimiento brusco que hice con el volante, el carrito se volcó. Aparte de la cantidad de golpes y laceraciones serias que recibí mientras el auto daba vueltas sin control, tuve la increíble suerte de terminar en el lago y quedar atrapado bajo el agua. No recuerdo mucho después de aquello. Retomé la consciencia en la cama del hospital, donde, buscando daños no visibles, encontraron al monstruo.

Al principio, no parecía real: era joven, prácticamente un adolescente, no se suponía que

enfrentara algo tan serio como un cáncer. Solo cuando el tratamiento inició acepté mi nueva realidad y sus implicaciones. En el momento no lo percibí de esa forma, pero lo único positivo de la situación fue que Alana decidió dejarme. Me quedé solo, pero, si no hubiese ocurrido, posiblemente seguiría con ella. No tenía la suficiente autoestima o fuerza de voluntad para alejarme del lugar seguro que su toxicidad, por el mero hecho de sentir que alguien estaba conmigo. Gracias a todo lo bueno, Milo entró en escena. Era el conocido que venía de vez en cuando a entregarme trampas a la dieta, motivado por la pena. Con el pasar del tiempo, resultó ser un gran amigo.

El tratamiento fue traumático, la experiencia más estresante y quebradora de espíritu que me tocó atravesar. Fue la primera vez que el concepto de «muerte» dejó de ser abstracto y me hizo replantearme las cosas que pensé seguras y ciertas. Me amargó, me hizo solitario y poco comunicativo. La enfermedad, en vez de darme un sentimiento impetuoso de vivir, pareció consumirme. Incluso cuando entré en remisión y el peligro pasó, seguía sin ganas de nada. Mi padre, como una manera de ayudarme, me inició en la tradición de acompañarlo a sus reuniones internacionales, para «cambiar de aires y conocer el mundo». De cumpleaños, sin saber qué realmente hacer para mejorar las cosas, me entregó una generosa cantidad de dinero para que hiciera lo que quisiera, su solución favorita de toda la vida. Utilicé el fondo para emprender una serie de viajes.

Visité muchos lugares, pero unos pocos quedaron en mi mente como para visitarlos nuevamente. El lago Louise representó el botón de apagado que necesitaba. La tranquilidad y la belleza del lugar simplemente hicieron que mi mente se detuviera y pensara en cosas más allá de lo que acababa de vivir. Reinició todo y, por un momento, me hizo pensar en el futuro. Mientras hice senderismo por los alrededores, comencé a ver mis posibilidades más claras. El parque nacional Cairngorms hizo que me planteara opciones realistas mientras observaba las especies del lugar. Allí quise entender del todo lo que sentía a pesar de ser un sobreviviente. Toda la exploración del sitio encendió mi curiosidad, no solo por la fauna que se desarrolla en aquel paraíso, incluyendo algunas especies endémicas, sino hacia esta nueva vida que no comprendo. Por eso decidí que, si estudiaba alguna carrera, sería Psicología, para entender la mente humana y para tratar de entenderme, ayudando a otros en el proceso.

Finalmente, estuve en el país de la Torre Eiffel, donde me enamoré a primera vista de la historia que transmite y la paz que la atmosfera me entregó. Aproveché para visitar un centro de meditación, uno de los sitios recomendados en línea y de los más populares. Asistí al evento de verano donde reciben a las personas extranjeras. En ese momento, estaba encontrando mi rumbo, pero aún me faltaba el último empujón. Fue una experiencia relajante, enriquecedora y que jamás esperé disfrutar. Las actividades y las conversaciones con los encargados y las personas que, como yo, fueron de visita, me brindaron perspectivas nuevas y diferentes en cuanto a temas que me interesaban. Fue una de esas personas que comentó lo fácil que parecía para mí meditar con los ojos abiertos, observando el cielo. Lo notaron cuando, en una de las sesiones de meditación, olvidé todas las instrucciones después de que se indicara observar hacia el techo de nuestra Tierra.

El resto del viaje lo pasé en Dordoña, disfrutando de la magia que el lugar desprendía. Lo amé y sentí que era un segundo hogar para mí. Al presenciar lo maravilloso de sus castillos bajo el cielo nocturno, deseé poder compartir la vista con alguien, ante lo egoísta que me sentía por estar solo. Tal vez con un amigo, o alguien especial para mí. El pensamiento no solo fue sorpresivo, sino que

supuso la primera vez en la que pensé que podría tener otra relación. Fue fugaz pero significativo, y me hizo tener esperanzas renovadas ante el futuro. Esa noche, antes de ir a dormir, mi vida, después de todo lo acontecido, no parecía tan atemorizante como antes. «El cielo realmente te cautiva» fue la frase exacta que me dijo el extraño en el centro de meditación y que no tomé más allá de un simple comentario al azar... hasta que la conocí.

Inicié la universidad a los veintiún años y mi primer trimestre fue un verdadero desastre. Con el tiempo, he aprendido a aceptarlo y a agradecer que así fuese. Si no me hubiese atrasado, mi camino y el de Sora jamás se hubiesen encontrado. Sin saber realmente cómo, ella llamó mi atención. En términos normales, nuestro encuentro debió terminar sin ningún diálogo, incluso la hubiese evitado ante el acto; pero cuando sus ojos rasgados se encontraron con los míos, sentí curiosidad. No solo por lo bellos que me resultaron, también por el cúmulo de emociones que expresaban. Para mí, fue como presenciar el momento en que se abre la puerta de una habitación que se encuentra a oscuras: aunque se mantiene la oscuridad a los alrededores, un camino de luz contenido por la puerta ilumina una sección del lugar que te permite ver lo que pasa. La oscuridad sigue presente, pero no abruma los sentidos. Eso fue exactamente lo que vi en su mirada y quería descubrir la razón.

Cuando escuché su nombre mientras el maestro pasaba la lista el primer día, la frase de aquel lejano extraño visitó mi mente con violencia. No soy un fanático *hardcore* del anime y mucho menos soy experto en la cultura japonesa, pero su nombre es una palabra que cualquiera puede conocer si ha consumido en algún momento de la vida algún tipo de producto nipón. La combinación de mi sutil interés hacia ella y el significado de su nombre fue suficiente para que no lo dudara dos veces: quería conocerla más. No me la puso fácil, estuve a punto de dejarla en paz varias veces, pero cuando veía en su mirada la mezcla de que le irritaba y, al mismo tiempo, la alegría de no estar sola, no existía forma de rendirme.

Descubrí tantas cosas sobre mí mismo mientras conocía su historia; me encontré con una chica absorbida por el miedo y las antiguas acciones de terceros, que se expresaba a través del *shodō* —así descubrí que se llamaba su arte luego de una rápida consulta en Google—. El día en que aceptó mi solicitud de amistad, sin exagerar, sentí que había logrado un acontecimiento más que importante en mi vida. Pasar tiempo con ella supuso una de las mejores actividades en mucho tiempo, aunque fuera en la biblioteca compartiendo publicaciones, en los pasillos mientras esperábamos por nuestras clases o en la plazoleta cuando teníamos las tres comidas del día porque nos tocaba pasadía en el recinto. Cuando logré que sonriera abiertamente, suscitó un millón de emociones en mí. Fue el inicio de mis sentimientos, aunque no fui capaz de identificarlo en ese entonces. Me terminé enamorando de ella sin notarlo. Sus ocurrencias, su testarudez, su sarcasmo e incluso su intensidad, su ímpetu en ayudar a los demás, su responsabilidad y la total entrega en lo que cree son combinaciones que admiro de ella, al igual que la fortaleza que no reconoce que tiene. No es perfecta, como yo tampoco lo soy, pero es parte de lo que me permitió apreciarla aún más, enamorándome de sus imperfecciones como creo que ella hizo con las mías.

La relación se volvió de mejores amigos. Los abrazos y demás afecciones se hicieron frecuentes, provocando que mis sentimientos se afianzaran y confirmara lo tranquilizante que es su presencia en mi vida. La extrañé tanto mientras estuve fuera que decidí que debía intentarlo. No contaba con que la enfermedad tuviera los mismos planes. Por primera vez, pensé que mi vida estaba dirigiéndose hacia la paz. La universidad iba bien, mi grupo de amigos es el mejor que he tenido

jamás y me enamoré de una chica que me ha agregado más allá de lo que los lujos de mis padres han podido a lo largo de mi vida.

Manejé la situación de la peor manera posible, pero ante la idea de perderlo todo cuando por fin las cosas se estaban alineando, no poseía mucha sensatez. Fue aún peor aquella noche de diciembre cuando la besé y, para mi horror, ella correspondió. En un mundo tranquilo, habría sido el escenario perfecto, pero me expresé como un cavernícola y las cosas se complicaron. Sora no me hablaba y yo no sabía cómo acercarme, me encontraba nuevamente en el espacio de aceptación ante lo que se venía. Entre la batería de exámenes, las opiniones médicas y las transfusiones que ayudaron a mis deplorables valores en sangre, pensé en cancelar mi asistencia a Las Bahamas. Con todo lo que estaba pasando, más el hecho de que posiblemente Sora me odiase y estuviésemos tomando esto como una ruptura, ya no parecía tan atractiva la idea de vacacionar. Pero habría sido irrespetuoso hacia Ari e iba a ser mi último escape antes de sumergirme de lleno en el tratamiento; así que decidí ignorar mi buen juicio y las recomendaciones de los doctores: una de las mejores decisiones que he tomado en un largo tiempo.

La primera vez que la vi luego del beso fue en el aeropuerto, pero no fui lo suficientemente valiente como para acercarme; tampoco lo fui al principio del viaje, cuando deliberadamente la evitaba ante el miedo y el malestar que aún sentía del quebranto de salud que tuve previo al viaje. Milo tuvo que intervenir y sacarme de manera no muy amable todos los puntos en los que me había equivocado. Fue el último empujón para enfrentarme a Sora. No fue sencillo y la conversación no comenzó de manera amistosa, pero, cuando finalmente sucedió la revelación, fue una descarga de alivio y pavor. Alana fue tan fría al respecto la primera vez, como si le hubiese compartido una banalidad más; Sora mostró consternación ante la gravedad del asunto. El hecho de que decidiera, sin importar lo que esto conllevara, estar conmigo, me confundió respecto a mi experiencia anterior. Nunca pensé que admiraría tanto a una mujer como la admiro a ella para intimar como lo hicimos y para imaginarla en mi futuro tan vívidamente.

Estaba tan asustado de dañarla, de hacerla sentir incómoda o recordarle a aquel, que intenté detener uno de los momentos más trascendentales hasta ese entonces. Hasta el sol de hoy, no sé cómo me contuve aquella noche cuando lo tuve de frente. La idea de saber que yo era su único soporte me mantuvo enfocado en ella, pero cuando vi su derrumbe en primera fila y aquella excusa de ser humano regodeándose de lo que había hecho, sin ningún tipo de culpa, me propuse como meta hacerlo pagar por todo lo que hizo, despabilando a la justicia, nivelando los intereses. Ahora, la justicia es lenta y no soy un santo. El día que envió a su madre y al matón a aterrorizarla con clara convicción de disparar su trauma o lastimarla nuevamente, no existió poder humano que detuviera mi tren de pensamiento; las evidencias físicas de lo que hicieron destruyeron mi control. No me importaron las consecuencias ni que Sora se enojara como nunca. Sano o no, no puede esperar a que alguien le haga daño y me quede tranquilo.

Debo admitir que el tema de la salud es el detonante de muchas de nuestras tensiones. Aquella noche en su baño fue solo una muestra de lo que esto acarrearía. Aun así, fue un momento trascendental para mí al sentir su apoyo genuino. Llegó la pandemia y todo se fue al carajo. Sé las razones por las que mantuvo la distancia y, hasta cierto punto, lo agradezco, pero la lejanía al tenerla tan cerca no me agradó —sigue sin agradarme—. El tratamiento es intenso, los efectos son fuertes y se discuten las consecuencias a largo plazo. Comencé a buscar alternativas más naturales que puedan servir para mi causa porque me niego a que siga dañando lo que está bien. No soy

iluso, sé que no es la mejor de las ideas. Pensaba contárselo cuando iniciase oficialmente con la alternativa que me convenciera mejor, pero luego pasó lo de su compañero de trabajo.

Admito que en los últimos meses no he impuesto el ejemplo de lo que la conversación debería ser, pero ocultarme que alguien la besó y que me enteré por su propio descuido de no cerrar la llamada, fue increíble para mí. Lo que me destruyó fue su desahogo con Ari; sentí que había fallado y ella no tenía fe en nosotros. Recordar la pelea hace que un nudo se instaure en mi garganta. Odio verla llorar, en especial cuando soy el causante. Cuando insinuó que deberíamos tomar caminos separados, sentí el quiebre en esas palabras mientras el aire escapaba de mis pulmones. Quería detenerla, decirle que no era la solución, pero no fui capaz de reaccionar. Parte de mí piensa que ella merece más que esto. Merece lo mejor y la estabilidad que no puedo ofrecerle; solo la hago sufrir. Esa parte ganó el don de la palabra. La puerta se cerró, me quebré como un bebé frustrado y enojado con el mundo ante la culminación de lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Un grito desgarrador atravesó mi garganta ante el inmensurable dolor. Así me encontró Milo, en el suelo, aceptando el peso del mundo, que pesa aún más cuando me entero de que mi cielo fue quien lo envió para ver si estaba bien.

Los últimos días no se han sentido reales. Han consistido en, básicamente, hacer nada por voluntad propia y experimentar el dolor emocional más intenso de toda mi vida. Me cuesta creer que se ha terminado, no pensé que esto pasaría con Sora. Con ella, todo parecía obvio en cuanto a la ruta de los acontecimientos y el hecho de que ambos congeniábamos más allá de lo que esperamos en un principio. Pensar que ya no somos nada es el sentimiento de profundo vacío que no pensé experimentar otra vez. La extraño más de lo que puedo expresar y no sé qué depare el futuro a partir de aquí. Nuestras vivencias se repiten una y otra vez en mi cabeza. Mamá no se aparta de mi lado luego de enterarse de lo ocurrido, temerosa de mis decisiones en este periodo donde lo único que sé con seguridad es que no sé qué más hacer.

—Maximiliano.

La he invocado con el pensamiento. Me encuentra editando algunos clips, en un intento vano de despejar la mente. En el momento en que veo su expresión, sé que tiene algo no muy grato que comentarme.

—Toma tus cosas, Sora dio positivo. Sé qué hace días que no tienen contacto, pero debemos prevenir.

—¿Cómo? Sora es supercuidadosa.

—Cualquier descuido es suficiente. Tal vez fue en el trabajo.

Frunzo el ceño ante la idea que llega a mi cabeza. Que todo lo bueno proteja al tal Raúl si resulta ser que el fatídico beso fue el origen del contagio. No le basta con ser un atrevido, también tuvo que enfermarla en el proceso.

—Pero... ¿ella está bien?

—Tiene síntomas, es lo único que sé.

Estoy preocupado y contrariado por toda la situación. No puede importarme menos si lo tengo, el hecho de que Sora lo tenga es lo que plaga mi mente. En los últimos tiempos, noté que el estrés le jugaba en contra. No tengo pruebas, pero sí experiencia con su inclinación a la responsabilidad y el estrés; debe haberse sobreexigido en sus labores, lo que incluye saltarse comidas y no dormir

como debería. Tengo que saber cómo está, aunque sea a través de terceros. Le escribo a Ari y a Milo al mismo tiempo, en espera de quien me responda primero. Necesito saber que está bien, no estaré en paz hasta que así sea.

—0—

Si fuese otra circunstancia, reiría ante la ironía de que se preocupara tanto en protegerme y ella fuese la que terminara contagiándose. Sus padres dieron positivo; su hermano, abuelos y Ari no contrajeron el virus. He controlado mis impulsos de llamarla por días, teniendo como informante a Ari, quien me entrega cada actualización que puede. Lo último que supe no fue alentador: los síntomas no ceden, de hecho, están empeorando hasta el punto de que le cuesta estar de pie sin ayuda; su respiración se encuentra más comprometida de lo que debería para una joven saludable como ella.

Estoy intranquilo, preocupado y poco puedo hacer para concentrarme en otra cosa que no sea su salud. No me agrada que esté tan enferma y no poder estar con ella; odio tanto la distancia que se ha creado justamente en este momento. Me debatí por mucho tiempo si debía o no escribirle, con el temor de que tal vez pudiese empeorar o generarle malestar. Ignoré todo sentido común y le envié un simple «¿Cómo te sientes?», pero no obtuve respuesta. Evito pensar que realmente no quiere saber de mí. El día acaba de empezar y mi optimismo está por los suelos.

Escucho que tocan la puerta. Mamá salió a hacer unas diligencias y no creo que se trate de ella, pues tiene llave, no le hace falta anunciarse. Me levanto aún en pijamas, sin el deseo de ser sociable y con el espíritu del Grinch. La persona del otro lado parece tener una emergencia. Salgo al recibidor. Al visualizar el semicubierto rostro de Milo del otro lado, no puedo evitar sorprenderme. Abro el portón y le dejo pasar. Aunque no puedo ver del todo su expresión, no creo que esta sea una visita de cortesía. Está agitado, su postura grita rigidez. Lo único que tiene libertad de movimiento son sus dedos, los cuales delatan que lo que predomina en él son los nervios.

—Ari me matará, pero necesitas saber esto. Es sobre Sora. —Enarco una ceja ante el comentario, él sigue hablando—: La encontraron inconsciente en su habitación, está ingresada desde entonces. Su condición no mejora, así que la intubarán esta tarde. —Sus palabras me caen como un yunque, una sensación fría me recorre de pies a cabeza—. Sé que rompieron y que las cosas están extrañas, pero esto es algo de fuerza mayor y creo que necesitas verla antes de que... —Milo duda, yo me desespero.

—¿Cómo... cómo puedo verla?

—Encontraremos una forma de escabullirte —responde, luego me señala con el dedo—. Solo una condición: mantén la distancia y no te quites la mascarilla. Tiene el bicho y lo último que necesitamos es que te contagies.

Asiento para complacerlo, aun sabiendo que contagiarme es lo último que me importa. Los posibles desenlaces desestiman cualquier problema que tenemos. Sora puede morir. Pensarlo es un duro golpe en la boca de mi estómago. Tomo mis cosas y, como mucho, me lavo el rostro; también cambio mis pantalones para que no se note que sigo en pijama. Aunque traten de negarlo, tengo parte de la responsabilidad: Sora estaba estresada por muchas cosas a la vez, incluyendo su trabajo y mi terquedad; el fin de nuestra relación cayó como un ladrillo sobre esta situación. Pensar que estaba tan débil que no pudo responder mensajes hace que sienta que me asfixio; mis ojos arden de la impotencia.

Llegamos al hospital rondando el mediodía. Como esperábamos, no nos permitieron el paso. Tuve que simular que me estaba dando un ataque para que nos permitieran entrar al área de emergencia, pues los asuntos de los pacientes oncológicos no pueden esperar. Luego del chequeo de rutina, me escabullí por los pasillos; Milo acordó cubrirme las espaldas diciendo que fui al baño para ganar algo de tiempo. Con la información que me proporcionó, me dirijo sin perder tiempo hacia la habitación de Sora. Visualizo la numeración y me detengo por un momento, tratando de mentalizarme ante lo que posiblemente pueda ver en este lugar. La última imagen que tengo de ella fue la de su rostro plagado de lágrimas y dolor; lo que veré no es mejor que eso.

Me toma unos pocos pasos llegar al ventanal y toparme con su pequeña figura en la cama. Si pensé que antes era real, esta imagen desafía todo mi autocontrol. Coloco mis manos sobre el cristal, mis ojos fijos en su inmóvil y dormido cuerpo. Está sola en la habitación, no sé a cuantas cosas está conectada. Solo puedo distinguir un sinfín de cables y pequeños tubos por todas partes, además de la cánula nasal que, lamentablemente, conozco. Esto debe ser una pesadilla. Sora es la persona más fuerte que conozco, nunca pensé verla de esta manera. Y me mortifica pensar que esta sea la imagen final.

—¿Qué haces aquí? —La pregunta me sobresalta. Hiro se encuentra observándome a unos pasos—. No deberías... por varias razones.

—Necesito verla.

—Ya la viste. —Su contestación derrocha hostilidad y me toma fuera de base por unos segundos—. No te necesita —dice, y me doy cuenta de que su actitud tiene que ver con la ruptura.

—Hiro, sabes que me importa tu hermana. —Su postura no cambia—. Solo quiero...

—Confié en que no la harías sufrir. No dejaré que entres a alterarla en lo que le queda de consciencia. Sé que no eres lo que necesita ahora. —Si Sora estuvo atravesando el mismo infierno que yo en estos días, entiendo que quiera evitar el mínimo inconveniente en esta situación.

—Lo que pasó no quiere decir que no me importe. Solo quiero... —Bajo la vista ante las sensaciones que me abruman—. Solo quiero que sepa que estoy aquí y que lo estaré hasta en las peores, como esta. —Su ceño se suaviza. Sé que aún no está convencido del todo, pero sabe en el fondo lo importante que es Sora para mí. Independientemente de nuestra relación, no puedo alejarme cuando las adversidades llegan—. Por favor, solo quiero... —le ruego—; por favor... —Se me quiebra la voz ante lo desesperado que me encuentro. Lo único que quiero es entrar a la habitación y estar con ella—. Por favor...

Por su expresión, sé que se debate internamente. Sabe que las circunstancias no deciden lo que siento por Sora y, al final del día, es un encuentro importante. No quiere ser la persona que lo impida, aunque su instinto de protección diga lo contrario. Su semblante es prueba de lo preocupado que está por toda la situación.

—Rápido. Mi abuela volverá pronto con los médicos y ella no será benevolente contigo.

Sonrío en agradecimiento, con el alivio por las nubes.

—No la alteres —me advierte.

Me acerco a la entrada, después de confirmarle con un asentimiento que lo he escuchado. El

pequeño chirrido que hace la puerta cuando se abre me molesta más de lo usual. Me adentro en la habitación lo suficiente para poder cerrarla detrás de mí, tratando de hacer el menor ruido posible para no perturbarla. El corazón me palpita como si quisiese salirse de mi pecho. No sé exactamente qué esperaba encontrar, pero esto es mucho peor, infinitamente peor de lo que percibí a través del cristal. Esa no es mi Sora, no, no es mi cielo. La chica fuerte que me coloca en mi sitio no puede ser este cuerpo pálido conectado a un sinfín de aparatos. Pierdo las fuerzas en mis piernas por unos instantes, lo que hace que termine de rodillas. El golpe seco se extiende por el lugar. Mantengo la vista en el suelo, buscando tranquilizarme.

—¿Quién...?

Escucho un suspiro. Levanto la vista y encuentro esos ojos que tanto amo, observándome de manera diferente. Apagados, cansados, casi sin vida.

—¿Max? —llama y me incorporo, tratando de disimular mi quiebre anterior—. No... no... deberías estar aquí, tú...

—No hables, guarda el aliento. Podrás regañarme después.

Una tenue y cansada sonrisa adorna su rostro. Sé que no necesariamente por la gracia, creo que se ríe para no llorar conmigo. Me acerco para observarla mejor. Noto una venda en el lado ciego de su cabeza que no pude ver desde la puerta. Dirijo mi mano hacia el lugar y lo acaricio con las yemas de los dedos.

—¿Qué pasó?

—Estaba mareada y traté de alcanzar el teléfono en mi escritorio cuando tu timbre sonó. Me desmayé a medio camino y me golpeé de lleno en esa área. —Su imagen inconsciente en el suelo me estremece; ella parece darse cuenta de lo que pienso y agrega—: Está mejor, si de algo sirve. —Asiento, trato de no perder el control—. Max, de verdad no deberías... —dice sin fuerzas— estar aquí; puedes contagiarte.

—Las cosas no parecen estar mejorando.

—Muy... perceptivo —responde con dificultad. La falta de aire en sus pulmones es evidente.

—Solo escúchame, ¿sí? —le pido—. No tenemos mucho tiempo y tú no debes esforzarte. —Por su expresión, sé que quiere contradecirme, pero sabe que no está en condiciones—. Lo siento, en serio, por todo. No pensé que mi decisión causaría semejante conflicto entre nosotros. Quiero estar bien para ti, para nosotros y para lo que nos espera.

Su ceño se frunce y un diminuto suspiro sale de su boca.

—Aún... no lo entiendes, Max.

—Claro que sí, cielo. La meta siempre ha sido que sigamos con todos los planes que tenemos. No lo olvides.

—Tú eres... el que parece... haberlo olvidado.

Su declaración me toma por sorpresa una vez más. No estoy entendiendo el punto de sus encriptados mensajes.

—Sora, no sé...

—¿Qué haces aquí?

La imponente figura de Naoko Sakurai está en el umbral de la puerta. La mujer que alguna vez irradiaba energía ahora se ve drenada. La he tratado, siempre con Sora de intermediaria y, por lo que entendí de Hiro, no soy santo de su devoción en la situación actual.

—Vine a verla —respondo, sin dar mayores explicaciones—. Necesitaba verla —me corrijo, volviendo mi atención a Sora, quien me devuelve la mirada como puede.

—Retírate.

—Solo unos...

—No —me interrumpe, tajante. Sigo concentrado en Sora; ella tampoco ha dejado de mirarme.

—Estaré aquí, esperándote para que me expliques eso que no entiendo, como siempre.

Sonríe, esta vez, al parecer, con genuino humor. Siento los pasos de la señora acercándose a mi espalda. Como si mi vida dependiera de ello, tomo la mano de Sora y memorizo lo natural que se siente sostenerla; su piel arde en contraste con la mía.

—Necesitas volver —le digo, mientras una mano se posa en mi hombro: la señal inequívoca de que se ha acabado el tiempo.

Pierdo el contacto físico con Sora, pero nuestras miradas no se apartan hasta el final. Los médicos comienzan a trabajar en ella con un sinnúmero de artefactos que desconozco y que me provocan desazón. Sus ojos se cierran. Lo último que puedo apreciar antes de abandonar la habitación es el modo en el que una de las enfermeras inclina su cabeza hacia atrás mientras el médico se acerca con los extraños tubos. Mi cuerpo, de alguna forma, sintió el suceso como si me golpeasen de todas partes.

—No entiendo qué buscas aquí, jovencito. Tengo entendido que terminaron su relación.

Observo a su abuela, sin la energía suficiente para ofenderme ante su comentario; pero no por eso evito responder.

—Es irrelevante, solo quiero que esté bien.

—¿Por qué? ¿Porque «la amas»? —El tono de incredulidad me sorprende y lo identifico como una burla. La señora Naoko no continúa hablando de inmediato, sus profundos ojos me observan de arriba abajo, un claro gesto de que me juzga—. No creo que sea el caso.

—¿Perdón? —Empiezo a molestarme ante lo que insinúa. Hiro me hace señas para que desista de cualquier tipo de argumento.

—Que no creo que la ames de verdad.

—Má... ya hemos hablado de asumir los sentimientos ajenos.

—No los estoy asumiendo, lo sé. Espero que, cuando despierte, no decida cumplir lo que prometió. No vales el esfuerzo como para volver a intentar lo que sea que tuvieron.

Sin esperar por mi respuesta, la mujer da media vuelta y comienza a alejarse del lugar. Hiro trata de disculparse en su nombre, pero sabe que no hay mucho por hacer. No he compartido con ella como lo he hecho con los padres de Sora, pero no pensé que me tuviese tan mala voluntad, asumí que estaba más en la neutralidad. Su cuestionamiento y su conclusión me enfadan y, al mismo tiempo, me entristecen. ¿Tan mal novio he sido en este último año? Si ella tiene esa perspectiva, debe ser por lo que Sora le ha comentado o lo que la familia en conjunto ha percibido. Me siento

culpable, necesito que despierte para remediarlo todo. Necesito entender lo que, al parecer, no entiendo.

—0—

El noviembre del terror. Primer día de entubación, pero no termina de ser creíble para mí. No interiorizo el hecho de que está siendo asistida para poder respirar, mientras tratan de controlar los estragos del virus en su cuerpo. Todos están pendientes de mi bienestar, lo que me irrita aún más porque no soy yo el que está postrado en una cama. No pude dormir, inquieto ante la lejanía y todo lo que conllevó ese momento cuando cerró sus ojos. El comentario de su abuela sigue como una daga en mi pecho. Sé que los últimos meses no fueron necesariamente un cuento de hadas, pero me esforcé para que funcionara y traté de resolverlo por mi parte para que Sora no tuviese otra preocupación más en su lista. Pensé que era lo mejor teniendo en cuenta la situación, especialmente por el tratamiento y las consecuencias que puede acarrear.

Me levanto de la cama y decido sentarme en mi escritorio, solo para cambiar de posición. Tomo mi teléfono y comienzo a revisar notificaciones. Mi *feed*, como se espera de las redes sociales, es el epítome de publicaciones perfectas: imágenes impecables que no ventilan los problemas tras bastidores. Todo es felicidad, muestran situaciones «reales» con las que muchos se identifican porque creen que realmente es la vida que quieren.

Decido no seguir torturándome con la fachada social y termino en mi galería, viendo algunas de las fotos que tengo de Sora. Mis favoritas son las de Las Bahamas, esas que tomé sin que ella lo supiese, mientras admiraba las pequeñas cosas como el sol, el mar, el atardecer... Amo retratarla cuando su pasado no parece alcanzarla. Su paz es uno de los placeres culposos que tengo. Apoyo la cabeza sobre la superficie. Entre el cansancio, la tristeza, la preocupación y la culpa, este es el lugar más cómodo en el que he estado desde ayer.

—Oye, no se supone que vinimos a dormir.

Pensando que es una alucinación, me mantengo en mi posición en busca del descanso que mi cuerpo y mente necesitan.

—Max, vamos...

Siento manos sobre mis hombros. Salto en mi sitio y quedo de piedra ante la persona que tengo enfrente.

—Acabo de levantarme, pero tampoco es para tanto.

—¿Cielo? —No creo lo que ven mis ojos. Me incorporo y tomo su rostro, tratando de confirmar que no es una ilusión.

—¿Se te perdió algo?

—¿Cómo es posible? Ayer estabas en el hospital.

—No, ayer estábamos en el aeropuerto, por mucho tiempo —responde, escapando de mi agarre—. Parece que estuviste soñando cosas interesantes.

Observo a mi alrededor. No estoy en mi habitación, pero esta de colores pasteles es tremendamente familiar.

—La noche está hermosa, Max.

La veo dirigirse hacia la ventana. Su pelo suelto se mece con la brisa que entra y me concentro en su figura, vestida con una camisa que identifico como mía y un simple short. Comienzo mi trayecto hacia ella, pasando

por el espejo del lugar. Mis ojos se abren en sorpresa al ver mi cabeza habitada. Halo de mi cabello, trato de comprobar que no es una peluca o algo por el estilo. ¿Qué hago en Dordoña con Sora?

—Ven, acércate.

Con mi crisis existencial, decido obedecerle. Me coloco a su lado, aún aturdido por lo que ocurre. Sora está concentrada en el paisaje de la noche francesa. Desde las vacaciones en las Bahamas, cuando le dije que quería repetir la aventura en pareja, mi primera opción era y sigue siendo Dordoña. No puedo creer que esté viendo este panorama junto a ella.

—Me encanta estar aquí contigo. Me alegro de que lo hayas sugerido y me obligaras a tomar vacaciones. — Me sonrío. Esa sonrisa que he estado extrañando y temiendo no ver nunca más me toma con la guardia baja y siento cómo mis ojos arden ante la aglomeración de sentimientos en mi pecho.

—Vaya...

Envuelvo mis brazos alrededor de su figura, ella corresponde de inmediato. No me importa lo que sea que esté pasando ni que esto no tenga ningún tipo de sentido; lo necesito como si me entregaran el oxígeno que me mantiene con vida. Se aleja lo suficiente para que podamos vernos cara a cara. Sus manos aprisionan mi rostro y sus dedos limpian las lágrimas que se escapan de mis ojos.

—¿Por qué lloras?

Mis brazos afianzan el agarre aún más. Decirle lo extraña que es la situación no tiene sentido, solo quiero mantenerme de esta manera.

—Es solo que... me siento tan feliz.

S sonrío con esa mirada llena de afecto que solo utiliza conmigo. Acaricia mi rostro antes de que nos acerquemos en un beso.

Me sobresalto con más energía de la esperada. Termino en el suelo, observando el paisaje conocido del techo de mi habitación. Cubro mi rostro, frustrado ante lo que viví por escasos instantes. Por supuesto que debía ser un sueño. ¿Ahora mi mente pretende torturarme con una realidad alterna? ¿Tendré que lidiar con esto cada vez que cierre los ojos? No sé si dormiré más de la cuenta tratando de vivir la fantasía o dormiré poco tratando de evitarla. Mi mente es cruel y parece no darse cuenta de que somos un equipo que se está cayendo a pedazos. Aun así, la imagen mostrada por mi subconsciente es un reflejo de lo que quiero y espero que la vida nos dé la oportunidad de hacerlo realidad.

—0—

Día siete de la intubación, vuelvo a escabullirme en la clínica. Cuando llegué a la habitación y no la encontré, entré en pánico. Por fortuna, me tropecé con su hermano, quien me informó sobre el cambio de habitación por quién sabe qué cosa. Los últimos días se han resumido en esperar los informes de Hiro sobre el estado de su hermana y cumplir los compromisos que ya tenía en las redes sociales. Trato de hacerme el fuerte, pero esto resulta ser una batalla más allá de la fortaleza que pueda tener. La imagen de Sora en semejante estado está grabada en mi mente con fuego. El sonido de mi teléfono me causa pánico cuando no estoy en el hospital. Es la nueva rutina que odio. He soñado con ella varias veces, pero no como aquella vez, donde parecía real y mis sentidos se confundieron.

Cuando llego a la nueva ubicación, encuentro a su madre en la sala de espera. Está frente al

ventanal, observando al interior con la mirada perdida. Es realmente difícil ver a una persona que normalmente es el optimismo en carne y hueso, en este modo sombrío, con ojeras y el dolor de una madre impotente. Hace apenas un día, Carolina dio negativo al virus, el cual fue mucho más amable con ella que con su esposo. El padre de Sora ya no presenta síntomas, pero sigue positivo. Desde el momento en el que estuvo de alta, Carolina ha estado haciendo vigilia en la clínica.

—Buenos días, Max. —Salto en mi sitio ante el llamado. Me sonrío de manera amable, pero la sonrisa no alcanza sus ojos—. Debes dejar de escabullirte, un día de estos te van a arrestar.

—Es que...

—Lo sé... y aprecio lo mucho que te importa.

Me limito a asentir, no queriendo entrar en ese tema de manera profunda.

—¿Alguna novedad?

Niega con la cabeza. Veo una máquina de café a pocos metros. Como un intento de ser de verdadera ayuda, me acerco al artefacto. Recuerdo, por varias conversaciones casuales, cómo le gusta este tipo de bebida a Carolina. Le doy a un botón y espero por la porción de café negro para agregarle dos sobres de azúcar morena. Cuando está listo, vuelvo hacia ella.

—Aquí tiene.

—Gracias. —Lo toma con manos temblorosas, delatando los nervios que la acompañan. Sopla un poco antes de tomar un sorbo—. Me preocupa que estés viniendo tan a menudo —me dice—. No me malinterpretes, es conmovedor que te preocupes por Sora, pero tú también estás enfermo y no deberías estar en un foco de infección.

—Suenas como ella... —murmuro. Ella sonrío de manera triste mientras niega con la cabeza—. Estoy tomando las medidas correspondientes.

—Nosotros también y henos aquí. —Observa su bebida por breves segundos—. Insisto: no es necesario, Max.

—Es realmente necesario, quiero estar con ella de alguna forma. —Seguir el tren de la conversación implica tocar el tema de la ruptura. Aunque no me siento cómodo ventilando el asunto con su madre, requiero demostrar mi punto—. Sé que no puedo hacer mucho y que antes de todo esto, ella y yo...

—Me enteré —corta la idea mientras se encoge de hombros. No debería sorprenderme, teniendo en cuenta la pesadilla de días que vivimos después de la separación—. Sé que no lo ves de esa manera, pero estás arriesgando tu vida por estar con ella. Estaría rabiándote por esta «irresponsabilidad» —trata de bromear para aminorar la tensión. Lo aprecio, pero es inútil—. Si estuviese despierta... —Su voz sale en un susurro, las palabras se extinguen con el viento.

—Se ve cansada.

—Soy madre, esto no es nada —responde; tomo asiento a su lado—. Escuché que tuviste un encuentro con Naoko. Me disculpo en nombre de la familia. Sé lo difícil que es estar en su lado malo. No me aceptó hasta tiempo después de que mi hija naciera. —Toma su último sorbo de café antes de volver la mirada hacia mí—. Sora estaba destruida luego de la ruptura; eso es sinónimo de declararle la guerra. Naoko es realmente débil con sus nietos. Eres su enemigo... por ahora.

—¿Por ahora?

—No creo que sea lo último entre ustedes. Conozco a Sor y, al menos, hará que hablen para decirte unas cuantas cosas a la cara.

La conversación se interrumpe por una ronda de tos que le ataca.

—Insisto, yo puedo quedarme con ella.

—Muchacho, ¿qué acabo de decirte?

—Pasaré la noche en un hospital, es el mejor escenario posible.

—Maximiliano, hablo en serio.

—Por favor —suplico con tanto ímpetu que lo que me resta es colocarme de rodillas—. Necesita descansar, estar en casa, recuperar energías y yo... —Mi mirada se concentra en la ventanilla mientras respiro profundo—. Necesito sentir que estoy aquí para ella, quiero ayudar de alguna forma.

Por su expresión, puedo ver que lo considera una mala idea, pero al menos la está considerando. Si ese no fuese el caso, ya me habría respondido un rotundo «no». Debo asegurar el «sí».

—Sora siempre me ha cuidado, me toca hacerlo por ella.

—Max, ¿seguro? Tú sí que deberías descansar.

—Me ayudará para conciliar algo de sueño.

—¿Tus sesiones? —No puede negar que es madre, un interrogatorio a todo nivel.

—No se preocupe, todo en orden —miento. Hoy tenía una cita de seguimiento a la que decidí faltar como parte de la pausa que estoy tomando del tratamiento.

Me observa de arriba abajo, hasta que finalmente suspira.

—Nos vendría bien estar en casa solo los tres para poner cosas al día y cuadrar todo el aspecto financiero.

Asiento, evitando desvelar un pequeño punto importante. La cuenta del hospital está a disposición de mi familia por iniciativa de mis padres, quienes consideran a Sora como la hija que nunca tuvieron. Por supuesto que el matrimonio Sakurai no lo sabe, se enterarán cuando todo acabe y no haya forma de echar el pago atrás. Si son iguales que Sora, es la única forma de ayudarles sin que no tengan de otra que aceptar.

—Max, ¿estás seguro? No puedes estar en la habitación sin un traje completo para el riesgo biológico, como el del equipo médico.

—Por supuesto. —No estoy dispuesto a dar mi brazo a torcer y ella está a punto de ceder.

—Consultaré con el equipo médico para ver si es posible que alguien no cercano pase la noche. No prometo nada.

Mi asentimiento es tan enérgico que mi cuello lo resiente. Me sonrío antes de emprender su camino por el pasillo. Me reclino en la banca y apoyo mi cabeza en el espaldar. Carolina se tarda más de lo esperado. La calma en medio de este desierto pabellón me adormece. Cierro los ojos en un intento de descansarlos un poco antes de cualquier cosa. Sí que estoy cansado.

—Vamos, se te hará tarde. —Abro los ojos. Enfoco la vista y veo el rostro de mi cielo en las alturas—. Tu reunión es a las nueve. —Ni siquiera cuestiono lo que pasa—. ¿Almorzarás fuera?

—Supongo.

Sigo el juego sin realmente saber de qué habla. Me dedico a observar sus movimientos por la habitación que reconozco como la mía. Está un poco diferente; se ve más organizada, se siente ligera.

—¿Vas tarde?

—Obvio no. Te desperté porque me dijiste que necesitabas resolver algunas cosas antes de salir.

Salgo de la cama y me acerco al guardarropa, simulando que busco lo próximo en usar. Grande es mi sorpresa cuando visualizo mi ropa junto a la de ella. Presto atención al lugar en su totalidad, descubriendo una serie de objetos inesperados: zapatos de tacón, maquillaje, accesorios para el pelo... Me dirijo al baño y es la misma historia.

—¿Quieres que te traiga algo del súper? Haré la compra cuando salga.

La comprensión de lo que pasa ilumina mi rostro en una genuina sonrisa: vivimos juntos.

—No necesito nada, cielo, gracias.

La veo entrar al lugar a través del espejo; giro para encararla. Me abraza por la cintura y tomo su rostro entre mis manos, en esa posición que tanto nos encanta.

—Ten buen día. Te llamo luego para discutir nuestros planes de esta noche.

—¿Netflix y pizza?

—Sí, señorito, puede ser que de ambos tipos.

Sonríó ante la ocurrencia. Quiero quedarme aquí, donde todo está bien y soy feliz.

—Maximiliano.

El movimiento de mis hombros hace que abra los ojos. Me toma unos momentos darme cuenta de que estoy nuevamente en el pasillo de la clínica.

—¿Seguro que es buena idea que te quedes?

—Es una prueba de que necesito estar aquí y dormir con tranquilidad.

Sé que, si aún no estuviese abatida por las secuelas del virus, se habría negado. Suspira, en una muestra clara de derrota.

—Hablé con el personal médico y puedes quedarte, pero no aseguran que te den acceso a la habitación.

—Es suficiente para mí.

—De acuerdo. Mantén tu teléfono encendido, estaré llamando. —Se quita el abrigo y me lo extiende. También me entrega la bolsa que, al parecer, estuvo todo el tiempo a su lado—. Es de mi talla, pero para los fines debe servirte. Lo traje por si les tocaba el corazón y me permitían pasar. — Reviso el contenido y veo un equipo de protección personal completo—. Ve por lo que necesites.

—Sí, señora.

Salgo de allí antes de que se arrepienta. Solo voy por un cambio de ropa, una frazada y unas botanas que en teoría no debo consumir, pero, como estoy en pausa, decidí permitírmelo.

Llego a la clínica alrededor de las tres de la tarde; su madre se va hasta pasadas las cuatro, renuente a abandonar el lugar. Cuando por fin lo hace, me concentro en el inerte cuerpo del otro

lado del ventanal. Siempre ha sido de contextura pequeña, pero hoy me parece más pequeña que de costumbre. Me dedico a observarla, tantas cosas pasando por mi mente. ¿Qué se supone que haré en el peor escenario posible? Solo de pensarlo siento a la ansiedad invadiéndome. Tengo miedo de no volver a ver sus ojos, temo no escuchar mi nombre salir de sus labios. Tenemos tantas cosas pendientes que me niego a aceptar que pueda dejar de existir.

Observo el reloj, apenas son las cinco de la tarde. Los pasillos están desiertos, a excepción del personal médico que pasa de vez en cuando y algunas personas que, al parecer, están en la misma situación que yo. Vuelvo a mi posición en mi confiable banquillo, descansando las piernas porque todo lo demás no coopera. Tomo el teléfono y, fuera de una nota de voz de mi adorada madre recriminando mis acciones, no hay nada interesante para despejar la mente. Aburrido y cansado ante todo lo que pasa, vuelvo a mi posición inicial, esta vez usando el abrigo que Carolina me prestó y tratando de conciliar el sueño con la esperanza de encontrarme con Sora en mi momento de paz.

—Bro, podrías haberte peinado. Sé que a Sora le encanta tu cabello, pero es una ocasión especial.

Me sonríe mi mejor amigo. Milo está muy bien arreglado, vistiendo una chacabana con un corbatín negro y pantalón playero marrón claro. Observo el paisaje de playa que me rodea y la brisa que despeina mi cabellera. Reconozco el lugar como la villa en las Bahamas donde vacacionamos con los chicos. Me toma unos minutos caer en la cuenta de que estoy en una boda y que yo soy el novio. La decoración es tan sencilla que no queda duda de que es nuestra boda. El lugar está bañado en blanco, con el pequeño altar donde estoy y el camino que muere en él. Solo están nuestros familiares y amigos cercanos, como mucho veinte personas. Mi madre y Carolina toman asiento en la primera fila, junto a los abuelos de ella y mi padre. Milo se aleja del lugar, desapareciendo mientras sigue el camino señalado. No puedo evitar sonreír ante el panorama.

El matrimonio nunca fue una opción para mí, al menos no antes de conocer a Sora. Luego de presenciar la relación de mis padres, no me interesaba en lo más mínimo vivir lo que para mí era dicha institución. Cuando conocí a Sora y me envolvió el ambiente familiar con el que me recibieron en su casa, experimenté lo que se supone que debe ser y les tomé cariño. Cuando Sora y yo comenzamos a salir, la idea del matrimonio y ser parte de otra familia me generó ilusión y esperanza.

Una melodía de guitarra acústica llena el lugar. Veo a un niño que, por sus facciones, identifico como Eliot en una versión de máximo tres años, esparciendo las flores mientras se acerca. Se detiene a medio camino, por lo que le hago una seña para que continúe con el paso. Me obedece y termina por lanzar los pétalos antes de correr lo que le queda de distancia hasta mí, ganándose las risas enternecidas de los presentes. Se aferra a mi pierna y observamos cómo comienza el pequeño desfile frente a nosotros. Primero está Hiro con una chica que no identifico. Al final, aparecen Milo y Ari con las vestimentas de lugar.

Momentos después, veo a mi cielo en brazos de su padre. Siento las dichas mariposas en el estómago. Mi expresión debe ser una combinación entre concentración, admiración y babosería a la vez. No es el atuendo más elaborado, contando con su vestido blanco sencillo y unas plataformas del mismo color; la simpleza de su maquillaje y el pelo suelto le completan, y la corona de flores de cerezo que sé que usa por respeto a quien la hizo —sospecho que su abuela— le brinda un aire más angelical. Estoy anonadado ante la imagen surrealista. Para mí, siempre ha sido hermosa, aunque ella no esté consciente de la magnitud.

—¿Debo decirte lo que espero de ti en cuanto a ella?

—No, señor.

El señor Sakurai me entrega su mano para ayudarla a subir el pequeño escalón. Se aleja para tomar su

lugar al lado de Carolina. Observo a Sora, ella me devuelve la mirada. Este nivel de paz no puede ser legal. Esto es lo correcto, lo que quiero.

—Joven, disculpe. —El llamado me sobresalta—. ¿Todo en orden?

Me toma unos segundos identificar a la enfermera que lanzó la pregunta, me toma otros tantos responderle.

—Sí, gracias. Son efectos secundarios de las medicinas que tomo, solo acompaño a mi novia.

—¿Medicinas?

—Soy un paciente oncológico. —No me gusta mentir ni utilizar mi situación para dar pena, pero si funciona para dejarme entrar a la habitación, todo vale.

—No debería estar aquí si su cuadro está tan comprometido.

—No puedo dejarla a su suerte. —Veo la duda en sus ojos—. No se preocupe, estaré bien.

Observa a ambos lados.

—Creo que, dado tu cuadro, si tuvieses equipo de protección personal podrías estar en la habitación. Está más controlada que este pasillo.

Misión cumplida.

—¿En serio? Muchas gracias, aquí tengo uno.

Mi respuesta le sorprende. No sé si descubrió mis artimañas, solo la escucho suspirar.

—Colócatelo.

Lo hago en tiempo récord y, en cuestión de un par de minutos, la sigo a la habitación. Con guantes, una bata, un gorro quirúrgico —o al menos creo que así se llaman—, mascarillas y encima un antifaz, parecemos personajes de un videojuego de *biohazard*. Revisa la intravenosa e inyecta un líquido en ella. Echa un vistazo a los aparatos y luego a los tubos que le prestan oxígeno.

—Recuerde no retirarse el equipo y mantenga la distancia. —Parece dictarme instrucciones para entrar en batalla—. Cualquier anomalía, llame de inmediato.

Asiento por formalidad. La mujer se retira, así que volvemos a ser Sora, yo y las máquinas. El reloj me informa que pronto anochecerá del todo. Descanso mi cabeza en el colchón hasta donde me lo permite el molesto antifaz. Solo me quedo allí, observándola, recorriendo sus facciones y los aparatos que coinciden en su cuerpo. El cansancio me va venciendo. Mi cuerpo me exige dormir, mi mente trabaja dentro de sus términos y, cuando decide hacerlo, me llena de inquietudes y preocupaciones. Solo la quiero a ella, ¿es tanto pedir?

—¡Maximiliano Bécquer! No puedo salir sola con las fieras. También fuiste partícipe de esto.

Parpadeo un par de veces. Como se ha vuelto costumbre, la figura de Sora totalmente sana aparece en escena. Me está dando la espalda mientras busca quién sabe qué cosa en uno de los estantes. Percibo movimiento en el área de la piscina. Enfoco mi atención en el lugar, encuentro globos, guirnaldas, cupcakes... todo en color rosa y azul. Es extraño, ¿por qué tendríamos una actividad con una paleta de colores tan...?

—¡Espera! —exclamo mientras vuelvo mi vista hacia ella. Gira hacia mí y noto su abultado vientre. Me acerco, extrañándola aún más en cuanto coloco mis manos sobre su estómago.

—¿Te diviertes? Puedes hacer eso después, como siempre. Ahora necesito acabar con esto rápido.

—¿Con qué?

—Oye, de verdad, ¿estás bien?

Entiendo la situación y una gran sonrisa aparece en mi rostro.

—Es un gender reveal, pero... ¡nosotros odiamos este tipo de cosas!

—Pero, lamentablemente, amamos a nuestras familias y, aunque somos unos malignos de vez en cuando, accedimos a entregarles la experiencia de «este momento trascendental en la espera de sus nietos», como dramatizó mi adorada madre.

—¿Y ese plural?

—Así se trata el plural en la lengua española —responde con el ceño fruncido—. ¿Te golpeaste la cabeza en tu trayecto al baño?

—¡Tía Sora! ¡Tío Max! —Una voz infantil nos saca de la conversación. Una versión un poco más alta del Eliot de la boda se aferra a la pierna de mi cielo—. Mami dice que todo está listo y que es hora de la fiesta. ¡Dijo que luego podré tomar un cupcake!

—Con todo y soborno —le responde acariciándole el pelo—. Dile que iremos en un momento. —El niño sale como un cohete hacia el lugar de la fiesta. Sora me observa mientras me extiende la mano—. Vamos, tal vez a ti también te hace falta un cupcake.

Tomo su mano y llego con ella al lugar de los hechos. Es una celebración pequeña: nuestras familias, Milo, Ari, Leo y Eliot. La madre del último se acerca con dos cornetas que asumo deben tener confeti, y nos entrega una a ambos. Todos nos rodean y los teléfonos aparecen con sus cámaras encendidas. Las afirmaciones de que será esto o aquello no se hacen esperar.

—¡A la cuenta de tres! —declara Ari.

Los presentes realizan la cuenta. El «tres» llega y, cuando lo hace, por reflejo acciono el confeti, Sora hace lo mismo. Una lluvia de papelillos rosas y azules se mezclan en el aire, junto a los gritos de emoción de los presentes.

—¡Tenemos a la parejita!

Mi expresión es de puro asombro por la dicha que me embarga y me agacho de gozo ante el hecho de que mi cielo y yo tendremos una niña y un niño. Mis padres se acercan y me abrazan desde mi posición. Cuando por fin logro ponerme de pie y controlar cierta parte del impacto, Milo y Ari nos envuelven en un abrazo grupal. Rompo el contacto para acercarme a mi cielo cuando me lo permiten. La abrazo tratando de memorizar la sensación.

El sonido de las máquinas me confirma que he vuelto a mi realidad. Mi vista se enfoca y encuentro la figura de Sora, pero no de la manera que me gustaría. Mis manos enguantadas se acercan a las suyas y me permito sostenerlas. Sé que antes de esto terminamos nuestra relación, pero ante lo extremo de lo que vivimos, no puede importarme menos. La extraño más, incluso teniéndola bajo mi tacto. Soñar con ella solo me genera ansiedad ante lo desconocido. No sé si pueda vivir conmigo mismo si lo peor pasa.

—0—

—Quiero que termine...

Me encuentro en la habitación de hospital junto a ella, en lo que supongo que es la espera de los bebés del

último encuentro. La escucho suspirar a la distancia. Me acerco a la cama y me coloco a su lado. No pienso decirle que acabará pronto u otra de las frases fáciles. Mis hijos no llegarán a conocerme si lo hago.

—¿Qué puedo hacer para que estés más cómoda? —le pregunto y mi vista se enfoca en el enorme vientre—. Solo pídelo —apremio, obligándome a mirarla a los ojos. Su expresión es el epítome de la incomodidad.

—Acuéstate a mi lado. —Fue más una súplica que una orden; aun así, obedezco en el acto.

Mis brazos la envuelven mientras su rostro se esconde en mi cuello. Como siempre pasa en estas ilusiones, no tengo contexto, solo sigo la corriente de los acontecimientos.

—Aún tenemos que elegir los nombres.

—¿No los tenemos?

—Maximiliano, dijiste que traerías opciones cuando regresaras de la cafetería.

—Te mentí. —Siento su aliento en mi cuello mientras deja escapar un suspiro—. Podemos buscar las opciones en lo que avanza el proceso —sugiero—. Aún no has dilatado lo suficiente.

—Lo sé, falta demasiado. —Asiento ante la patada voladora que acabo de dar y que funcionó—. ¿Qué tienes en mente?

—Nombres como el tuyo, con significado.

La siento moverse, terminamos observándonos a los ojos.

—¿De origen japonés?

Me acomodo para quedar de lado y poder estar totalmente a su disposición. Mi mano se instala en su mejilla.

—Preferiblemente. Quiero que tengan un mensaje y que no sean comunes.

—Bien, pero pronunciables en el español y que no se confundan con palabras que puedan causar burlas.

—Muchos puntos a considerar, ¿no?

Sonreímos.

—Es surrealista. Pronto seremos padres. Hemos llegado tan lejos que no parece real.

Su comentario provoca que salga de la fantasía. Me levanto de la cama y comienzo a prepararme para ir al hospital. Llegué a una especie de trato con mis padres y los de Sora para ir cada tres días, como una medida para protegerme del virus y de una posible estadía en la cárcel por allanamiento de propiedad privada. Mi cuerpo no está ayudando tampoco. El cansancio es crónico y mi estómago está irritable. Trato de ignorarlo, pero cada vez es más difícil. Me toma una hora estar listo y recorrer los familiares pasillos del recinto médico. No identifico el origen de esta inquietud mientras me adentro entre las inmaculadas paredes. Siento que algo malo está por acontecer. Mi teléfono vibra en el bolsillo, haciendo que me sobresalte por la sensibilidad en el ambiente. Cuando veo de quién se trata, suspiro, un poco fastidiado.

—Mamá, ahora no puedo...

—¿Por qué no estás asistiendo a los seguimientos, Maximiliano Bécquer Suárez? —Usó el nombre completo, debe estar furiosa—. Tampoco has ido a las sesiones. ¿Acaso crees que estamos hablando de una gripe?

—Escucha, soy un adulto, no puedes regañarme como si fuese un niño.

—¡Tengo que hacerlo si te comportas como uno! —me grita. La escucho tomar una bocanada de aire, como pidiendo paciencia para tratar conmigo—. Sé que todo lo de Sora te tiene sin norte, lo entiendo, pero tu salud debe ser prioridad también.

—Lo sé, créeme que lo sé, solo me estoy tomando un tiempo. ¿Puedes respetar mi decisión?

—¡No si esto amerita poner en riesgo tu vida! Has pasado por esto antes, sabes lo crucial que es el tiempo en esta enfermedad.

—Solo necesito una pausa...

—¡Maximiliano! —vocifera, provocando que me aleje momentáneamente del auricular.

—Adiós, mamá, te llamaré luego. —Y cuelgo. ¿Por qué nadie entiende mi punto? No es como si estuviese diciendo que no me trataré, solo que no quiero hacerlo ahora ni de la manera tradicional...

El pensamiento se interrumpe a medida que me acerco a la UCI. Siento el ambiente más pesado, sombrío, asfixiante, una opresión en el pecho no me deja respirar. Apresuro el paso para terminar el recorrido lo antes posible y me detengo en el pasillo, mientras veo al personal médico entrar en la habitación de manera apresurada. Puedo escuchar los pitidos de las máquinas desde aquí. Su padre aparece en mi espacio de visión. Lloro, una imagen que me impacta porque no lo consideré capaz de hacerlo. Es la primera vez que veo al témpano Sakurai derrumbarse frente a mí. El hombre siempre ha sido compuesto, intimidante, un sinónimo de entereza. Verlo de rodillas, susurrando «por favor» una y otra vez, me descoloca. Los intentos de una de las enfermeras de calmarlo no funcionan.

Me acerco a la ventanilla, puedo ver y sentir la desesperación y el apuro dentro de la habitación. Uno de los médicos realiza compresiones manuales sobre su pecho mientras otro y un par de enfermeras están preparando una máquina que no distingo, hasta que instantes después veo cómo le colocan los electrodos en el lugar donde le estaban aplicando el RCP manual, provocando que su cuerpo se contorsione ante las descargas. Una, dos, tres veces y las malditas máquinas siguen sonando. Pego mis manos al vidrio; el aire me falta mientras mi cuerpo tiembla ante la muerte que embriaga el espacio. Mi vista se nubla con el ardor de la desesperación.

Una cortina se extiende frente a mí; escucho cómo la puerta es asegurada. No puedo ver nada, no la siento. La sensación recorre mi cuerpo como si clavaran agujas en cada terminal nerviosa. Mi cuerpo reacciona sin preguntarle a mi consciencia y salgo corriendo por los pasillos, en busca de algún tipo de respiro, de un salvavidas que detenga la sensación nefasta que recorre mis venas. Llego al jardín, arrojo la mascarilla al suelo como si fuese la culpable de lo que pasa; le sigo poco después cuando mis rodillas ceden y me dejo caer, dejando salir el grito atrapado en mi pecho. Mi cabeza duele, el nudo en mi garganta crece. Mi mente deja de registrar todo lo que no sea el atemorizante hecho de que, si vuelvo a entrar, Sora puede que ya no esté. Cada detalle con ella, cada risa, cada pelea, cada lágrima, cada secreto, cada adversidad se repite en mi mente ante la idea de que no existirán nuevas vivencias. El tiempo se pierde, mi optimismo agoniza y no sé qué hacer. Las emociones me paralizan de tal forma que me desconozco.

—¡Oye, tú! ¡¿Cómo es eso de que estás en una pausa?! —Registro el llamado a la distancia. Cuando capto el hilo de la situación, para mi sorpresa, se trata de Milo—. ¡¿Así pretendes ayudar a Sora?! —me reprocha, pero mis emociones están en todas partes; lo último que necesito es un

sermón—. ¡Maldito malagradecido!

—Milo, detente, por favor... —Me pongo de pie. Sora está en paro cardíaco; esto es lo último que necesito.

—Por esto terminaron, ¿verdad? ¿Estás orgulloso de estresarla hasta el punto de mandarla al hospital?

Abro los ojos, sorprendido, para luego achicarlos con furia. Dejo de pensar, me levanto con la adrenalina a tope y le lanzo un puñetazo a mi mejor amigo, quien no logra esquivarlo a tiempo. Caigo al suelo con él. Mi cabeza da vueltas, no tengo fuerzas para levantarme.

—¿Así pretendes pausarlo, *bro*? Ni siquiera puedes ponerte de pie.

—¿Qué creen que hacen?! —Identifico a Ari a través de mi borrosa vista mientras corre hacia nosotros—. ¡Par de brutos!

Milo se levanta por su cuenta, ella me ayuda como puede.

—Gracias por venir, puede que tú lo hagas entrar en razón. —Se quita la mascarilla y se limpia el hilillo de sangre que brota de su labio debido a mi golpe.

—Bueno, no tenía mucha opción si tu espléndido mensaje solo decía: «Vamos al hospital antes de que lo mate». —Su atención se dirige hacia mí—. ¿Qué pasa? —La mitad de su rostro está cubierto por la mascarilla, pero puedo ver la preocupación en los ojos de la mejor amiga de Sora.

—Te llamé porque la madre de este señorito me contactó. Se está comportando como un niño pequeño en medio de una rabieta y, como eres madre ahora, tal vez puedas hacerlo entrar en razón.

—Mi hijo no está en edad para este tipo de rabietas, pero aprecio la confianza. ¿Cuál es el problema?

—El niño tomó una pausa.

—¿Una pausa?

—Del cáncer. El señorito dejó sus consultas y sus tratamientos de lado. Tomó una pausa de la enfermedad.

Ari me observa como si estuviera loco, incluso se quita la mascarilla como para que no queden dudas de su indignación.

—Disculpa, ¿tienes un contrato con la enfermedad? ¿Toma vacaciones colectivas en esta época del año?

—No lo entienden...

—¿Qué no entendemos? ¿Que te quieres morir?

—¡No quiero eso!

—¿Y qué es lo que quieres, Max?!

—¡La quiero a ella! —suplico, sin importar la coherencia de mis palabras.

Me dejo caer nuevamente en el suelo cuando mis piernas ceden ante la nueva descarga. Los escucho suspirar; unos segundos después se encuentran sentados a mi lado.

—Cada día me siento peor, pero no quiero seguir con el tratamiento, quiero vivir, que desaparezca. Estoy hartos... Y Sora está allí, luchando por su vida, y soy tan cobarde que escapé del lugar cuando su corazón se detuvo. No... no puedo concebir que Sora se haya ido de este mundo pensando que mis sentimientos hacia ella no son seguros. —Se quedan en silencio ante mi declaración, pero sé que ambos deben experimentar la misma desesperación que yo ante lo que acabo de decir—. Tengo tanto miedo de que se haya ido.

—¿Quieres que...? —La pregunta de mi mejor amigo queda inconclusa, pero la entiendo perfectamente.

Invierto el suficiente autocontrol para asentir levemente. Milo se incorpora y se aleja hacia el pasillo por donde escapé. Ari se dedica a consolarme en silencio, tratando de ayudarme a descargar todo lo que llevo meses reteniendo, sobre todo el último mes.

—Ella no se iría mientras haces esta estupidez. —Es su intento de aminorar el impacto de la charla, pero no puede ocultar la angustia de sus cristalinos ojos; sé que mantiene la compostura porque yo no soy capaz de hacerlo—. Te considero un chico inteligente, ¿qué es eso de la pausa? ¿No prefieres pensar en lo que te espera después? ¿No te imaginas un futuro con Sora?

—Cada vez que pienso en dar otro paso en nuestra relación, esta enfermedad me lo arrebató. Pensé en tener mi propio espacio para compartirlo con ella y no podemos estar tranquilos por la distancia de seguridad. No podemos ni siquiera comer lo mismo. Hay temas tan importantes como el de los hijos...

—¿Qué hay con eso?

Es un tema muy personal que ni siquiera Sora sabe, pero si quiero un consejo real, tengo que cooperar.

—No he podido superar la segunda fase del tratamiento como se esperaba; me están proponiendo un ensayo clínico disponible en España. Aseguran que es la mejor opción, pero un posible efecto secundario es la infertilidad —confieso con cierto grado de vergüenza—. Me hizo pensar en lo que implicaría en nuestra relación si llegase a presentarse el caso. Le pregunté y me dijo que se imaginaba con tres hijos. —Sonríó tristemente—. Ni siquiera estoy seguro de que pueda darle uno.

—Max, no te martirices antes de tiempo.

—Cada día aparece algo nuevo. No sé cómo seguirles el paso a las circunstancias. Con todo esto de Sora, el miedo me consume. Cada día convivo con la paranoia de que llegará una llamada de que algo salió mal, de que ella ya no está. ¿Cómo alguien puede soportar esto?

—Sora lo ha estado soportando por meses. —Su respuesta cae como un balde de agua fría—. La pelea que tuvieron antes de esto fue por tu llamada «pausa», ¿verdad? —Confirmando, sus palabras penetran mi ser de manera violenta—. Oh, Max... con toda la razón del mundo se alejó —concluye—. ¿Quién en su sano juicio estaría de acuerdo con que la persona que ama tome una decisión autodestructiva?

—No era...

—Tal vez no era tu intención, pero le diste a entender que te daba igual lo que pudiera pasarte. Después de casi un año a tu lado, apoyándote en todo lo que podía, que saltes con que ya no quieres seguir luchando... hombre, por supuesto que tendrían un problema. ¿Te gustaría que ella

de buenas a primeras dijera que en su situación no quiere utilizar los aparatos de respiración mecánica? Serías el primero en decirle par de verdades.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué no lo entiendes cuando viene de ella? —Cierro los ojos, recriminándome nueva vez por tener que atravesar un infierno para entender lo que tenía a simple vista. Las palabras de Sora retumban en mi mente y no pueden ser más claras. La sonrisa triste que asalta el rostro de Ari transmite la pena que siente por mi situación—. Aunque le doliera, terminar la relación fue lo más sano que pudo hacer.

Me quedo en silencio, preso de todo lo que acabo de entender.

—No sé qué voy a hacer si no vuelve, Ari. ¿Crees que... pudieron traerla de vuelta?

Su expresión se quiebra por breves instantes, pero se recompone lo más pronto que sus emociones le permiten, consciente de que uno de los dos debe mantenerse cuerdo en la situación.

—En los casos críticos del virus, se han reportado paros cardiacos, pero la mortalidad más alta ha sido en personas de mayor edad. —Suspira, sé que trata de ser honesta y objetiva, pero tampoco quiere darme malas noticias—. Quiero confiar en que su juventud le jugará a favor...

Alguien se acerca a nosotros; es Milo, que vuelve a aparecer y siento cómo mi pulso se acelera. La tensión es insoportable.

—Está de vuelta.

—Oh, gracias... —exclama Ari a mi lado, soltando el aliento que contenía su expectación.

Solo atino a cerrar los ojos y a expulsar el aire de mis pulmones. No puedo pasar por esto otra vez.

—Los doctores están hablando con el señor Sakurai, van a cambiar de estrategia. Hablan de transfusión de plasma. —Toma asiento a mi lado.

—Mi madre es donante universal y ya superó el virus. —Debo ser una persona no grata para ella en estos momentos, pero es una emergencia; no tengo otra opción.

—*There you go*. Y bien, ¿ya recapacitaste? —pregunta Milo.

Mi suspiro debe ser suficiente respuesta.

—Lamento lo de tu mejilla.

—Es como debe ser.

—No, par de salvajes, las cosas no se resuelven así —comenta Ari, como si no creyese lo necesaria que es su aclaración. Me envuelve en un abrazo de lado y hala a Milo del brazo no muy amablemente para incluirlo—. Pronto volveremos a ser cuatro y estaremos más fuertes que nunca, ¿de acuerdo?

No respondo y tampoco me obligan a hacerlo. Me siento drenado emocionalmente; mi cuerpo resiente todo el estrés al que lo he sometido de manera indiscriminada. Mi consciencia rememora una y otra vez cada momento donde ella estuvo conmigo de manera incondicional, equilibrando todos sus actos para estar ahí para mí y yo solo pensando en niñerías. Necesito que despierte, que esté bien para hablar con ella y decirle todo lo que tengo en el pecho. Opto por tomarme unos

minutos, procuro recobrar la calma. Autocompadecerme no ayuda en estos momentos.

Cuando me siento lo suficientemente recompuesto, me pongo de pie. Los chicos me imitan y me brindan palabras de aliento que sé que ellos también necesitan escuchar. Milo me hace el favor de contactar a mi madre mientras Ari me envuelve en un abrazo como si consolara a un niño pequeño. Ambos esperan a que mi madre esté en el perímetro para poder marcharse. Me mantengo observando a la nada, pensando en lo malagradecido que he sido. Muchos quisieran tener a tantas personas valiosas a su lado y yo no hago más que quejarme.

Me dirijo a la habitación de Sora. Su padre se encuentra allí, con la mirada perdida, observando a través del ventanal. Me coloco a su lado, pero no decimos nada; nos limitamos a observar la inerte figura de Sora en la cama mientras somos conscientes de la presencia del otro. Un par de enfermeras están en la habitación, el médico de cabecera anota en una especie de recetario. El ambiente se siente más tranquilo, pero la situación no ha mejorado en lo más mínimo. Hay una mezcla de tensión y fatalismo asfixiante.

—Lamento haberme ido —suelto, sin esperar una respuesta por su parte. No estoy seguro si tan siquiera notó que estuve allí—. No me comporté a la altura de la situación.

—Eso nos convierte en dos; el pánico no me permitió notar que eras la persona que pasó a mi lado.

Me atrevo a mirarlo. Lleva la mascarilla, pero sus ojos son prueba suficiente de la desesperación que le abruma, el cansancio que le invade y el peso de la situación sobre sus hombros.

—¿Cómo estás tú, muchacho?

—No lo sé —respondo con lo primero que registra mi consciencia.

Me observa y coloca su mano sobre mi hombro.

—Aprecio que estés pendiente, pero, como le dije a mi esposa, no deberías estar en estos lugares dado tu cuadro clínico.

—Solo estando aquí siento que estoy ayudando.

Sonríe tristemente y niega con la cabeza.

—Hablando de ayudar, muchas gracias. Hace un momento, Mabel pasó por aquí y, por lo que entendí, puede ser la donante de plasma. —Aparta la mirada y vuelve a concentrarse en la habitación, la mirada fija en su hija—. ¿Sabes? Cuando tenía tu edad, no le temía a nada más allá del fracaso. Tenía mi vida planeada, al menos eso creía hasta que conocí a mi esposa. Cuando supe que estaba embarazada, no sentí miedo. Mis prioridades estuvieron claras y amé a mi hija desde que supe de su existencia. —Niega con la cabeza como si no quisiese aceptar lo que se desarrolla frente a él—. Ser padre es algo que me llena profundamente y, al mismo tiempo, genera las peores pesadillas: no ser capaz de protegerlos, el miedo a perderlos, que no se sientan lo suficientemente amados... y creo que Sora siente que no la amo. —Hace una pausa, como si lo que va a decir fuese difícil—. Hasta el día que muera, no podré perdonarme que alguien le hiciera daño a mi princesa y que yo no pude hacer nada para evitarlo. Daría lo que fuese por borrar esa experiencia de su historia.

—¿Por qué me dice todo esto?

—Porque a veces piensan que lo hacemos por fastidiar, pero realmente nos estamos protegiendo:

ustedes son nuestro mundo y, si algo les pasa, no lo superaremos. No importa que tengan ochenta años, esto que está pasando no puede ser el curso natural de las cosas para ella; el tuyo tampoco. —Intuyo que acaba de regañarme y que sabe más de lo que creo de mi situación, pero no hace el momento menos poderoso—. Es suficientemente malo que ella se encuentre en esta situación, no quiero que tú también lo estés; no pienses que lo sabes todo. —Me mantengo en silencio, sabiendo que ninguna contestación será una justificación para él. Esté enterado o no de mi pausa, no puede acertar más en el consejo. Vuelve la mirada hacia mí y percibo la seriedad de su expresión—. Si quieres cuidar de ella, como siempre me has prometido que harás, necesitas cuidar de ti mismo. Esa es la muestra de compromiso que necesito. Ella ya ha sufrido demasiado, no quiero que se repita, ¿se entiende?

—Sí, señor. —Él sabe que no estamos juntos, tampoco quiero hacer la acotación. Sé que, si resulta que no volvemos a ser pareja, Sora seguirá siendo una de las personas más especiales de mi vida y, por supuesto, quiero que sea feliz.

Pasan un par de minutos hasta que una voz se hace presente en los pasillos. Carolina viene corriendo hacia nosotros; Hiroki la alcanza a medio camino. Presencio cómo se aferran el uno al otro en un abrazo. Puedo escuchar los sollozos de la madre mientras el padre le narra lo ocurrido. Veo el horror más puro invadir su expresión mientras su esposo trata de consolarla. Se me cierra la garganta. Por mis acciones, esos podrían ser mis padres en un futuro no muy lejano.

—¡Maximiliano! —escucho a mis espaldas.

Diviso la figura de mi madre acercarse. Es imposible no percibir su enojo a través de su lenguaje corporal. Suaviza la expresión cuando me ve; debo estar peor de lo que creo.

—¿Estás bien? —pregunta.

Niego con la cabeza, en un intento de explicar de alguna manera el vacío que siento.

—No —confirmo en voz alta y me abraza como solo ella puede hacerlo—. Lo siento.

—0—

—Max, está dormida.

Sora está a mi lado, sosteniendo lo que identifico como un bebé en mameluco blanco. Siento movimiento entre mis brazos: una niña, por el comentario de mi cielo. Nada a mi alrededor parece importar ante el inocente ser humano que sostengo. Le observo con adoración, encuentro nuestras facciones en este ángel. Pronto despertaré y ellos no existirán; Sora seguirá luchando por su vida y yo estaré a la espera del tan ansiado milagro. Aun así, es una inyección de esperanza visualizar lo que puede ser. Es lo que quiero en la vida. Levanto la vista y observo a Sora acercarse a la cuna y colocar al varón en ella. Imito sus movimientos: dejo a la pequeña en una superficie mucho más cómoda que mis brazos.

—Hacemos unos lindos bebés —El comentario escapa sin evitarlo.

—Por supuesto. Aunque debimos planear los tiempos mejor, para que al menos nacieran en el mismo año. Tenemos un problema serio con el año nuevo.

Nos observamos y, por un momento, es lo único que hacemos. El instinto de besarla surge como es natural cuando estoy con ella. No lo detengo, saboreo la desilusión de esta ilusión. Al separarnos, coloco mi mano sobre su mejilla y le acaricio. Me tomó tiempo, pero entiendo lo que mi mente, de manera sádica, ha tratado de decirme desde el principio: esto es lo que quiero y no se hará realidad si no pongo de mi parte.

—Esto no es real. Tú no eres real.

Para mi sorpresa, no cuestiona el comentario. Echa una miradita a los niños y luego vuelve a mí, con una sonrisa de resignación.

—No, no lo es, no lo somos y no lo soy.

—Pero deberías.

Asiente y me entrega una sonrisa diferente, la que tanto amo.

—Así es... debería.

Mis ojos se abren en el presente. Tal vez no puedo hacer mucho más que esperar que Sora mejore, pero tengo demasiadas cosas que resolver por mi cuenta. El primer punto a tratar llega a mi mente como un rayo. No es de vital importancia, pero representa un acto necesario. Contacto a la persona que puede ayudarme con la misión. Parte de mi sentido común piensa que es una mala idea; Hiro reafirma la moción cuando le comento lo que necesito. Cumple con su deber de advertirme las posibles consecuencias, dada la interacción de la que fue testigo hace unas semanas. Accede y, en cuestión de horas, nos encontramos en la entrada del hogar de sus abuelos.

—¿Seguro que quieres hacer esto? Má Naoko no te trató muy bien y no creo que te trate mejor.

—Estaré bien. —Mi sutil intento de autoconvencerme. La mujer me intimida hasta en el pensamiento, por eso quiero obligarme a tener esta interacción. Es una manera poco ortodoxa de enfrentar la adversidad.

La duda sigue rondando sus facciones, pero con mis acciones pasadas, confía en que lo que sea que tenga que hablar con su abuela es importante. Mientras esperamos a que nos reciban, repaso las ideas que quiero expresar para no olvidar nada importante. No supone una visita larga, solo quiero aclarar las cosas con la matriarca del linaje. Independientemente de que Sora y yo no seamos pareja, mis sentimientos actuales no son controlados por un tercero. Si di la impresión equivocada, quiero que me diga una razón creíble más allá del «no la quieres».

—Hola, Pá, llegamos un poco antes.

La puerta se abre, haciendo que mi vista se enfoque de inmediato. El hombre asiente mientras me observa a través de sus lentes de marco transparente; su rostro cubierto por la fastidiosa mascarilla.

—Maximiliano. Gusto en verte. —Me extiende el codo en forma de saludo.

—Vinimos a ver a Má.

—Se encuentra en el jardín trasero. Pasen.

A simple vista, el hogar de los Sakurai *senior* se ve como una casa de dos plantas cualquiera con la vegetación común. Por dentro, es un choque de culturas. Con tan solo observar el pequeño y verde jardín delantero con flores de varios colores y un camino de grama hacia la entrada, se notan las horas de dedicación aplicadas en él. Esperamos por el abuelo mientras asegura el portón, pasa a nuestro lado y nos indica que le sigamos al interior. Ante la decoración altamente japonesa y las alusiones a la misma, se siente un ambiente totalmente diferente al del exterior, en todos los sentidos.

—Oye —me detiene Hiro—, cuidado con el peldaño. —Veo cómo se quita los zapatos frente a él—.

Haz todo lo que hago —susurra para que solo yo pueda escucharle.

—Iré por los *uwabaki* de huéspedes.

—¿Los qué?

—Los zapatos para uso interior. —Sora me ha contado sobre muchas tradiciones que sus abuelos conservan, pero, en esta situación, es más complejo darme la oportunidad de conocerlas. Espero no hacer nada que resulte irrespetuoso o que los ofenda—. Puedes estar en calcetines; iré a traer los zapatos que uso para el jardín para que puedas hablar con Má.

—¿Y tú qué usarás?

—Nada, no saldré a ese jardín mientras la enfrentas. Mantendré la distancia de seguridad.

Hiro no es la mejor opción para soporte moral. En lo que espero, me dedico a explorar el lugar. Asumo que estoy en el salón principal a pesar de que carece de muebles; no hay nada más que una mesa de madera en el centro y una repisa con diferentes objetos, entre ellos, fotos familiares. Reconozco en una de ellas a los pequeños Sora e Hiro. Hay otra de los padres de Sora, estimo que de nuestra edad, y otra en blanco y negro que asumo son los abuelos hace bastante tiempo. Sora tiene cierto aire similar al de su abuela cuando era más joven. Al lado del último retrato, hay un jarrón de cerámica de color blanco con ciertas líneas erráticas doradas; se me hace extrañamente bello y siento el impulso idiota de tomarlo, pero me contengo. No sé qué tan valioso sea y no quiero arriesgarme a estropearlo.

—Max, vamos.

En silencio, recibo lo que fueron a buscar y les sigo por los pasillos hasta que veo la puerta que da al mencionado jardín. El lugar es impresionante para tener un espacio tan reducido. Me siento, gracias a mi estereotipada imaginación, en el jardín del señor Miyagi. La persona que suscitó mi visita está a unos metros plantando unas semillas.

—Hola, Má. Alguien quiere hablar contigo.

La abuela levanta la vista mientras se sacude las manos.

—¿Sobre? —No se inmuta ante mi presencia.

—Sobre lo que dijo aquella vez en la clínica.

Debí saludar, pero como ella no lo hizo, no considero que deba ser yo el que lo haga. Me retiro la mascarilla para que pueda ver mi expresión ante cada palabra que pronunciaré a continuación.

—¿Qué no quedó claro de mi comentario? No considero que la ames y espero que no vuelva a caer en la trampa cuando despierte, porque va a despertar.

—¿Por qué cree que no la amo?

Da unos pasos y se cruza de brazos.

—Jovencito, si no entendiste lo que quise decir, no puedo ayudarte. Es mi opinión y no hay nada que puedas hacer al respecto.

—No la comparto.

—¿Perdón? —Si ya me sentía intimidado, el tono que percibo con un tinte aún más desafiante que antes me paraliza por pocos segundos—. ¿Crees que sabes más que la experiencia?

No vine aquí para quedarme callado, mucho menos para recibir un sermón.

—La experiencia no sabe cómo me siento respecto a ella. —Escucho cómo Hiro hace un pequeño sonido de sorpresa ante mi respuesta; ella se mantiene en su posición, sus negros ojos clavados en mí—. No he sido la mejor pareja en estos últimos meses y debí hacer muchas cosas diferentes, pero eso no significa que lo que siento por ella haya cambiado. Ella es muy importante para mí y no voy a permitir que alguien lo ponga en duda. Cuando despierte, ella dirá lo que piensa, no usted. —Mi discurso no parece inmutarla. Los dos testigos del suceso se mantienen al margen. Hiro está sorprendido y su abuelo reacciona con una sonrisa divertida. Aclaro mi garganta para continuar mi punto y tratar de romper la tensión—: Necesito que me explique sus razones... He dicho todo lo anterior con el respeto que usted merece.

—Muy tarde... —El susurro de Hiro a mis espaldas no ayuda.

—¿Estás seguro de todo lo que dijiste, jovencito?

—Sí, señora.

Levanta el rostro y enarca una ceja, mientras una casi imperceptible sonrisa cursa sus labios.

—¿Por qué no me lo dijiste aquella vez?

—Porque mi concentración estaba en la escena detrás del cristal. —Debería estar agradecida de que al menos pude comprender lo que me dijo—. He tenido tiempo de pensar y muchas cosas están claras ahora. Que pase lo que tenga que pasar, pero que sea ella quien me lo diga.

Su sonrisa se vuelve más notoria, lo que hace que frunza el ceño. ¿Acaso no me está tomando en serio?

—¿Ves, Naoko? Te dije que el chico vendría.

—Siempre negocias con la razón, querido.

—¿Qué? —La voz de Hiro lanza la pregunta que tengo en mente. No puedo controlar mi expresión y sé que transmite una mezcla entre confusión y molestia.

—Nada, Hiro-kun, quería ver si le importaba tanto como para enfrentarme o debatir lo que le dije. Sí que te tomó un rato, Maximiliano.

—No estoy entendiendo, ¿usted solo...?

—Quería confirmar de primera mano lo que significa ella para ti. Si terminar la relación fue tan devastador para Sora, al menos quería comprobar que era tu caso también.

—Má, Max ha estado presente desde el día uno, incluso luego de romper. ¿No era prueba suficiente?

—Quería descartar que no lo estuviera haciendo por soledad y dependencia; esas dos nunca pueden ser la excusa para amar a alguien. —La señora Naoko da unos pasos hasta quedar frente a mí.

Siento una mano sobre mi hombro: es Hiroshi.

—Acompáñame.

Intercambio miradas con Hiro, quien solo se encoge de hombros. La señora Naoko sigue con la sonrisa en el rostro. El hombre se adentra en la casa, recreando el camino que nos llevó hasta el

hermoso jardín. Llegamos a la sala de estar donde estuve apreciando los cuadros familiares. Hiroshi se acerca a ellos; me mantengo en el umbral de la puerta junto a Hiro. El patriarca toma la foto en blanco y negro, la contempla por unos segundos en silencio y vuelve su atención hacia nosotros.

—¿Para qué nos necesitas?

Sonríe.

—Solo para contarles una historia que a Max le resultará familiar. —En cuestión de segundos, se encuentra a nuestro lado, mostrándonos la foto—. Esto fue poco después de que nos comprometíamos. En ese entonces, mi familia presionaba y hasta buscaba a mi futura esposa; no tenía muchas expectativas al respecto. En un festival de primavera, conocí a Naoko mientras presentaba unos hermosos diseños que había hecho. Su espíritu guerrero, combinado con su belleza, me deslumbraron. Había rechazado a varios pretendientes en el pasado y no pensé que se fijaría en mí, pero lo hizo y, luego de batallar con nuestras respectivas familias, pudimos comprometernos. —La emoción que le embarga es idéntica a la que me invade cuando hablo de Sora—. Poco después, me ofrecieron el puesto que nos trajo al país. Fue un momento retador porque sabía que era una gran oportunidad para mi desarrollo personal, para mi futuro, especialmente en aquel tiempo; pero también sabía que Naoko tenía su vida en Japón, siempre ha tenido ese espíritu familiar que le caracteriza y adora todo lo referente a nuestra cultura. Era cuestión de decidir entre ella y lo que se me estaba ofreciendo. Así que tomé una decisión: la elegí a ella.

—Y por eso terminé con él.

—¿Por qué? —Hiro parece estar conectado con mi mente.

—Porque no puede estar tomando decisiones de ese tipo sin preguntarme. No me eligió a mí, decidió por mí, que son dos cosas diferentes. —La voz de la señora Naoko inunda el lugar—. Si el plan era casarnos, esperaba participación en decisiones que podrían afectar nuestro futuro, al menos un espacio para dar mi opinión al respecto. —Cierta sensación de entendimiento comienza a surgir en mi ser—. No le había pasado por la cabeza que lo que quería era ir con él.

—Sí, fuiste muy enfática en eso. Pensaba lo contrario. Solo cuando me dediqué a escucharla pude tener el panorama completo.

—Y le dije que, como pareja, tenemos que tomar nuestro camino, por más atemorizante que parezca. No consideraba que se trataba de un retroceso para mí. Podría desarrollarme donde quisiese, pero no podría conseguir a alguien como él.

—Pero, al final del día, sigue siendo su decisión. —Mi comentario tiene la intención de rescatar cierto grado de razón en mis acciones pasadas, aunque se tratara de una decisión nociva para mi relación.

—Seguimos siendo individuos, por supuesto, pero creo que, en asuntos que pueden afectar a la relación o a la familia, lo mínimo que espero es la confianza suficiente para discutir algo tan trascendental como estar al otro lado del mundo. —Su respuesta me avergüenza y termina de eliminar cualquier tipo de esperanza de que mi accionar estuvo medianamente bien—. Es una señal de madurez, de que cada individuo comprende que sigue compartiendo experiencias con su persona especial.

Ambos me observan con sonrisa amable. No sé qué tanto saben de lo que pasó entre Sora y yo, pero su comentario es una bofetada sutil.

—Discutimos el tema y decidimos que queríamos tomar la aventura juntos, aunque muriéramos de miedo al estar solos, en un país desconocido, apenas hablando la lengua y con un choque de culturas que nos superaría al principio.

—Y sí, fue difícil —asegura Naoko—. Nos mudamos apenas nos casamos, con poco dominio del español por mi parte. Hiroshi me ayudaba a aprenderlo cuando volvía en la noche de trabajar. Cuando dominé el idioma, tomé la iniciativa de aprender el inglés para buscar más oportunidades. No quería ser una carga para él, aunque sé que no le importaba.

—Yo aprendí un poco más sobre el cuidado del hogar para cuando ella estuviese en sus cosas y disfrutara de sus días libres.

—Extrañábamos nuestra tierra natal y a todos los que dejamos atrás, por lo que decidimos hacer algo al respecto y transformar nuestro hogar en nuestro medio de escape nostálgico.

—Pero interactuamos y recibimos la cultura del país que nos acogió —afirma Hiroshi.

—El trabajo en equipo nos hizo avanzar hasta el lugar correcto. Gracias a eso, sentimos que estábamos listos y tuvimos a nuestro único hijo. —La historia me impacta y no creo que lo esté disimulando del todo. Me enfoqué tanto en avanzar hacia la perfección que supone mi vida con Sora, que me olvidé de incluir a la protagonista de mis desvelos—. Lo que te dije en el hospital fue por lo que percibí de mi nieta aquel día y que luego Carolina me confirmó: ustedes se quieren, les importa lo que le pasa al otro, pero no piensan en sí mismos durante la relación. Tienen que preocuparse por lo que sienten para brindarle a su pareja lo que necesita. Si pierden el equilibrio delicado de saberse individuos dentro de un conjunto, no progresarán. —Siento ganas de gritar y llorar a la vez. Ni siquiera con intención puedo joder las cosas tan fácilmente. La señora Naoko se aleja en dirección a la repisa y toma el jarrón que antes había visto. —¿Conoces el término *Kintsukuroi* o *Kintsugi*?

—No, señora.

—En esencia, es una técnica empleada para la reparación de cerámica. Mayormente, se utiliza barniz de resina mezclado con polvo de oro, plata o platino. Este jarrón fue sometido a ese proceso, por eso las líneas doradas, sin patrón aparente.

—Fui el responsable de romperlo mientras perfeccionaba el arte de los quehaceres del hogar. Me sentí terrible sabiendo la importancia del jarrón: su madre se lo regaló el día de nuestra boda. Naoko estaba tan triste.

—Creo que hasta lloré. —Su sonrisa es nostálgica—. Él decidió que lo compensaría. Consiguió todos los materiales y lo reparó con la técnica. Sinceramente, me gusta más ahora. No solo me recuerda a mi madre, también me recuerda la entrega y los problemas de mi esposo mientras lo reparaba. La pieza es mucho más hermosa a pesar de haberse roto.

—Es una filosofía que debe ser aplicada a la vida.

Observo al hombre por un momento, antes de volver la mirada hacia la señora Naoko.

—Sé que conoces el pasado de Sora. No conocemos el tuyo a profundidad, pero, como sobreviviente de cáncer, debes también tener una fractura de la batalla anterior. Puede sentirse fea,

desagradable, tal vez triste, pero sigue siendo parte de ti. No significa que no te molesten, tampoco significa que debes ser feliz ante el recuerdo; se trata de aceptarlas como parte de ti, como parte del proceso de la persona que eres hoy y que aspiras a ser. Eres hermoso y valioso en este momento, con tus heridas. Por lo que hemos visto, ambos son la resina que ha ido uniendo las fracturas del otro. —Se acerca y me entrega el jarrón para que lo sostenga.

—Y siempre tendrán a esa persona que pueda ser su guía hacia la experiencia. —El señor Hiroshi me sonríe. Me da la impresión de que se está postulando para ser esa persona en mi vida.

Mi vista se concentra en el objeto y lo admiro con otra perspectiva después de la explicación. Desde que lo vi, en la completa ignorancia, el jarrón me pareció tan hermoso. No imaginé que se trataban de correcciones, no imaginé que hubiera estado roto y que, por esa razón, es tan especial. Levanto la vista hacia la pareja; me sonríen con amabilidad. Como abuelos, sé que les preocupa la situación de su nieta y, aun así, aquí están sonriéndole a una persona que causó sus lágrimas. Me están entregando una lección invaluable que puede ser el detonante para un verdadero cambio tanto en mi vida como en mi relación con Sora.

—Muchas gracias.

No siempre debo entender lo que pasa y eso también está bien.

—0—

—¡Maximiliano Bécquer! Cuánto tiempo, ¿cómo estás?

Maikel, si no mal recuerdo su nombre, es el guía del grupo. Tiene el mismo rostro jovial y regordete de la última vez que lo vi. Las canas han comenzado a poblar su cabellera negra. Sus ojos, de igual color, siguen con el mismo brillo. No sé cómo mantiene el ánimo teniendo que liderar este ambiente de tristeza y desesperación.

Nunca me gustaron los grupos de apoyo, mucho menos cuando se hicieron virtuales. Hace dos meses, las reuniones volvieron a ser presenciales bajo el ambiente controlado del hospital, con pequeños grupos y con todas las medidas de distanciamiento, pero quiero tomarme mi salud en serio y ver cómo ayudar de alguna forma. Regresar representa el primer paso

—Vivo, que es lo importante.

—Eso veo, bienvenido de nuevo a bordo. Llegas justo a tiempo, toma asiento.

Obedezco, sin mucho más que decir. Veo una mezcla entre rostros familiares y nuevos; los nuevos me observan de arriba a abajo, los conocidos parecen sorprendidos de verme. Saludo por educación ante las miradas. Algunos me devuelven el gesto. Como recordaba, estamos dispuestos en ronda para que todos podamos observarnos, incluyendo al consejero.

—Como siempre, es un placer estar con ustedes en una nueva ocasión —exclama con demasiada energía. Cuando su mirada cae sobre mí, sé lo que va a hacer—. Hoy le estamos dando la bienvenida a un viejo integrante. ¿Conocen a Max? —Me señala y todos los ojos se centran en mí.

—Claro, es una celebridad, ¿quién no lo conoce? —responde uno de los que considero nuevos, que se encuentra a mi lado. Delgado, ojos marrones y rastros de una cabellera negra que sufre los embates del tratamiento.

—Cierto, Manu, ahora Max es *streamer* —dice con clara burla—. ¿Por qué no comienzas y nos pones al día en cuanto a tu situación?

Sé que a esto vine y que es parte de lo que necesito hacer para continuar el proceso de la manera más sana posible, pero, en serio, ¿el primero?

—¿Misma dinámica de siempre? —pregunto. Confirma con la cabeza—. Mi nombre es Maximiliano Bécquer y es mi segunda batalla contra esta enfermedad. Volvió en otra forma y me encuentro en tratamiento.

—¿Cómo va? —pregunta una chica a unos cuantos metros de mí.

—No como debería... —dudo en cuanto a la necesidad de compartir con tanto detalle.

—Max —me llama y levanto la vista—. Este es un espacio seguro para que te desahogues. No te contengas; lo necesitas.

Y tiene razón. Si vine aquí es porque siento que aún hay cosas que quiero expresar, y que solo una persona que está pasando por esto entenderá. Me acomodo en la silla y observo alrededor. A estas alturas, ya no me importa tanto lo que pueda salir como chisme, necesito sacarlo de mi pecho.

—Se está resistiendo y mis decisiones no han ayudado a la causa. Me ha costado una relación importante. Terminamos hace unas semanas porque yo... —titubeo— decidí que pondría en pausa mi tratamiento. Lo sé, una soberana tontería, pero...

—¿Por qué sentías que necesitabas una pausa? —me interrumpe Maikel. Se inclina hacia adelante, prestándome su entera atención. Hago el ademán de que ya me da igual.

—Porque estoy harto. La primera vez estaba tan perdido que no me importó lo que pasaba, pero ahora, cuando realmente sentí que era feliz, este monstruo vuelve.

Lo veo asentir.

—Es comprensible que te sientas de esta manera —lo dice en serio, no me siento juzgado—. Mencionaste que el incidente fue hace unas semanas, ¿no han intentado hablar las cosas?

—Contra el virus. Su situación se complicó y debieron intubarla. —Sonríe tristemente ante la amargura que ha supuesto esta llamada de atención—. Su corazón tuvo que dejar de latir para que comenzara a entender mis acciones y una visita a sus abuelos terminó de hacerme aterrizar. —Siento mis ojos arder solo de recordarlo—. Lo siento... —Ante las lágrimas que ya no quiero detener, la chica a mi lado me extiende un poco de gel antibacterial. Limpio mis manos y, cuando están secas, limpio mi rostro como puedo. La mascarilla está totalmente húmeda—. Gracias.

—¿Cómo sigue, Max?

Me recompongo lo suficiente antes de seguir.

—Le transfundieron plasma con anticuerpos. Sus valores están mejorando de a poco, oxigena mejor y todo aquello, pero los médicos no aseguran nada.

Me atrevo a observar mi alrededor y las miradas opacas que vi al principio se mezclan entre las tristes y las compasivas. Normalmente, lo odiaría, pero se siente bien contar con este tipo de entendimiento; estamos combatiendo el mismo enemigo en diferentes formas y circunstancias.

—Y en cuanto a tu salud, ¿cómo te sientes? ¿Qué piensas hacer al respecto?

—En lo físico, me siento tan destruido que a veces me cuesta ponerme de pie. Mi mente solo piensa en seguir el camino que necesito para recuperarme. Debo ser más agradecido ante la

oportunidad que poseo para seguir luchando; muchos no la tienen.

Esa última afirmación causa un cambio en el ambiente, como si fuese una realidad que los presentes también estuvieran ignorando, justo como lo hacía yo no hace tanto. El hecho de que estén aquí es suficiente motivo para estar agradecido.

—Gracias por compartir tus vivencias con nosotros. Me alegro de que estés de vuelta. —Echa una rápida mirada a los presentes—. ¿Alguien tiene algo que comentarle a Max?

Nadie responde, lo cual agradezco; ha sido suficiente sinceridad por el día, pero debo admitir que me ha ayudado.

—No te culpes, solo hiciste lo que creías que le haría feliz, aunque fue una burrada —el susurro viene de cerca. Manu lo ha soltado y asiente con la convicción de una experiencia que conoce superficialmente—. El amor nos vuelve idiotas, sin ofender. —Se ríe de forma discreta y puedo notar lo orgulloso que se siente.

Siento que pertenezco, siento que me comprenden.

—0—

Soñé con Sora de nuevo, pero esta vez abrazando el pasado. Recordé nuestro primer beso, cuando me sinceré con ella, cuando compartimos intimidad, cuando simplemente pasamos el mejor momento de todos sin miedo ni preocupaciones... La vibración de mi teléfono es la que me distrae de mi melancolía. Las personas siguen mencionándome en las redes ante los cambios en mi actitud. Solo he podido cumplir con las cosas que debía por contrato, pero en los últimos días no he estado en condiciones para estar frente a la cámara. Merecen, aunque sea, una mirada de lo que está pasando, para que entiendan la razón detrás de mi ausencia. Me siento un poco mejor luego de mi improvisada siesta, creo que es el momento de hacerlo antes de que todo se vuelva a descontrolar. Me coloco una camisa y lavo mi rostro, eliminando todo rastro de que estuve dormido. Configuro todo lo más sencillo que se puede y comienzo la transmisión.

—Hola. —El chat es una verdadera locura—. Paso por aquí para explicarles un poco lo que ha estado pasando y para agradecer infinitamente los mensajes que me han estado enviando, gracias por la preocupación. —La parte fácil está dicha; me concentro para no hacerme un ocho ni contar detalles personales de más—. Estas últimas semanas no han sido fáciles. Sora contrajo el virus y se encuentra actualmente intubada. Les agradecería que todos los que quieran, y sientan de corazón, la incluyan en sus pensamientos para una pronta mejoría. Tengo fe en que lo hará, ella es fuerte y no se irá de este mundo sin dar pelea; aun así, cualquier buena vibra es bien recibida. —Mi expresión debe ser un poema a la tristeza y a la preocupación. Mi idea era ser neutral, pero cuando hablo de Sora y todo lo que está pasando, no tengo manejo de mis emociones—. Mi salud sufrió un retroceso. Trato de estar activo en las redes, pero me cuesta. Mi prioridad es sobrellevar la situación lo mejor que pueda y les pido privacidad para poder hacerlo. Espero que pronto pueda traerles buenas noticias. Les envío un abrazo.

Al terminar, siento un poco de alivio. Con este nuevo proyecto que representan las transmisiones en vivo, tengo responsabilidad con las personas que me prestan su atención. Con lo que acabo de informar, no es que estén en una nube de felicidad, pero al menos están enterados y avisados de que no verán mucho de mi parte hasta que las cosas se calmen un poco. Ahora solo quiero desconectarme totalmente. Al menos, era la intención. Un sonido particular hace que observe mi teléfono a la distancia. Todo mi cuerpo se paraliza. Me mantengo observándolo,

tratando de confirmar que no es mi imaginación. Vuelve a sonar y prácticamente corro hacia él. En la notificación, confirmo que viene del teléfono de Sora. Está respondiendo al último «¿Estás bien?» que le envié justo antes del colapso.

Sora: Por los momentos, confórmate con esto.

Envía una *selfie* donde solo puedo verla del pecho hacia arriba. No tiene los tubos, pero tiene una cánula en su nariz y el brazo visible sigue lleno de agujas y demás cosas; pero está viva. Lo puedo ver en sus ojos que brillan un poco más que la última vez que los vi; lo veo en la señal de paz que hace con su mano hacia la cámara; lo veo en la tenue sonrisa que predica y que me llena de esperanzas. El alivio es tan contundente que me dejo caer en el suelo, con una enorme sonrisa en el rostro. Controlo el impulso de volver a colarme en el recinto; no puedo darme el lujo de que me arresten justo cuando tengo la posibilidad de verla.

—0—

—¡Hey, Max! —Me encuentro de frente con Carolina. Su semblante se ve mucho mejor y es notable que un peso ha desaparecido de sus hombros. Me observa de arriba a abajo y sonríe con una mezcla que identifico entre ternura y emoción—. Estás muy apuesto.

—¿Gracias? —pregunto no muy seguro. Halagos más sencillos que esos me han metido en situaciones incómodas con mi exsuegra. Observa el pequeño globo que llevo conmigo—. ¿Está despierta?

Asiente, notablemente complacida con lo que presencia.

—Salí un momento para ir por algo de comer. —Abre su bolso y saca de él una mascarilla—. Se me olvida colocarme esta cosa; un día de estos me van a multar, ya verás —se queja por lo bajo—. Cuidala en lo que regreso.

La veo desaparecer entre los pasillos, centro mi atención en la dirección contraria y comienzo mi andar. Encuentro la puerta entreabierta, lo que me brinda un vistazo al interior de la habitación. Ella está en el centro de la cama inclinada. Observa un punto específico de la pared, presa de sus pensamientos. Ignoro cada aparato, tubo y demás asociados que la cubren, solo puedo pensar en lo agradecido que estoy de que esté despierta. Sonrío mientras tomo mi teléfono.

Es bueno tenerte de vuelta.

Envío el mensaje y observo la escena frente a mí. Toma el teléfono ni bien termina de vibrar y, en cuestión de segundos, veo su mirada cambiar de tristeza a ternura; es el momento indicado para hacer notar mi presencia. Entro a la habitación, lo que provoca que su mirada se dirija hacia mí por instinto. Me paralizo gratamente. Mi mente divaga con rapidez entre los acontecimientos. Todo al mismo tiempo, aglomerando las palabras candidatas para dejarlo salir en cuanto sea posible. Pensar que existió un punto donde realmente creí que no la volvería a ver con vida es inverosímil para mí. Coloco el globo en la mesa cercana y me acerco unos pasos hasta que me detiene en seco.

—Mantén la distancia, vaquero. Esa fue la condición —rompe el silencio.

Sin más remedio que obedecer, busco una alternativa para estar cerca y lejos a la vez. Tomo la silla cercana para colocarla al pie de la cama. Por un momento no decimos nada, nos observamos directamente a los ojos, nos reconocemos de manera silenciosa como las almas que temieron perderse. Muchas palabras atrasadas se atascan en busca de la necesaria salida. Veo su clara

intención de ser la primera en intervenir, pero no creo que sea lo apropiado luego de todo lo que pasó.

—Escucha —ordeno, necesito desahogarme de alguna manera—: esto ha sido un infierno, una muy larga y terrible pesadilla que me superaba a cada momento. Fue solo una probadita de lo que ha sido para ti estos últimos meses.

—Si no hubiese querido estar para ti, simplemente me habría ido, Max. No lo hice por compromiso. De verdad quiero que estés bien, por eso me enfureció tanto cuando...

—Lo sé, lo sé...

—Yo también lo siento. —Esa sí que no la vi venir y sé que es más que evidente ante la expresión que no logro disimular—. En vez de condenarte, debí indagar en tu idea, por más estúpida que me pareciese. —El cansancio y el malestar en su voz son notorios; tal vez no sea la mejor de las ideas contarle todo ahora.

—Está bien, no necesitamos hablarlo de inmediato. Necesitas descansar, cielo.

—Estoy bien. —Frunce el ceño—. Cuéntame, quiero entender.

Explicárselo a ella es mucho más personal; parte de esto es ella y lo que significa en mi vida. Ahora, es mejor enfocarme en lo que he descubierto sobre mí.

—Mi creencia de que podría manejar esto de manera experta, o más fácil que la vez anterior, me jugó en contra. No soy la misma persona que lo enfrentó la primera vez.

—Es imposible que lo seas. ¿Crees que debo mantenerme como era cuando nos conocimos?

—Es diferente. Tus circunstancias te tenían así.

—¿Contigo no pasó lo mismo? —Genial, hace que dude de mi argumento—. Pensaste que detener todo era la mejor opción.

—Sigue siendo una de las decisiones más estúpidas y peligrosas que he tomado —admito.

—Así es, solo digo que debí entender por qué lo hacías.

Le sonrío tenuemente.

—Las cosas que dije en la pelea... tampoco eran reales.

—Ya no importa, Max, yo tampoco fui la mejor persona en ese momento.

—No lo fuimos. Tus abuelos me comentaron...

—¿Mis abuelos? —La veo removerse en la cama, ¿acaso piensa...?

—Espera, no te muevas, ¿a dónde vas?

—Esto prometo.

—Me acerco yo, cielo. Conociéndote, traje refuerzos para poder acercarme. —Tomo el bolso dentro del presente ya obsequiado y saco la segunda línea de protección.

—Soy un peligro biológico importante —se burla, al verme con mascarilla normal, más la máscara transparente que me cubre todo el rostro.

—Eres mi *biohazard* favorito.

—Baboso —responde sin dudarlo, lo que me hace reír ante su respuesta y mi cuestionable piropo

—. Pero ya, en serio, ¿qué hacías con mis abuelos?

—Ellos te contarán mejor que yo, pero, en esencia, fallamos en el trabajo en equipo. El miedo a morir descontroló todo mi norte. —Es la primera vez en meses que lo digo en voz alta, sin poner algún tipo de excusa por detrás, y me siento extrañamente mejor al sacarlo de mi pecho.

—¿Ya no lo sientes?

Niego sin dudar.

—Fue superado por el pánico que sentí cuando tu corazón dejó de latir. —Su expresión denota que no esperaba esta declaración. La sensación desagradable de aquel día es difícil de olvidar—. Por eso entendí cómo te sentiste durante estos meses, por eso comprendí tu enojo, yo me hubiese puesto igual si fuese al revés.

—Espero que no se te ocurra vengarte. —Me hace reír, con todo y las sensaciones contradictorias que experimento en los momentos—. Tuve que estar en peligro de muerte para que entendieras mi preocupación.

—No debería sorprenderte a estas alturas.

—Por favor, la comedia duele. —El ambiente queda en segundo plano ante la realización de que ambos estamos aquí, vivos, sonriéndonos y más fuertes luego de una de las situaciones más atemorizantes de nuestras relativamente cortas existencias—. Entonces... ¿qué sigue a partir de ahora?

—Que nos concentremos en mejorar del todo. Y para eso —suspiro ante mi siguiente afirmación—, iré a España a someterme al ensayo clínico.

No me responde de inmediato, tratando de confirmar que esto es en serio a través de mi mirada.

—Si todo marcha como hasta ahora, me iré unos días antes de Navidad —añado. Su sonrisa denota el alivio que le recorre—. Voy muy en serio.

Tengo tantas ganas de besarla. Apenas controlo el impulso de hacerlo, pero sé que acaba de volver a la vida y necesita tener el mismo proceso que agoté en este infernal período de tiempo. No es mi lugar decirle cómo sentirse. Si queremos seguir fastidiando al otro, nos tenemos que cuidar. Como le dije a su padre: estaré mejor que bien para cuidarla y amarla, si ella me lo permite. Es mi mejor amiga, la persona que cree en mí cuando no lo hago, la que decidió alejarse, aunque la separación nos destruyera, sabiendo que era lo mejor. La mujer que me hace sentir privilegiado más allá de lo material. La que me hace sentir más vivo de lo que alguna vez pensé. La que me lleva de cabeza solo con transitar a mi lado, la mujer que revive mi espíritu. No me quedan dudas de que es la que quiero en mi camino. Solo resta que confirme que yo soy el que necesita estar en el suyo.

IV

KAIZEN 改善

La mejora continua

—Hola, Sor.

Mi atención pasa a la puerta, donde mi madre hace acto de presencia. Tiene la mascarilla puesta, pero puedo percibir, gracias a sus ojos, la sonrisa que invade su rostro. Lo mismo pasa con papá, aunque de una manera más reservada.

Cuando me dijeron que me intubarían, supuse que sería el final, pues la intubación es el último recurso —no recomendado— cuando los métodos no invasivos de oxigenación no funcionan. Mi cuerpo no reaccionaba a los tratamientos y mis esperanzas de que algo cambiase eran pocas. Creo que la visita o, mejor dicho, el allanamiento de habitación de Max me dio cierta esperanza. El simple hecho de verlo fue importante para mí, aunque él siguiese sin entender el porqué de mi enojo. Su presencia y sus palabras momentos antes de cerrar los ojos eran lo que necesitaba para cambiar mi mentalidad. Tenía que despertar y dedicarme a cerrar el sinfín de ciclos pendientes.

El dolor generalizado fue mi bienvenida a la consciencia; el tubo en mi garganta tampoco fue algo agradable y la tos fue el indicador. El equipo médico llegó a mi lado y me liberó del invasor, aliviados de verme salir del peor de los escenarios. No podía sentirme peor, pero, al menos, estaba menos febril y mis pulmones trabajaban hasta cierto punto, con menos esfuerzo y mucho menos dolor. A mis veintidós, casi veintitrés años bien cumplidos, me inquietó la extraña independencia de estar sola en semejante estado, sin ningún tipo de rostro familiar. Como pude, pedí que dejaran pasar a quien fuese, no me importaba; necesitaba un rostro conocido entre el mar de extraños.

Pocas veces he visto a mis padres llorar. El reencuentro fue agri dulce por el recuerdo de mis reclamos previos a la inconsciencia. Una mezcla de alivio, felicidad, incertidumbre, miedo y —estimo que— culpa pasaron de manera libre por sus rostros. Las restricciones prohibiéndoles el contacto continuo que cualquiera quisiera tener en su posición. Aún me cuesta creer que haya pasado tanto tiempo, mucho menos lo que ha supuesto mi estadía en el lugar. La debilidad en mis brazos y piernas debido al tiempo de inmovilidad son evidentes; mis pulmones siguen sensibles y no tengo que ser doctora para saber que cosas tan sencillas como caminar dificultarán mi respiración. Tengo la misión de practicar asuntos que daba por entendidos antes de la enfermedad.

El primer día fue de adaptación, de chequeos y estudios. No pude comunicarme con los chicos ni informarme a profundidad de lo que se avecinaba. No sabía si era la mejor estrategia en aquel entonces, pero necesitaba hablar con Max. Mis padres me contaron que fue una constante durante todo el proceso y que, aunque no pudo volver a escabullirse a voluntad propia, negoció momentos

conmigo, a pesar de que eso conllevara vestirse de pies a cabeza para protegerse de la exposición. Nuestra conversación no fue lo que esperaba, pero sí lo que necesitaba. Con tan solo ver sus ojos, lo único visible de su rostro, vi un cambio. Ha aprovechado el tiempo de incertidumbre, tiene las prioridades claras y es muy maduro de su parte darme el espacio para llevar el mismo proceso que él. Días después, me enteré de que su familia pagó la cuenta del hospital y lo que queda de todo el cuadro entre insumos, medicinas, seguimientos y las pocas sesiones de terapia motriz que me recomendaron; como si no fuese suficiente que su madre literalmente me salvara la vida. Ha hecho demasiado incluso cuando se supone que todo había terminado.

Este es el sexto día luego del reinicio forzado que me aplicó la vida. He notado que muchas de mis manías parecen no estar o simplemente no han iniciado del todo. Situaciones pendientes que me quitaban el sueño ahora me parecen tan estúpidas y banales en contraste con el hecho de que casi muero. A esta edad, parece que tienes todo el tiempo del mundo y que las cosas pueden esperar. Cerré los ojos y nadie tenía la certeza de que los volvería a abrir. Todo el cúmulo de emociones que me agobiaron previo al suceso se convirtieron en síntomas físicos. Afectaron tanto mi sistema inmunológico hasta el punto de que el virus hizo lo que quiso conmigo. Mi mente está concentrada en el hecho de que morí por algunos minutos y, de alguna forma, la vida me trajo de vuelta. Me esforcé tanto en demostrar que estaba bien que terminé no estándolo. Debo dejar de darme el alta si el profesional no lo indica. No puedo seguir en este bucle constante de recaídas, pues las personas a mi alrededor merecen que esté bien; yo merezco estar bien y debo poner de mi parte para que así sea. Lo primero en la lista es enmendar las cosas con mis padres. La conversación saldrá eventualmente y quiero ser yo quien la suscite, lo antes posible. Permito que se muevan por la habitación para que el cambio de tono no sea tan abrupto.

—Mamá, papá. —Mi tono no sale tan serio como me gustaría, pero sirve para llamar su atención—. Sobre lo que pasó antes de todo esto...

—Está bien, Sor, ya no importa. Haremos lo necesario para que no vuelvas a sentirte de esa manera.

—Incluso si necesitamos que alguien nos ayude... —Para mi sorpresa, papá es quien pronuncia esas palabras. Aunque siempre ha estado apoyándose en los procesos que he necesitado, no es fanático de todo lo que tiene que ver con los psicoterapeutas. Su mentalidad siempre ha sido de sacudirse la tierra y seguir. El tema es que, mientras más te sacudes, más crece el montículo y solo es cuestión de tiempo para que, cuando se te ocurra pasar nuevamente por ese camino, tropieces con él. Se dirige al lado desocupado de la cama, arrodillándose en el suelo ante la ausencia de un inmueble para él—. Te vi nacer y presencié tu muerte por los minutos más agonizantes de toda mi vida —musita. La oración de por sí es poderosa, pero el hecho de que puedo ver sus ojos cristalinos es una imagen trascendental para mí—. Sé que no lo expreso tan a menudo como me gustaría y parezco inalcanzable o frío para ti, pero quiero que quede claro que ustedes son lo más importante que tengo y quiero que sean felices.

Cuando era niña, no éramos cercanos. Trabajaba mucho y no necesariamente compartíamos como para sentir que creábamos un vínculo. Siempre ha sido estricto, serio y de una mentalidad fuerte de «siempre tengo la razón». Recuerdo que una vez llegué a pensar que era una especie de robot porque nunca lo había visto llorar y, cuando yo lo hacía, no sabía qué hacer para consolarme. Para él, todo lo que tuviese que ver con nosotros era y sigue siendo prioridad. Luego de la debacle del innombrable —espero que futuro convicto—, nuestra relación cambió. Él fue

quien me vio justo después del ataque y presencié cómo todo mi mundo se vino abajo. Provocó que se replanteara muchas cosas, a pesar de que solo hizo el diálogo entre nosotros aún más difícil.

—Sor, éramos muy jóvenes cuando te tuvimos y no teníamos resueltas muchas de las cosas que se requiere resolver antes de tener un hijo —confiesa mamá—. Maduramos contigo, con las creencias que ya traíamos de nuestros padres. Creo que, aunque entendemos la importancia de no transmitirte lo que sabemos que no funciona, deberíamos ser más abiertos a ser parte activa del proceso. No deberíamos poner el peso de que te ajustes y nosotros sigamos con las mismas actitudes que te llevaron a este punto. No pudimos evitar que alguien te dañara, no queremos ser parte de los obstáculos que te impiden seguir. Queremos enmendarlo.

—Siento que esto se discutió tras bastidores anteriormente.

—Tus abuelos han estado diciendo lo mismo por años, solo que ignoramos la advertencia pensando que, si fuese el caso, nos dirías. Naoko me lo recordó aquel día en el estacionamiento. Si estás dispuesta esta vez a tomar la terapia como se debe, no autoservicio de darse en alta, nosotros nos comprometemos a asistir también.

—Y sé que tu hermano estará más que feliz de participar —complementa papá.

Lidiar con una hija como yo no es sencillo y, aun así, han hecho un excelente trabajo. Quiero que nuestra relación sea aún mejor en el presente como en el futuro.

—Gracias. Lloraría de felicidad, pero todo duele.

Esto es un paso hacia la dirección correcta.

—0—

El bicho maligno no tenía intenciones de soltarme. Debido a los estragos de la enfermedad, he tenido que tomar unas cuantas sesiones de terapia física, tanto para que mis extremidades entiendan que las vacaciones han terminado como para que mis pulmones vuelvan a acostumbrarse a las exigencias de respirar en movimiento. Me resultó extraño presenciar mis pequeños pasos mientras arrastraba mi todavía confiable tanque de oxígeno personal, pero sé que era parte importante del proceso; menos mal que ya no lo necesito. Quedan algunas citas de seguimiento, pero estoy del otro lado, o eso quiero creer. Max fue mi cómplice en las sesiones de terapia, a pesar de que las cosas siguen en proceso entre nosotros y se prepara para partir en pocos días.

La única vez que hablamos sin interrupciones, fuera de la excepción de las terapias, fue gracias a nuestros padres y la cuenta del hospital. Mis padres aseguraban que algún día les pagarían el monto, sin entender razones de que no era necesario y que lo hicieron con mucho gusto. Mabel y su esposo nos consideran parte de la familia, independientemente del estatus de mi relación con Max. Para ellos, lo importante era asegurar mi bienestar y salvarnos de una deuda así en los tiempos que acontecen. Mucho trabajo persuasivo por parte de Mabel y un alto nivel de negociación por parte del padre de Max terminaron por convencer a mis padres, quienes externaron que estarían en deuda de por vida con los Bécquer-Suárez. Y como no podría ser de otra forma viniendo de Max y su familia, argumentaron esa lógica estableciendo que estarán en deuda de por vida por haberme traído al mundo. Lo cliché corre en la familia.

En cuanto al joven Max, las cosas parecen ir mucho mejor de lo que esperé. Está enfocado en la nueva creencia de que puede hacer más de lo que está haciendo para mejorar la situación de otros

como él. Ese progreso y las ganas renovadas que tiene de vivir me han impulsado en una dirección más sana. Supe de la trascendental conversación con mis abuelos a través de Hiro porque estos últimos me indicaron que hablara con Max, incluso cuando él me envió con ellos por una respuesta. La interacción fue extraña pero profunda, y sé que constituyó el último empujón para la situación actual de Maximiliano. El sombrero también me sirvió a la perfección; mi adorada Má no perdió tiempo en repetírmelo en el momento en que mis sentidos volvieron a funcionar a toda marcha. Él ya ha dado los primeros pasos por sí mismo, yo necesito dar los míos.

—Pasa, Sora. Me alegra volver a verte.

Por eso, estoy en el ya conocido centro médico, entrando al conocido consultorio, viendo al conocido rostro recibíendome una nueva vez.

—Igualmente, doctor Osorio. —El hombre parece haber envejecido un poco desde la última vez que nos vimos. Su cabello tiene nuevas canas y ha ganado un poco de peso.

—Debo admitir que cuando agendaste la cita estuve bastante sorprendido. La última vez que nos vimos ibas muy bien. No volverte a ver fue inesperado. —Toma su agenda y lapicero. Lee el contenido de una de las páginas antes de enfocarse nuevamente en mí—. Cuéntame, ¿qué ha pasado? ¿Por qué decidiste volver?

Se me escapa una pequeña sonrisa irónica ante la pregunta. ¿Qué NO ha pasado desde la última vez que nos vimos? Trato de entregarle el resumen más claro de los acontecimientos, pero resulta difícil. Encajar en este breve lapso todo el asunto de Mauro y sus secuaces, Max y su enfermedad, el declive de nuestra relación y el hecho de que literalmente morí gracias al bicho ese, resulta ser un relato enredado.

—Vaya, ha pasado bastante.

Fallo en disimular la mueca de disgusto, lo que le hace entender que no ha sido divertido.

—Todo se acabó por unos minutos, mi corazón dejó de latir y ninguno de mis problemas anteriores puede competir con ese hecho.

—Un suceso de esa magnitud puede hacernos replantear la manera en la que hemos estado viviendo.

—Vivo con miedo. —Mi propia sinceridad me atemoriza, pero es poderoso el hecho de que ni siquiera trato de adornarlo—. Temo de manera constante hasta sin ser consciente. Todas las dudas, el overthinking, el perfeccionismo... es miedo disfrazado en diferentes formas. —La idea de esta primera sesión era mantenerlo en un tono casual. Mis emociones no parecen querer cooperar. Pensé que, como llevo semanas sin experimentar el peso del mundo sobre mí, sería seguro el expresar todo lo que me molesta—. Necesito que mi pasado me suelte.

—Tú eres la que necesita soltarlo. —Levanto la vista hacia el techo ante el impacto de lo dicho y lo fácil que suena—. Sora, necesito que entiendas el propósito de lo que hacemos aquí. —Deja su agenda de lado y se inclina un poco para que su posición sea más accesible, más amigable—. Recordarás cosas que te harán sentir triste, que te provocarán rabia, dolor e impotencia; no eres de piedra. El asunto aquí es que estés preparada para identificarlas y manejarlas. No se trata de dejar de sentir.

—¿Cómo lo hago? Lo intento, pero... vuelvo al mismo lugar. Lo revivo, me paraliza. Todas estas semanas he reflexionado en lo mucho que quiero que los demás estén bien, en lo mucho que me

pierdo en el dar. Es porque no quiero lidiar con lo que llevo dentro. Así lo olvido todo, así me siento mejor, feliz... creí que funcionaba. Es mucho más fácil de esta manera.

—Cuando no puedes ayudar a los demás, la atención vuelve a ti. No hay escapatoria y todo resurge de golpe.

Me mantengo en silencio, sabiendo que tiene razón. Las veces que sentí cierto control sobre mí fue en las ocasiones donde ayudé a mis amigos en sus tribulaciones. Cuando llegó la pandemia y todo perdió su rumbo, me vi obligada a tener mucho más tiempo a solas conmigo misma. Agregando la situación con Max, no pude tapar el sol con un dedo.

—Si no comienzas a enfocarte en ti, nunca lograrás esa tranquilidad a la que aspiras. Tampoco podrás ser la versión que tus seres queridos merecen, esa en la que serás feliz.

Es difícil admitir que el problema viene de adentro, especialmente cuando sientes que el principal culpable, aquel tercero que se inmiscuyó en tu vida sin permiso de la manera más vil, no recibió lo que merecía. El rencor, la impotencia y la rabia continua no hacen más que envenenarme. Me impiden disfrutar de mi vida, de mi familia, de mis amigos, de Max. En estos últimos meses, por pensar solo en el peor escenario posible, no disfruté nuestra relación, mucho menos pensé a futuro. Dejé que el miedo me absorbiera tanto que olvidé lo importante. Me costó una visita de la muerte para realmente entender mi situación y darme cuenta de que me estoy consumiendo en mi vano intento de escapar.

—¿Puede darme unos minutos? —pregunto con el rostro húmedo.

Asiente y me señala el camino conocido hacia el baño.

Los cubículos están abiertos, confirmandome que estoy en soledad. Me concentro en el lavamanos y su enorme espejo que comparte mi reflejo. Me quito la mascarilla. He llegado muy lejos en contraste con lo que pensaba años atrás, pero sé que no es lo mejor que tengo. Abro el grifo, el sonido del agua corriendo inunda el ambiente sin apaciguar el ruido en mi cabeza. Junto mis manos para atrapar el líquido. Enjuago mi rostro dos veces antes de incorporarme, apoyando mis manos en la superficie; mis ojos están cerrados mientras dejo salir un largo suspiro. Cuando vuelvo hacia mi reflejo, identifico dos que sé no están allí si volteo a verlos. Mis versiones anteriores me contemplan del otro lado. Mi versión de diez años me observa con preocupación; mi versión de diecisiete tiene la mirada destrozada, justo como me recuerdo aquel día luego del ataque.

Le fallé a ambas versiones miserablemente y tuve la audacia de culparlas por cosas que no nos corresponden. Todo este tiempo estuve odiándome en secreto. Dejé perder la ilusión de esa niña, lo que amaba ser, los sueños que le cautivaban, la vida que tenía. Defraudé a esa joven, culpándola de algo que jamás de los jamases será su culpa. Tuve que morir para darme cuenta de que no creía en mi inocencia de manera genuina. Siempre dije que no era mi culpa, que era de terceros, pero no lo creía en el fondo. Y ellas, conviviendo dentro de mí, sintieron el embate y desencadenó en esa cáscara humana que Max encontró y que ha hecho de todo para romper. Yo fui la que les fallé y quiero remediarlo. Siento mis ojos arder, pero trato de verlas a ambas con la convicción suficiente.

—Lo siento... —dejo salir en un susurro. No se inmutan, la mirada fija en mi figura. Bajo la vista un momento, recomponiéndome; no anticipé que este ejercicio sería tan poderoso—. Estaremos bien. —Mi emoción es evidente. Mi pequeña yo sonríe con todos los dientes y la versión

adolescente gira hacia mí, devolviéndome una sonrisa triste—. Lo prometo.

Siento que mi pecho se libera; algo en mi interior acaba de salir y siento paz, genuina paz, recorriendo mi cuerpo. Parpadeo y me encuentro sola nueva vez. No me daré de alta, llegaré hasta el final y cumpliré esta promesa; necesito hacerlo por nosotras.

—0—

—Sora-chan... —La decepción mezclada con seriedad que percibo en su tono hace que sonrío.

Estamos en el piso de madera frente al jardín. Todos nuestros utensilios esparcidos a una distancia prudente para su utilización. La palabra del día es «Komorebi». No podía elegir una más difícil.

—Má, solo quiero el título.

La ceremonia de graduación se llevará a cabo en primavera, con todo tipo de protocolos. Estaremos Milo, quien de manera solidaria decidió esperarnos para graduarse con nosotros; Max, con su entrega simbólica hasta que pueda cursar la pasantía reglamentaria; y yo, que también recibiré mi diploma. Ari se ofreció como voluntaria del evento para infiltrarse desde las sombras. No estoy segura de que Max pueda asistir al final. La fecha es cercana a su regreso tentativo, en caso de que el ensayo clínico funcione como se espera. Estará en periodo de descanso antes del trasplante.

—Veremos el evento en vivo. Hiro amanecerá aquí para que nos ayude con los asuntos técnicos.
—Da el primer trazo.

—¿Él ya lo sabe?

—Con que yo lo sepa es suficiente —sentencia. No le discuto, sabiendo que mi hermano no tendrá voz ni voto en esta situación—. Sora-chan, ¿has tenido noticias de Max-kun? —El kun es sorpresivo.

—Cuánta familiaridad... «Max-kun». —Nos reímos—. Después de jugar con su mente, ¿ahora te agrada?

—No fue para tanto, solo quería conocer al muchacho. Hace unos días que no sabemos de él.

—¿Y cómo es que supieron de Max?

—Hiroshi habló con él por WhatsApp. Dijo que vendría luego a aprender cómo jugar *shōgi* y a podar mis bonsáis. —La magia de mis amigos entablando relaciones significativas con los miembros de mi familia. Esta en particular me sorprende, viniendo de mis abuelos. Son reservados, rayan en la desconfianza y, por lo complicado que estuvo todo entre Max y yo en aquel entonces, me sorprende que tengan la suficiente seguridad como para tenerlo como contacto cercano. Lanzo mi cuarto trazo, rememorando lo último que supe de Max. Estamos respetando el espacio.

Las sesiones de terapia, ahora que voy en serio, han sido brutales. El doctor no solo me ha sacado de la zona de confort, sino que ha conseguido un cañón, me ha metido adentro y me ha lanzado a kilómetros de ella. La verdad duele, cada sesión me abre los ojos hacia una nueva. Es incómodo, pero no hay mucho que pueda discutir cuando los patrones son evidentes. Es muy pronto para cantar victoria, pero siento que esta vez sí voy por el camino que corresponde. Por lo que me cuenta Mabel, Max también lo está. Me incomoda no estar a su lado mientras vive su proceso con la enfermedad, pero él me lo pidió y cada día que pasa entiendo más la razón. Me

conforme con verlo tranquilo durante sus transmisiones, las cuales vuelven a ser frecuentes.

—Estuvo visitando a unos especialistas fuera de la ciudad para obtener una segunda opinión en cuanto a los próximos pasos a seguir. Se irá en la madrugada a España. —Diciembre no debería ser una fecha para viajar, por razones médicas. Faltan unos cuantos días para Navidad y no me agrada la idea de que la pase en un lugar no familiar para él, aunque sea con su madre.

El silencio se adueña del lugar. Nos concentramos en la pieza que estamos haciendo; sé que prepara su contraataque.

—¿Sabes la razón por la que elegí *Komorebi* para el día de hoy?

—¿Porque debemos ir subiendo el nivel de dificultad?

Su risa divertida hace que la observe, sabiendo que nunca es tan sencillo con ella.

—En parte. —Deja su pincel a un lado para devolverme la mirada—. El término *Komorebi* se refiere a «la luz del sol que se filtra a través de las hojas de los árboles». Personalmente, es un fenómeno que encuentro fascinante y hermoso. Lo percibo como la gentileza infinita del árbol que nos provee de sombra mientras permite que algunos destellos se cuelen a la superficie, creando un espectáculo único y digno de admirar. Permite que algunos destellos de luz puedan decir presente en una coexistencia perfecta. Los contiene para otorgarnos sombra, pero es lo suficientemente permisivo como para que se haga la magia.

—Eso es muy hermoso, pero aún no entiendo cuál sería la razón adicional aquí.

—Para que recuerdes algo muy importante: hasta con dificultades, la magia ocurre. Con propósitos inesperados, se producen encantamientos. Lo imperfecto es el perfecto artista dentro de este hechizo que conocemos como vida. Por eso, la luz puede traspasar de alguna forma las hojas para crear algo bello. —Me sonrío—. Si esperas a que todo sea perfecto para dar el paso, te quedarás en el mismo lugar para siempre. La perfección no existe, existe la imperfección que nos hace humanos y que, en algún momento, alguien llegará a amar y a complementar con su propia imperfección. —Es un consejo claramente relacionado con Max. Como siempre, extiende mi perspectiva hacia la vida de manera sutil y majestuosa, por lo menos en cuanto a los términos y ejemplos empleados para hacerme entender. Me dedica una última sonrisa antes de volver su atención a la pieza; hago lo mismo unos segundos después.

Nuestra sesión termina, las horas pasan y la noche se hace presente. Decidí quedarme con mis abuelos y disfrutar del pequeño escape con aire japonés que siempre ha sido mi segundo hogar. Entro al perfil de Max en la plataforma de directos y busco el que Ari tuvo la cortesía de enviarme poco después de que volví a la vida. Les informaba a sus seguidores sobre la situación que atravesábamos en aquel entonces. Intentó ser lo más claro posible, evitando preocuparlos, pero su expresión de aquel entonces le delató. Aun así, no puedo evitar enternecerme ante su sinceridad y lo que representó para él.

Estas últimas semanas no han sido fáciles. Sora contrajo el virus y se encuentra actualmente intubada. Les agradecería que todos los que quieran, y sientan de corazón, la incluyan en sus pensamientos para una pronta mejoría.

Max no es un chico al que le guste mostrarse vulnerable, mucho menos si conlleva admitir que necesita ayuda, especialmente con extraños. Escucharlo decir aquello es una sensación agri dulce, teniendo en cuenta que es evidente su sufrimiento, pero también demuestra que se encontraba en

un proceso de entendimiento. No debió ser agradable estar de ese lado sabiendo que él estaba enfrentándose a otra enfermedad. Hace que suspire, que mis sentimientos se alboroten, que mi mente comience a pensar y que la adrenalina recorra cada parte de mi ser. No puedo dejar que se vaya así.

Es medianoche cuando salto de la cama y me alisto para salir. No me interesa la oscuridad de la noche de diciembre cuando solicito un Uber. Max no puede irse al otro lado del charco sin que al menos pueda verlo una última vez. Me escabullo de la residencia, rogando no haber despertado a mis abuelos, y llego a la entrada donde el conductor me espera. Solo fueron unos veinte minutos de trayecto, pero se sintieron eternos ante el revuelo en mi mente. No sé qué diré ni que haré cuando lo vea, pero el sentimiento de no verlo partir es mucho más fuerte que mi juicio. Cuando el auto se detiene, me apresuro al pizarrón para ubicar el vuelo que convenientemente conozco, gracias a los comentarios de Milo, los cuales empiezo a sospechar fueron adrede para suscitar este encuentro. Lo ubico y me dirijo al ala derecha. No me toma mucho tiempo encontrarlo junto a su madre.

—¿Sora?

Ante el llamado de Mabel, Max levanta la vista. Puedo ver a través de sus ojos cómo su expresión pasa de sorprendido a extrañado. Se pone de pie y, en cuestión de segundos, está frente a mí.

—Cielo, ¿qué haces aquí? ¿Viniste sola? ¿Por qué...?

Me importa poco la distancia de seguridad. Lo interrumpo, abrazándolo como si temiera que fuera a desaparecer. Le toma unos segundos reaccionar, pero lo acepta y me permito relajarme ante la sensación.

—¿Estás bien? —pregunta en un susurro, sin soltarme.

—Necesitaba despedirme de ti. —Al separarnos, noto que Mabel no se encuentra donde la dejamos. Vuelvo mi atención hacia él. Se ha removido la mascarilla y me observa, esperando mi próximo movimiento. La adrenalina ha bajado y no tengo otra cosa que decir. Me acerco a la pared más cercana y apoyo la espalda en ella mientras me quito la mascarilla. Max se encuentra atento a cada movimiento—. Ya sé que tenemos un trato, pero... esto es de fuerza mayor.

Pasan unos segundos. Lo único que se escucha son los suaves pasos de las pocas personas que transitan el lugar.

—Me alegra que uno de los dos tuviera el valor para hacerlo —contesta. Sus brazos me rodean, sin escapatoria entre él y la pared. Me encuentro con su mirada. Nuestras narices se rozan mientras nuestros ojos no pierden detalle del alma del otro—. Estuve a punto de llamarte —susurra—; quería verte.

—Habrías evitado que apareciera en plena madrugada a las afueras de la ciudad.

—A veces cuestiono tu sentido del peligro, ¿sabes?

Sonrí, tratando de que la gracia de su comentario llegue a todo mi cuerpo, pero entre la cercanía que compartimos y el hecho de que se irá pronto, no surte efecto.

—Cuidate mucho, por favor —me pide en un susurro—. Si sé que estás bien, yo también lo estaré. —El hecho de que su voz suene tan segura hace que mis pensamientos no lo estén.

Su vista se aparta de la mía por unos segundos, atendiendo a la silueta que capto en el rabillo del

ojo y que intuyo es Mabel indicándole que deben irse. Suspiro con anticipación ante lo que se viene. Vuelve su vista a mí, nuestras frentes reposando sobre la otra. Lo único que quiero es aferrarme a él y que todo termine.

—En algunos países, como despedida, suelen besarse.

Sonríó ante su ocurrencia.

—Nombra uno de esos países.

Aprieta los labios.

—Te lo voy a deber.

También quiero besarlo. Es solo que... no se siente bien en la situación actual. Sé que va a seguir en su lucha con la enfermedad y, aunque no sea lógico ante mi deseo de concretar la acción, esto sería como aceptar que no volverá a pasar nada entre nosotros, como si lo dejara ir, una especie de cierre. Quiero que cuando nuestros labios se vuelvan a encontrar, sea con la certeza de que los dos estamos en el camino correcto, de manera permanente y no tengamos dudas de que somos el compañero incondicional del otro. Así que, opto por devolverle el abrazo más íntimo posible, poniéndome de puntillas para aferrarme a su cuello. Cualquiera se lo hubiese comido a besos, pero decido postergarlo, aunque mi accionar parezca trivial o sin sentido.

—Yo también te lo voy a deber —susurro, mi pecho inundándose en sentimientos. —Nos separamos y me doy permiso de besar su mejilla, saboreando la sensación por unos segundos que se prolongan más allá de su medida estimada. Es mi forma de encontrar un punto medio, sin perderme en la tentación. Sonríe, una sonrisa que no se refleja en sus ojos, pero encuentro esperanza; justo lo que necesita para lo que se viene. —Confío en ti, Max. —No sé si es lo que necesita escuchar, pero es lo que necesito decir.

Asiente levemente antes de dar dos pasos hacia atrás. Lo conozco y sé que está conteniéndose. Aun así, esta vez sí sonríe con todos los dientes, sus ojos siguiéndole el juego. Se aleja en dirección a Mabel, quien se despide a la distancia. El silencio del ambiente vuelve a envolverme mientras me dirijo hacia los banquillos donde los encontré esperando el vuelo. Mi vista se pierde por aquel pasillo donde segundos atrás lo vi partir. Cuando lo vuelva a ver, no tengo idea de qué diré o qué dirá él, pero de algo estoy segura: no me desagradará. Hemos sido un dúo imperfecto que ha encontrado un valioso punto medio entre las tormentas que nos envolvían. Y de corazón, sin importar las circunstancias, solo quiero que esté bien.

—0—

—¿Cómo se sienten los inicios de justicia?

La voz de Ari me trae al mundo real. Le sonrío de manera sincera. Aprecio que haya tomado tiempo de su agitada agenda para acompañarme en estas diligencias legales. Entre su vuelta a la universidad, el pequeño Eliot de pocos meses, su tema familiar y lo que conlleva su relación en pareja, mucho no he querido importunar. Aun así, me sorprendió con su iniciativa y, aunque me negué en principio, reconozco que necesitaba el simple hecho de andar del brazo con ella.

Uno de los primeros pasos que debo agotar como parte de lo que tengo que resolver por mi cuenta es todo el tema legal en cuanto a Mauro. Me siento responsable de ayudar en todo el proceso, y eso incluye hacer que sus secuaces caigan junto a él (mención honorífica a sus padres, el procurador y sus asistentes). Los Bécquer me han proporcionado con todo un equipo legal. Como

era de esperarse, los malos no tienen lealtad cuando la situación apremia. No niegan lo que pasó, pero quieren transferir la papa caliente para evitar responsabilidades.

—Podemos ir por ese café que nos debemos. Iré por una botella de agua y nos vamos —afirma, sin preguntarme.

Se aleja por los pasillos, dejándome sola en el lugar que es la imagen representativa de que vivimos en una pandemia. Aprovecho la ocasión para quitarme la mascarilla. Hoy también es una fecha especial y me pregunto si fue buena idea enviarle un presente al joven Bécquer por la ocasión. Ha pasado un mes aproximadamente desde aquella despedida en el aeropuerto. La contradicción de no haber concretado el beso cuando significaba un suceso tan ansiado por mí aún gira sin control en mis pensamientos, pero quiero pensar que fue la decisión correcta. El ensayo clínico está funcionando y los doctores son optimistas. Maximiliano está siendo mucho más sincero sobre cómo se siente y los embates que recorren su cuerpo; a veces, con foto incluida. Es justo lo que quería de su parte y, aunque no es fácil sobrellevarlo, me ayuda a prepararme de cara a la realidad.

Mi atención vaga hacia mi derecha cuando percibo cómo una puerta se abre por el rabillo del ojo. Veo a un hombre y asumo que es el abogado de la joven castaña que sale después de él. Los lentes de sol que usa cubren gran parte de su rostro, pero a todas luces da la impresión de ser una chica atractiva, de esas que exudan aires de modelo. Gira hacia mi dirección, creo que observa el pasillo que se encuentra vacío detrás de mí. No le hago mucho caso, más bien me pierdo en la pared que tengo enfrente. Por lo menos esa es la intención. La joven castaña se acerca como si estuviese modelando en una pasarela de París, con unos pasos perfectos que retumban en la estancia. Para mi sorpresa, se detiene frente a mí. Mueve la cabeza de arriba abajo, clara señal de que me está observando. Su bolso de diseñador no se mueve, colgado de su brazo flexionado.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Sora, ¿no?

—¿La conozco?

Ella sonríe, sus ojos siguen detrás de esos cristales oscuros.

—Probablemente, sí —responde, colocando uno de sus mechones castaños detrás de su oreja—. Necesitaba verte en persona, solo por curiosidad. —Esto se vuelve más raro a cada segundo—. Un placer conocerte, Sora. Seguro que nos veremos de nuevo.

Como si la situación no fuese lo suficientemente extraña, reanuda su andar con esa marcha de tacones que vi antes. Tal vez debería seguirla para entender qué pasa, pero las vertientes son demasiadas y no me siento con el ánimo para hacerlo. Puede ser por los directos de Max, por el caso que es más que público... Hay muchas alternativas por las que podría saber quién soy.

Ari aparece por el pasillo nuevamente, lista para nuestra pequeña escapada. No le comento sobre el raro suceso, porque asumo que no es relevante ahora mismo. Nos dirigimos a un café que queda a un par de esquinas. Ella ordena un *frappuccino* de caramelo mientras yo me decido por un *moccacino*, como si nuestras personalidades estuviesen siendo representadas a través de las bebidas. Tomo mi teléfono tan pronto los pedidos están encargados para revisar el estado del envío, que necesita llegar lo más pronto posible. No tiene sentido el gesto si no lo recibe hoy. Tenemos unas seis o siete horas de diferencia, por lo que, si son las dos de la tarde, deben ser las ocho en España.

—¿Por qué me ignoras de manera tan descarada?

Levanto la vista ante la joven madre que me observa con el ceño fruncido. Explicarle es mucho más complicado que enseñarlo. Le entrego el teléfono para que lo vea por sí misma. Se concentra en el contenido antes de negar con la cabeza y sonreír con un ápice de ternura.

—Ustedes dos... de verdad.

—Es solo una manera de conmemorar un momento importante.

—Que técnicamente no aplica en el presente.

—Es una excepción —me defiendo en vano.

Nuestras bebidas llegan, interrumpiendo cualquier intención de rebatir. Toma un gran sorbo antes de revisar su teléfono: está claro que no le agrada lo que lee.

—¿Todo en orden?

—Felipe me ha estado escribiendo. —Escuchar el nombre de su exnovio me hace fruncir el ceño. Cada vez que sale a colación, es por algo negativo—. Quiere que volvamos, ya sabes, ignorando que estoy en una relación y tengo un hijo. —Me alivia ver irritación en su rostro—. No tengo tiempo para estupideces.

—Bien dicho. —Lo mejor es cambiar de tema para no amargarnos—. ¿Cómo van los preparativos de la mudanza?

—En unos días llevaremos nuestras cosas y el amueblado que ya tenemos. Lo último a mudar será lo de Eliot. Gracias al cielo, a su espacio no le falta nada.

Baja el tono al decir lo último, transitando entre el alivio y una pizca de vergüenza. No le gusta admitir lo difícil que ha sido para ellos el tema de la economía. Sus ingresos de redes sociales eran más que suficientes cuando eran destinados exclusivamente para sus cosas. Ahora que tuvo que independizarse de emergencia, con pareja, un hijo y una matrícula de universidad a medias, apenas tiene como para estas salidas casuales. El lugar no es ni por asomo parecido a la cuadra que compone la residencia Durand, pero, al menos, con todo y las preocupaciones, su sonrisa sigue siendo sincera, especialmente cuando se encuentra junto a Eliot y Leo.

—¿Cuál es el siguiente paso?

Se encoge de hombros.

—Fluir, Eliot siendo la prioridad. —Como debe ser, dada la situación. Es madre, sus prioridades se han transformado y, hasta ahora, está haciendo que todo tenga el mayor balance posible—. Suficiente de mí —dice Ari—, cuéntame qué se viene. Necesito estar al día con todo este proceso.

—Por ahora, solo trato de lidiar con la atención. No me gusta el circo mediático.

—Es parte de expandir un mensaje. —Toma otro sorbo de su bebida. Este es el caso más sonado en mucho tiempo, combinando poder, corrupción y vidas destrozadas. No me agrada lo amarillista de la situación ni el morbo con el que muchos critican nuestro accionar; me repudia cómo se ha llegado tan lejos al inventar excusas—. Pero sé que puedes con esto; no eres consciente de lo fuerte que eres.

La frase hace que Maximiliano vuelva a mi mente. Suspiro ante todo lo que pasa y lo mucho que me agobia el simple hecho de vivir situaciones tan complicadas sin tenernos el uno al otro. Ari no

dice más mientras responde una llamada. Vuelve unos minutos después, anunciando que debe irse. Justo cuando rompemos el abrazo de despedida, mi teléfono vibra ante una nueva notificación. Espero hasta perderla de vista para atender al usuario que reclama mi atención. Al ver que le he llamado con el pensamiento, no pierdo tiempo en entrar a su chat y desvelar la imagen que me acaba de enviar.

Gracias, cielo. Me encanta.

Sonríó ante su imagen usando el dije que contiene sus iniciales. Tal vez no es lo más elaborado, pero ha pasado tanto en el último año que, de alguna forma, sentí que era correcto conmemorar que estamos vivos de la manera más literal que se nos pueda ocurrir. Independientemente de que no estemos juntos en todo el sentido de la palabra, este día siempre será especial para mí. Pasan los segundos y lo único que atino a hacer es sonreírle a la pantalla. No tengo claro qué responder ante el cúmulo de sensaciones que me produce verlo sonreír de manera genuina.

Me dirijo a mi hogar, aún pensando en la respuesta más adecuada. Grande es mi sorpresa cuando, al abrir la puerta principal, me recibe un *Toad* de Nintendo en tamaño real. Soy incapaz de reaccionar por unos segundos; mi ceño fruncido mientras trato de entender qué hace en la entrada y de dónde salió. Me acerco para tomar el pedazo de papel que tiene colgado en la frente. Noto que en los bolsillos del *overall* tiene barras de mi marca favorita de chocolate. Los ignoro para concentrarme en la nota.

Sé que no es técnicamente nuestro aniversario, pero no quería dejar pasar el día como si no fuese importante. Espero que Toad te ayude en estas noches donde sé que no te sientes lo suficientemente segura para dormir, o para esas mañanas donde necesitas motivación extra para seguir. Llevé a cabo la prueba de calidad, es suavecito. Feliz 27 de enero, cielo.

Sonríó ante lo último, presa de la acción sincronizada que llevamos a cabo este día. Max sabe sobre mis pesadillas y cómo aferrarme a la almohada, simulando que se trata de alguien, me ayuda a apaciguar los embates del pánico. He estado trabajando en ello, pero no puedo negar que, con todo lo que está pasando, temo que en algún momento me supere. El señorito Bécquer logra encontrar lo que necesito. En este caso, un acompañante de mi videojuego favorito para las noches difíciles. Tomo la foto, justo como él la tomó. Es conciliador sentirnos tan conectados mientras nos obligamos a desconectarnos del otro. Cómo ansío que esta pausa se acabe y saber si, luego de todo esto, seguimos en la misma página.

V

CHŌWA 調和

La armonía que lleva a la paz y nos acerca a la sabiduría

Hoy es el tan esperado día y no puedo levantarme de la cama. No es por pereza o por los tan deseados minutos de más que ansío durante los días de semana; es el conocido sentimiento de despertar sin ganas, ansiosa y con la usual batalla interna. Todo esto pasa en mi interior mientras mi expresión no demuestra lo que ocurre. No sé si es el hecho de que es la primera gran exposición pública desde que explotó el caso de Mauro; si es por lo que significa obtener la titulación que representa mucho más en este punto de mi vida de lo que pensé cuando inicié la universidad; o porque veré a Max y tendremos esa conversación que definirá de una vez por todas nuestra dinámica.

El tratamiento experimental hizo su trabajo, ahora nos movemos a la parte del trasplante. No es porque quiera tenerlo a la distancia, pero pensé que lo correcto era que terminara todo el proceso en España, aunque parece que Max no estuvo de acuerdo con seguir tanto tiempo alejado de lo que conoce. A mi izquierda, puedo ver al enorme Toad devolviéndome la mirada. Sonrío débilmente ante el recuerdo. Logra disipar poco a poco la nube negra con la que me levanté. Una acción a la vez, una pequeña victoria, sin abrumarme.

Para las personas que nunca han tenido que batallar con la mente, puede sonar exagerada y hasta ridícula la fuerza de voluntad que me toma el simple acto de sentarme en la cama. Los primeros rayos del sol comienzan a asomarse por la ventana cuando dejo salir un suspiro y concentro mi mente en colocar los pies en el suelo, poniéndome los zapatos. Otro paso más, otro paso correcto. Se siente como si fuese una calcomanía poniendo resistencia a despegarse de la superficie. Me tomo unos segundos donde solo observo a la nada hasta que decido dar el siguiente paso: agotar mi turno en el baño. El agua fría es la que me da el trancazo hacia la realidad, me despierta y, como siempre, es el paso que comienza a despejar la neblina que le otorgaba peso sobrante a mi cuerpo.

El espejo recibe mi reflejo mojado. Cada día me tomo este momento para observarme, tratando de encontrar algo diferente para apreciar el hecho de que me presencio un día más. Soy consciente, siendo lo más honesta que puedo, de que muchas veces consideré no ver otro día. Ahora, aunque aún estoy transitando el camino hacia mi paz, adoro mi reflejo. No pasa mucho tiempo antes de que me encuentre nuevamente en la habitación, colocándome un pijama. No hay manera humana de que use el vestido blanco para prepararme y comer mi desayuno. Observo el reloj, apenas son las 6:30 a. m. de un sábado cuando termino. Mi familia despertará en más o

menos media hora para alistarse.

Dejo la cocina como la he encontrado y vuelvo a mi habitación. Me siento en la cama, observando el vestido blanco en el guardarropa más cercano. La elección del vestido fue pura opinión popular porque, sinceramente, era y sigue siendo un detalle irrelevante para la ocasión. El público se decidió por un sencillo vestido con mangas. Nada del otro mundo, pero que, al tener complejo de guante, me queda bastante bien, en mi humilde opinión. Los zapatos, también blancos, requirieron varios días de entrenamiento para acostumbrarme a caminar en las alturas, tratando de evitar la práctica de clavados en suelo firme. Me acerco al vestido, lo tomo en brazos y lo observo por unos instantes antes de sacarle el enganche. Me lo coloco en cuestión de segundos, poco después le siguen los zapatos. Observo mi reflejo, aún con el pelo a medio secar y con nada de maquillaje encima.

—¿Sor? —Encuentro a mamá en el umbral de la puerta, con su producción terminada y lista para la batalla.

—¿Cómo es que estás lista? No hace tanto que te escuché levantarte.

—Por favor, querida. Soy madre. —Es su simple respuesta mientras coloca el rizador y el bolso de maquillaje en la cama—. En lo que tu padre y hermano desayunan, vamos a terminar tu atuendo. Estuve hablando con Ari y nos decidimos por el maquillaje natural, pero con un labial rojo encendido.

—Yo, siendo la persona que lo tendrá puesto, ¿no tengo voto en esto?

—No, nosotras sabemos qué te conviene. —Me señala la cama para que tome asiento. Aunque la relación de esas dos me juegue en contra de vez en cuando, me alegra que Ari tenga una figura madre-amiga que le ayuda de cierta manera.

Obedezco, dejo los pensamientos de lado. Me coloca una banda para el pelo para que los mechones no interfieran en su trabajo. Levanta mi rostro, lo que me obliga a verla de frente. Hoy se ve inusualmente tranquila, pero feliz. Me recuerda a mi infancia, cuando pasaba horas y horas jugando conmigo o peinando mi cabello que, según sus propias palabras, le encantaba lo manejable que resultaba para todos los peinados que se le ocurrían. Mi pelo es lacio, pero las puntas, como la dueña, no podían seguir la corriente: estas se ondulan cuando quieren. Tengo muchos recuerdos lindos con mamá; hizo más de lo que creía posible para ser mi madre. Incluso con las circunstancias extraordinarias, nunca dejó de ser mi soporte, aunque le destruyera, como lo hizo incontables noches mientras me protegía en brazos con la diligente vigilia de papá, ante el dolor que me causó un tercero.

—Estás muy callada. Me preocupa —indico al fin cuando termina de colocarme el labial.

Una pequeña risa escapa de sus labios.

—Aún no puedo creer que el día haya llegado.

—Sé que algunos maestros dieron una gran pelea, pero esperaba más fe.

Esta vez le arranco una risa completa.

—Sé lo inteligente que eres. Sabía que lo lograrías. —Libera mi pelo de las ataduras y conecta el rizador a un lado. Los mechones se han secado y, aunque no están tan lisos como deberían, puede pasar tranquilamente por un estilo con volumen; solo falta el toque sobre las puntas, que ya están

reclamando la curvatura no tan definida—. Ya casi termino.

—Gracias, mamá.

En el pasado, nunca sopesé lo que significaba todo lo que viví para mi familia. Puede que haya sido yo la que rememoraba el suceso y sufría los ataques de pánico y llanto, pero ellos estaban allí, viéndome sufrir sin realmente saber qué hacer. Cuando les confesé que había intentado acabar con mi vida, mis padres no supieron cómo reaccionar. Mis noches en vela por el miedo a lo que venía hacían que ellos también temieran que yo no llegara a la mañana siguiente. El hecho de que, de un momento a otro, no supieran cómo comunicarse conmigo sin temer que pudiera afectarme o desencadenar un episodio, hace mella en cualquiera. ¿Qué decir de mi hermano, quien no entendía del todo lo que pasaba? Su mirada de tristeza e incredulidad, mientras me observaba a la distancia, siempre me perseguirá, al igual que lo ocurrido en el baño hace unos meses. Nunca tomé en cuenta lo difícil que resultó para ellos querer ayudar y encontrar tantas trabas en el camino. Ellos están sanando conmigo.

—Ya quedó —anuncia mientras deja caer el último mechón, que enmarca mi rostro.

Me levanto para quedar frente al espejo y apreciar que realmente me veo más decente de lo normal. Vuelvo mi atención hacia ella; la encuentro observándome. Su cabeza está ladeada, con la mirada cristalina. Decide eliminar los pasos entre nosotras; no puedo decir que me sorprende su abrazo.

—Mi Sor... —La voz se le quiebra—. Estoy muy orgullosa de ti. —Me dedico a devolverle el abrazo. Nada de lo que diga puede llegar a expresar más que el simple acto de aferrarme a ella—. Mereces esto —dice cuando nos separamos. Se le escapa un hipido mientras se recompone—. Iré a ver en qué andan los Hiro.

Asiento mientras le sonrío. Me alegro de que estos momentos comiencen a ser cotidianos.

—0—

—¡Sorita! —Sonrío ante el escándalo del joven Araya. Se acerca corriendo y, antes de que me dé cuenta, me ha elevado en el aire—. ¡Sobrevivimos!

—Si quieres que siga siendo así —le digo—, ponme en el suelo lentamente, que aún no domino estas cosas. —Su risa se contagia, a pesar de que hablo muy en serio. Obedece mientras se quita la mascarilla—. Además, tienes tu título hace meses, esto es solo una formalidad.

—Sí, pero necesito fotos que prueben el acontecimiento —me limito a explicar, tratando de disimular que busco a su mejor amigo—.

—No te preocupes, ya llegará. Su apellido es con B, es de los primeros. —Vuelco mi mirada hacia él, quien sonrío con todos los dientes—. Él tampoco puede esperar a verte.

Es curioso cómo una simple oración causa el torbellino de emociones que siento.

—¡Los encontré!

Un par de brazos me sorprenden por detrás. Estoy bajo ataque nuevamente.

—¿No se supone que estás encargada de una de las mesas de registro?

—Ya acabé, Milo. Es hora del desfile. Los que llegaron tarde no son mi problema. —Me libera del agarre y giro hasta que nos observamos—. Señorita, me costó reconocerla. —No le respondo,

siempre es lo mismo cuando ve algo diferente o nuevo en mi persona—. Tampoco me ignores, grosera. No es muy amable de tu parte.

—¿Quién dijo que estoy tratando de serlo?

Ante la carcajada de Milo, Ari entrecierra los ojos.

—Damas, no es un día para discutir.

Toma su teléfono, nos hala a las dos y en cuestión de segundos nos tiene sonriendo hacia la cámara de su teléfono. El joven Araya ha desarrollado la virtud de tergiversar una emoción en el mejor momento posible. Puedo ser muchas cosas, pero espero poder transmitirles a mis amigos lo importantes que son para mí. Me gusta pensar que encontrarnos que era necesario para nuestras respectivas historias. Sé que nada de lo que he vivido, de lo que he removido y lo que realmente comienzo a enfrentar hubiese sido posible sin ellos a mi lado. Nos separamos luego de la *selfie* y llaman oficialmente a la alineación del desfile. En un acto que sé que les sorprende, los abrazo, ante el monumental paso que supone para nosotros estar aquí. No me cuestionan, más bien me sonríen antes de dividirnos.

Me coloco en mi posición, concentrándome en no pisar en falso y clavarme en el suelo. Diez minutos después, estamos en marcha. Encuentro a mis padres entre la muchedumbre por unos breves instantes antes de tomar asiento. Comienza la tanda de discursos, que ignoro de manera olímpica como la mayoría de los presentes. Aplaudo en automático ante cada final, pues mi mente sigue concentrada en todo lo que tengo en el pecho. Hoy pienso en Max y lo diferente que me gustaría que fuese este momento. Como mi asiento está en una de las esquinas, puedo ver todo el lugar sin esforzarme. Me siento observada, por lo que giro para encontrar a la señorita Durand a unos pasos. Como parte del staff, ya tiene su mascarilla puesta, pero puedo ver el brillo en sus ojos ante la emoción ajena. Captura cada momento como si fuese la madre del grupo. Me saluda y le hago saber que la vi. Se siente extraño pensar que esta etapa llega a su fin. Se vuelve aún más real cuando comienzan a llamar a los graduandos.

—Araya Lima, Milo Enrique.

Escucho el grito de Ari, más el de todos los compañeros de equipo del joven. Sube a la tarima, hace un gesto de victoria como el que cotidianamente entregaba cuando anotaba en las competencias. Los saludos de protocolo son efectuados antes de entregarle el título, se toman la foto y desaparece del pódium.

—Bécquer Suárez, Maximiliano.

Sonrí, ante la casualidad de que los mejores amigos estén uno a continuación del otro. Todo gramo de mi concentración está en esa tarima. Como era de esperarse, el lugar se llena de vítores y aplausos, muchos porque lo conocen por su nueva vida pública. Pero pasan los segundos y no lo veo, lo que comienza a impacientarme. Dijo que no se lo perdería por nada del mundo. Finalmente, una figura emerge en las escaleras. Sonrí aliviada y no tengo forma de contener las emociones que aparecen en mi rostro. No hace nada fuera de lo común, solo sigue el protocolo, pero, para mí, es como presenciar un hito al verlo después de tanto tiempo. Siento las mariposas en el estómago, mi corazón se pone a toda marcha y no puedo evitar el efecto que su presencia causa en mí. Abandona el escenario, pero las sensaciones siguen en mi sistema. Mis sentidos ignoran lo desmejorado que se ve y deciden adentrarme en un mundo aparte, del que salgo cuando tocan mi hombro: pronto mi fila estará en movimiento. Perdí el hilo desde la B hasta la R.

Soy la primera persona con S, como si ya no dudase mucho de mi andar para ser la que abra la tanda. El grupo R va desapareciendo frente a mí. Busco entre la muchedumbre, en el lugar donde deberían estar Milo y Max, pero me es imposible mientras la fila está en movimiento desde mi posición. Trataré de ver algo desde el escenario, si recuerdo coordinar esa actividad con la de los protocolos y la de sonreír a la cámara.

—Sakurai Montés, Sora.

Para mi sorpresa, no solo Ari, Milo y mis padres aplauden; percibo en el público el mismo entusiasmo que le dieron a Max. Seguramente, por ser la exnovia del canal o... por el tema mediático que me envuelve. Si se trata de la segunda opción, estoy más que sorprendida. El recibimiento me abruma de tal manera que solo atino a seguir el protocolo y salir de allí con el título en mano. Me recrimino toda la acción al volver a mi asiento, sin poder haber echado el vistazo que requería.

Mi teléfono me saca de mi reproche al notificarme que me están etiquetando en historias. Normalmente, las ignoro hasta que acabe lo que estoy haciendo, pero al visualizar dos provenientes del dúo dinámico, me atrevo a observarlas. La de Ari es un video a traición mientras observaba a Max en el escenario. Una simple nota que reza «Estos dos son un amor». Temo verificar la de Milo, pero de todos modos lo hago. Es la misma escena, solo que al inverso. Grabó a Max mientras me observaba recibiendo mi título; su mensaje: «Ni siquiera puede disimularlo». Estos dos saben perfectamente que no somos pareja, pero no pierden la oportunidad para *shippearnos* porque, según ellos, es obvio que la separación no durará mucho.

Independientemente de sus intenciones, me dedico a observar nuestras expresiones en esos videos. Es esa mirada que solo nos dedicamos en nuestros encuentros solitarios, cuando nadie nos observa, cuando solo estamos escuchando nuestro mutuo entendimiento silencioso. El hecho de que saliera sin esfuerzo, sin importar quién esté observando, es más poderoso que cualquier tipo de declaración. Es tan claro que resulta ridículo y no puedo esperar más tiempo para terminar este sinsentido. Me levanto de mi asiento, con la excusa de que necesito ir al baño para que abran el paso.

—Wait! —La figura de mi mejor amiga aparece de la nada cuando casi logro mi objetivo.

—Ari, no me importa el programa, tengo que...

—Lo sé, lo sé. —Su respuesta me sorprende, aún más porque sonríe con complicidad—. Max se fue hace unos minutos. —Frunzo el ceño—. Aparentemente, no tenía permiso para venir.

—Ese canalla, me dijo que le habían aprobado la salida temporal. —Milo entra en escena—. Te juro que me estoy enterando ahora, no soy cómplice.

Bufo por lo bajo. ¿Para qué demonios se escapó si la situación no era urgente?

—Si deseas saber —agrega Milo—, está en la habitación 2A del ala este, frente a uno de los jardines. Hay un enorme árbol de aguacate de cara a la ventana corrediza.

—¿Por qué le dices esos detalles? —pregunta Ari con una perfecta ceja enarcada.

—Por si no le permiten entrar por la puerta. —Milo sonríe y entiendo por dónde va la cosa.

Cuando Ari comprende el código, la indignación es lo único que presencio en sus facciones.

—Lo primero es que estás usando vestido y tacones. Segundo, eso es allanamiento de morada.

—Está yendo a un lugar público, en horas laborables y los ocupantes de la habitación la adoran como para hacer alboroto. Además, la he visto escalar verjas antes, será pan comido para ella.

—Llevo shorts debajo del vestido, como siempre.

—¿Y los zapatos?

—Me gustan tus tenis, mejor amiga.

Observa su calzado y el mío por unos segundos, antes de mirarnos a Milo y a mí con clara expresión de derrota.

—0—

La seguridad del hospital no quiso cooperar y no pude contactarme con Max o con sus padres. Por eso, mi vista viaja del enorme árbol frente a mí a la ventana que cubre parcialmente. Gritar hacia el lugar no funcionó y lanzar objetos al cristal fue en vano, debido a las ramas que interceptaron mis intentos. Respiro hondo mientras me infundo valor ante las locuras que nunca pensé que haría y que ponen de manifiesto el poco sentido de autopreservación que tengo. Identifico algunas protuberancias en el tronco para poder aferrarme a ellas. Mano-mano, pie-pie, me repito una y otra vez para concentrarme en no irme de espaldas. El ritmo funciona y llego hasta la rama que da a la ventana; logro sentarme en ella, rasgando una parte del vestido en el proceso. Sí que estoy fuera de forma... Obviando ese pensamiento, me muevo hacia el final del brazo forestal que parece estable —y ruego que así sea—. A medida que me acerco, veo el interior de la habitación. Max está en la cama. Suspiro con alivio ante el hecho de que el esfuerzo no ha sido en vano. Llego hasta el punto donde siento mayor estabilidad y me estiro lo más que puedo. Nunca he odiado tanto mi estatura hasta este momento.

—¡Max! —llamo mientras toco el vidrio, pero no se mueve. Me acerco un poco más hacia el borde para tocar con un mejor apoyo—. ¡Maximiliano! —Esta vez, gira la cabeza hacia la ventana. Al principio, no reacciona, creo que piensa que soy una alucinación o algo así—. ¡Oye! —vocifero. Si no fuese por la situación, me reiría ante la forma cómica en que abre los ojos—. ¿No piensas abrirme?

Lo veo saltar de la cama y, cuando llega a la ventana, parece que no sabe cómo abrirla por completo; cuando lo logra, extiende su brazo, sacudiéndolo con premura.

—¡Toma mi mano!

—OK, cálmate. Tampoco me estoy cayendo de un precipicio.

Coloco un pie sobre el marco de la ventana y luego el otro; mi mano sujeta la suya y su mano libre me aferra por la cintura hasta dejarme en la seguridad de la habitación. Levanto la vista y, sin el ajetreo del bizarro momento, observo de cerca el rostro que he estado extrañando por meses. Parece que pasa lo mismo con él. Su expresión de incredulidad y hasta enojo se disipa al instante. Tenerlo a mi alcance es abrumador. Mi cuerpo reacciona solo y me aferro a él en un abrazo. Noto cada detalle que ha cambiado en su anatomía: la delgadez y lo frágiles que se sienten sus brazos al corresponder el gesto.

—Eso fue peligroso, Sora.

—Mira quién lo dice, señorito Clínica Break. —Escucho la risa apagada sobre mi pelo ante la referencia que hice, a pesar de no haber visto un capítulo de la serie—. ¿Cómo es eso de que ahora

te escapabas de los hospitales?

—No lo hago —contesta—. Fue una excepción. No podía perderme el momento cuando recibieras tu título. Desde que me contaste que no habías tenido esta experiencia, poder presenciarlo se convirtió en mi meta personal.

Disimulo lo tierno que me resulta su comentario.

—Pues no puedes quejarte de lo que acabo de hacer.

Nos separamos. Niega con la cabeza mientras observa mi outfit. El delicado vestido blanco se ha convertido en una especie de blusa que ha sufrido estragos, más los shorts y los zapatos deportivos que le robé a mi mejor amiga y la cola de caballo en la que encasillé mi pelo, para que no me estorbara durante mi travesía. Nos quedamos en silencio por unos instantes, solo observándonos. Retrocede y me sorprende cuando se sienta al pie de la cama. Me observa, una tenue sonrisa permanece en su rostro. Le imito y me siento frente a él.

—Me alivia verte. Estaba preocupada por el tratamiento...

—Dejo que haga su trabajo y me ayude a estar saludable nuevamente. El grupo me recomendó que lo viera de esa manera. El tratamiento no es el enemigo. Es lo que toca si quiero realmente salir de esta. —Hace una pausa y su mirada se intensifica, signo de que lo que dirá es importante para él—: En ningún momento, desde que fui consciente de mis sentimientos hacia ti, estos han cambiado. Esta es una nueva etapa de nuestras vidas y... te extraño.

—¿Temes que mis sentimientos hayan cambiado?

—Tienes derecho de que así sea, luego de todo lo que pasó.

Mi mano cobra vida propia: termina en su cabeza, donde solían estar los mechones castaños que me encantan.

—He pensado en lo que debo eliminar de mi vida, en lo que tengo que mejorar, en lo que quiero a futuro. —Le sonrío, tratando de transmitirle lo que siento no solo en palabras—. Nunca apareciste en la lista de eliminar, siempre decías presente en la de «lo que quiero a futuro». —Si no fuese una situación seria, reiría ante el exagerado alivio que recorre sus facciones—. Cuánta confianza...

—Se nos ha hecho costumbre ser impredecibles.

—¿Consideras que sea algo malo?

Sigo con el gesto mientras organizo mis propias ideas. Atrapa mi mano curiosa, que amenaza con dibujar su contorno con los dedos. La besa con esos ataques de caballería a los que me ha acostumbrado. No parece estar seguro de su respuesta; es una señal de que debo ser la que siga la conversación.

—Todo lo que nos importa a los recién promovidos a adultos es vivir, ser aceptados y encontrar esa alma gemela que es increíble en la cama. Encajar en esas fotos perfectas en las redes que no reflejan nuestras circunstancias por completo. Publicar lo más que se pueda en busca de *likes*, de aprobación, de seguidores. Cuando la pantalla se torna negra, no somos lo que aparentamos en el perfil: la confianza desaparece y nos desesperamos buscando cómo manejar nuestra realidad. Ni siquiera tuve esa opción en su momento; solo mi corazón y mi mente, batallando con todos mis demonios en solitario.

—¿Crees que habría sido mejor de otra manera? —se atreve a preguntar.

Me acerco un poco más, quedando de rodillas para que estemos lo más cerca posible.

—Nunca podré saberlo, pero sé que esas cosas no eran ni siquiera una posibilidad cuando mi corazón se detuvo. —La simple mención causa que se tense—. Hay una razón por la que el corazón y la mente se esfuerzan en lograr la sincronía: tratan de que no nos perdamos en nuestros intentos de buscar cualquier excusa para sentir que valemos. Si te soy sincera, no pensaba en mi valor, no creí tener alguno, sin importar lo que traté de demostrarles, lo que traté de demostrarte. Lo repetía mil veces, decía que estaba bien, que no me afectaba, pero no era genuino. Y tuve que morir para salir de ese piloto automático. Por eso, siento que no fui lo que debía ser para nuestra relación.

—Eso no es...

—Lo es, Max, lo es. Había un claro desequilibrio entre lo que me proyectabas y lo que podía ofrecerte a cambio. Tu enfermedad solo hizo que se notara más. —Él siempre ha sido el optimista, el que se desvivía por mantenerme en paz, el de las muestras de afecto... Él era el motor de la relación y, cuando flaqueó producto de sus circunstancias, era obvio que no estaba preparada para brindarle lo que una pareja realmente debía durante la tormenta. Lo intenté, pero fallé en la parte que me correspondía y tomé el rol de su enfermera, justo lo que Milo me advirtió que no hiciera—. Soy consciente de que tendré mis días. Recordaré el pasado y mis cimientos temblarán, pero no dejaré que me arroje porque eso sería dejar que gane. Odio perder. —Una pequeña sonrisa aparece en su rostro—. Además, sería una bofetada para todos ustedes, que me han sostenido hasta ahora. —Bajo la mirada unos segundos para organizar la siguiente idea—. Por eso... hice las paces conmigo misma, no puedo seguir evitando lo que necesito enfrentar.

—Mauro —menciona, sin tratar de ocultar sus sentimientos al respecto.

—Sip. Los últimos meses... —Dejo salir el aire que estaba conteniendo con los recuerdos que me asaltaron—. Sé que siempre estarás para apoyarme, pero no te corresponde lidiar con mis problemas. Debo resolverlos y no depender de ti para sentirme mejor; no quiero que sientas que caminas sobre un campo minado. Admito que, de cierta manera extraña, tú fuiste el que comenzó a mostrarme la realidad.

—Volviéndote loca.

—Volviéndome loca. —Ambos reímos—. Y yo también estaba contribuyendo a aquello. Traté de mantener cierta distancia para que no notaras lo que pasaba.

Sonríe tristemente mientras se endereza un poco para mejorar la posición de su espalda. Sus ojos se clavan en los míos y me alegro de que mi mirada se rehúse a huir.

—Soñé contigo mientras estuviste fuera de juego. Viajamos a uno de mis lugares favoritos, vivíamos juntos, nos casamos, tuvimos mellizos, a un bebé de tu máximo.

—Tan eficientes como siempre.

Le arrebató otra sonrisa.

—Un niño y una niña. Nacieron en años diferentes: 31 de diciembre y 1 de enero. —Como puedo, atrapo una de sus manos y le entrego una tenue caricia como señal para que continúe—. Me di cuenta de lo que tratabas de decirme: ¿de qué sirve desear que estemos bien si no estoy trabajando en mi parte? Las consecuencias me abrumaron a tal punto que no me enfoqué en el presente. —Traga en seco; tarda unos segundos en encontrar las palabras para seguir—. ¿Recuerdas

cuando te pregunté sobre lo de los hijos? —Asiento, mi ceja se enarca, un poco extrañada por el giro de los acontecimientos—. El ensayo clínico podría tener efectos secundarios y uno de ellos... puede ser la infertilidad. —Comienzo a encajar el rompecabezas del declive—. Mi inquietud creció cuando te vi con Eliot. Te veías tan natural con él en brazos que... —niega con la cabeza— comencé a investigar alternativas más saludables.

—¿De ahí salió la idea del tratamiento alternativo?

—Ya lo venía pensando; diría que fue el empujón definitivo. Era una forma de sentir que tenía el control.

—El hecho de que no me lo dijeras es evidencia de que no confiabas del todo en la solución.

—¿Qué habrías dicho si hubieses sabido por qué lo hacía?

Me encojo de hombros.

—No estoy segura. Puede que no haya sido muy diferente a lo que pasó.

—Ahora que lo sabes, ¿cambia algo de lo que piensas sobre nosotros?

—Esta conversación volverá a salir; no es prioridad ahora. —Soy consciente de que no es la respuesta que espera—. Está claro que ambos queremos ser padres algún día. Enfoquémonos en fortalecer esto que tenemos, enfoquémonos en llegar en una pieza... ya veremos cómo manejarlo, ¿bien? Tengo fe en que no será necesaria una medida adicional más allá de ser muy diligentes en los intentos.

Me enorgullece sacarle esa carcajada sincera, llena de alivio y entendimiento. Cuando la atenuación de sus emociones termina, me observa con ese brillo que me encanta y que agradezco poder ver después de tanto tiempo.

—Quiero que lleguemos a ese punto

Me olvido del distanciamiento. Como siempre, parece anticipar mis movimientos. Abre los brazos mientras me dejo caer lentamente sobre él. No solo mis rodillas lo agradecen, también lo hace mi mente al sentirse en paz de estar tan cerca.

—Somos una pieza mucho más bella luego de la adversidad, ¿no lo crees? —comenta—. Nuestra ruptura fue una especie de *Kintsukuroi*.

Levanto la vista hacia él, sin tratar de disimular mi sorpresa.

—¿Conoces el término?

—¿Cómo tú conoces el término?

Él sonríe con todos los dientes, con esa picardía infantil que le sale de vez en cuando.

—¿Má Naoko? ¿Esas son de las cosas que hablan por WhatsApp?

—Fue cuando los visité junto a Hiro, ¿no te contó esa parte? La mayoría del tiempo que hablo con Nao estamos intercambiando memes. De vez en cuando, salen algunos asuntos más profundos. —Oh, ¿«Nao»? Con todo y apodo—. Tu abuelo quiere enseñarme *shōgi*. Tengo esa visita como prioridad.

Su último comentario me entenece, haciendo que una burbuja de felicidad se termine de instaurar alrededor de nosotros. Tomando la iniciativa como pocas veces he hecho en esta

relación, me incorporo lo suficiente para no perder de vista el reflejo de su alma, que brilla a media capacidad ante lo que vive. Quedo a horcajadas sobre él. La sorpresa se va de su rostro y una sonrisa la reemplaza, mientras mis manos simulan el camino hacia sus mejillas. Me encuentro con aquel destello que en principio nos unió y que creí perdido. No me sorprende que el contacto entre nuestros labios cause un cortocircuito. Extrañé este simple acto y no hay dudas de que él también, a pesar de que no es desbordante ni la pasión es desenfrenada. Estamos reconociendo aquello que olvidamos cómo disfrutar. Sus ojos me reciben con cariño y el tiempo parece detenerse. Mis mejillas se encienden cuando me acomoda en su regazo, sus brazos envolviéndome por completo y sus manos aferrándose a mi cuerpo. Ha cambiado ligeramente la posición para que podamos reanudar el beso con mayor comodidad y menos espacio entre nosotros. No razono mucho a partir del momento en que nuestros labios se vuelven a sellar; y estaría mintiendo si dijera que soy consciente de cuántas veces hemos separado nuestras bocas para recobrar un poco de oxígeno. Su roce me alivia, pero no deja de ser poderoso y abrasador. La emoción invade mi pecho, las mariposas revolotean ante la vuelta de mi Bécquer, retomando su puesto como mi único amor. Es el primer beso en mucho tiempo y el único en mucho más por lo que se avecina en su tratamiento. Crea un extraño equilibrio entre las ganas de saborear la intimidad perdida y los momentos de desespero donde la pasión tenía vía libre entre nosotros.

—Pensé que esto podría considerarse el beso de la muerte para mí —comenta, cuando decidimos que es suficiente. Mis ojos siguen cerrados.

—Quedó muy claro a quién le tiene saña el bicho ese —gruño—. Además, no podíamos asistir a la graduación sin una prueba negativa.

—Siempre un paso adelante.

Decido abrir los ojos, me reciben un par que brillan a más no poder. Me regala su característico beso en la frente y, para que no soporte mi peso, rompo el contacto, sentándome a su lado. Sus brazos me rodean rápidamente, como si segundos antes no me hubiese tenido tan cerca.

—En aproximadamente un año —anuncia— quiero que viajemos; quiero hacer el viaje que te prometí cuando estuvimos en las Bahamas.

Alzo la cabeza y le sostengo la mirada. Destila una inesperada vitalidad al hablar de sus planes conmigo, así que no quiero ser aguafiestas.

—El tiempo está un poco ajustado, tal vez...

—Un año será suficiente. Quiero mostrarte unos lugares muy especiales para mí.

—Oh... ¿No crees que deberíamos aspirar primero a lo local? La Zona Colonial, por ejemplo.

Deja salir una carcajada.

—Podemos comenzar por ahí, pero definitivamente quiero que hagamos este viaje. Significa mucho compartir esos lugares contigo, cielo. —Es una descarga de alivio escucharlo hablar del futuro en contraste a cómo lo hacía antes de que termináramos—. Así que, señorita orgullosa, comience a ahorrar. —Con sus padres y con el monto que genera, incluso estando inactivo, de seguro el presupuesto está más que cuadrado, pero sabe que no me gusta el simple hecho de existir. Me siento mejor contribuyendo, aunque no sea necesario.

—Entonces... ¿tendré que acumular muchos días de vacaciones?

—Sí, señorita. Aprovecharemos tus puntos de empleada, Semana Santa y el feriado de mayo. Ya con eso tienes cinco días, ¿no?

Nuestras conversaciones... tan fluidas como siempre. Quiero ignorar su aspecto o lo que se avecina en poco tiempo. Estar así con él, luego de meses de incertidumbre, es lo que necesito para confirmar el compromiso que hemos sellado en este —para nada cotidiano— encuentro. No quiero decir más; él tampoco parece estar dispuesto a continuar la charla. No recuerdo cuándo fue la última vez en que nos dedicamos un espacio de intimidad que nos permitiera besarnos como lo hicimos hoy, desconectando totalmente de la realidad circundante. Solo quiero disfrutar de lo que tenemos, saborear cada caricia como un exquisito manjar, apreciar la ternura de algunas y la pasión que se desata en otras. Solo quiero que quede claro este sentimiento entre los dos. Él ha llegado a mi vida para que yo pueda perder el foco que he mantenido en mis cicatrices, y espero significar lo mismo para él.

—0—

Uno pensaría que la parte del trasplante debería ser la culminación de todo el proceso. Asumía que luego de tanto estrés y tratamientos agresivos, lo que resta sería un poco más llevadero. Como siempre, las circunstancias me demostraron lo ingenua que puedo llegar a ser. Primero, el tema del donante. Al parecer, no es tan fácil como en los libros o en las series, donde los padres son candidatos idóneos; en este caso, ni Mabel ni su exesposo calificaron para el proceso. Cada alma viviente de nuestro círculo se sometió a las pruebas correspondientes, resultando como agraciado el joven Leo. Con el donador identificado, todo debió fluir, pero, como es norma, no fue así. Unos días después, a Max le realizaron una batería de exámenes que no convencieron al equipo médico; parecían indicar que podía ocurrir una recaída. Eso conllevó a un —si no me equivoco— aspirado de médula ósea. Me permitieron acompañarlo y juro que sentí su dolor como propio. Se supone que es un pinchazo, pero la aguja se veía mucho más grande de lo que esperaba para un proceso cercano a la columna vertebral. Su suspiro y el apretón que le dio a mi mano cuando sintió el punzón me hicieron retener el aire. Fue mucho más difícil de lo que anticipé, pero, gracias al proceso, se pudo descartar la recaída. Continuamos con la tan ansiada preparación previa al trasplante: la fase de acondicionamiento, la que más me preocupaba porque harían que su sistema inmune dejara de funcionar y estaría totalmente expuesto. Tuve que anotar las etapas ante la complejidad de los nombres y lo que conllevaba cada una, abreviándolas cuando me resultaban muy largas.

El primer paso fue el I-C-T, la llamada Irradiación Corporal Total. En resumidas cuentas, se le aplicaron dosis de radiación por todo el cuerpo. Fueron tres días, dos dosis al día con un intervalo de seis horas. Su madre estuvo presente durante gran parte del tiempo en que estuve trabajando, luego llegaba al final de la tarde cuando se estaba terminando con la última sesión. Fue la etapa más difícil del proceso por los efectos secundarios, como el dolor de cabeza y las náuseas. Mucho no pude hacer más allá que estar a su lado y sobrevivir la noche en la fría habitación del hospital, de donde surgieron varias fotos de ambos dormidos contra la pared, sorprendidos por su madre al amanecer.

La segunda etapa, de dos días de duración, fue, en esencia, una quimioterapia donde utilizaron un fármaco alquilante en tabletas, lo que supuso un alivio para Max. Se aferró a su promesa de mantenerse positivo, aunque sus ojos delataran su aversión hacia las agujas, que constantemente perforaban su piel.

La tercera etapa fue la que más temía: el *shutdown*, los medicamentos antirrechazo, los inmunosupresores. Estando en la tercera ola del bicho, no me emocionaba la idea de que su sistema inmunológico estuviese fuera de servicio mientras más lo necesitaba. Fueron tres días de tensión en los que observaba cómo los médicos afirmaban que los resultados se estaban obteniendo: su sistema de defensa se había apagado.

Luego, vino el día de descanso. Claro, si se entiende como un receso de todas las batallas durante los días previos. Cayó Domingo, lo que me permitió estar todo el día con él. Como a la mañana siguiente sería el trasplante, pedí el lunes libre para acompañarlo. Pasó medio día de descanso durmiendo; la otra mitad fue una tarde sencilla. Nada del otro mundo para una pareja en circunstancias normales, aunque para nosotros fue la gloria. Solo estábamos allí, conversando de todo un poco, viendo series y, por alguna razón, tomando fotos de los dos, cortesía del señorito Maximiliano. Por supuesto que usé mascarilla —requisito del hospital y del área oncológica en general—, pero opté por adquirir una de las transparentes para enmendar un poco la impersonalidad de la pandemia. Todo aquello transcurrió encima de una cama para enfermos, sentados y esperando el ansiado día.

El día del trasplante fue un lunes lluvioso. Previo al afanado proceso, no hablamos mucho. Max se dedicó a observar el catéter que sobresalía de su pecho. Era el momento cumbre por el que lleva luchando un año aproximadamente. Se trataba del día cero, aquel en que, en vez de una cuenta regresiva hacia el reinicio, empezariamos a contar de manera ascendente con la expectativa de que su cuerpo se restableciera. El proceso es parecido a una trasfusión de sangre y no al procedimiento invasivo que todos creemos que es a causa de las series televisivas. Finalizado el trasplante, esperábamos los efectos secundarios. No pegué el ojo esa primera noche, vigilando su evolución y lo que podría pasar mientras descansaba. Fui a casa, tomé un baño y dormí una siesta antes de partir a la clínica, respetando el dichoso toque de queda. La jornada laboral del día siguiente fue un verdadero reto.

Pocos días después, apareció la mucositis: apenas podía abrir la boca y el problema se resistía a retroceder. Monitoreaban los riñones ante lo arrojado por las nuevas analíticas y se discutía la necesidad de una transfusión de plaquetas, pues aún la médula no había dado señales de ser aceptada y sus niveles andaban por el suelo. Fueron diez días de incertidumbre en los que nadie se atrevía a ofrecer un pronóstico. Decidimos, de manera tácita, procesar un día a la vez, rogando para que el injerto se efectuara sin mayores problemas. Por fin, esto sucedió quince días después del trasplante; la primera vez en semanas en la que pude tomar una gran bocanada de aire. Su nueva médula tenía que ponerse a fabricar todo desde cero. Max saldría del hospital cuando su sistema inmunológico alcanzara cierto nivel, lo cual ocurrirá en el día número treinta y siete postrasplante, es decir, dentro de dos escasos días.

Me encuentro con Milo y Ari acondicionando el hogar de Maximiliano. Es sábado y apenas ha amanecido. Milo es el encargado del área de cocina: desinfecta el espacio a profundidad antes de ir al supermercado para reabastecer el refrigerador con las cosas permitidas dentro de la dieta. Max no pudo ingerir alimento durante gran parte de su estadía en el hospital luego del trasplante, ya que la mucositis no le permitía ni siquiera hablar y tuvieron que acudir a la alimentación parenteral. Hace poco volvió a alimentarse de manera normal y tiene que seguir un plan de alimentación estricto. Todo debe estar bien cocido: no puede comer verduras, hortalizas o frutas crudas. No hemos empezado con las carnes y ya se está quejando, pues adora comerlas a término

medio o tres cuartos; a diferencia de las «suelas de zapatos» que se debe comer ahora, según él. Además, las porciones deben estar minuciosamente medidas y se debe evitar cualquier posibilidad de contaminación; por ejemplo, si se abre un envase de mantequilla y se almacena en el refrigerador, él ya no puede consumirla por cualquier impureza que se haya podido adherir al alimento. Aun así, espero que la alimentación le devuelva un poco la forma: ha perdido veinticinco libras en todo el proceso.

Ari está encargada de la sala de estar y el comedor, y estoy agradecida de que se ofreciera a ayudar. Tal vez es su manera de distraerse y contribuir al mismo tiempo. Más tarde, estará ayudándome con la esterilización de la habitación y el baño de Max. Comienzo por este último, el más complejo debido a los accesorios a acomodar. He investigado muchas de las cosas que puede necesitar para las situaciones de este proceso: gel de baño neutro, crema hidratante (sin olor), desodorante sin olor (nunca aerosol), maquinilla eléctrica (por si necesita rasurarse y evitar algún corte, ya que sus plaquetas aún no son fuertes), vaselina para proteger su piel resentida, esponja de ducha (una diaria), zapatos para la ducha, toallitas de bebé, cepillo de dientes con cerdas suaves, enjuague bucal y colutorio para los masajes con gasa de la higiene bucal y los brotes de mucositis. Finalmente, un espacio reservado para su ropa de turno y el espirómetro que estará utilizando en sus ejercicios respiratorios para evitar infecciones pulmonares. Todo debe quedar dispuesto para que sus posibilidades de enfermarse sean mínimas.

—Reportándome para el refuerzo —anuncia desde el dormitorio. Me uno a ella en cuestión de segundos para comenzar a desempolvar las superficies antes de moverlas y lavar las paredes—. Tal vez no me lo creas, pero se siente bien poder estar haciendo esto. Los señores Bécquer podrían haber contratado a un equipo completo de limpieza, pero el hecho de poder hacerlo nosotros me hace sentir útil y parte del apoyo para Max. —Me rodea para alcanzar uno de los productos de limpieza que tengo al lado—. ¿Cómo van las cosas con él? Solo sé que volvieron.

—Hemos ido trabajando sobre la marcha. —Me agacho para alcanzar la regleta bajo el escritorio—. Ayúdame a moverlo. —Se acerca y movemos el mueble unos pocos metros; apago el aparato—. Aunque todo ha girado en torno a su tratamiento, no es el mismo ambiente de cuando rompimos —respondo mientras organizo los electrónicos sobre la mesa. No me contesta, lo que provoca que me centre en ella. Me observa con un aura que identifico como pesadumbre—. ¿Qué ocurre?

Niega rápidamente con la cabeza, una sonrisa triste adorna su rostro. Tengo la intención de continuar la conversación para indagar más, pero Milo no me lo permite: nos interrumpe para anunciar que partirá al supermercado. Mi mejor amiga abandona la habitación. Al parecer, tendré que dejarlo para después.

—0—

Comienzo el protocolo en cuanto llego a la residencia al final de la tarde. Max tiene tres días en casa y nos estamos adaptando lo mejor que podemos. Su madre me escribió diciendo que tenía que ir por uno de los medicamentos y que estaría solo mientras tanto. Termino la ducha, me coloco el pijama limpio en la puerta del baño, me seco, me recojo el pelo y me coloco mi confiable mascarilla transparente. Recorro el camino conocido hacia su habitación, abriendo la puerta con sigilo. El lugar está iluminado por lo que queda de luz solar e identifico su figura de costado en la cama. Por el ritmo de su respiración, intuyo que duerme. Como es costumbre también, entro con agilidad. Para quedar a su altura, tomo asiento en el suelo y me dedico a observarlo dormir. Estudio las facciones conocidas, notando, a través de ellas, cómo le trata la enfermedad hoy.

Esta pelea lleva más de un año. Existen días en los que lo único que puedo hacer es acostarme a su lado y envolverlo entre mis brazos, mientras lidia con su cuerpo. El joven saludable que conocí en mi primer día de universidad no existe. Me aferro al brillo de sus ojos y a su renovada sonrisa para mantener la esperanza en medio de esta tiniebla. Coloco mis brazos en la cama, apoyo mi barbilla sobre ellos y me dedico a observarlo. No sé cuánto tiempo pasa hasta que sus ojos me devuelven el gesto. No se inmuta más allá de las muecas que hace para acostumbrarse a la luz. Me sonrío mientras se despereza; le devuelvo el gesto.

—¿Me quedé dormido?

—Para eso son las camas. —Me acomodo mejor en mi posición—. ¿Quieres que te traiga algo?

—Estoy perfecto. —Extiende su mano hasta mi mejilla—. ¿Estuviste en tu cita de seguimiento?

—Sí, señorito.

Mantiene la sonrisa, al igual que la caricia en mi mejilla. La carga emocional del proceso me ha obligado a seguir religiosamente el programa de terapias. No creo que me encontrara en una pieza si no fuese así. Su teléfono atrae nuestra atención. Max se estira para alcanzarlo y su expresión pasa a una de fastidio.

—¿Todo en orden?

—Alana ha estado escribiéndome.

—¿Tu ex? —Trato de disimular mi irritación.

Me extiende el teléfono para que lo vea: ella le escribió hace unos días por su perfil de Instagram, pero Max no le ha respondido. Sus mensajes se vuelven cada vez más agresivos. Hago clic en su perfil para ver una foto más actualizada de la susodicha. Mis ojos se abren como platos. Levanto la vista y encuentro a un curioso paciente.

—Me la encontré en el juzgado. —Su expresión es un poema—. Dijo que no la conocía, pero que era suficiente que ella supiera quién era yo.

—Maldita sea... —murmura por lo bajo—. ¿Por qué no me dijiste?

—No la reconocí. Llevaba lentes oscuros y ahora es castaña. No se parece a la foto que me mostraste hace un tiempo. —No es buena señal que esté tan preocupado por lo que acabo de compartirle—. ¿A qué crees que se refiera con que «lo intentó»?

—Alguna tontería hará por redes o algo así. Mientras no te involucren, pueden hacer lo que quieran.

—Podrías contestarle.

Frunce el ceño y me observa durante unos segundos.

—Estoy confundido. ¿Quieres que interactúe con mi exnovia? —No quiero abundar en un tema que es suyo y que realmente no aporta nada. Sí, los mensajes de Alana no son muy amigables, parecen una declaración de guerra, pero, por ahora, estamos en este momento de tranquilidad. Lo último que quiero es pensar en su exnovia y sus exconocidos. Se deja caer sobre la cama, bufando sonoramente. Dejo su teléfono a un lado—. Soy muy feliz contigo, punto.

Como Milo me advirtió tiempo atrás —y que ignoré olímpicamente—, Max no necesita una enfermera, necesita a su novia. Por fin lo estoy dominando y su ex no va a arruinar esta paz.

—Hola, *dārin*.

Su expresión de confusión me hace el día.

—Espérame. —Su imagen sigue apareciendo en pantalla, pero no me observa directamente. Intuyo que está buscando el significado de lo que acabo de decirle. Pasan unos cuantos segundos hasta que lo veo sonreír—. Entonces, como te tengo un apodo en español, ¿el mío será en japonés? —Como él ya me tenía asignado «cielo», quise también tener un gesto adorable, y pienso que esa palabra expresa muy bien lo que quiero decirle—. Según Google, significa *darling*.

—Así es, *dārin*. —confirmo; su emoción ante este detalle me hace sonreír—. No esperaba que llamaras a mediodía.

—Solo quería verificar que estuvieses bien. —Lo hace porque hoy han anunciado la fecha definitiva del juicio de Mauro. Ha tomado más tiempo porque se trata de un juicio fusionado; todo junto y sin reservas.

—Todo en orden. Estoy por enviar un correo antes de tomar el break. ¿Tú te sientes bien?

—Perfecto. Acabo de tomarme la medicación.

Estos primeros y cruciales cien días han sido eternos. Cuando se sale del hospital, muchas cosas pueden salir mal. En el día cuarenta, las analíticas arrojaron resultados no muy favorecedores relacionados con sus riñones, lo que se tradujo en un nuevo ingreso para monitoreo. Aunque suene increíble, ese ha sido el susto de mayor importancia. En mi continua investigación, podría existir la posibilidad de que su cuerpo rechazara el trasplante y generara una guerra interna que, literalmente, podría matarlo. En este caso, los valores estaban entrando en un parámetro crítico, pero no irreversible. La médula, hasta el momento, parece funcionar, pero aún falta un trecho para que pueda considerarse un éxito, pues existe la posibilidad de una recaída.

—¿Algún plan en específico?

Como si invocara la situación, un mensaje aparece en pantalla:

Hola, Sora, me gustaría hablar contigo un momento. ¿Podemos vernos en la cafetería fuera de la planta? Por favor, es importante.

—Creo que sí, Leo quiere verme.

Tiene la misma expresión de incredulidad que tengo yo. Leo, también conocido como el novio de Ari, padre de Eliot y donante de Max, no es un extraño. Su petición sí que lo es. No somos tan confidentes como para que pida hablar conmigo durante la hora del almuerzo. Me refiero a que apenas tiene dos meses trabajando dentro de la zona franca, a unos cuantos locales de mí, y es la primera vez que almorzaremos juntos. Max me desea la mejor de las suertes en el encuentro. Me toma diez minutos llegar y lo encuentro en una de las mesas del fondo, con dos bandejas de comida. Se levanta del asiento al ubicarme.

—Bienvenida, muchas gracias por venir. —Hace una reverencia para mantener la distancia. La mascarilla le cubre la mitad del rostro, pero, por sus ojos, puedo notar que está preocupado—. Disculpa mi atrevimiento, pero como fui el que solicitó este encuentro, te invito un plato del día.

—Muchas gracias. —Tomo asiento.

No puede con los nervios mientras se quita la mascarilla. Le imito y se endereza un poco en la silla.

—¿Todo en orden?

—No estoy seguro. —Toma una bocanada de aire antes de mirarme fijamente—. Siento que algo anda mal con Ari. Sé que son mejores amigas y no querrás decirme qué pasa, pero, al menos, ¿podrías confirmarme que no se trata de algo grave relacionado con ella o con Eliot?

No entiendo por qué este tipo de situaciones incómodas me persiguen, como si no tuviera suficiente en mi plato. Sé que uno de los asuntos es Felipe y su insistencia, lo cual no sé si Ari le haya comentado como para traerlo a colación. Ahora bien, hay algo más que no conozco y que he esperado que me cuente cuando se sienta lista.

—Me gustaría poder ayudarte más, pero nada de lo que pueda conjeturar evitará la necesidad de una conversación sincera entre ustedes dos.

—Lo sé, es solo que... Ari y Eliot son mi todo y siento que... les estoy fallando.

Bien, ahora me siento peor. No es un secreto lo mucho que se esfuerza para mantener a su familia, moviéndose de oportunidad en oportunidad para desarrollarse y ganar más dinero. Gran parte de lo que genera Ari se invierte en la carrera que aún no acaba —por mutuo acuerdo, según tengo entendido—. Tener a un pequeño de casi un año es un gasto infinito, sin contar lo que se avecina con su escolaridad. Es suficiente estrés para una persona como para que se le agregue el temor de perder a aquellos por los que está dándolo todo.

—¿Qué te preocupa exactamente? —Mi pregunta le sorprende. Vierto la porción de habichuelas sobre el arroz y tomo los utensilios. Tenemos que hablar, pero también comer; solo tenemos una hora. Lo veo imitar mis movimientos.

—Ari casi no habla. No sé si hice algo mal, si está agotada, abrumada o, simplemente... comenzó a resentir la vida que no puedo darle.

—Estoy segura de que no es por lo último que dijiste.

No está del todo convencido. Ari está extraña, no es un hecho que pueda negar, pero el asunto de pareja lo tienen que resolver entre los dos.

Terminamos almorzando en un silencio para nada incómodo. Cuando disponemos los utensilios utilizados, hago el intento de iniciar una conversación trivial para aminorar el ambiente durante el trayecto. La idea es hacerlo hasta que nos separemos al ingresar al recinto, pero el pitido de un automóvil capta nuestra atención en la entrada. Al principio, no me doy por aludida hasta que el conductor aparece. La figura masculina en vestimenta deportiva se me hace tremendamente familiar. Al identificarlo en mis recuerdos no tan lejanos, me armo de paciencia. ¿Justo ahora? ¿Es una broma?

—¿Ese es...?

—Ajá...

Tener a Felipe sonriéndome mientras ignora olímpicamente a la pareja actual de su exnovia es de las cosas más incómodas que he experimentado, y eso es mucho decir viniendo de mí. El susodicho se retira los lentes de sol de marca y se los engancha al cuello de la camiseta.

—Sakurai, un gusto volver a verla. —Se refiere a mí como si fuéramos mejores amigos. La última

vez que lo vi en persona estaba en su versión patán, maltratando a Ari verbalmente aquel día cuando Max y yo entablamos relación con mi mejor amiga. Luego de esa interacción, solo supe de él por sus constantes acercamientos a Ari.

—¿Cómo supiste que estaría aquí?

—Cuánta hostilidad... Coloqué tu nombre en Google y encontré tu perfil de LinkedIn. Como es hora del almuerzo, estaba esperando para llamar y preguntar por ti; con suerte, saldrías a hablar conmigo.

—Una estrategia para nada extraña...

—¿Qué quieres? —Es la primera vez que escucho ese tono grave en Leo. Felipe lo observa de arriba abajo.

—Creo que fui claro: vine a conversar con la señorita —responde con una pequeña sonrisa de superioridad—. ¿Qué? ¿Nervioso? ¿Te estás dando cuenta de que tu turno se acaba? ¿Creíste que un niño ataría sus vidas? Por favor, si está pequeño, cualquiera podría ser su padre. ¿Aún no sabes que eres una fase de rebeldía?

Leo aprieta los puños a mi lado. Esto no terminará bien si no intervengo.

—Escucha: estás en tu lugar de trabajo. Si haces cualquier tipo de alboroto, esto solo te perjudicará; es lo que quiere. —Lo observa con furia antes de devolverme la mirada y asentir—. Ve, yo me encargo... —le pido, pero duda—. Leo, no vale la pena.

—Especialmente, porque no me interesa hablar contigo. —El ex gira hacia mí—. ¿Sabes por qué no responde mis mensajes? Le di su espacio, pero han pasado meses.

—¿Meses?

—Oh, ¿no te dijo? Interesante... —Leo me observa, asumo que esperando una respuesta—. De seguro te dijo sobre nosotros. —Felipe parece divertirse—. ¿Por qué no se lo confirmas? —pregunta, dirigiéndose a mí.

Le entrego una sonrisa sarcástica.

—Qué ser humano tan agradable eres... —Le ignoro por un momento para atender a un muy confundido Leo—. Es cierto, le ha estado escribiendo, pero ella lo ha ignorado. No entiendo cómo cree que acudir a mí hará alguna diferencia.

—Porque eres su mejor amiga y querrás lo mejor para ella. —La audacia... la pura y desvergonzada audacia que tiene. Mi rostro debe decirlo todo—. ¿Puedes, por favor, convencerla de que responda? Es importante, se trata de sus padres. Creo que podría interesarle.

—¿Qué tendrías que informarle que su hermano no pueda?

Sonríe con superioridad una vez más.

—Por favor, solo dale mi recado. —Observa a Leo—. Colega, deja de engañarte. Sabes muy bien que lo que tienen no será para siempre. Que hayas estudiado en una universidad prestigiosa es producto de tus calificaciones, no de tu estatus y, por mucho que lo intentes, no podrás ser el chico diseñado para alguien como ella ni mucho menos el que le permitirá enmendar las cosas con su familia.

—Oye, no te hagas el mártir. Lo único que tienes es dinero y ni siquiera es tuyo, es de tus padres,

that's it —espeté con todo el veneno posible—. ¿Quieres que siga? —No tengo ninguna intención de ser sutil con este malcriado.

Su sonrisa se desvanece ante el ataque hacia su ego. Carraspea dos veces antes de recorrer nuevamente el camino hacia su vehículo, sin despedirse, como el maleducado que es. Me concentro en Leo: la imagen viva de la derrota.

—No le hagas caso, solo quiere fastidiar. Ari no le ha respondido ni piensa hacerlo. No significa nada.

Baja la vista y deja salir un suspiro en cuanto vuelve su atención hacia mí.

—Y aun así... decidió no comentármelo. Eso dice mucho.

Cualquier intento de rebate muere antes de salir de mis labios. No puedo decirle que no se lo tome a mal sabiendo cómo se siente. Peor aún: él buscaba ayuda para resolver la falta de comunicación y viene el peor ser humano posible a confirmarle que hay un problema. Se despide con un asentimiento de cabeza mientras se aleja hacia el recinto. Presenta su gafete en automático, sin tan siquiera esperar la respuesta por parte del guardia de seguridad. No sé cómo anunciarle a Ari lo que se le viene encima.

—0—

En el día cien, Max presentó un cuadro de fiebre. Nada del otro mundo, pero una emergencia médica dentro del panorama oncológico. Terminó con una llamada al 911 en plena madrugada para trasladarlo durante el toque de queda, y un día de internación hasta que determinaron que era un virus controlable. Por supuesto que fueron noches sin dormir, lo que explica que me encuentre despertando de una muy añorada siesta matutina un sábado.

Es mediodía, debería hacer algo de comer. Con el pasar de los meses, he intentado diferentes cosas para tomarle el truco a cocinar y ayudar a Mabel y al propio Max con la alimentación especial que lleva. A estas alturas, básicamente, vivo con él. Mientras encuentro y dispongo todo para empezar el manjar saludable, pienso en el hecho de que mañana vendrán mis abuelos porque quieren verlo. Así es, porque ellos quieren verlo. Pienso en lo divertido que resulta la situación mientras preparo los ingredientes que encontré en la nevera. Mi abuelo lo espera para jugar al *shōgi* y mi abuela sueña con el día en que sea dado de alta para que le ayude con el mantenimiento profundo que le hace al jardín; sospecho que les es irrelevante mi presencia. El señorito Bécquer sigue en tratamiento, con el grupo de apoyo y, cuando puede, con sus *streams*. Ha tenido que recurrir a crear contenido pregrabado, porque es físicamente imposible ocultar el cansancio.

El chirrido de los ingredientes al tocar el sartén me hace volver del todo a la realidad. No estamos casados, aunque parece que sí por la unión de ambas familias y cómo nos comportamos. Sus padres, de la nada, se han aparecido en mi hora de almuerzo para invitarme a comer. Su madre y yo tenemos charlas recurrentes, que no necesariamente tienen que ver con Max. Ni siquiera tengo que explicar cuánto lo adora mi familia. Es una armonía que nunca pensé que tendría con mi pareja ante lo estrictos que son mis abuelos y mi padre. No tengo idea de cómo lo hizo, pero es un problema menos con el cual lidiar.

Termino de preparar todo, lo sirvo y limpio la cocina para no tener que encargarme de todo esto luego de estar satisfecha y, por ende, con sueño. Me dirijo a la habitación; Max sigue en el quinto sueño. Empaco su porción herméticamente para que pueda comerla luego. Me dedico a devorar

mis alimentos. Visto su camisa, que me queda como si de un vestido corto se tratase. Tomo mi teléfono y reviso mis mensajes. No quiero entrar en las redes, pero me obligo a hacerlo como medida de contingencia contra el dúo del mal, conformado por Alana y el mencionado «líder», que es su pareja. Agradezco que no haya nada nuevo o preocupante. Dejo el teléfono a un lado y termino con mi banquete. Apenas inicia la tarde y, mientras me dedico a esperar por el joven durmiente, una llamada hace que devuelva mi vista al aparato: es de Ari.

—Estás con Max, ¿cierto?

—Hola a ti también —respondo con ironía—. Sí, ¿por qué?

—Abre la puerta.

Me cuelga. Casi al instante escucho el intercomunicador. Sin otra alternativa, me dirijo a la entrada. Abro el portón y encuentro la figura de mi mejor amiga con su hijo en brazos; el bulto del pequeño colgando de su hombro. Es evidente que Ari ha estado llorando.

—¿Qué pasa?

No me responde. Me entrega a Eliot y el bulto que trae; los tomo de inmediato.

—Necesito que le eches un ojo.

—Pero...

—Por favor... —La súplica frena cualquier intento de réplica—. Prometo que hablaremos luego, es solo... —batalla con las palabras—. Necesito irme.

No me permite reaccionar. Vuelve al auto de Leo, pero no lo veo a él, y se aleja sin titubear. Observo al pequeño Eliot en brazos y el niño me ve con una sonrisa.

—Pues... parece que pasaremos la tarde juntos. —Cierro el portón y vuelvo sobre mis pasos.

—¿Cielo? —Encuentro a Max en la entrada de su habitación, colocándose el calzado para usar en el resto de la casa—. ¿Qué haces con Eliot? ¿Y Ari?

—Son preguntas para las que no tengo las respuestas, amado mío. —Dejo el bulto en uno de los sillones—. Mientras tanto, preparé algo; está sobre la meseta.

Me obedece a medias, pasando al baño por una ducha primero. Me concentro en convertir la sala de estar en un lugar para el deleite de Eliot. Muevo los muebles para que oculten los enchufes detrás de ellos, lanzo una enorme colcha abultada en el suelo y esparzo los juguetes que vinieron a acompañarlo en su estadía. Lo coloco en su nuevo espacio mientras llevo el resto del contenido del bulto hacia la cocina y, posteriormente, a la nevera. Cuando vuelvo al improvisado campamento, el pequeño torbellino de casi once meses está de pie, apoyándose en los muebles para explorar sus dominios. El terremoto de ojos azules gira hacia mí cuando me ve acercarme una vez más. Max aparece por el pasillo y sigue hasta la cocina, donde su almuerzo le espera. Toma su porción para unirse a nosotros mientras nos observa interactuar.

—Entonces, ¿qué pasó?

—No lo sé. Ari se apareció de repente. —Levanto la vista para que vea que estoy tan confundida como él—. Se notaba que había estado llorando, pero se fue antes de que pudiese sacarle información. Creo que lo que pasó hace unos días... finalmente explotó.

Asiente, consciente de lo que pasó entre Leo y Felipe. Pensé que estaba solucionado tras

bastidores, pues Ari no comentó nada al respecto. El pequeño me da unas palmaditas en la pierna, como si dijera que mi atención debe estar en él. Se pone de pie y trata de envolverme en sus diminutos brazos.

—No te estoy ignorando.

El pequeño humano no entiende razones, se aferra a mí con más vehemencia.

—Te lo has ganado. —Menos mal. Debo mantenerlo alejado del paciente hasta que entendamos qué ocurre con sus padres.

—0—

—Creo que escuché a alguien en la entrada. —El comentario de Max hace que me acerque a la ventana. Efectivamente, es mi mejor amiga—. Ve, le echaré un ojo. —Lo veo colocarse la mascarilla—. Mantendré la distancia.

Coloco a Eliot en su improvisada área de juego; Max se sienta frente a él. Me encamino en la dirección contraria y abro la puerta. Cuando nuestras miradas se encuentran, solo nos dedicamos a observarnos. No creo que lo que necesite sea un sermón con la expresión que trae. Pasa a mi lado y cierro la puerta en cuanto entra. Se sienta en el pequeño espacio que deja la reja sobre el muro que la sostiene. Me mantengo de pie; necesito ver su expresión, buscar indicios en su lenguaje corporal. Levanta la vista y me hiere un poco notar su temor a ser juzgada. Somos mejores amigas, esa no debería ser una preocupación para ella.

—Has estado actuando extraño: errática, estresada, sin ánimo... —Mi tono sale más serio de lo que intento, aun así, no trato de corregirlo. Para que me dejara a su hijo y desapareciera de esa forma, tiene que ser grave—. Sé que tienes muchas responsabilidades, pero...

—A veces —interrumpe, su expresión se quiebra por completo y las lágrimas descienden por su rostro— quisiera no ser madre... —Controlo mi expresión lo mejor que puedo ante la frase que no esperé. Nunca me pasó por la cabeza que algo así pudiese salir de Ari—. Y me siento horrible por eso.

Elevo la vista por unos segundos para observar el manto que se está tiñendo de negro; mis funciones no incluyen juzgarla. Decido sentarme frente a ella para mantener mi posición privilegiada de análisis. La mirada que me devuelve me remonta a aquella noche lejana donde tuvo un quiebre parecido.

—Esto no se trata de que no quieras a Eliot.

Toma una gran bocanada de aire como su último recurso para tranquilizarse.

—Nunca tuve un hogar. Nunca tuve esa voz que influyera en las decisiones ni la oportunidad de sentirme parte de algo tan lindo. Leo, siendo el amor que es, toma en cuenta mi opinión en todo lo que hacemos como familia. —Sonríe tristemente, ante la contradicción que supone para ella quejarse de algo que es positivo—. Pasa todo el día fuera; antes, parte de la noche, mientras estaba en la universidad. Aun así, siempre tuvo energía para atendernos y estar presente en lo que necesitáramos. Me siento fatal cuando no puedo corresponderle ante las necesidades de Eliot y, encima, lo hago sentir menos por los problemas familiares que tengo. Paso todo el día con mi bebé cuando no tengo guardia. A veces me toca amanecer y solo pienso en qué estarán haciendo. Cada vez estoy más cansada y no puedo disfrutar ni de mi hijo ni de mi novio, y me siento tan culpable de todas estas cosas que les arrebato a ambos. Cada día, veo cómo Eliot prefiere estar con otras

personas que conmigo y pienso que es porque soy menos animada cuando estoy con él. Mi familia... —Niega con la cabeza, como si no creyera lo que está a punto de decir—. Drenan mi energía y no sé cómo detenerlos. Ellos... me contactaron para decirme que, si vuelvo con Felipe, «dejarán pasar este error». Para mis padres, su nieto es un error. Les importa más una maldita alianza comercial. Y hoy... —añade con un ápice de rabia— Leo y yo tuvimos una fuerte pelea por ello.

—¿Le contaste todo?

Asiente.

—El día que me avisaste lo que pasó con Felipe traté de iniciar la conversación, no con el ímpetu que querría. Los días fueron pasando, nos escudamos en el horario y en Eliot. Hoy, por una estupidez, terminamos sacando el tema a colación y... —No termina la oración, tratando de controlar sus emociones lo mejor que puede.

—¿Dónde está Leo?

—No lo sé. Cuando se fue, quise pasar un momento sola; no quería que Eliot me viera quebrarme más de lo que me vio. Él tuvo un ataque de llanto cuando vio que Leo se fue. Lo tomé en brazos para tratar de consolarlo, pero al final, él dejó de llorar, porque me vio llorar a mí. Mi hijo trató de consolarme. —Deja salir una pequeña risa triste—. Decidí dejarlo contigo hasta calmarme lo suficiente. Pasé todo este tiempo en un estacionamiento, con un café en mano, mirando a la nada. Lo único que podía pensar era en que soy la peor madre de la historia. Nada de lo que hago está asegurando su futuro. Siento que le estoy fallando y ni siquiera tiene un año de vida.

—Todo lo que haces es por su bien...

—Pero él no lo sabe.

—Lo sabrá algún día.

Suspira para poder proseguir.

—Nadie realmente me escucha, solo dicen que debería estar agradecida, que la maternidad es una bendición... Me causa pánico esto que siento, no quiero arruinarle la vida con mis acciones.

—Eso habla de lo mucho que amas a tu hijo.

—Pero es que... —No sabe cómo organizar las ideas.

—Ari, que seas madre no quiere decir que debes ser inmune a todo.

Se ríe con ironía.

—Siempre eres la única que piensa diferente. Todos dicen que tuve a mi muchacho, que ya no puedo pensar en otra cosa que no sea él.

—Me gusta llevar la contraria. —Mi manía de sacar una pequeña sonrisa en medio de la adversidad—. No quiero darte palabras vacías para que te sientas mejor por un rato. —Me acerco un poco más para poder tomar una de sus manos temblorosas—. El hecho de que te afecte tanto pensar en que no quieres ser madre o lo que extrañas compartir con Leo, y lo preocupante que resulta lo que atraviesan, dice lo mucho que te importan ambas cosas. No tengo ningún tipo de duda de que los amas y quieres que sean felices. Siempre existirán criticones que no saben el

panorama completo y se sienten con el derecho de opinar en lo que no les incumbe. Te lo advierto, porque cuando crezca y vaya al colegio, vas a tener que usar la paciencia con los otros padres.

Se ríe entre lágrimas.

—Espero que estés ahí de apoyo.

—Para eso estamos los tíos: para hacer el mundo arder sin manchar la imagen de los padres. —Dejo que el silencio reine por varios minutos, dándole tiempo para pensar; lo último que deseo es abrumarla—. Mamá está para lo que necesites; es alguien que pasó por tu situación. Estará encantada de contarte el amor de bebé que fui. —Vuelve a asentir; es un avance que ya no llore—. En cuanto a Leo —tomo una pausa antes de continuar—, lo mejor es que ambos conversen en un ambiente diferente. Él también se siente abrumado y no quiere molestarte, solo quiere solucionarlo.

—Suenan a algo que haría.

Ari y Leo se aman, solo necesitan poner las cosas en perspectiva, replantear la dinámica y ponerle los puntos claros a la familia de Ari. Es triste pensar en alejar familiares cercanos para preservar la paz, pero ellos tienen un hijo y sus acciones deben ir encaminadas a salvaguardarlo. Nos quedamos observando el manto negro por unos minutos. La noche está instaurada cuando decido que se ha calmado lo suficiente. Me pongo de pie; ella me imita.

—Muchas gracias.

Se acerca y le entrego un abrazo de oso, de esos que ella me regala en términos normales. Me entristece pensar que ha estado sintiéndose así tanto tiempo. Dejo que rompa el contacto cuando se siente cómoda y nos dirigimos al interior de la vivienda.

—Bienvenidas, damas —saluda Max en cuanto oye el sonido de la puerta abrirse. Los encontramos donde los dejé, solo que Eliot está mirando caricaturas en el teléfono de Max y las piernas de este están extendidas a cada lado del niño, como si se tratara de una baranda. El pequeño utiliza unas gafas de sol por alguna razón que desconozco—. ¿Verdad que se ve genial?

El niño lo secunda con una afirmación en su «idioma», apartando la atención de la pantalla. Observa hacia nuestra dirección por unos segundos. Su alegría es contagiosa cuando sus brazos se extienden hacia su madre; ella lo toma. Sus ojos brillan en el momento en que su hijo vuelve a estar cerca.

—¿Te divertiste con los tíos? Espero que no haya causado muchos problemas.

—Para nada. Es mi compañero de aventuras.

—Por lo que yo tengo que cuidar de dos niños.

Deja salir una pequeña carcajada.

—¡¡Hola!! —El saludo viene acompañado de un toque en el portón.

Ari es la primera en reaccionar. Nos dirigimos hacia la puerta principal, donde encontramos al joven Silva. En el momento en que Max le abre la puerta, corre hacia su familia.

—Gracias al cielo, estaba tan preocupado. No tenía noticias de ustedes desde el mediodía. ¿Están bien?

—Sí, sí... lo siento por no avisar.

Baja la mirada, inseguro de cómo proceder o, tal vez, sintiéndose tímido ante su reacción frente a nosotros. Mi atención se pasea entre ambos y noto que necesitan un empujón.

—¿Qué tal si van a cenar mientras cuidamos de Eliot? Aún es temprano.

Ari gira hacia mí, un poco sorprendida.

—Puede ayudarnos con el *stream*, ya está vestido para la ocasión. —Max no sabe lo que está pasando, aun así, me apoya con esa extraña telepatía que hemos desarrollado con el tiempo.

—Sería... agradable dar una vuelta nosotros dos. —Leo le dedica una sonrisa tímida a Ari y, por lo que nos parece una eternidad, se mantienen la mirada. Ella termina por devolverle el gesto, confirmando su aprobación con un movimiento de cabeza.

—Gracias, chicos.

Los jóvenes padres abandonan el lugar y nosotros volvemos al interior de la residencia. Decidí ser flexible y hacer una excepción a la regla. Mientras preparo algo para cenar y el biberón de Eliot, los dos se divierten frente a la cámara. Max lleva más de tres meses saliendo al hospital para sus chequeos y emergencias. Hace poco reinició sus transmisiones y la presencia de Eliot ha sido un animoso empujón; combinar ambas cosas no puede ser tan malo. Ya desinfectaremos luego.

Los observo por unos segundos a través de la pantalla, apreciando lo relajados que se ven mientras interactúan. Permito que se diviertan por unos minutos más hasta que tomo a Eliot en brazos para alimentarlo. Max sigue en lo suyo mientras escuchamos su voz a la distancia. Cuando está alimentado, lo preparo para dormir, pero no parecen ser sus intenciones; al menos, no al principio. Apago algunas luces para que el lugar quede un poco más con el ánimo de «buenas noches» y me acomodo en el sofá, Eliot sobre mi regazo. El bebé comienza a jugar con Morfeo unos minutos después, pero se rehúsa a sucumbir.

—Eres igual de terco que tu madre.

Se queda observándome mientras sus ojos se van cerrando.

—¿Está dormido?

—Se supone que sí, pero el agarre de sus manos sigue bastante firme. —Escucho una risa baja, seguido de los pasos amortiguados de sus pantuflas «resto de la casa». Su silueta se sienta a nuestro lado—. ¿Cómo estuvo la transmisión?

—Genial. Les encantó el invitado de honor. —Le entrega una sutil caricia en la espalda al bebé—. Pronto tendrá un año; el tiempo pasa volando.

—Cumple antes que él. ¿Qué quieres que hagamos?

Se encoge de hombros. Me sorprende que lleve la mascarilla y respete los lineamientos tan al pie de la letra.

—No hay mucho que podamos hacer. Prefiero seguir con la rutina y concentrarme en armar nuestro viaje. Ya reservé los boletos de avión.

—Tu confianza es admirable.

—Tiene que valer para algo. —Desde que me prometió la travesía en pareja, es más que diligente con todo el proceso y las restricciones. Alguna queja se le puede escapar, como es natural, pero la

omite casi al instante—. Ahora que lo pienso, un año exacto sería en abril. Básicamente, nos iríamos el mes completo, pero... —Se acomoda un poco mejor; no sé si simula estar pensando lo que dirá o si la idea acaba de ocurrírsele—. ¿Qué te parece si lo movemos un poco?

—¿Estás tratando de ganar tiempo?

—Para nada, soy un hombre de palabra. Me hace ilusión que después de todo esto podamos celebrar tu cumpleaños de manera especial.

Nunca he sido una persona de celebraciones, ni cuando era niña ni después de lo acontecido. Pero cuando conocí a Max, sin importar el día o lo que estuviera haciendo, él siempre aparecía con un *cupcake* y una vela y me cantaba «Feliz cumpleaños». Lo hacía en un lugar donde solo estuviésemos los dos, teniendo en cuenta mi fobia social de aquel entonces. La verdad, mi postura sobre hacer un gran esfuerzo para celebrar no ha cambiado. Con todo lo que ha pasado en el último año, aprecio el simple hecho de abrir los ojos cada mañana y ver que todo está en calma en medio del caos. Cada día me importa menos la aprobación popular, ya que he vivido demasiado para que los aplausos y los *likes* signifiquen algo para mí. Ellos no pueden traer de vuelta a Max si algo inimaginable sucede, no pueden borrar lo que ha pasado ni llenar los momentos de tristeza con comentarios positivos. Mirando a Eliot y luego a Max, espero su respuesta.

—Me gusta la idea.

VI

TATEMAE 建前

La fachada en redes

—Puedo esperarte.

—Estaré bien. —Pero la duda le ataca. Me retiro la mascarilla un momento para sonreírle—. En serio. —Lo convengo lo suficiente para que acceda a retirarse, pero primero me envuelve entre sus brazos; le devuelvo el gesto.

—No importa cómo termine esto, estoy más que orgulloso de ti. Eres uno de mis logros más grandes.

Me toma por sorpresa. Desde que accedieron a mi solicitud de también iniciar la terapia, papá ha estado más abierto en la expresión de sus sentimientos. Siempre supe que me quería, pero escucharlo de vez en cuando se siente bien.

Al separarnos, lo veo desaparecer por el pasillo. Podría haber entrado, pero tomo la excusa para tener un poco de tiempo a solas; solo tengo cuarenta y cinco minutos antes de ser requerida en todo el suceso. Hago saber mi presencia y me dirijo a uno de los pasillos que me dan vista a la parte trasera del edificio. Deambular por el lugar solo sirve para matar el tiempo y ni siquiera soy consciente de hacia dónde me dirijo. Levanto la vista cuando llego a un corredor sin salida; hay una figura de pie, observando a través de un ventanal. Es un señor mayor, vestido con chabacana y pantalones negros. Es un poco más alto que yo, pero, por el aura que lo envuelve, parece más pequeño. Noto que lleva un papel en la mano: una fotografía que reconozco y que ha sido el símbolo trágico de las acciones del innombrable. El aire se atasca de repente en mis pulmones cuando gira a verme y un zumbido invade mis oídos cuando se acerca. Parece que nos separaran kilómetros en vez de unos pocos metros.

—Sora, ¿cierto? —Su sonrisa amable no oculta el peso de la situación. Asiento como puedo, no sabiendo qué hacer—. Finalmente, coincidimos. Un gusto, soy Enzo, el abuelo de María Alejandra.

Mis dedos no dejan de jugar entre sí.

—Gusto en conocerlo, señor. —Vuelve a sonreír con ese gesto triste—. No esperaba encontrar compañía por estos pasillos.

—Quería un momento a solas antes de entrar. Mi esposa no puede soportar el proceso, así que estoy solo y no quiero perder el foco ante lo que siento. —Bajo la vista, tratando de encontrar qué decir que no sea solo cortés y vacío. Cuando finalmente vuelvo a verlo, me observa fijamente—. Mariale tendría tu edad si siguiera viva. No se parecen tanto físicamente, pero, por lo que he

escuchado de ti, sus personalidades se asemejan: inteligentes, determinadas, guerreras... buscando progresar de alguna forma. Mi nieta vino a la capital gracias a una beca que obtuvo. Sus padres no estuvieron presentes en su vida y nosotros éramos pobres, por lo que obtener ese seguro para su educación fue un alivio. Ella rompería la cadena familiar, representaba el futuro. —La voz se le quiebra, lo que hace que un nudo se afiance en mi garganta y mis ojos comiencen a arder—. Cuando consiguió la pasantía, creo que... nunca la había visto tan feliz. Ese mismo día subió la loma para darnos la noticia en persona. ¿Quién se imaginaría que ese lugar sería el mismo donde sus ganas de vivir serían destruidas? —El peso de su cuestionamiento parece ser demasiado, así que da unos pasos para tomar asiento en un banquillo. Vuelve su atención hacia mí—. Dígame, ¿usted también sintió que no valía seguir? —No estoy en la condición de mentir o suavizar mi respuesta. Asiento, siendo honesta con él—. Y... —suspira sonoramente— ¿cómo es que sigues aquí? —Su labio inferior comienza a temblar y observa la imagen que sostiene. Mis manos tiemblan ligeramente, pero lo disimulo jugando nerviosamente con mis dedos—. No sirve de nada que quiera lastimarlo —concluye, como si le doliera—; incluso si muere, ella no volverá...

—Lo lamento tanto...

Lo que siento amerita *saikerei*. Lo ejecuto como mis abuelos me inculcaron desde pequeña para rendir respetos y pedir perdón. La carga de la situación no amerita un simple intercambio de palabras. Todo mi ser lamenta que una vida tan prometedora se haya perdido de esa manera y respeto al hombre que tengo al frente por levantarse en nombre de una voz que no puede defenderse. Siento que mis disculpas aún son insuficientes, esto amerita *dogeza*, el máximo gesto que poseo para demostrar mi arrepentimiento. Me arrodillo frente a él.

—Lo siento...

—Por favor... no te disculpes; ponte de pie.

Me paralizó por un segundo, no pudiendo identificar el tono. Pasan unos segundos más hasta que me incorporo y lo observo con el rostro empapado de lágrimas.

—Que hayas sido la primera no te hace responsable de lo que ocurrió después. Hiciste todo lo que pudiste. —Se levanta del banquillo y se coloca frente a mí—. Solo deseo que él pierda el poder de destruir tu vida y la de las demás. —Saca un pañuelo y limpia los rastros físicos del dolor que lo embarga por dentro—. Iré adelantándome. —Me sonrío con tristeza antes de emprender el camino por el pasillo y detenerse luego de unos pocos pasos—. Gracias, señorita Sora, por haber decidido continuar.

Estoy nueva vez en mi soledad. Me siento en el banquillo, procesando lo que acaba de pasar y el sentimiento de que debe existir algo más allá que lo actual en lo que pueda aportar. No siento que sea suficiente para ayudar a personas como el señor Enzo y a las o los Mariales que se encuentran en las calles. Tomo mi teléfono del bolsillo, observo la pantalla que parece ser un reflejo de mis cavilaciones. No esperaba ver una notificación aparecer, menos proveniente de mi Pá Hiroshi:

*Mi Sora-chan, haz tuya esta palabra: **Agatsu**. Obtén la victoria sobre ti misma; no importa lo que pase, no importa a quién te enfrentes, asegúrate de vencer aquello en tu interior y todo estará bien.*

Puedo sentir los efectos de la situación recorrer mi sistema, también puedo identificar el lugar seguro que representan todas las personas que me apoyan y las que no pueden darse ese privilegio, como Mariale. Este mensaje de mi Pá es lo que necesito para descargar el impacto de la experiencia y tomar una gran bocanada de aire. No siento que sea todo lo que necesito, pero sé que es un paso

necesario. Al menos, me permite el alivio que requiero para enfrentar mi realidad.

—0—

—¿Señorita Sakurai? —Parpadeo un par de veces, entregándole mi atención al fiscal del caso y apartándola del innombrable. Mauro no es la imagen impoluta que le encantaba proyectar. Lo único que sigue intacto es su mirada de odio, su intento de intimidarme—. Recuerde que está bajo juramento. —Por supuesto que lo olvidaré en la sala de un juzgado en medio de un juicio...—. ¿Puede decirnos cuándo terminó su relación con el acusado?

Al instante, los recuerdos invaden mi mente con una punzante vivacidad.

—Terminó el día del ataque... —No importa cuántas veces narre el suceso, el impacto continúa.

—¿El acusado abusó de usted? —Es y siempre será desagradable escucharlo en voz alta.

—Así es.

—¿Qué recuerda del suceso?

—Fragmentos, sensaciones que no deberían existir sin mi consentimiento. No se detuvo, a pesar de que yo no quería. No le importaba en lo más mínimo.

El hombre se enfrasca en un minidiscursito sobre las similitudes en el modus operandi, en cómo se comporta y todas esas sandeces. Desvío la vista hacia la audiencia, encontrando al señor Enzo con la imagen de su nieta pegada al pecho para que los presentes puedan verla. Encuentro a mi padre, acompañado de... ¿Max? Papá observa hacia la dirección de Mauro, la rabia es notable en sus ojos. Max me recibe con la mirada y, aunque hay evidencia de ira en sus ojos, veo su esfuerzo por controlarla, tal vez para que no me enoje aún más al verlo en la multitud. Levanta un papel disimuladamente, con la frase «I got you» inscrita en él. Batallo con las ganas de sonreír, es un gesto tan insignificante para el resto del mundo; para mí, es una inyección de confianza.

—¿Reportó el ataque? —La pregunta me trae de vuelta a la conversación.

—Sí, pero existieron trabas de todo tipo.

—¿Podría indicarnos por qué?

—Las conexiones de sus padres.

—¿Alguna vez intuyó que él se arrepentía de sus acciones?

—No. Cuando el tema estuvo a punto de resurgir, envié a su madre y a su empleado a intimidarme. Me atacaron, dejándome golpes visibles.

—¿Sabía que, luego de esa acción, la cual se encuentra denunciada y pendiente de condena, tenemos evidencia y grabaciones de un informante donde se acredita la existencia de un plan para atentar contra su vida?

Observo a Mauro, sin tratar de ocultar mi sorpresa; el muy cobarde rehúye mi mirada.

—No, no lo sabía.

Las siguientes preguntas tienen que ver con el impacto y la espiral en la que me sumergió el suceso. Vuelve su atención a la audiencia, saco todo tipo de conclusiones, contando mi historia y vendiendo la idea correcta. Respiro hondo, sé que esta es la parte fácil. Lo pienso cuando el fiscal toma asiento y se levanta el abogado del diablo —literalmente— y se dirige hacia mí. No ha dicho

nada y ya me siento furiosa. ¿Cómo puede ser posible que exista suficiente dinero en el mundo para defender al mal en persona? Se coloca frente a mí y sonríe con una amabilidad falsa.

—Según tengo entendido, el joven Mauro era el chico popular, el sueño de todas las chicas, ¿no es así? —Sé por dónde va su pregunta, sé por dónde irá mi respuesta.

—Sí.

—Usted era tímida, retraída, de pocos amigos. Pareciese que la que se beneficiaría de estar con él era usted. ¿Por qué arriesgaría su reputación realizando un acto tan vil?

—No lo sé, pregúntele. No soy psicóloga para tratar de entender su deseo de lastimar a otros.

No esperaba esa respuesta, se nota en su intento de disimular y los murmullos que se crean a sus espaldas.

—Me refiero a que era joven e insegura, y el joven Mauro significaría lo más cercano al estatus de popularidad que podría potenciar su vida, ¿no? Tal vez, tuvieron una pelea y, por la inmadurez de aquel entonces, decidió golpearlo en su reputación.

—¡Objeción! Está especulando.

—Solo estoy expresando lo que el sentido común diría.

—A lugar.

Le sonrío condescendentemente ante su estrategia infantil antes de girar hacia el juez.

—¿Puedo responderle?

—No está obligada.

—Pero quiero hacerlo. —Giro hacia el abogado.

—Adelante.

—Me habría encantado que hubiera sido un invento. De esa manera, solo existiría la mentira en vez de las imágenes que asaltan mi mente y hacen que mis ojos ardan. Lo único que hice fue aceptar la invitación de alguien en quien confiaba. Nunca pensé que sería capaz de hacerme el daño que me hizo, nunca pensé que sería tan fácil para él abusar de mí y utilizarme como un objeto para su curiosidad. Detrás de su fachada de niño bonito, hay un monstruo, uno que realmente da miedo. —Me atrevo a observar hacia su dirección; aún mira hacia su escritorio—. Es un cobarde que ni siquiera se atreve a mirarme a los ojos mientras le digo todo esto. —Los murmullos no se hacen esperar. Los periodistas anotan a toda velocidad mientras se escucha el sonido de los flashes—. Un cobarde que ha ido por la vida lastimando personas porque papi, mami y el padrino resolverán sus problemas. Y gracias a eso, hay personas sufriendo. Una joven brillante ya no está entre nosotros, por ejemplo. —Vuelvo la vista hacia el abogado, quien claramente no está muy contento con el giro que dio su pregunta—. Tiene que pagar por todo el daño que ha hecho, independientemente de su sucio dinero. —Miro al «mártir de la justicia»—. No, no lo hice por atención. No vivo este infierno porque me place. Su cliente es malvado y estoy aquí porque no se detendrá por voluntad propia. —El silencio se hace presente mientras desafío con la mirada al abogado del diablo—. ¿Eso responde su pregunta, licenciado? —lo desafío. La furia está por las nubes en mi organismo, pero me mantengo tranquila, devolviéndole la mirada al hombre que creyó que sería buena idea interrogarme.

—¿Tiene más preguntas, abogado? —Tal vez es mi imaginación, pero percibo cierto tono de humor en las palabras del juez.

—No, magistrado. —Vuelve a su asiento, no muy contento.

—Gracias, señorita Sakurai.

Asiento, en una especie de euforia por la libertad que experimento tras este final. Salgo del lugar y suelto toda la expectación contenida en mis pulmones. Siento una montaña rusa de emociones en tan poco tiempo. Me alejo unos pasos y apoyo mi peso en la primera pared que encuentro, la sensación es poderosa. Por el rabillo del ojo, percibo el movimiento de la puerta abrirse a la distancia y, como espero, aparecen papá y Max. Se acercan y no entiendo mucho de lo que dicen, solo me protejo en los brazos del hombre que me dio la vida por un tiempo que no puedo estimar. Cuando nos separamos, le da paso a Max para que sea su turno.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Muy inocente de tu parte pensar que no vendría.

Me aferro a la seguridad de sus brazos; papá acaricia mi espalda. Me siento agotada pero complacida con lo que acaba de pasar. El consejo de Pá resuena en mi mente y me aferro aún más a Maximiliano.

Gané esta batalla contra mí misma.

—0—

La situación con la pareja de *influencers* ha escalado a niveles insospechados. Han estado intensos de todas las maneras que alguien se pueda imaginar. Tanto Max como yo los tenemos bloqueados, por lo que acudieron a Milo, quien les dijo un par de verdades. Como no pueden contactarnos, han continuado con las indirectas, tratando de revolotear el avispero en redes sociales. Es muy clara la intención de Alana de pintar a Max como un mal novio, a pesar de que los relatos y su actitud han demostrado que no es el caso. Max ha insistido en que lo deje en paz y la mujer sigue como si él no tuviese derecho a imponer límites. Su novio —o compañero, porque su insistencia para que salga con él me hace dudarlo— es una joyita también.

Ignorarlos no funciona y solo les está dando impulso, por lo que accedí a juntarme con ellos para zanjar el asunto. Luego de horas de negociación, Max aceptó, pero no confía en su paciencia, así que enviará a su mejor amigo en representación, aunque Milo los odia. No entiendo en qué universo es una buena idea que me acompañe, pero si lo mantiene tranquilo, tengo que respetar las condiciones. Lo espero en la plaza para juntarnos en el café donde se llevará a cabo el encuentro. Dijo que tenía que «cuidarse las espaldas» y que por eso llegaría un poco tarde. No sé a qué se refería y no creo que quiera saberlo.

—Sorita. Muy buenas tardes. —Me sonrío, tratando de aminorar el hecho de que es mucho más tarde de lo que estimó que llegaría—. Ya estoy aquí.

—Menos mal. —Observo hacia la dirección donde nos esperan—. Ahí están —señalo mientras los veo tomar asiento a la distancia—. Acabemos con esto de una vez.

En un minuto, nos encontramos frente a ellos. Sonríen de esa manera falsa que tanto me irrita.

—Pensé que no vendrían. —Rodrigo, su verdadero nombre, y para nada relacionado con su identidad en redes, me observa de manera descarada; me hace sentir incómoda, pero lo disimulo.

—Seremos breves.

—¿Cuál es la prisa? ¿No quieren tomar un café?

—No permitiré que ingiera nada que esté cerca de ustedes. —La contestación de Milo no le hace gracia. Sustituye su sonrisa burlona por una mueca.

—¿Maximiliano no vendrá? —Alana interviene esta vez, levantando el mentón en un gesto de superioridad.

—Ya dejó las cosas claras. Solo estamos aquí para entender por qué ustedes no lo entienden.

—Me pregunto cómo consiguió a alguien tan exótica como tú —comenta y me guiña un ojo.

—¿Perdón? —Mi vista va hacia Alana ante el descaro de su pareja de ignorar mi pregunta y, encima, coquetearme abiertamente frente a ella—. ¿No te molesta?

—Que haga lo que quiera, sabe que he estado contactando a Max.

—No es que me importe, créanme, no puede importarme menos. Solo por curiosidad, ¿están en una relación abierta? —La pregunta de Milo abre una posibilidad que no contemplaba.

—Así es mejor el asunto, ¿no? La libertad de hacer sin tantos líos.

—Pueden hacer lo que quieran sin molestar a Sora y a Max.

—Intruso, ¿por qué no dejas que ellos sean los que decidan?

—Ya lo hicimos, maldita sea, y siguen fastidiando. —Mi voz no se eleva, pero el mensaje sale con suficiente seriedad.

—Haciéndote la difícil, me encanta.

Cierro los ojos por un momento, invocando algo de paciencia. Bella prueba me está colocando la vida con estos dos.

—Muy conveniente que aparezcan cuando las cosas van bien para Max, mientras que sus respectivas redes están muertas. ¿Le temen a la irrelevancia? —Milo toca un punto sensible; es evidente ante el cambio radical en sus expresiones, dejando de lado la soberbia para darle paso a la seriedad, rayando en el enojo.

—Ni siquiera sé qué haces aquí, Nylon. Pensé que nos odiabas.

—Es Milo, y sí, los odio.

—Milo —llamo su atención, pues lo último que necesito es que caiga en el jueguito de estos dos. Concentro mi atención en el dúo nueva vez—. Mantengan la distancia.

—Creo que deberías reconsiderarlo, todos nos beneficiaríamos.

—Cometimos un error con Max.

—Ese no es mi problema y menos el suyo.

No responden de inmediato. Se observan entre sí y devuelven su atención hacia nosotros; una pequeña sonrisa adorna sus rostros.

—¿Qué te parece, Alana? Al final tenías razón, le lavó el cerebro como a ti.

—Con el pasado tan traumático que tiene siendo la víctima cero de Mauro Gallardo... No es como que sepa elegir muy bien a sus parejas —se burla; la furia va invadiendo mi cuerpo—. Es lo

que pasa cuando te atrae el abuso: vas cayendo de una pareja abusiva a otra.

—Si tuviésemos que hablar de maltrato, las flechas irían en otra dirección.

Una sonrisa socarrona se dibuja en su rostro.

—¿Piensas que no le creerían a una jovencita que solo busca evitar que otras experimenten el abuso de su exnovio? Uf... Twitter se incendiará en segundos.

Me apoyo en la mesa para observarla directamente a los ojos ante la audacia de sus palabras.

—¿Esa es una amenaza?

—¿Contar mi historia es una amenaza?

—Si es mentira, pues sí. —Se ríe—. ¿De verdad quieres jugar a esto? ¿Pensaste que vendrías, soltarías tus pendejadas y me intimidarías? Estoy en un punto donde me importa poco ensuciarme en el fango asqueroso del que vienes. —Su sonrisa se borra y puedo sentir todas las miradas sobre mí. Me tienen harta y no estoy para sus estupideces.

Se levanta del asiento y Rodrigo le imita. Les sigo con la vista.

—Te vas a arrepentir de esta conversación. —Toma su bolso; Rodrigo también se pone de pie—. Vamos, amor, tenemos cita en el polígono de tiro.

No sé si estoy indignada o furiosa mientras los veo desaparecer por los pasillos. Siempre le creí a Max sobre estos dos, pero los relatos no les hacen justicia. Son mil veces peores de lo que creí. Observo a Milo, el vivo reflejo de lo que siento por esos dos. Harán algo, eso es seguro, y aunque Max no debe estresarse por este tipo de cosas, debo contárselo. Espero por todo lo alto tener más paciencia que fuerza; no deseo meterme en problemas por su culpa.

—No me agrada la idea de esos dos manejando un arma de fuego...

—No me sorprende que estuvieran en la fiscalía. Deben meterse en demandas y querellas con esas actitudes.

—¿Estuvieron en la fiscalía?

—Alana, al menos. Ahí me la encontré la primera vez. —Milo observa hacia la dirección que tomaron, sonrío de medio lado.

—Eso es muy... interesante.

—0—

El joven Bécquer ha solicitado mi compañía en esos arranques de afecto que le surgen de vez en cuando. He notado que los tiene con más frecuencia luego de sus sesiones con el grupo de apoyo. No sé exactamente qué pasa durante esas reuniones más allá de que se dan apoyo, lo cual considero que es genial, pero, de vez en cuando, sale cabizbajo y no habla al respecto. Tal vez es un día particularmente difícil: historias más terribles que otras, problemas familiares. Algo debe pasar para que le golpee el ánimo de esa manera. Llego al hospital quince minutos antes de que termine el encuentro y espero fuera del salón que utilizan para congregarse. Ha comenzado a asistir presencial como parte de su reinserción en la sociedad.

—Oh. Hola, Sora.

Levanto la vista hacia la figura de pie frente a mí. Entrecierro los ojos, tratando de reconocer de

quién se trata, pero la mascarilla no ayuda a la causa.

—Tranquila, no me conoces.

—Gracias al cielo... Bueno, me refiero a...

—Sí, entiendo. Soy Maikel. Te reconocí de inmediato, Max siempre habla de ti.

—¿Cosas buenas?

—Demasiadas. No sé qué conjuro le echaste al muchacho. —Se ríe con ganas; algo detrás de mí capta su atención, lo que hace que le siga la mirada y me coloque a su lado—. Deberías estar adentro.

El joven, al que no le doy más de veinte vueltas al sol, se acerca con lonchera en mano. Delgado, ojos marrones y una cabellera negra que presenta notorios espacios vacíos.

—Tenía hambre, así que pedí ir al baño.

Maikel suspira a mi lado, sospecho que es una situación cotidiana para él. El joven gira hacia mí; al notarlo, Maikel interviene.

—Este personaje es Manu, uno de los chicos del grupo. —El aludido inclina levemente la cabeza en forma de saludo—. Ella es Sora. —Manu se endereza como un resorte mientras deja salir un jadeo de sorpresa, como si acabase de tener una epifanía.

—¿Ella es la Sora... —empieza, y veo por el rabillo del ojo cómo Maikel trata de detener sutilmente lo que está por decir—... novia de Max que estuvo al borde de la muerte y por la que lloró delante de todos porque pensó que la había perdido por sus malas decisiones y que luego de darse un tiempo volvieron a estar juntos? —Es increíble que no haya tomado una bocanada de aire hasta que terminó su microrrelato.

Observo a Maikel, quien solo suspira con una sonrisa incómoda. Vuelvo la atención hacia el joven expectante.

—Asumo que sí. Un gusto conocerte, Max también me ha comentado sobre ti. Puede que cosas buenas... —Infla los cachetes con indignación. Me concentro nueva vez en Maikel, percatándome de un detalle que no se me había ocurrido hasta ahora—. ¿No volverá a la sesión?

Niega con la cabeza.

—Max está liderando. Les cuenta sobre su *hobby* y todas esas cosas. Les hace bien saber que alguien que está pasando por lo mismo desarrolle ese tipo de actividades. Ya que estamos —dice, observando a Manu con reproche—, me alegro de que tú también estés recuperada. Estaba destruido, pero al menos sirvió para que volviera a enfocarse. Lo conozco hace tiempo y nunca lo había visto tan motivado.

Le entrego una mirada que da a entender que no lo creo del todo. La puerta se abre y salen varias personas, quienes se despiden de mis acompañantes. Max aparece en último lugar.

—Veo que puedo ahorrarme las presentaciones. —Intenta sonreír, pero no alcanza sus ojos—. Hola, cielo. —Me abraza de inmediato y tarda más tiempo del normal en soltarme—. Maikel, dejé los marcadores en la silla del centro.

—Perfecto. Muchas gracias, nos vemos la próxima semana. —Me dedica una sonrisa—. Un gusto, Sora.

—Un gusto, Sora —replica Manu antes de seguir al instructor hacia el interior.

—Igualmente. —Ya estamos solos, concentro mi atención en mi pareja—. ¿Qué pasa, *dārin*?

—Solo quiero ir a casa, estoy cansado.

Preguntarle de nuevo no servirá de nada. Le tomo de la mano para abandonar el lugar mientras asiento ante su solicitud. El trayecto es silencioso, pero no me molesta. Acordamos no contarnos las cosas hasta que sentimos que estamos en un lugar seguro, por más tiempo que nos tome sincerarnos. Así que, si quiere que vaya a su casa es porque quiere hablar y soy todo oídos para él.

Llegamos a su hogar y lo primero que hace es dirigirse al baño. Como no tenía estipulado venir hoy, llevo el protocolo correspondiente para robar una de sus enormes prendas luego de tomar mi respectiva ducha. Tardo unos minutos en revisar y desinfectar mis cosas. Cuando termino, lo encuentro de pie en la puerta del baño, solo con la toalla amarrada a su cintura. Pienso que no cree lo atractivo que lo encuentro. Su cuerpo ha sufrido una serie de transformaciones desde que nos conocimos y, aunque a las personas les cueste creerlo, nunca dejó de ser deseable para mí. Obviamente, hay unas versiones que, por cuestiones de salud, no son adoradas, pero sigue siendo su cuerpo y nunca me ha parecido menos. Si ese fuese el caso, no costaría tanto mantener la distancia por su propio bien. Logro, de alguna manera, salir del trance, solo para encontrarlo en el mismo estado. Sé que le gusta verme en sus ropas.

—¿Tienes hambre?

Sale de su ensoñación e intuyo que se muerde la lengua para no responder con lo que verdaderamente está pensando. Niega con la cabeza. Lo veo partir hacia la habitación y espero unos minutos antes de seguirlo, dejando que se vista tranquilamente y organice las ideas. Llegó en el momento preciso para ver cómo se deja caer en la cama. Me observa; sé que ya está listo para hablar de lo que le ha estado molestando.

—¿Qué ocurre? —pregunto con voz suave.

Me acerco ante su atenta mirada. Los abrazos de espalda se han hecho la norma entre nosotros, representan una parte de la intimidad que algún día recuperaremos del todo. Fue mi iniciativa, como una manera de expresarle que quiero cuidarlo ante todo y que no repetiré los errores del pasado. Por eso, es lo que elijo en el presente cuando está a punto de compartirme aquello que le arrebató paz. Apoyo el mentón en su hombro.

—Una de las chicas del grupo murió hace unos días. —Siento el nudo en mi garganta—. Diecinueve años, cielo —se lamenta—. Una chica estupenda, llena de energía, siempre sonriente, es... —Su voz se quiebra—. Estoy tan harto de toda esta mierda, carajo. La impotencia no me deja en paz.

—¿Qué podrías haber hecho, Max? —Mi pregunta puede sonar brusca, pero lo último que necesita es pena. Sé que le cuesta poner en palabras todo lo que siente por cómo sus manos aprietan la almohada

—Sé que, para que haya vida, debe existir la muerte, pero es imposible acostumbrarse a perder personas tan pronto y de manera tan... injusta. Personas que ni siquiera tuvieron todo lo que necesitaron para luchar por su vida. Sus sueños murieron con ellos, sus pendientes se congelaron en el tiempo.

Me incomoda tener esta conversación, no me gusta pensar en el fin, menos cuando ha estado

tan cerca más veces de las que esperaba y sigue rondando el ambiente. Decido que lo mejor es verlo de frente y me dejo caer a su lado, olvidándome de cualquier tipo de precaución. Su mente es la que necesita apoyo en este momento, aunque sea a través del silencio del entendimiento. Uno de sus brazos rodea mi cintura y lo observo en silencio, acariciando los vestigios de la cabellera que está volviendo a crecer. Recuerdo lo feliz que estuvo cuando se dio cuenta del suceso; lo publicó en todas partes. Es la situación opuesta a la que vivimos.

—¿Qué harías si yo no estuviese? —pregunta de repente. Ese par de ojos miel que tanto me encantan me observan en espera de mi respuesta. El tan solo pensarlo oprime mi pecho con desesperación. Es tan doloroso que ni siquiera sé si pueda ponerlo en palabras y mucho menos imaginar cómo lo llevaría. Por supersticioso que suene, decirlo o tan siquiera pensarlo puede convertirlo en realidad—. ¿Por qué ellos han muerto? ¿Por qué no yo? —Rompe el contacto visual y se esconde en mi cuello.

—Max, no digas eso... —Es mi turno de aferrarme a él. El silencio se apropia del espacio mientras lo lleno de mimos y me sostiene como si fuese el ancla que lo mantiene en sitio. Me parte el corazón que pierda personas cada semana y que viva constantemente con temor.

—*Kyomu*. Tal vez, es lo que me guía hacia mi propósito en la vida —susurra. No sé por qué lo ha dicho, pero no creo que lo hiciese para que lo cuestione. Sigo con las caricias intentando calmarlo. No sé qué más hacer.

—0—

—¿No se siente bien?

—Parece que es un día particularmente difícil —comenta y observo en dirección a la habitación de Max.

Es 20 de agosto, siete días antes del cumpleaños de Max. En los últimos dos días, he notado que repite la frase «Estoy cansado». Insiste en que no se trata de nada extraño debido a cómo es su estilo de vida actualmente. Es triste, pero si es el caso, es un alivio saber que no sale de la norma.

—Estaré pendiente. —Mabel toma sus llaves y su bolso, anunciando que volverá al día siguiente.

Cuando la puerta se cierra, el lugar queda en un silencio inquietante. Dejo mis cosas sobre uno de los sofás y me dirijo directamente a la cocina. Lo obligaré a comer. Cuando tengo las opciones identificadas, me dirijo hacia la habitación y me detengo a medio camino al escuchar arcadas provenientes del baño. Max está de rodillas frente al inodoro, sudando y temblando un poco aún.

—¿Estás bien?

Asiente cuando el episodio termina. Me apresuro a la cocina en busca de un vaso de agua; estoy con él en cuestión de segundos. Mientras bebe, halo de la cadena e higienizo un poco el espacio antes de sentarme a su lado. Max tiene la cabeza apoyada en el muro.

—Bienvenida, mi cielo.

—Gracias, mi *dārin*. —Veo su rostro por primera vez—. ¿De verdad te encuentras bien? Se supone que esto ya no es la norma. —Coloco mi mano en su frente en busca de fiebre. Traga en seco.

—Estoy bien. —Pero no le creo y parece notar la preocupación en mi rostro—. Me cepillaré los dientes, luego podemos hacer algo. —Le cuesta levantarse del suelo y, cuando lo logra, pierde un poco el equilibrio.

—Max, pareciera que estás corto de aliento.

—Creo que el desayuno me cayó mal. Ya me siento mejor.

Lo observo desde mi posición durante unos segundos antes de colocarme de pie junto a él. Debo trabajar con base en lo que sé con certeza.

—Entonces, busquemos algo de comer.

—Podemos hacer una sopa o un caldo.

Me detengo en seco, girando hacia él poco después.

—Odias la sopa —remarco, incrédula.

—No me agrada, pero es lo mejor dada la situación.

No me convence, pero la intención no es discutir. Bastante tiempo tendremos después de que me asegure de que coma. Los minutos vuelan entre el deleite del caldo y unas horas muertas durante las cuales holgazaneamos, hablamos y vemos algunas series en Netflix. Sé que su foco no estuvo en las actividades; entraba y salía del reino de los sueños en muchas ocasiones. A las diez de la noche, le exhorto a que se dirija a la habitación. Decido quedarme a ver alguna otra cosa hasta que me sienta lo suficientemente cansada. No quiero importunarlo con mi energía sobrante.

No recuerdo el momento en el que me quedé dormida. La incomodidad de mi brazo soportando todo mi peso es el encargado de despertarme. La televisión me pregunta si aún estoy viendo la serie y descaradamente selecciono que sí, en lo que localizo mi teléfono para ver la hora. Pronto serán las cuatro de la mañana. Si no vino a buscarme, Max cayó rendido al instante. Me desperezo, tratando de decirle a mi cuerpo que estamos despiertos. La puerta está entreabierta y apenas puedo divisar los muebles en la oscuridad. Me descalzo para sentarme en el lado desocupado de la cama y me detengo unos segundos ante la sensación que no esperaba encontrar. Me sorprende sentir humedad en el colchón.

—¿Max? —le llamo y confirmo que la cama está empapada. Enciendo las luces y me acerco nuevamente a él—. Maximiliano. —Coloco mi mano sobre su frente—. Dios, estás ardiendo. —Respiro hondo ante el mal presentimiento que me recorre de pies a cabeza. Entrar en pánico no ayudará a la causa—. Vamos, tenemos que ir al hospital... —le ordeno y él balbucea algo que no llego a entender—. No me discutas. —Tomo su billetera, mis cosas y busco un abrigo para cada uno—. Max, vamos... —Lo veo hacer un esfuerzo sobrehumano para sentarse en la cama. El movimiento de su pecho al respirar tampoco parece normal. Pego el oído en su espalda y escucho un claro silbido cuando intenta respirar—. Maximiliano, esto no puede ser de repente, ¿por qué no dijiste nada?

—Porque era... nada —responde con dificultad.

No tengo tiempo para enojarme o regañarlo, la prioridad es conseguirle atención médica. Le ayudo a colocarse el abrigo e imagino que tratar con alguien ebrio no puede ser muy distinto.

—Max, apóyate en mí, *dārin*. Vamos al auto.

Llamar a los servicios de emergencia sería perder más tiempo. Sus ojos apenas están abiertos y lo ayudo a ponerse de pie. Aunque sé que intenta no dejar todo su peso sobre mí, le es inevitable ante su debilidad. No tengo idea de cómo logro dirigirlo al asiento del copiloto de su auto, pero le coloco el cinturón como puedo y lo cubro con una manta. Retorno a la vivienda por las demás

cosas, incluyendo las llaves del vehículo y los permisos especiales para tránsito nocturno que su padre había conseguido para estos casos. Aseguro la vivienda lo más rápido que puedo con mis manos temblorosas, abro el portón y saco el auto a la calle. Me apresuro en cerrar todo y volver al interior, cayendo de lleno en el suelo al no calcular mis pasos como producto del frenesí en la oscuridad. Me reincorporo en cuestión de segundos; la mueca que sé que tengo mientras me dirijo al asiento del conductor es prueba de que el golpe no fue pequeño.

—*Dārin*? —le llamo mientras enciendo el motor. Una de mis manos abandona el volante para acariciarle la ardiente mejilla—. ¿Estás despierto?

—Unjú...

No quiero pensar que sea algo grave, pero la fiebre que le aqueja, más su dificultad para respirar, son señales preocupantes. Todo esto, su falta de apetito y el episodio violento en el baño cuadran con los síntomas de alguien que tiene los pulmones obstruidos; debe haber iniciado días atrás. A medida que el centro médico aparece en el horizonte, me permito respirar con cierto nivel de alivio. Me detengo lo más cerca posible de la entrada de emergencias y echo una rápida mirada a los alrededores. Le echo un vistazo a Max antes de acercarme a la puerta del centro médico. Toco unas cuantas veces, hasta que un par de figuras se acercan.

—Buenas noches. Tengo a una persona en el auto que necesita asistencia, pero está muy débil como para traerlo hasta aquí —digo en un atropello de palabras.

—Señorita, el uso de mascarilla es obligatorio para ingresar.

Respiro hondo para no profesar palabras malsonantes.

—Es un paciente oncológico. Hablemos de la mascarilla luego, ¿le parece?

La declaración los hace reaccionar de inmediato. La mujer me acompaña hasta el auto y revisa a Max rápidamente; el hombre llega poco después con una silla de ruedas.

—*Dārin*, trajeron una silla para ti.

Asiente y realiza lo que parece el último esfuerzo para cooperar. Tomo la dichosa mascarilla del guantero y me la coloco para poder acompañarlo.

Cuando llego con ellos al consultorio de emergencia, está casi inconsciente. Cuando el término «neumonía bilateral» aparece como la opción más probable, se me eriza la piel. Son palabras mayores para cualquier persona; para un paciente con un sistema inmunosuprimido, es un pronóstico con una tasa alta de mortalidad. Llamo a su médico de cabecera y le explico la situación. Solicita hablar con los médicos de guardia. No saben qué ocasiona el cuadro, pero tienen en mira al bicho. Cuando me entregan el teléfono nuevamente, lo hacen con la planilla de ingreso y su respectivo lapicero. Tengo que concentrarme en una cosa a la vez: mi misión en estos momentos es llenar las planillas para que puedan ingresarlo oficialmente. Luego, llamaré a las personas a quienes me habría gustado más contactar en el cumpleaños de Max que en esta situación.

—0—

—Max tiene mucha suerte; me gustaría decir lo mismo.

Milo sale del auto para cerrar el portón sin darme oportunidad de responder a su raro comentario. Me tomo unos segundos en la soledad del auto. Es la primera vez, desde que supimos

de su diagnóstico, que se ha complicado tan seriamente y no creo que lo esté gestionando de la mejor manera al aguantarme la desesperación. No es el bicho, es influenza, que derivó en una muy peligrosa neumonía y no creo que en este caso deba estar agradecida por eso; el resultado sigue siendo el mismo. Ha pasado un día y mi preocupación no hace más que crecer, pero trato de no derrumbarme ante los padres de Max, quienes no lo están tomando nada bien. Presencí cómo la figura de Mabel, una de las mujeres más estoicas que conozco, se derrumbó en medio de una conversación con los médicos; casi destruye mi propia fortaleza. Ver a sus padres abrazados, llorando por el futuro incierto de su hijo cuando se supone que lo peor ha pasado, nunca será fácil de presenciar. Es aterrador ver su figura con tantos aparatos a su alrededor monitoreando cada detalle de su función corporal. Desde que lo ingresaron, no se puede decir que ha retomado la consciencia del todo. Ha delirado producto de la fiebre y no ha sido posible ninguna conversación coherente con él. Tomo aire una vez más antes de salir del auto; me frustra no poder ayudarlo. La imagen de Milo caminando hacia mí capta mi atención. Me extraña ver vestigios de furia en su expresión.

—¿Qué pasa?

No dice nada.

—Milo, habla.

—Prométeme que no te vas a alterar.

—No. ¿Qué pasa?

—Sora...

—Milo...

Me acerca el teléfono, sin otra opción. Cuando veo el título del video que aparece en el dispositivo y de quiénes se trata, mi sangre arde de inmediato. Dura cuarenta y cinco minutos, y en el lugar del título se lee «La verdadera cara de Maximiliano Bécquer», en la cuenta del *influencer* en desgracia, del líder del antiguo grupo que tanto daño le hizo a Max. Se despierta una especie de instinto asesino en mi ser y algo hace clic en mi mente. En mal momento me tomaron, mal momento para ellos...

—Vamos —le insto—; tengo un video que ver y tú un *stream* que configurar.

Milo me sigue en silencio, posiblemente intimidado por mi actitud. Nos dirigimos a la habitación de Max, él accede al ordenador y yo tomo su teléfono y mis audífonos para deleitarme con estas dos personitas. Me concentro en el cinismo del par de tóxicos en pantalla. Guion, lágrimas de cocodrilo y edición con corte cada tres palabras. Armaron un acto donde comienza Rodrigo con el melodrama, quebrándose mientras habla de todo lo que ha sufrido el amor de su vida por culpa de Max. A mitad del festival de mentiras, aparece la mártir dando su testimonio. Tienen la audacia de nombrarme casi al final, diciendo que, por mi historia de abuso, es obvio que caería en sus redes. Y rematan con una frase de «no crean todo lo que ven en redes sociales, solo hacemos esto para advertirles sobre el monstruo al que están alimentando». Cuando termina el suplicio, han pasado dos horas porque lo pausaba para tomar algunas notas y repetía lo más importante. Menudo regalo de cumpleaños que le están entregando.

—Todo listo —anuncia Milo con cautela. Lo escucho suspirar—. Sora, no sé si sea buena idea, la cancelación está en su apogeo.

—Y no está para defenderse.

Las personas ven o escuchan un pedazo de la historia y es suficiente para que se consideren conocedores de la verdad. Esa gente que anda llamando a Max maltratador, mal novio y están dejando de apoyarlo porque vieron a dos terribles actores llorando en pantalla, me enfurecen. Max se desvive porque sus *streams* sean lo más entretenidos y transparentes que puede. Se esfuerza por crear buenos momentos, incluso cuando experimenta sus peores. Que a la primera de cambio le den la espalda es típico de personas con complejo de rebaño.

—Tengo algo bajo la manga.

—Pues hazlo, yo aún haré esto. Te envié unas notas, así que ponlo en la división de pantalla, por favor.

—¿Debería avisarle a Ari que el mundo arderá?

Me encojo de hombros.

—Esto será breve.

Suspira derrotado, sin posibilidad alguna de hacerme cambiar de opinión. Lo veo escribir en su teléfono antes de volver al ordenador. Paso por el baño a lavarme la cara y arreglarme un poco, como un ejercicio previo para no perder los estribos. Dejo mi pelo suelto y regreso a la habitación.

—Ya solo resta presionar esta opción.

Tomo asiento y, con una mano, presiono lo indicado. La otra se encuentra debajo de mi barbilla, el codo apoyado en la mesa, sirviendo de soporte. Observo la pantalla transformarse; el número de espectadores sube y sube. Es irónico cómo los haters son los primeros que entran en todas partes. Tanto que se quejan de que odian una cosa y tienen toda notificación posible activada para seguirle el paso.

—Hola. Ya sé que no soy Max y tampoco vengo en un tono muy amistoso. Saben la razón por la que estoy aquí: el muy falso y guionizado video que a estas alturas ya es viral. En lo que entran más personas, dejaré esto por aquí como resumen. —Tomo el bloc de notas y lo coloco en pantalla, como si estuviera reaccionando a él. Mis para nada elaboradas notas rezan:

00:00 - 1:30. Discurso falso de que no querían hacer el video, a pesar de que fue premeditado.

1:31 - 5:00. Historia falsa de cómo Max fue su mejor amigo y líder del grupo.

5:01 - 7:30. Historia de amor inventada para no admitir que ellos engañaron a Max.

7:30 - 13:00. La historia de abuso y sus secuelas en Alana, a pesar de que quien sufrió abuso fue Max.

13:01 - 15:13. Lágrimas de cocodrilo.

15:14 - 25:00. Mensajes sacados de contexto, omitiendo los que ellos han escrito.

25:01 - 30:00. Conversaciones editadas (ni siquiera cuidaron mantener el hilo temporal de los mensajes).

30:01 - 33:33. Usando mi trauma contra Max.

33:34 - 37:59. Poniendo en tela de juicio la enfermedad de Max.

40:00 - 44:50. Mintiendo sobre su relación tóxica. Más lágrimas de cocodrilo.

44:50 - 45:10. Tema de cierre irritante + suspiro.

—Es un muy buen resumen del video —comenta Milo detrás de cámara.

—¿Verdad? —La noticia parece haberse expandido como pólvora, la cantidad de espectadores es una locura; es suficiente para lograr la viralización—. Como muchos se lo preguntan en el chat: no, Max no me envió a defenderlo. Está en la UCI con una neumonía que amenaza su vida, por si a algunos de los que andan dejando sus hermosos comentarios les interesa saber. —Con cada segundo que pasa, siento el enojo en mi pecho; no seré capaz de controlarme por mucho tiempo—. Quiero que me presten su entera atención cuando responda como la adulta que soy, no como dos inmaduros en medio de una rabieta. —Espero unos segundos antes de dejar la pantalla con mi imagen completa—. Alana, Rodrigo: tienen cuarenta y ocho horas para subir un video rectificando lo dicho, así como para remover el que nos tiene aquí. Si no lo hacen, los abogados de los Bécquer se pondrán en contacto con ustedes. —Cambio de posición, me coloco erguida en la silla de *gamer* y observo directamente a la pantalla—. Hemos tratado de mantener la distancia, pero ustedes no entienden lo que son los tan llamados límites que tanto mencionaron en su video. Tonta de mí al pensar que podríamos resolver esto de manera cordial. No necesito un guion ni toneladas de edición para decir la verdad y no voy a perder mi tiempo en el berrinche malicioso de dos perdedores cobardes que no saben asumir las cosas.

Milo se coloca de pie y se inclina para aparecer en pantalla.

—Si piensan que no hay testigos de lo que le hacían a Max, les informo que están en un error.

—Si no tienen nada que esconder, pido públicamente permiso para mostrar las conversaciones. Otórguenme el permiso escrito y veamos hacia dónde gira la moneda. Vamos a certificar todas estas capturas de pantalla de su video para determinar su veracidad; es lo más lógico, ¿no? Nosotros somos los mentirosos... —El chat se vuelve loco—. No sirve de nada borrarlos, todos están guardados y certificados como reales, conociendo la estrategia de los cobardes: dos entes de poca moral que son capaces de utilizar mi horrible experiencia como herramienta de ataque. ¿Quién les dio el derecho de tomar mi trauma y tildarme de poco menos que un ser sin sentido del bien y el mal? —escupo—. Ustedes están haciendo exactamente lo que mi atacante hizo luego de su acto asqueroso. Es por demás irresponsable inventar este tipo de cosas porque alguien les dijo que no quiere tener ningún tipo de asociación con ustedes. ¿Saben lo difícil que resulta para los sobrevivientes poder dar el paso y denunciar, como para que dos inmaduros inventen este tipo de cosas y las banalicen en un video lleno de mentiras? ¿Qué tan vil tiene que ser alguien para agregar este tipo de estrés en una persona que está luchando por su vida al poner en duda su enfermedad? ¿Creyeron que no respondería? Pues les tengo noticias —hablo con más seriedad aún—: Max ya no está solo y no dejaré pasar este tipo de cosas. Doy permiso para compartir esta transmisión. Pueden resubirla, reaccionar a ella y esparcirla por todas partes. A diferencia de ustedes, nosotros sí haremos las cosas bien.

—Sabemos que tienen una demanda en curso por este tipo de acoso. No creo que quieran otra. —La intervención de Milo me toma por sorpresa, pero no me inmuta, pretendiendo que lo sabía. Ahora tiene sentido nuestro encuentro en el juzgado—. No vamos a consentir que ataquen a Max porque ha logrado más que ustedes. Estoy dispuesto a ir de testigo si el demandante del caso en curso lo solicita: contácteme, que me traslado a la luna si es necesario.

—Acepten su irrelevancia —suelto con veneno y sin ninguna intención de suavizar mi tono—.

Cuarenta y ocho horas o esto se va por la ley. ¿Quieren guerra? La van a tener. —Dejo que pasen unos cuantos segundos para que la declaración se instaure con firmeza—. Cada mentira y comentario malintencionado que sea difamación o calumnia, no dudaré en responderlo. Si lo desean, esto será un eterno ping-pong. Casi muero el año pasado, no tengo pensado morir por un buen rato y créanme cuando les digo que soy intensa. —Respiro hondo, quedando a gusto con lo que acabo de hacer—. Gracias a todos aquellos que no han mordido el anzuelo. Max los aprecia más allá de lo que se imaginan y significa el mundo que no le suelten la mano cuando más los necesita. Los mantendremos informados sobre su estado. Ustedes son los que verdaderamente valen oro.

Nos despedimos agitando las manos y termino la transmisión abruptamente. No me importan las repercusiones que pueda tener, tenía que soltar algunas verdades en representación.

—¡Defendió a su hombre! ¡Oh, es que no lo creo! *I'm so freaking proud.* —Nuestra atención se desvía hacia el olvidado teléfono de Milo con una orgullosa rubia del otro lado.

—Y qué timing, Sorita. —Giro hacia él, no entendiéndolo del todo—. Sé cómo son, así que tomé precauciones. —Sonríe con malicia—. Solo quería que existieran pruebas y, como son figuras públicas, ¿qué mejor que en público? Por eso llegué tarde aquel día.

—No te estoy entendiendo.

Toma su teléfono, donde termina la llamada con Ari prometiendo que la contactaremos luego. Da algunos clics y entra a una de las cuentas de farándula más grande del país.

—¿Maximiliano no vendrá?

Alana aparece en la pantalla. Es la reunión que tuvimos en aquel café, grabada desde la mesa de al lado.

—Ya dejó las cosas claras. Solo estamos aquí para entender por qué ustedes no lo entienden.

—Me pregunto cómo consiguió a alguien tan exótica como tú.

—¿Perdón? —Me veo girando hacia Alana, indignada con el descaro de Rodrigo—. ¿No te molesta?

—Que haga lo que quiera; sabe que he estado contactando a Max.

—Ustedes dos pueden hacer lo que quieran sin molestar a Sora y a Max.

—Intruso, ¿por qué no dejas que ellos sean los que decidan eso?

—Ya lo hicimos, maldita sea, y siguen fastidiando.

—Haciéndote la difícil, me encanta.

—Si tuviésemos que hablar de maltrato, las flechas irían en otra dirección.

—¿Piensas que no le creerían a una jovencita que solo busca evitar que otras experimenten el abuso de su exnovio? Uf... Twitter se incendiará en segundos.

—¿Esa es una amenaza?

—¿Contar mi historia es una amenaza?

—Si es mentira, pues sí.

—Te vas a arrepentir de esta conversación.

—No creo que queden dudas después de esto —indica Milo.

—¿Cómo lo hiciste? —No puedo ocultar la sonrisa.

—Como el par ese vivía con indirectas, todos querían saber de qué se trataba, así que les di la información, «la exclusiva» de nuestro encuentro. —Sonríe con todos los dientes—. Y la conversación del lugar quedó grabada para la posteridad —termina Milo.

Entre el video del portal de chismes más popular y mi propuesta para mostrar todo, queda claro cuál bando es más transparente.

—0—

Son las 7:00 a. m. de un viernes que para mí es feriado por temas logísticos de la empresa. Aún falta para que las horas de visita comiencen, así que me concentro en estar lista para entonces. Me levanto de la cama y observo la pared. Me he estado quedando en el hogar de Max. Siento más tranquilidad teniendo este espacio donde puedo pensar y sentirme cerca de él, donde puedo manejar mis emociones sin que alguien me esté observando. Desayuno por compromiso, obligándome a ingerir alimentos. Debo estar en óptimas condiciones para poder acompañarlo. Le escribí a su madre antes de salir; ella necesita unas horas de sueño. Es la misma dinámica que llevábamos cuando estaba despierto y le cuidábamos durante el tratamiento.

Mono no aware, mi Sora-chan

El primer mensaje que recibo hoy es de Má Naoko. Sé que lo hace con buena intención, pero no tengo ánimos de contestarle. Han sido unos días extraños, intensos y, de cierta manera, ajetreados. Max sigue inconsciente, los doctores no dicen mucho y sus expresiones no me inspiran mucha esperanza. Sus padres también lo han notado y es difícil verlos llegar a la habitación cada día. Su padre ha soltado todo lo que no sea Max, pausando muchos negocios hasta que mejore. Su madre, el epítome de la elegancia y la actitud férrea, parece un fantasma. Nunca la había visto sufriendo de esta manera.

Luego de quitarle la careta al par de cobardes que no accedieron a enseñar las capturas, más la transmisión en vivo y el video de Milo —ambas cosas virales—, destapamos una caja de Pandora. Un montón de personas han salido con su propia historia desafortunada hablando de ese par, sin contar que es evidencia fresca para nuevos juicios. No sé cómo recuperarán su reputación después de esto. Mi intervención tiene el quintuple de visitas que su raro video, donde los *dislikes* superan los *likes*. Ha quedado claro quiénes son los malos de la película. No es la situación más importante, pero se siente bien haberlo defendido. Max siempre ha estado para mí y quiero sentir que hago lo mismo por él.

El camino se hace corto mientras mi mente no piensa en nada particular. Se ha vuelto rutina que pase por el jardín antes de entrar, observando el edificio de las habitaciones. Es un proceso de mentalización, entendiendo hacia dónde voy y todo lo que puedo encontrar. En mi última sesión con el terapeuta, le comenté sobre este método. No es infalible, pero me ha ayudado a estar sin flaquear. Me dirijo al interior del establecimiento, pasando primero por uno de los baños para desinfectarme de lo que sea que pueda haber tomado de la calle. Vuelvo al pasillo tristemente familiar.

—No debería estar vivo con ese cuadro. —El comentario hace que gire la vista hacia el par de enfermeras que charlan a unos pasos de mí.

—¿Hablas del paciente Bécquer? Es joven, su cuerpo da buena pelea.

—No sé a qué se aferra. Un cuerpo no debería soportar tantas cosas. Quién sabe las secuelas que le puedan quedar. La mejor opción para él sería rendirse.

—Oye...

Sienten mi mirada sobre ellas. Se sorprenden al encontrarse descubiertas y en cuestión de segundos desaparecen por el pasillo. Sus palabras me inquietan y una sensación de culpa nace en mí ante el pensamiento de que, aunque yace en la inconsciencia, realmente esté sufriendo. No soy estúpida, claro que lo sé, pero esto es un cuestionamiento que no necesito. Levanto la vista justo cuando Mabel se aproxima por el pasillo.

—Sora, querida, buenos días.

—Buenos días, espero que no haya esperado demasiado.

—Para nada, has llegado puntual, como siempre. —Sonríe de manera cansada, tratando de no mostrar más preocupación de la necesaria. Observa el pequeño bolso que tengo en mano—. Es justo que estés con él como lo hizo el año pasado cuando lo necesitaste.

Asiento, no sabiendo qué más responder.

—No dudes en llamarme si algo ocurre. —Me abraza y me mantiene allí, pegada a su pecho, por un largo tiempo. Se separa, trata de sonreírme, pero el gesto no alcanza su mirada—. Pedí que lo acomodaran a un lado de la cama —me informa—, para que puedas hacerle compañía.

—No era...

—Él lo pidió. —Su declaración me detiene en seco, no confiando en mis palabras—. Justo después de que volvieran, comentó cómo le agradaba que amanecieras a su lado cuando estaba ingresado. Pidió que, si algún día la situación empeoraba y él no podía pedirlo, alguien te hiciera espacio. Dijo que le hacías sentir que todo estaría bien. —Vuelve a sonreírme—. Ansía tu compañía.

Tomamos direcciones diferentes. No tardo más que un par de minutos en llegar a la habitación de Maximiliano con los sentimientos encontrados luego de la confesión de su madre. Es una contradicción querer estar a su lado y querer estar lo más lejos posible de él por la opresión en el pecho que me genera verlo así. Dejo la mochila a un lado y observo desde la puerta por unos momentos mientras tomo nota de la imagen que no cambia desde hace unos días. Termino por acercarme, tomo el asiento que se encuentra a la distancia arreglada.

Gran parte del tiempo solo me dedico a tomar su mano. No sé qué puedo hacer más allá de que sepa que estoy aquí, no encuentro otra acción correcta. Mi mente trae de vuelta la conversación de las enfermeras. No es sencillo pasar por esto dos veces y batallar con infecciones todo el tiempo. Nunca lo ha expresado, lo que no significa que no sea una posibilidad. Me aterra pensar que puede haber estado pensando aquello con todos los conocidos que ha perdido del grupo de apoyo y el dúo del infierno; la fortaleza puede fallar y los malos pensamientos tomarían su lugar. Lo sé de primera mano, no es nada agradable.

«¿Qué harías si yo no estuviese?»

¿Qué tal si esa es una de sus preocupaciones? ¿Y si estoy siendo egoísta? ¿Qué tal si solo lo retengo? No supe cómo responderle en aquel entonces. No puede ser que le haya brindado inseguridades y responsabilidades de estar bien por todos nosotros. Quiero pensar que es más una motivación que una carga, pero me cuesta al ver su figura frágil. Ansío volver al Max que conocí en

aquel entonces: sano, sin estas preocupaciones de vida. No entiendo por qué le ha tocado esta batalla. El dinero de su familia nunca pudo comprar su felicidad, mucho menos su salud, y cuando por fin pudo disfrutar de cierta paz y comenzar a vivir, todo vuelve a complicarse. ¿Por qué debería ser tan efímero? ¿Por qué tenemos que vivir la odisea de perdernos a cada momento?

«Mono no aware»

Desde que tengo memoria, Má Naoko ha estado aconsejándonos con este hermoso término. Es parte de la filosofía de vida que mis abuelos comparten y lo que creo que los salvó del choque cultural cuando emigraron. Les ha ayudado a vivir la vida plenamente. El concepto es mágico, evoca la brevedad de lo que vivimos. Sé que Má envió el mensaje para que piense que esto es pasajero, que aprecie la batalla y la tristeza transitorias para cuando nos encontremos en mejores momentos, pero mientras más veo a Max, siento que la realidad adquiere un tono más fatalista. Su pregunta, el comentario de las enfermeras, las circunstancias, su cumpleaños... No debería ser supersticiosa, pero lleva casi una semana así y los médicos no tienen certeza de nada. En vez de ser empática con él, siento la nostalgia del pasado y no puedo dejar de pensar en lo que me preocupa del futuro. Necesito hablarle.

—He tratado de no expresar mucho por temor a quebrarme, pero mereces que al menos conteste con sinceridad la pregunta que me hiciste aquella vez. —Mi agarre se afianza en su mano—. Mi mente no procesa la idea de que podrías irte. Solo decirlo en voz alta hace que se me cierre la garganta. —Me arden los ojos y tengo que observar al techo por unos segundos para tratar de calmarme; vuelvo mi vista a él—. Perder al amor de tu vida no es fácil de imaginar... —La primera y la segunda lágrima se deslizan libremente por mi mejilla y sé que no hay forma de detener las que le siguen—. Pero... si sientes que es demasiado y debes irte... no te juzgaré por hacerlo. Me destruirá... —Río entre las lágrimas producto de los nervios. La posibilidad de su partida haciendo mella en mis emociones... pero buscaré la forma de vivir sabiendo que ya no sufres. —Tomo aire, en un intento de controlar el temblor que asalta mi voz—. Te amo como nunca pensé que sería capaz de amar a otra persona y lo único que quiero es que estés bien, incluso si yo no estoy a tu lado. No puedo ser egoísta luego de todo lo que hemos vivido —digo, más para mí misma que para Max—. No quiero que sufras, *dārin*. —La voz se me quiebra sin remedio, no puedo continuar hablando. Si el simple hecho de pensarlo genera esta opresión insoportable en el pecho, no sé qué será de mí si se concreta lo que más temo. Esta imagen frente a mí no es él, no es su esencia y me frustra no poder hacer más. Me devasta pensar que existe la posibilidad de que no podamos cumplir nuestra promesa de un futuro tomados de la mano.

Me sobresalto al sentir un leve movimiento de su mano y levanto la vista, pero no hay cambios. Debe haberse tratado de un reflejo; la esperanza falsa del acto no ayuda a mi situación actual. Recuperándome de la conmoción, me coloco de pie y me acomodo en el espacio que me han reservado a su lado como si fuera una autómatas. Yaciendo de costado, una de mis manos le sirve de soporte a mi cabeza en tanto que la otra se encarga de sostener la suya. No me importa el tiempo ni las lágrimas que descienden sin control: reconocer que podría irse me destroza. No sé cómo el dolor no podría consumirme si Max muere.

—0—

Observo el sándwich frente a mí, y aunque no he comido desde el desayuno, mi estómago sigue sin protestar. Luego de lo que le dije a Max, no quería separarme de él, sentía que lo único que necesitaba era sostener su mano y percibir el latido de su valiente corazón. El día pasó sin novedad

hasta que los médicos aparecieron entrada la noche para monitorearlo. La enfermera me dijo que lo llevarían a otra ala del hospital con el fin de realizarle unos estudios y que estaría de vuelta alrededor de las diez. Por eso, aprovecho para obligarme a comer.

Al ver que han pasado un par de minutos de la hora en la que me dijeron que estaría de vuelta en la habitación, recojo lo utilizado y limpio la mesa para el siguiente comensal. Me detengo un momento, viendo la rebanada de pastel que está en el mostrador. Debe tener mil años ahí, pero tampoco llama mi atención por querer comerla: me recuerda la fecha que se aproxima y que deberíamos estar entusiasmados por celebrar un año más en la vida de Max, no preocupados de que este sea el último.

Camino a la habitación, mi mano viaja al bolsillo de mi pantalón, donde se encuentra el pequeño detalle que se supone debo estarle entregando en cuestión de horas. Mi corazón da un brinco al encontrar la estancia vacía. Evito entrar en pánico, puede ser un retraso cualquiera. Tomo asiento y trato de distraerme hasta que vuelva, pero cuando el reloj marca las once sin ninguna noticia, me levanto en dirección al puesto de las enfermeras. Esto no es normal.

—Disculpe, ¿tiene alguna novedad del paciente Bécquer? Me informaron que estaría de vuelta alrededor de las diez.

La mujer me observa unos segundos a través de sus anteojos ovalados antes de revisar unos papeles frente a ella.

—No se ha informado ningún tipo de inconveniente —asegura, pero no me convence, tampoco es que pueda hacer mucho. Por la hora, pocas cosas están abiertas en el establecimiento—. Esperemos una hora más. —Se acomoda los anteojos—. Si no tengo información nueva, iré a investigar, ¿bien? —No tengo de otra que aceptar—. Le haría bien un poco de aire fresco. —Mi ansiedad debe notarse para que me lo sugiera.

Decido tomar su consejo y salir al desierto jardín. Incluso con la chaqueta que llevo, puedo sentir lo gélida que está la noche. Tomo asiento en uno de los banquillos y me dedico a observar a la nada por un tiempo indeterminado. No sé cómo actuar cuando la esperanza me mueve pero la realidad me obliga a ralentizar. ¿Por qué tardan tanto? ¿Acaso Max está...? Me obligo a disipar ese pensamiento y decido distraerme revisando los mensajes en mi teléfono. El último chat que respondí fue el de Mabel, explicándole que se lo habían llevado para los estudios de los que ella ya tenía constancia. Los nuevos son de mis padres, mis abuelos y hasta del enano, quienes tratan de animarme ante la realidad de que estoy esperando un suceso que me hacía ilusión desde las paredes que quería evitar. Por supuesto, también están Milo y Ari, escribiendo por el grupo donde estamos los cuatro.

Ari: ¿Podemos llamar?

Milo: RT.

Una parte de mí quiere decirles que no, la otra grita para encontrar cualquier distracción que apacigüe el vacío del momento. No quiero sentir, no quiero pensar y mucho menos desatar el dique de nuevo. He llorado tanto que se nota en mis ojos y no quiero comentarios al respecto. Al mismo tiempo, me siento sola, cosa que normalmente no me molesta, pero en este instante necesito escuchar a alguien más. Ellos lo hacen con buena intención, como los mejores amigos que son, así que, al final, accedo a la videollamada.

—Hola, Sorita.

—Hey, Sor. ¿Dónde estás que está tan oscuro?

—En los jardines. Se llevaron a Max hace unas horas y aún no lo traen de vuelta a la habitación. Salí para no pensar nada malo.

—Todo está bien, seguro...

—Gracias, Milo, pero, por favor, no necesito palabras de consuelo. No me ayudan, sinceramente. Se mantienen en silencio.

—¿Qué ocurre, Sor?

Bajo la vista por un segundo.

—Esta mañana... escuché a unas enfermeras hablando y... sentí que era mi deber decirle que, si él siente que no puede más, no tiene que preocuparse. Quiero que deje de sufrir. —Tomo el suficiente coraje para levantar nuevamente la vista y observarles. Milo no oculta lo mucho que le entristece lo que acabo de decir; Ari niega levemente con la cabeza.

—No va a ir a ninguna parte, Sora.

—No... —Muerdo mi labio cuando siento que los sentimientos vuelven.

—¿Alguien que quisiera irse estaría planeando un viaje para los dos desde que lo tenga permitido? —inquire Ari—. ¿Estaría preocupado de cuándo sería su aniversario, si en enero o en abril? ¿Estaría ahorrando con miras a futuro, con un plan que los incluye a ambos? Sora, él quiere vivir, no por ti, quiere vivir contigo y sé que no quiere irse.

—Lo siento —gimo. ¿Cómo es posible que esté llorando de nuevo? Pensé que se me habían agotado las lágrimas.

—No pierdas la fe. —La intervención de Milo solo hace que el cauce siga fluyendo.

No he interiorizado del todo la frase cuando escucho el sonido de pirotecnia expandirse por el ambiente. Levanto la vista hacia el cielo que se tiñe de colores y me quedo observándolos mientras dejo que las lágrimas se deslicen por mis mejillas. No sé cuál es la razón de este espectáculo, pero quiero tomarlo como una señal. Quiero aferrarme a la esperanza de que todo mejorará. Recupero la compostura como puedo. Él no se rendiría conmigo, lo único que me queda es que sepa que estoy aquí para él, para que cada momento vivido valga la pena. Maximiliano ha cambiado mi vida de tantas maneras, me ha enseñado a amarme a través de sus ojos y quisiera ser capaz de hacer lo mismo por él. Vuelvo la vista hacia el dúo dinámico y sonrío mientras limpio mis lágrimas por quién sabe cuánto tiempo.

—Ve y deséale lo mejor al señorito Maximiliano. Ya es medianoche.

Les entrego la sonrisa más sincera que puedo. Sé que ellos también sienten el temor de perder a alguien tan asombroso como él y, aun así, están aquí dándome el apoyo que necesito. Me sonríen por última vez antes de cerrar la llamada para que mi pantalla muestre las 12:03 a. m. Espero a que los fuegos desaparezcan y el cielo vuelva a ser negro profundo para volver al interior. Cuando veo a la enfermera de antes, me sonrío y asiente con la cabeza; le agradezco con otra sonrisa. Al menos Max está de vuelta. Abro la puerta, lista para otra jornada de silencio lleno de ruidos artificiales. Mi única tarea es estar a su lado.

—¿Y mi... pastel?

El aire se atasca en mis pulmones y mi cuerpo parece anclarse al suelo. Compruebo que no estoy imaginando cosas. El impacto es tan fuerte que me inclino y coloco mis manos sobre mis rodillas, como si acabara de correr un maratón. Con el corazón a mil por hora, mi cuerpo amenaza por desplomarse ante el alivio que siente. Por fin, me atrevo a levantar la vista para mirarlo.

—Esa no era... —jadea— la reacción que esperaba.

Se puede percibir su falta de aliento, pero escucharlo hablar, verlo despierto, es el alivio más grande que he sentido en mucho tiempo.

—¿Cómo es que...?

—Múdate... conmigo, —se ahoga un poco y luego agrega—: pero de verdad...

Me incorporo, totalmente confundida.

—¿Acabas de despertar y me preguntas si quiero mudarme contigo? —Toma una bocanada de aire. No debo olvidar que aún batalla con la neumonía—. Está bien, no te esfuerces, yo...

—Kyo... Kyomu... eres parte importante... del mío.

Tengo un flashback de años atrás cuando nos conocimos en la dichosa clase de Lengua Española. Le enseñé esa palabra que estaba trabajando junto a Má Naoko y que discutimos después de buscar los significados que aparecían en Google. No puedo evitar conmoverme ante la comparación. Me acerco a él y, sin importarme absolutamente nada más en el universo, lo abrazo. Él me envuelve sin dudarlo.

—No me iré... a ninguna parte, cielo.

—¿Escuchaste lo que dije?

Junta el aire con esfuerzo antes de responder:

—Pensé que lo había... soñado. —Me separo de él y toma mi rostro entre sus manos—. Quiero esto —declara con la mayor firmeza que puede, aunque lo que sale es prácticamente un susurro; aun así, no dudo de ninguna de sus palabras—. Entonces, ¿te mudarás... conmigo?

—Prácticamente, vivo contigo —respondo, sin poder dejar de sonreír. La conversación que tuvimos en nuestra graduación vuelve a mí. Al menos debo darle esa satisfacción, por eso rectifico —: Me parece bien.

Sonríe y, antes de que me dé cuenta, trata de acercar nuestros rostros.

—Calma, sigues enfermo.

—Vale la pena... perder el aliento... —toma aire— por estas cosas.

Sonríe, no creyendo lo rápido que procesa la información para responder con una de las suyas.

—Eso te pasa por querer vengarte por lo del año pasado.

—Como si lo... hubiese hecho... adrede —musita.

Le observo por unos segundos, interiorizando su imagen consciente.

—¿En qué momento despertaste?

—En medio... de un estudio; causé una... gran conmoción.

—Deberíamos llamar a tus padres.

—Se... asustarán. —Sonríe de medio lado—. Por fa... vor —me pide, palmando el lado despejado para mí. Estoy demasiado sensible como para hacerme la difícil.

Lo extrañé demasiado, al grado de que en un punto pensé que no lo volvería a ver, y por supuesto que lo único que quiero es seguir comprobando que esto no es un sueño. Me incorporo para atenuar las luces antes de obedecer a sus mandatos.

—Estás cansado; durmamos un poco.

—Es lo único... que he... hecho estos días. —Fija su vista en una de mis manos—. Te aparto la vista por unos días y... ya tienes rasguños. ¿Cómo... te hiciste esto?

Sonríe ante el recuerdo de mi desafortunada caída el día que lo llevé a emergencias y la difusa línea que queda de una de las evidencias.

—Consecuencias de arrastrarte a emergencias. Técnicamente, es tu culpa. —Parece indignarse y se prepara para rebatir—. Ya, descansa un poco.

—Pero... tenemos que po... nernos al día.

—Puede ser luego. —Beso su mejilla y acaricio su pecho suavemente, uno de los gestos que lo tranquilizan.

—¿Un a... adelanto?

Río por lo bajo.

—¿Un tráiler? Pues, armé una guerra; ya te enterarás. —Solo quiero concentrarme en la calma que me brinda su corazón al latir. El beso suave que siento sobre mi pelo es suficiente agradecimiento—. Feliz cumpleaños, mi *dārin*.

—0—

Luego de un mes en el hospital, Max vuelve a casa justo para celebrar el primer año de Eliot. Si hubiese sido por su ánimo, creo que le dan de alta en unos pocos días. Siempre he escuchado que los pacientes graves mejoran un poco antes del desenlace final y no me gustaba pensar en la posibilidad de que fuese el caso. Para los médicos, seguía siendo una especie de misterio y dejaron muy en claro que Maximiliano Bécquer, en lo que a la medicina respecta, no debería estar vivo. Los primeros días traté de no intervenir más allá de comprobar su estado directamente con él por teléfono para que pudiese pasar tiempo con sus padres. Verlos llorar cuando lo encontraron despierto era algo que esperaba, pero no dejó de parecerme extraño teniendo en cuenta la imagen serena que despliegan a menudo. Fue un susto realmente serio que involucró a su único hijo, no era para menos. De modo que es justo que tengan ese momento a solas como familia.

Mientras tanto, comprobé que iba en serio con todo lo que dijo cuando volvió al mundo de la consciencia. Sí quería que me mudara con él y que lo acompañara a esos lugares que tanto le han marcado; pero, sobre todo, no quiere perder el tiempo. La conversación que tuvimos durante el día de nuestra graduación me brindó una idea clara del plan que tiene en mente. Estamos en la misma página, una que años atrás no existía pero que apareció con la caligrafía más delicada cuando encontré a la persona correcta. Hiro me ayudó con la mudanza para que, cuando Max fuese dado de alta, ya me encontrara en su casa. Mis padres no protestaron; tampoco es como que el historial de ellos a mi edad les permitiera decir que no era apropiado, aparte de que soy adulta. Mamá estaba en las nubes, pues sé muy bien que de alguna manera era un plan oculto que tenía.

Papá, por su parte, no tiene cómo argumentar que no me vaya a vivir con el chico que les cae bien incluso a mis abuelos, algo que nunca imaginó que pasaría.

—¡Tía Sora, llegamos!

Ni bien termino de organizar la habitación, escucho el saludo de Milo a la distancia. Cuando salgo hacia la entrada, lo veo a través de las rejas junto a Ari y Leo, quien carga al cumpleañosero que sonríe cuando abro la puerta. Eliot se inclina con ímpetu, haciendo que Leo tenga que maniobrar para mantenerlo cargado.

—No sé qué es lo que haces para que te quiera tanto —comenta Leo—. ¿Le das dulces y juguetes a escondidas?

Mi atención se concentra en la extraña que no había notado.

—Cierto, esta es mi amiga Riu —anuncia Milo—. Nos conocemos de años y vino de visita a la ciudad.

Saludo torpemente al tener al bebé en brazos. La joven trigueña de pelo negro me devuelve el gesto.

Entran a la casa y preguntan por Max y todo lo concerniente a su llegada. Como falta alrededor de hora y media, nos fragmentamos entre la división bocadillos y la división decoraciones. El primero está compuesto por Leo, quien sorprendentemente se ofreció, y por mí. Él organizará los bocadillos y los postres que trajeron mientras cocino algo diferente para Max debido a su dieta. Milo, Riu, Ari y Eliot están decorando la sala de estar de manera sencilla, para que quede claro que estamos en una celebración de doble cumpleaños, aunque sea una ocasión «flash», como ellos le llaman.

—No he tenido la oportunidad de agradecerte por lo de aquella vez. —Levanto la vista hacia el joven padre, quien se acerca con las bandejas preparadas—. Si hubiésemos continuado de esa forma, no creo que estaríamos aquí. Han sido meses turbulentos, pero lo estamos trabajando. —Sonríe y sé que, aunque no lo vi como una situación de quiebre, para ellos sí lo fue.

—Fue un placer.

Sonríe nueva vez. Giramos al escuchar el sonido de mi teléfono. Veo que Max me ha enviado dos fotos. Entro a su chat, encontrándome con una imagen nuestra en la habitación del hospital. Ese día se supone que estaría solo cuando saliese del trabajo. Me hice la prueba del bicho temprano en la mañana para asegurar el terreno y los resultados llegaron justo a tiempo para nuestro encuentro. Me levanté con ganas de besarlo, era mi meta del día, sin importar que me contagiase del virus que inició su estadía en el hospital. Recuerdo saludarlo brevemente mientras me sonreía. Me acerqué por el lado donde había menos aparatos, lo corté a media oración y me incliné para besarlo. No se quejó; respondió de inmediato, incluso con el tema de la cánula que seguía en su nariz y el disfraz de cables y tubos por todas partes. No fue nada planeado, mucho menos el hecho de percatarme, luego de mi arranque, de que su padre estuvo en el lugar todo el tiempo. No bastó lo mortificada que estuve, su padre llegó a capturar el momento.

Apenas cierro la foto, un simple «Llegué» adorna el chat. Me excuso con Leo e higienizo mis manos para dirigirme a la entrada, donde Max aparece en mi campo de visión. Antes de que pueda decir algo o saludar a sus padres de manera apropiada, sonríe de oreja a oreja mientras me atrapa entre sus brazos. Sus padres nos observan por unos segundos antes de adelantarse al interior.

Como anfitriona, debería sentir más urgencia por entrar.

—Bienvenido, *dārin*.

—A nuestra casa —declara con énfasis y sonrío ante el brillo de sus ojos—. Todos esperan adentro, ¿verdad? Si te soy sincero, solo quiero dormir en nuestra cama.

—No hagas malasangre, tendrás tiempo después.

Lo escucho reír con ganas.

—¿En serio, Sakurai? ¿Un chiste sobre no hacer malasangre a una persona que viene de batallar con la leucemia?

—Culpo a tu humor negro.

Ríe un poco más antes de depositar un beso en mi frente y tomar mi mano.

—Te he visto ocupada con los haters. —Sonrío con orgullo—. Estás loca, ¿lo sabes? —Toma su teléfono—. «Como mujer —comienza a leer uno de los comentarios más llamativos—, no puedo creer la falta de empatía que Sora muestra ante el tema, defendiendo al abusador por encima del testimonio de la víctima y sin estar enterada de toda la panorámica de lo que pasó entre ellos. Bendiciones».

—Porque ella no es una *random* de internet —respondo, sarcástica—. Ella nos conoce a todos en persona.

Se ríe.

—Tu respuesta es la más comentada y la que tiene más *likes*: «Hola, anónima de internet que se esconde detrás de un nombre de usuario falso y la foto de una actriz famosa. Como mujer sobreviviente de un crimen sexual, participe activo de los hechos que nos incumben y persona racional, estoy respondiendo consciente de que este video existe porque Alana nos amenazó. Estoy respondiendo como alguien que tiene hermano, padre, abuelo y novio y a quien no le nace el deseo de permitir que, por cualquier desacuerdo tras bastidores, pueda ocurrir algo como esto. No es cuestión de género: ningún ser humano debe hacerle daño a otro, punto. Espero que, como ser humano, puedas pensar antes de hablar de un tercero porque crees que lo conoces a través de una pantalla. Eso es hacer daño por dejarte arrastrar por la ignorancia y la mentalidad de borrego».

—Siento que fui amable. Creen que pueden decir lo que quieran sin ningún tipo de consecuencia. Ah, pero desde que les respondes, es acoso, odio o irrespeto.

—Puño de hierro, mandíbula de cristal: así son las redes —concluye; ruedo los ojos con fastidio—. Puedes perderlo todo al hacerte viral.

—Por eso las odio.

Deja el teléfono a un lado y me observa.

—Para algo bueno deben servir, ¿no?

No comenta más al respecto y reanuda su andar. Lo conozco y sé que no es todo lo que quiere decir sobre el tema, pero tampoco lo dirá hasta que la idea esté completamente formada. Lo único que requiere atención ahora mismo es que podamos estar todos aquí.

VII

NANKURUNAISA

なんくるないさ

Vive hoy por el bien de mañana y jamás te olvides de sonreír

Han pasado meses desde que compartimos el mismo techo. En poco tiempo se terminará el proceso de venta de la casa y Max será el dueño oficial. Lleva noventa días sin ningún tipo de quebranto de salud. Los valores han mejorado, el tratamiento ha dado múltiples señales de que funciona y los médicos se han mostrado más optimistas. Las restricciones y medicamentos están cada vez menos presentes en su vida. Le recomendaron comenzar a entrenar como complemento de su dieta para recuperar masa muscular a mejor ritmo, y por supuesto que me incluyó en sus planes. Tres veces por semana, hacemos hora y media de ejercicios que desafían los límites de mi cuerpo y me sumergen en dos días de agonía posterior. Decido creer (mente positiva), pues los cambios se están notando, especialmente en lo que respecta a Max. Se ve mucho más en forma.

En el primer trimestre del año, también llegó la primera sentencia del dúo del infierno por los delitos de difamación y calumnias hacia otras personas. No es que me alegre del mal ajeno, pero creo que cada uno tiene que hacerse responsable de las cosas que hace. Salieron a la luz experiencias bastante perturbadoras, ilegales, y no creo que lo que se les viene encima sea bueno. Les salió el tiro por la culata y a quien intentaron destruir sigue creciendo cada día, haciendo uso de su influencia para lo que debería ser siempre utilizada: para bien. Sabemos que están ardidos por haberse visto obligados a rectificar frente a todos y así evitar otro problema legal, sin embargo, no creo que sea lo último que sepamos sobre ellos.

A pesar de que cada uno anda en lo suyo, el grupo se ha mantenido unido. Admito que me preocupa Milo. Luego de varias tribulaciones y atrasos académicos, su fecha para viajar al extranjero sigue siendo un misterio. Además, ha estado haciendo unos comentarios extraños en cuanto a la trascendencia y su legado. No ha querido especificar qué le preocupa exactamente, pero hasta donde tenemos entendido, está por desistir de su sueño en el extranjero para realizar sus estudios de manera remota o, en el peor de los casos, local. Sospecho que tiene que ver con su amiga Riu. Desde que entró en escena, el comportamiento de Milo ha dado un vuelco, tornándose pensativo y cauteloso. Max está ayudándolo y me dice que todo está en orden, aunque no me convence.

En cuanto a Ari, se graduará en la próxima ceremonia. Como madre, se siente cada vez más cerca de ser el orgullo del pequeño Eliot; como novia, expresa que su relación con Leo ha

madurado; y como hija, simplemente ha dejado todo en pausa. Para ellos, ella solo existirá cuando encuentre a alguien a la altura, como su exnovio, que aún tiene esperanzas. Para Ari, su hijo solo tiene un par de abuelos: los padres de Leo. Es una situación triste, pero, por ahora, la distancia parece ser la única solución.

Volviendo al joven Max, hoy está en uno de sus chequeos. Esperaba verlo al salir del trabajo, pero no ha llegado, cuando se supone que ya debería estar aquí. Muy pronto serán las siete de la noche y el señorito tenía que llegar al hospital a las cuatro. La última vez que supe de él fue cuando me escribió para comentarme que era su turno. En el anterior, habían declarado una remisión parcial gracias a que los rastros de la enfermedad no se observaban con tanta fuerza. Todo apunta a que el fin —en el buen sentido— se acerca. Ha estado estresado en los últimos días porque nuestro tan aclamado viaje es en una semana y no le han dado la autorización para salir del país. Esa cita es sumamente importante para él. De seguro su silencio es para generar expectativas, sabe que odio que haga eso.

No hay nada que pueda hacer más que esperar pacientemente. Inspecciono el refrigerador en busca de posibilidades. Como él prepara su almuerzo, lo que dejé en la mañana no necesariamente sobrevive durante el día. Está comiendo más, sin poner peros y de manera más organizada. No es raro que llegue y encuentre alguna porción bien guardada para que la tome como cena. Le gusta hacer un poco más para que pueda calentarse y no tener que pensar demasiado en la última comida del día. Identifico un paquete de filete de mero y un pico de gallo que sobró del que hice para llevar, también encuentro lechuga; podemos hacer unos tacos falsos. Me concentro durante la próxima media hora en preparar todo. Justo cuando termino de lavar los utensilios, escucho la notificación de mi teléfono a la distancia. Efectivamente, es un mensaje de Max, corrección, un video. Me extraña, pero me mantengo tranquila mientras espero a que se descargue de espaldas a la puerta.

—Dívalo, esperan novedades en casa.

Su médico asiente con una sonrisa mientras revisa el montón de papeles que tiene enfrente. Parece ser una segunda revisión de lo que ya sabe. Levanta la vista, con una sonrisa complacida.

—Entonces, ¿qué indican los resultados? Ilústrenos. —Se ríe con gracia antes de controlarse y apoyarse en la mesa. Observa la cámara fijamente.

—Por segunda vez, estás oficialmente en remisión completa, Maximiliano.

La cámara gira hacia Mabel, quien tiene lágrimas en los ojos.

Suelto el aire y sonrío. Estoy tan acostumbrada a la situación que, aunque esta fue siempre la meta, no puedo creer que haya llegado. Después de una odisea de más de un año, por fin lo estamos viviendo. Me golpeo sin querer en el rostro al llevarme las manos hasta él, sin dejar el teléfono, pero no me importa. Después de mucho tiempo cargado de la más pura incertidumbre, hemos llegado a un punto donde realmente siento que es el comienzo de algo mucho más fuerte en nuestra relación. Necesito que llegue, necesito abrazarlo. Mi prioridad es envolverlo en mis brazos y que sea oficialmente real. Giro sobre mis talones, con la alegría saliendo por cada poro de mi cuerpo, cuando veo una figura en la puerta. Me da el susto de la vida.

—¿Cuándo...?

—Mientras iniciabas el video. Es preocupante lo fácil que entré sin que te dieras cuenta.

No quiero hablar. Como establecí mentalmente, solo necesito sentirlo entre mis brazos. Me

eleva en un abrazo, haciendo que lo observe desde las alturas con mis ojos aún cristalinos. Su sonrisa me entrega todo lo que necesito en este instante. La pausa le ha dado paso al *play*. Por fin, nuestra historia puede verdaderamente iniciar.

—0—

—*Chōwa*: toda la hoja expresando tu parecer sobre el término. Recuerda el pulso y la linealidad. —Redactar demuestra que he progresado, aun así, no deja de ser estresante por el tamaño de la letra, el espacio entre palabras, la precisión... siento como si estuviese desarmando una bomba—. Nada mal, Sora-chan —Má Naoko me elogia. Nuestras sesiones han sido impostergables desde el momento en el que me recuperé del bicho—. Entonces, ¿se van en pocos días?

—Sí. —Levanto la vista cuando no me responde y la encuentro observándome con una sonrisa—. ¿Qué pasa?

Niega mientras toma la punta de mi cola de caballo para jugar brevemente con ella. Libera mi pelo y aparta los mechones que caen sobre mi rostro. Ahora mira hacia adelante, donde Max y Pá se encuentran conversando sobre alguna de sus monumentales estrategias de *shōgi*.

—Solo estoy feliz por ti. —No aparta la vista de los hombres a la distancia, mantengo la mía en ella.

—¿Tienes un cuaderno de kanji que me puedas regalar? Me gustaría hacer un diario de esta aventura. —Su atención vuelve a mí—. También me sirve para seguir perfeccionando mi redacción.

—¿Qué tal la conversación?

—También estoy practicando, o algo así.

Ríe ante la honestidad.

—¿Qué tienes en mente documentar?

—Lo que se me ocurra. —Me encojo de hombros—. Impresiones, vivencias, reflexiones...

Vuelve a quedarse en silencio, pero esta vez observa mi caligrafía a medio hacer.

—¿Crees que la armonía existe en la práctica? Esa paz, concordancia, entendimiento, equilibrio... como prefieras llamarlo, ¿puede existir? ¿Existe el punto donde todo sea tan perfecto que encontremos paz? —Presiento que no busca una respuesta, así que solo dedico mi atención a lo que se viene—. Existe —declara—, solo que somos demasiado codiciosos para apreciar su presencia. —Atrapa mi mano con la suya—. *Chōwa* nos recuerda que tenemos que encontrar ese punto de serenidad donde nos sentimos en paz, ese punto de equilibrio donde podemos enfrentar lo que sea. Me alegro de que tengan la oportunidad de viajar y vivir más allá de lo que se pueden permitir muchos, pero no te pierdas en las experiencias extraordinarias de la juventud. Ese equilibrio se logra en aquello que llamas hogar, en ese lugar seguro que le da sentido a la palabra felicidad. Son pequeños momentos que se convierten en toda una vida. Existe y está en los pequeños momentos. —Sonríe mientras libera mi mano.

Mi atención se dirige hacia el joven que se ríe de quién sabe qué cosa. Tomo un profundo respiro antes de volver mi atención hacia el papel y lo que tengo que volver a plantearme luego de esta conversación.

—0—

—¡Mamá! —grita Eliot, saltando en su sitio, al ver la imagen de su madre aparecer en la ceremonia.

Como los cupos eran limitados y no pudimos escabullirnos como voluntarios, del mismo modo en que hizo ella en nuestra ocasión, nos toca presenciar el suceso desde la virtualidad. Mientras Leo, su hermano y cuñada le acompañan, nosotros cuidamos de Eliot y organizamos una pequeña celebración. No estoy ayudando porque el heredero Silva Durand tiene una firme opinión en cuanto a cualquier intento mío para cooperar de alguna manera y salir de su zona de agarre. El pequeño «corre» hacia mí, no antes de tomar unas hojas y un par de crayones que tiene cerca.

—¿Sora conmigo?

—Claro. —No tengo idea de lo que dibuja, pero admiro su entusiasmo.

—¿A qué hora estará listo el pastel?

—En una hora. Puedes ir por los bocadillos de una vez, no están tan lejos.

—¿Ahora soy el mandadero?

—Así es, *bro*.

Milo no tiene alternativa. Toma su mascarilla y sale del lugar no muy contento. Su comportamiento sigue siendo extraño a pesar de que Max me asegura que, por lo que conversaron, se trata de «cosas pasajeras ya conocidas». Han intervenido en el tema unas cuatro veces y Milo sigue negando cualquier evento o comportamiento raro. Sacándome de mis pensamientos, Eliot me extiende su obra de arte y, como adulto que quiere que el pequeño se desarrolle, me muestro sorprendida mientras me explica en su lenguaje que en la tormenta de líneas de colores estamos todos nosotros.

—¡Tuyo!

—¿Para mí?

Asiente enérgicamente con la cabeza, seguido de un montón de balbuceos.

—Gracias. ¿Harás uno para papá y mamá?

Al poco tiempo, me lo confirma. Toma sus crayones y una nueva hoja para continuar con el original.

—Dominas el idioma bebé a la perfección. —Maximiliano se acerca—. Ya tenemos a la doctora del grupo, somos un equipo multidisciplinario. —Eliot levanta la vista un momento hacia nosotros antes de concentrarse en su papel—. Más el primer pequeño heredero de la comarca —añade.

—¿Sora, fin! —me llama sin pronunciar la «r» antes de extenderme el papel. Sin esperar a que lo tome del todo, comienza a trepar hasta quedar sentado en mis piernas—. ¡Mira, mami, papi, Eliot! —Deja el dibujo a un lado y le señala a Max un juguete interactivo que está a su lado, con la exigencia de un pequeño de año y medio.

—¿Cómo se dice? —le inquiero.

El niño me observa, tratando de descifrar la respuesta.

—¿Favor?

Ante el pedido, Max le entrega lo solicitado.

—Lo estás adiestrando —se burla mi Bécquer—. Eres muy buena con los niños.

—Estoy tan sorprendida como ustedes.

Max acaricia el pelo del pequeño Silva, inmerso en su propio mundo. Le sonrío, agradeciendo el gesto para el niño. Estamos a escasas horas de emprender nuestra aventura. Desde que comenzamos a salir de manera oficial, no hemos hecho cosas de pareja, sin mencionar la pandemia que se declaró poco después. Entre esos dos hechos, pocas cosas podíamos hacer libremente, lo cual no gestionamos de la mejor manera al principio. Ahora que tenemos más autonomía, queremos enmendar el tiempo perdido. Maximiliano se está esforzando en mantener sus hábitos para conservar su salud lo mejor posible, decidido a que ese monstruo no vuelva más. Sabe que es algo de lo que no tiene control, pero quiere dar su mejor esfuerzo y cooperar para que el orden perdure. Espera pasar la barrera de los cinco años donde la probabilidad de que vuelva se reduce. Pero, sobre todo, desea vivir.

Nuestra relación se puso a prueba incluso antes de empezar, nunca fue una etapa de rosas y claveles donde todo era perfecto; nuestra etapa de luna de miel nunca se vivió. Tratar con las situaciones que lidiábamos sobrepasaba la buena intención de ayudar al otro. Jamás imaginé que alguien como Max pudiese haber experimentado situaciones tan atípicas dentro de su entorno, pues siempre creí que las personas adineradas resolvían todo en cuestión de segundos. Enterarme de que fue un rebelde con amigos falsos encajó de cierta forma; el hecho de que su novia abusara de él física y mentalmente y se enterara de que tenía cáncer por accidente, no tanto. Tuvo todo el dinero que pudo desear, los objetos que muchos codician, viajó a lugares de ensueño e hizo conexiones con las que muchos soñarían; aun así, no tenía nada, ni siquiera la familia que hubiera deseado tener. Ahora mismo, mientras lo observo sonreír, se acerca con clara intención de juntar nuestros labios.

—¡No! —El niño aparta a Max de inmediato—. ¡Eliot! —Gesticula, señalándonos a ambos mientras se cuelga de mi cuello.

—Oye, no me está gustando tu actitud.

Sonríó con ganas, concentrándome en ayudar como puedo en la preparación de la fiesta sin quitarle el ojo al más pequeño de todos. Las horas pasan y Milo regresa al mismo tiempo que llega la festejada con sus tres invitados. Saludo a la pareja de portada, como le digo a su hermano y a su novia. Finalmente, a Leo, quien recibe a Eliot en brazos.

—Estos zapatos me están matando —Es lo primero que dice la homenajeadada cuando es mi turno de felicitarla—. Y siento que este vestido se manchará pronto —se supone que se queja, pero no deja de sonreír.

—Ojalá pudiera quejarme con tanta felicidad. —Hace un movimiento de cabeza rápido mientras sonríe con todos los dientes—. Felicidades.

—Gracias, Sor —Se esforzó más allá de lo que creía capaz para terminar la carrera, tomando extracréditos y sacrificando muchas cosas. Quiere progresar a la par de la familia que ha creado, y el título que acaba de obtener es solo el comienzo—. Pero, en serio —dice Ari—, quiero ponerme más cómoda para disfrutar antes de que mi periodo lo arruine. Me han estado dando unos calambrazos de alerta.

—Si necesitas, tengo algunas toallas en mi bulto de trabajo. La tuve hace dos semanas, deben

quedar algunas de emergencia.

Me guiña un ojo y luego me rodea para desaparecer por el pasillo. Vuelvo mi vista al resto de los invitados. Max está hablando con Leo. El hermano de Ari y su pareja se encuentran jugando con Eliot. A mi izquierda, encuentro a Milo en uno de los rincones, observando todo lo que pasa a su alrededor. Frunzo el ceño ante su inexpresiva actitud, todo lo contrario, a lo que esperaría de él en una fiesta. Con unos pocos pasos, me encuentro a su lado.

—¿En qué tanto piensas?

Da un pequeño salto y me mantengo esperando por su respuesta.

—Eres demasiado sigilosa para nuestro bien.

—No cambies el tema.

Se encoge de hombros mientras vuelve su mirada al frente. Al principio, pensé que observaba la escena entre Max y Leo, pero cuando le sigo la mirada, me doy cuenta de que sigue la escena que involucra a Eliot.

—Me pregunto cómo es ese momento. —Sus ojos reposan sobre mí—. Ese donde te das cuenta de que has contribuido en la creación de un ser humano. No entiendo cómo ciertas personas pueden obviar que han dado vida. —Estoy más que confundida. Hasta donde sé, no hay una situación actual en la que algo parecido esté pasando. Tampoco tiene pareja para estar pensando en niños—. ¿Serías capaz de hacerlo? —pregunta de repente—. ¿Dar a luz a un hijo y pretender que no existe?

Nos mantenemos la mirada. No sé si deba darle una respuesta sin saber la razón de su pregunta.

—¡Sor! —Ante el llamado, los dos escapamos de nuestro duelo visual. En cuestión de segundos, escuchamos unos pasos por el pasillo. Me sonrío con clara complicidad, esa que siempre me mete en problemas—. Sor, ¿puedes venir un momento?

—No quiero.

Infla los cachetes ante mi comentario mientras hace un movimiento con la cabeza, señalando el pasillo. Observo a Milo, no queriendo dejar esta conversación por mitad, pero se escabulle con la excusa de que irá por una bebida. Sin más remedio, me dirijo hacia la rubia chica de brazos cruzados. La sigo a la habitación, donde cierra la puerta en cuanto llegamos.

—¿Qué pasa?

—Eso quiero saber yo. —Se acerca a mi bolso y saca el libro que no recordaba haber escondido en el lugar para que Max no lo encontrara. De todas las personas, ella tenía que encontrarlo—. ¡Somos mejores amigas! ¡Hermanas! ¡Si estás teniendo este tipo de problemas, deberías decirme! —Entre la vergüenza y el tema que estamos por tratar, no me salen las palabras—. Además, ¿por qué este? —y añade—: ¿Por qué no el Kamasutra?

—¡Ari! —la regaño mientras agito los brazos con desesperación para que baje el tono, pensando que alguien pudo haberla escuchado—. No es eso...

—¿Y por qué estás como un tomate? No te me hagas la puritana, tienen meses viviendo juntos con muchas menos restricciones. —Respiro hondo, tratando de no entrar en muchos detalles mientras organizo las ideas—. ¿No ha sido lo mismo después del tratamiento? ¿Han tenido problemas? Digo, pasaron mucho tiempo con el tema de la distancia, pero...

—Ari.

—¿Qué?

—Cállate. —No está impresionada con lo que dije, pero si sigue desvariando, jamás podré responderle—. A pesar de que no suene creíble, no hemos retomado... las actividades.

Le toma unos segundos procesar la confesión. Suspira mientras hace los gestos característicos de una persona que llama a la calma. Se sienta en la cama.

—¿Me estás diciendo que no lo han hecho desde antes de la pandemia? ¿Ni siquiera en esta semana cuando le dieron el alta? Entonces, ¿por qué el libro? —Su confusión se mezcla con preocupación, lo que me obliga acercarme tomando asiento frente a ella en la silla *gamer* de Max.

—Solo quiero... ser más... —hago unos movimientos con la mano, tratando de entregar el mensaje de que es algo obvio— proactiva, más... participe de lo que pasa. Él siempre ha liderado y me gustaría, ya sabes, que la experiencia fuese aún más placentera para él. No tengo su experiencia y tengo reservas sobre algunas cosas, pero... es nuestra segunda oportunidad. Quiero esforzarme en todo lo que pueda. —Es la mitad de la verdad, pero no sé cómo entregar la que falta sin irrespetar la privacidad de Max. No quiero comentarlo hasta que pueda resolver la situación pendiente.

—¿Qué haré contigo, Sor? —Sonríe, negando con la cabeza—. No te preocupes tanto por esas cosas. Cuando pase, que será muy pronto dado que se irán en una especie de luna de miel, solo fluye, es lo único que necesitan. —Se levanta de la cama con el libro en mano—. Y si no, pues intenta con el Kamasutra. —Por supuesto, tenía que dañarlo al final.

—0—

Saldarás todo el daño que has hecho con tu vida.

El mensaje directo me descoloca desde que veo la notificación. He recibido de todo en los últimos meses, pero este mensaje me inquieta ante lo personal que se siente. Recibir una amenaza de muerte no es algo a lo que pueda responder con argumentos. El usuario tiene una foto de perfil en negro, cero seguidores, cero seguidos, ninguna publicación. Procedo a bloquearlo, esperando que no pase de ahí y que mi expresión no delate que me ha afectado. No es la primera vez que recibo algo así, pero se siente diferente. Guardo el teléfono, tratando de no pensar demasiado.

Nos encontramos ordenando lo que queda de nuestra pequeña reunión. Leo está preparando al más pequeño del grupo para sus aventuras nocturnas. Mi lugar designado es la cocina, donde estoy fregando los utensilios que Max trae del lugar de los hechos. Ari recolecta sus arreglos y regalos. Milo está designado como acomodador de los muebles, lo que conlleva una minilimpieza del perímetro. El tema, cualquiera que sea, no ha vuelto a salir a la luz. No sé si comentárselo a Max, teniendo en cuenta que no tengo evidencias o indicios acerca de qué pueda tratarse más allá de una duda existencial en cuanto a la paternidad, y sería redundante porque ya ha hablado con él varias veces. Mi Bécquer trae los últimos utensilios y comienza a lavarlos conmigo, por lo que paso a secarlos. Giro sobre mis talones en busca de una toalla seca, pero me detengo al encontrar a Milo, estático, en su sitio. Nota que lo observo y me devuelve la mirada. Por un momento, solo se escucha el sonido de los platos.

—Estoy considerando la idea de ser el padre de alguien —suelta como si hablara del clima, pero lo suficientemente alto como para que todos lo escuchemos.

Ari lo observa tan sorprendida como lo estoy y Max detiene toda acción con los platos. El más

sepulcral de los silencios nos rodea. Estoy tan anonadada que no sé si preguntar, felicitar o dejar que alguien más intervenga.

—Estoy muy confundida. —Por fin, Ari habla. Observo de soslayo a Max: sigue de espaldas, inmóvil—. ¿Cómo se supone que ocurrirá? —inquire Ari—. ¿O cómo ocurrió?

Milo parece esperar por la reacción de su mejor amigo para proseguir, pero Maximiliano sigue sin moverse.

—¿Qué está pasando, Milo? —pregunto para redirigir su atención.

—Riu quiere ser madre, pero no quiere casarse ni tampoco tener algo estable. Me pidió... que sea su donante, el padre del niño.

No conozco a la chica más allá del cumpleaños de Eliot, pero, por lo que estoy presenciando, no creo que sea el ente resuelto y maduro que Milo parece percibir para pedir algo de esa magnitud cuando apenas se reencuentran oficialmente.

—¿Por qué aceptarías? —Esto no tiene ningún tipo de sentido o buena pinta. Se supone que superó el tema de las inseguridades y el miedo a futuro, ¿cómo es que está a punto de caer en este embrollo?

—¿Por qué no lo haría? La estaría ayudando a cumplir su sueño. Además, los bebés siempre son una bendición. Ari seguro entiende.

—Ah, claro. Para estas cosas sí soy un ejemplo... muy bien.

—¿Sabes en el lío en el que te estás por meter? Esta no es una donación anónima. Te conoce, sabe dónde encontrarte, ¿qué pasa si a futuro quiere que te hagas responsable? Estás hablando de un hijo. —La pregunta viene de Max, con un tono para nada amable.

—Quiero convencerla para no desentenderme del todo.

—¿Y si te quedas será mejor? ¿Y si cambia de opinión? ¿Qué crees que pase si encuentra pareja? ¿Es un deporte para ti buscar maneras de joderte la vida? —Esto no acabará bien. Max ha entrado en su modo «suero de la verdad» y, por la expresión de Milo, se ve que este no está dispuesto a soportarlo.

—No todos somos el gran Maximiliano Bécquer. No tenemos la vida resuelta, el amor de nuestra vida y un futuro más que armado.

—¿Es una maldita broma, Milo?

El lenguaje corporal de ambos no augura paz. Ari se acerca a Milo, yo me interpongo en el camino de Max. Sabía que Max no estaría contento, pero me sorprende la actitud que está tomando.

—Siempre con el complejo de víctima —escupe Max—, siempre lamentándote a la primera de cambio y cayendo en artimañas como estas. ¿Cuándo piensas madurar?

—Max, basta...

—¡No! ¡Necesita escuchar verdades! Te pregunto no sé cuántas veces, te ofrezco mi hombro, mientes para minimizar la situación y terminas cagándola. Y los malos amigos terminamos siendo nosotros.

Milo aprieta los puños.

—Pues no actúes como si te importara, pendejo. No seas el hipócrita que finge importarle. —Se libera del agarre de Ari. Él y un tornado son lo mismo para el ambiente—. ¡Cabrón! ¡Haz lo que quieras!

—¡Vete al carajo!

—¡Después de ti, imbécil!

El portazo no se hace esperar, seguido por un segundo cuando Maximiliano hace lo propio con la puerta del baño. Ari me observa, preguntándome con la mirada qué se supone que debemos hacer. Me encantaría tener una respuesta.

—0—

Maximiliano me ha contado sobre sus viajes, pero no abundó lo suficiente como para saber qué pasó exactamente en ellos. En cuanto al nuestro, los lugares que tenemos pautados están bastante alejados entre sí: involucran vuelos, ferrocarriles, botes y mucho senderismo. No he viajado tanto hasta el momento, ni siquiera de manera local. Me intriga la ruta que armó, pasando por Canadá, Escocia y Francia, asegurándome que necesita mostrarme panoramas más que asombrosos. Siempre fue abierto con su deseo de volver a viajar, pero conmigo. Me causa curiosidad pensar en visitar lugares del otro lado del charco, pero no soy de espíritu aventurero por iniciativa y sé que no lo haré sola, por eso Maximiliano entró en mi vida.

Aun así, no me siento del todo cómoda viajando luego de lo que pasó entre Max y Milo. Los dos mejores amigos no se han vuelto a hablar. Milo es un gran chico y no lo veo de ninguna manera desentendiéndose de un pequeño que lleve su sangre, pero tampoco lo veo a gusto con criar a un hijo con alguien a quien le hizo «un favor». Como Max no dio su brazo a torcer, tuve que dejar a Ari como diplomática de la paz con el joven Araya, por lo menos en cuanto a la situación que nos exteriorizó. Gracias al cielo, mi mejor amiga me informa que esa propuesta aún no es segura, mucho menos concreta. Aún tenemos tiempo antes de que la opción de hacerlo como los viejos tiempos entre en vigencia ante el costo del procedimiento médico. A Max le fallaron las formas y exageró en su reacción. Este hecho no invalida su punto. Los problemas de Milo son mucho más profundos de lo que pensé si ante cualquier tribulación comete actos que ponen en riesgo su futuro.

Nos encontramos en nuestra primera ruta. Cuatro horas desde Santo Domingo hasta Nueva York, donde hicimos una escala de cinco horas para hacer el trayecto hasta Vancouver durante seis horas más. Mientras tanto, Max por fin se sinceró en cuanto a Milo. Espera que el viaje le despeje la mente para no hablar «en caliente». Está enojado porque siente que no ha sido un buen amigo ante la falta de confianza que percibe de Milo y el rencor que parece tenerle de vez en cuando. Le frustran las palabras de su mejor amigo y se siente impotente porque, por más que intenta ayudarlo, siempre cae en otro bache que amenaza su futuro y su bienestar. Me dediqué a escucharlo, dejando que descargara lo que lleva días aguantando.

Fue agotador, lo que explica que la gran parte de lo que quedaba de viaje se consolidara entre acurrucarnos y tomar una siesta. Nuestra aventura comienza en las llamadas Canada Rockies, o cerca de ellas. Pasaremos unos días bajando a mochilero puro para visitar varias atracciones de esta zona, incluyendo el lago Louise del que tanto me ha hablado. No voy a mentir, las fotos que he visto de nuestro destino son más que impresionantes, sé que en vivo tiene que ser una vista que mis ojos jamás han experimentado.

Fueron dos horas, si mi línea temporal sigue correcta, entre el aeropuerto y el primer alojamiento de la jornada. La cabaña se veía mucho más pequeña de lo que es realmente en el lugar de alquiler. Es para dos personas, con una habitación, una cocina, baño y un segundo piso exclusivo que lleva a una veranda con excepcional vista hacia las montañas. Para estar en medio de la nada, está bien equipada tecnológicamente hablando.

—Encenderé la chimenea. Está un poco más frío de lo que esperé.

Estamos a inicios de la primavera y las temperaturas están ligeramente más altas de lo esperado, unos cómodos diez grados Celsius de día, cero en la noche. Dejo nuestro equipaje a un lado. Iluminado por la chimenea y unas tenues luces colocadas estratégicamente sobre un gran espejo frente a ella, el ambiente se siente liviano. Dejando de lado el hecho de que me extraña la ubicación del cristal, me concentro en mi reflejo. A veces no me reconozco mientras mi imagen pasada abruma mis sentidos; se siente diferente el mantenerle la mirada a mi reflejo.

—¿Cielo? —El llamado hace que salte en mi sitio—. ¿Todo en orden? He estado llamándote.

—Sí, perdón. —Doy unos pasos hacia él—. ¿Qué decías?

—Te decía que llevaré las cosas a la habitación y aprovecharé para tomar un baño.

—¿No tienes hambre? Son casi las nueve de la noche.

Asiente, como quien no quiere la cosa.

—Vi que hay pizza congelada.

—¿Viajas todos estos kilómetros para comer pizza congelada?

Se encoge de hombros mientras se dirige a realizar lo que ha anunciado. Como comenta, encuentro una pizza congelada con la fecha de caducidad bastante alejada. Aun así, olfateo un poco en busca de algún indicio de problemas. Encuentro un recipiente y opto por ponerlo en el horno que sobresale de la pequeña cocina. Sin mucho más que hacer, tomo mi teléfono y reviso los mensajes. WhatsApp comienza a notificar como loco con los mensajes de mis familiares y amigos. Llego a un número no registrado y que no tiene foto de perfil.

Me gustaría hablar contigo.

Frunzo el ceño. Un número desconocido busca contactarme sin razón aparente. La data histórica en este tipo de casos nunca ha estado a mi favor. Decido preguntar de todas formas, aunque todo apunta a que lo bloquearé.

Si te digo quién soy, no querrás hablarme, pero soy informante de la fiscalía, grabé evidencias y desvelé el plan para matarte. Por favor, necesito hablar contigo.

—Todo tuyo. —La voz de Max hace que salte por segunda vez en mi sitio. Me recompongo lo más rápido que puedo. No quiero comenzar este viaje con esta nota preocupante, así que solo sonrío mientras lo rodeo para imitar sus antiguos pasos.

—No tardaste nada...

No responde de inmediato, observándome de arriba abajo.

—La temperatura no está para una larga ducha.

Usa un pijama de pantalones a cuadro y polo negro de mangas largas. Antes de que inicie su cuestionamiento, le indico que la cena está en proceso y me escabullo para el tan ansiado baño.

Hice todo en modo automático, desde tomar la prenda a utilizar hasta el baño que no disfruto. Solo pienso en ese mensaje y en quién puede ser. Entro de lleno en la ducha, las gotas escurriéndose por mi rostro y cabellera. No puedo dejar que esto me moleste, tengo que concentrarme en mi viaje de pareja. Con esta renovada convicción, salgo del baño y me visto lo más rápido que puedo. Seco mi empapado pelo brevemente antes de atraparlo en una cola. Observo mi reflejo por una última vez antes de tomar una bocanada de aire como símbolo de que esto queda atrás momentáneamente antes de dirigirme hacia Max.

—¿Está buena?

Asiente con media porción en la mano. Consiguió una enorme frazada, quién sabrá de dónde, y la extendió frente a la chimenea. Me sirvió unos pedazos, que ahora señala para que tome asiento junto a él. Enciende la TV, dejando una película romántica muy popular por lo que me comenta. El hambre se aplaca y nos mantenemos acurrucados mientras nos hacemos los críticos.

—Cielo, te adoro un montón, pero jamás haría eso como sorpresa. Va y sin querer nos matamos los dos. Eso no es romántico, es peligroso.

Río con ganas.

—¿Tampoco dirías que soy solo tuya?

—Hasta donde sé, no tengo tus papeles de propiedad.

—Tampoco tengo los tuyos. —Reímos ante el sinsentido que es nuestra placentera conversación. Recojo el lugar bajo su atenta mirada—. ¿Te tomaste la dosis?

—Sí, señorita.

Su médico le envió unos suplementos para ciertas deficiencias que tiene, al igual que otros dos fármacos que nombramos «de seguimiento». Estamos de vacaciones de otras cosas, su salud no es una de ellas. Agradecemos que, al menos, su dieta ya no sea rigurosa y pueda disfrutar de la gastronomía, siempre evitando alimentos o platillos que puedan traer problemas, como los crudos o poco cocidos.

Noto que su mirada sigue en mí hasta que logra detener mis pasos. El ambiente cambia, sin que hayamos hecho otra cosa que vernos a los ojos. Le sonrío con ternura y parece tomarlo con la guardia baja. Regreso a mi lugar original, lo que lo trae a la realidad y me escabullo entre sus brazos. Apaga la televisión y, por tiempo indeterminado, nos mantenemos observando cómo el fuego devora la leña. Es mucho más agradable de lo que pensé y, por primera vez en mucho tiempo, siento cómo la tensión va desapareciendo de mi mente, de mis hombros, de mi mundo. Levanto la vista, encontrándome a sus ojos como recibimiento. Lo único que se escucha es el crujir de la madera, doblegándose ante la fiereza de la combustión. Me pasa algo similar cuando sus labios tocan los míos.

No vaticiné esta escena de ensueño donde nuestros labios se funden en un beso que sabe a poco ante lo sutil que lo percibo. Nuestros ojos se encuentran una vez más. Un hormigueo se extiende por mi cuerpo mientras me abruma una confianza para nada característica de mi ser; solo puedo pensar en él y nuestro lugar. Me estiro para reclamar sus labios de nuevo mientras escapo del refugio que suponen sus brazos. Adoro besarlos, pero la manera en que el contacto de sus labios me sabe a gloria es novedoso ante la soltura de las acciones; la fluidez que siento en lo que hago nos tiene a ambos en un terreno inexplorado. Le tomo por sorpresa cuando quedo a horcajadas sobre

él, pero no lo percibo a través del beso: sus manos lo delatan al titubear en su agarre.

El aire se vuelve un fastidio. Su mirada me recibe con una mezcla de confusión sin dejar la admiración de lado. Bajo la vista por un segundo, rompiendo momentáneamente la conexión y escuchando los sonidos del ambiente. No considero que lo que falte sea un intercambio verbal. Controlo el leve temblor en mis manos para tomar el final de su polo. No lo cuestiona, coopera obedientemente al mandado, levantando los brazos para que la prenda abandone su cuerpo. Ahora con el torso desnudo, me permito observarlo sin ningún tipo de disimulo. Mis manos se enredan en la cabellera que ha vuelto a aparecer, esa maraña que evoca recuerdos tanto con su presencia como en el punto de su ausencia. Me obligo a abandonar sus mechones para entregar caricias fantasmas en su cuello, en sus hombros; su piel se eriza cuando llego a su pecho. Acaricio la sutil marca que dejaron los catéteres sobre su piel antes de empujarlo levemente para que me observe. Está atento a mis movimientos.

Todo en este momento es inusual para la dinámica que conocemos. No se supone que tome las riendas, tampoco es normal que Maximiliano no diga nada y, mucho menos, que dude tanto en un momento como este. Sé que batallar con su enfermedad tiene un costo en su salud mental. El gran Maximiliano Bécquer, como cualquier mortal, es víctima de las inseguridades y, por eso, no he querido presionarlo en el tema. Muchas veces lo he visto ensimismado mientras observa su reflejo. Durante los momentos críticos de su tratamiento, la decepción en sus ojos ante lo que veía en el espejo no pasó desapercibida para mí. Cuando comenzó a recuperarse, fue cambiando ante los resultados del entrenamiento y la reaparición de sus mechones; aun así, no fue suficiente para darle la confianza que quería para nuestros encuentros, muchos de ellos interrumpidos por él, preso de la duda. Es la razón por la que no ha pasado nada, aunque vivamos bajo el mismo techo, y por la que mi mejor amiga me atrapó estudiando las partes erógenas de un hombre. Quería que cuando este ambiente se suscitara, yo fuera la que, para variar, guiara a mi perdido novio hacia la naturalidad. Quiero que quede claro lo mucho que me gusta y que deseo esto.

El instinto del que tanto me comentó Ari se enciende. Sus manos han dejado de titubear mientras toman firme posición en mi cintura. Me inclino hacia él para iniciar otro beso, de esos que no ameritan prisa y que te entregan el sabor no declarado del afecto y la pasión. Los minutos pasan, nuestras siluetas se pierden entre las llamas cercanas y el aire es necesario nuevamente, pero esta vez, le entrego un breve y sutil mordisco a su labio inferior, arrebatándole el primer suspiro de la velada. No busco sus ojos, esta vez voy directo a su cuello, generando otros sonidos que me agradan más de lo que creí. Me mentalizo para seguir al sur y continuar expresando seguridad en mis movimientos, aunque la anticipación me invada por dentro. No sé si deseo escuchar *feedback* verbal ante lo que hago, pero me concentro diligentemente en activar las zonas que despiertan a la bestia. Paso a su pecho, acariciando los vestigios de su alimentación y entrenamiento arduo; su respiración reacciona ante el ritmo de las caricias que decido concentrar en el área de los pezones. Su impresión simplemente me maravilla, a tal punto que tomo una gran bocanada de aire para controlar el deseo que se apodera de mí. Otro microsegundo es lo que requiero para hacerme la idea de lo que será el plato fuerte y que lo tomará por sorpresa viniendo de mí. En el momento en el que mi mano toma el elástico del pantalón de pijama, la suya la detiene. Levanto la vista para encararlo. Está agitado; incluso con la poca iluminación que nos proporciona el fuego a unos pasos de nosotros, puedo ver la ignición, el destello de sorpresa y confusión en sus ojos ante la supuesta conocida que tiene en frente.

—¿No quieres que lo haga?

Traga en seco, pero no me responde, sabiendo que, en efecto, es lo que quiere. He llegado demasiado lejos como para flaquear en este instante.

—Estoy bien con esto —se lo confirmo en voz alta, para que no queden dudas.

Retira su mano de la mía, en una confirmación implícita de que continúe. Cuando la barrera desaparece, un nivel de instinto superior al que pensé se manifiesta en mis acciones. Mi mano se desempeña de acuerdo con los sonidos que escapan de sus labios. Me siento poderosa, a pesar de que me está jugando en contra en cuanto a mis propias necesidades. Su cuerpo comienza a tensarse, pero trata de mantenerse lo más quieto posible; el placer —espero— está sobrecargando sus sentidos. Deja salir una palabrota que me da el empuje para que mi mano sea reemplazada por mis labios, un atrevimiento que no es planeado. No tengo idea de lo que hago, pero el sonido de disfrute mezclado con sorpresa me indica que estoy en el camino correcto. La expectativa es insoportable, pero me propuse llevarlo a las nubes y no quiero detenerme ahora. Sus jadeos son más frecuentes, su mano se coloca sobre mi cabeza, jugueteando con unos mechones sueltos, y es en cuestión de unos pocos minutos antes de que me aleje, lo más delicado que le permite el frenesí de sensaciones, cuando llega a su cumbre. Termino sentada a su lado, respirando de manera agitada mientras observo el erotismo emanar de la escena frente a mí. La excitación está rozando en la tortura. Esto es normal, es natural que quiera que mi pareja disfrute de la intimidad, especialmente cuando sé que necesita sentir el afecto que le tengo luego de tanto tiempo.

—¿Dónde...? —comienza su pregunta, pero aún no se recupera del éxtasis. Impulsado por sus codos, gira hacia mí y no puedo evitar sonreír sutilmente cuando identifico el deseo confinado en su mirada—. ¿Cómo...? ¿Por qué?

—¿Una no puede aprender cositas nuevas para complacer a su hombre después de tanto tiempo? —Es obvio que no es la respuesta que esperaba.

Le toma unos segundos hasta que sonríe como si no creyera la situación. Me acerco nuevamente, volviendo a estar a horcajadas sobre él. Nuestros labios se reencuentran con la confianza recién ganada. Sus manos se enredan en mi pelo, prácticamente deshaciendo la cola de caballo mientras devora mi boca por completo.

—Debería devolver el favor... en unos minutos. —El susurro me eriza la piel.

—Tal vez... pueda ayudar a que sea un poco más rápido.

Técnicamente, es mi culpa que tenga que esperar para satisfacer mi necesidad; lo menos que puedo hacer es cooperar, incitarlo con la vista que tiene en frente: yo. No soy una persona sensual que conoce poses para explotar su atractivo o engañar a todos a través de fotos, mis redes sociales son la evidencia más contundente que tengo, pero conozco a Max y sé qué cosas son sus favoritas de mi anatomía. Mientras me deshago del pijama para quedar en ropa interior, un movimiento capta mi atención: nuestro reflejo en el enorme espejo que había olvidado. Ignorando momentáneamente mi redescubrimiento para no apagar el ambiente, tomo el elástico que sostiene la abatida cola de caballo y libero mis mechones, de manera oficial, lo más lento que puedo. Ante su atenta mirada, lo peino un poco con las manos para que enmarque mi rostro y tome un poco de volumen. En cuanto termino, patalea desesperadamente para deshacerse de lo que queda de su ropa antes de reclamarme en el sitio original.

—Esto es surrealista... —comenta mientras sus manos llegan al broche del sujetador.

—Acostúmbrate...

El beso que le regalo es el detonante para que vuelva a estar más que dispuesto. No quiero más juegos, solo necesito aplacar la urgencia y agradezco que no es necesario especificárselo. Besarnos transforma el tiempo en una medida inexistente y el aire en un recurso sobrevalorado. En el panorama de frenesí, la última prenda desaparece y, por fin, después de mucho tiempo, nos compenetrarnos de esta forma. Es un cúmulo arrollador entre lo conocido, lo extraño y lo novedoso. Va más allá del sentimiento físico que recorre mis entrañas y cada terminación nerviosa que poseo. Evoca los momentos vividos y los que pensé que nunca podrían ser posibles de una manera que potencia las sensaciones dentro del torbellino atemporal de un vaivén que parece ser infinito.

—¿Se ve tan asombroso como se siente?

Me cuesta entender las palabras, se lo hago saber con el pequeño sonido que mi voz puede profesar de manera decente en medio del caos. No me responde, solo detiene el vaivén por unos segundos en los que me envuelve en brazos y giramos entre la cobija, quedando él sobre mí. Abro los ojos para encontrarlo observando a un costado; le imito.

—Disfrutando del espectáculo tú sola...

Veo su sonrisa traviesa a través del reflejo por tan poco tiempo que dudo de que existió. Tan diligente como siempre, continúa con la placentera tortura. Me impacta mi propia osadía al presenciar lo que acontece frente a mí, es la primera vez que me veo disfrutar del encuentro más allá de mi primera persona. La imagen es excitante y hace que cualquier vestigio de pudor o autocontrol desaparezca. Sin contar que he despertado a una bestia dormida que no se detendrá hasta llevarme a las alturas.

Incluso con el tiempo transcurrido, Maximiliano conoce mi cuerpo al dedillo. Sumado al reflejo tentador, su comentario, su excitante voz y su exploración descarada me transportan a un mundo que no es real. Las sensaciones son indomables y no tiene sentido batallar con la ola creciente. Una de mis manos viaja a su cabellera, la otra a su espalda, donde no dudo que dejaré marcas. Ver y sentir la acción de manera simultánea es lo que termina siendo mi perdición. Oh... por... Dios... Esto está fuera de cualquier estándar anterior y es decir demasiado, teniendo en cuenta lo superior que siempre ha sido la experiencia para mí. Cierro los ojos ante la sensación y por no sé cuánto tiempo siento tanto que soy incapaz de pensar. Oleada tras oleada, asaltan mis sentidos sensaciones que me roban el aliento. Su respiración agitada es lo que me trae de vuelta a la realidad. Mis ojos se abren y observo el reflejo de nuestras figuras en el espejo. Sus brazos envolviéndome, mis manos firmemente aferradas a él.

—Tenía entendido que yo era el pervertido de la relación. —Sonríe con la poca energía que me queda. Está de vuelta, en cada sentido de la palabra—. Podemos instalar uno sobre nuestra cama, todo sea para complacer a mi cielo.

—Max... silencio.

No tengo la energía como para avergonzarme. Besa mi hombro antes de cubrirnos como puede con el cobertor. Me observa con la mirada cálida que reserva para nuestros momentos a solas. Decido atraerlo en un beso tranquilo, sellando este inusual, pasional, por las nubes, pero

importante momento. Siento que fue el cierre de lo que conocemos hasta ahora y la entrada a lo nuevo que trae nuestra relación.

—Gracias, mi cielo. —Es lo primero que abandona sus labios cuando el contacto termina.

Mi respuesta es refugiarme en sus brazos mientras escucho lo que queda de la leña crujendo en el fuego.

—0—

En nuestro primer día oficial de viaje, salimos a media mañana para comenzar nuestro recorrido, con la misión de conocer la provincia que nos acogió en nuestra primera parada y visitando restaurantes recomendados. Degustamos un delicioso *chowder* de almejas; solo conocía el término por una caricatura de la infancia. Es un pueblo pequeño, con aura hogareña y lleno de bellas simplicidades. Aún quedan rastros del invierno que se está alejando. Caminar por las calles tomados de las manos es una de mis partes favoritas, a pesar de que es un gesto familiar entre nosotros. Sigo sin identificar la razón de que se sienta diferente.

Este es el tercer día y vamos rumbo a su lugar favorito, el verdadero destino importante. El clima ha mejorado bastante en comparación al día de nuestra llegada. Tomamos el primer autobús de la jornada y, en unos cuarenta minutos, llegamos a nuestro destino donde hicimos una ruta de senderismo. Arribamos a un mirador donde solo disponemos de una banca y un mural informativo sobre la región. Los enormes árboles nos surten de sombra mientras admiramos la vista y emprendemos el descenso por la colina. Una hora más tarde, no parece real lo que veo, mucho menos lo pacífico que se muestra. El aire puro y la tenue brisa de un día inusualmente soleado de finales de abril nos permite presenciar la perfección. Puedo existir eternamente solo viendo estas aguas tranquilas rodeadas de naturaleza. Valió cada segundo de viaje y caminata posterior, fuera de cualquier tipo de forma física que no tengo. Tomo mi teléfono y capturo cuadros infinitos del espacio desde todos los ángulos posibles. ¿Por qué me cuesta tanto creer en la veracidad del lugar?

—Impresionante, ¿no es así? —La voz de Max atrae mi atención. La sombra de la gorra que lleva puesta no me permite ver el brillo de sus ojos, pero su sonrisa es indicadora de que es un momento de orgullo para él. Da unos pasos para abrazarme por detrás y nos mantenemos así por unos segundos—. Enseguida vuelvo. —Lo veo alejarse hacia el puesto de transporte de alquiler.

Las palabras que tiene Max para este paraíso terrenal siempre están cargadas de agradecimiento, como si el lugar hubiese hecho algo por él. Nunca me ha especificado la razón, creo que para mantener el misterio. Desde que llegamos, ha estado haciendo hincapié en lo mucho que quería experimentar la magia del lugar conmigo. Los planes del día abarcan la exploración del lago en la mañana y, en la tarde, ir al *campsite* para preparar nuestro campamento. Porque sí, vamos a acampar, a amanecer en la naturaleza. No sé qué esperar sobre este descabellado plan. Vuelvo a la realidad cuando Max me llama a la distancia. Nos dirigimos a la plataforma que parece ser de madera contrachapada y donde se encuentran anclados unas canoas y un bote de remos. El dependiente nos indica que usaremos el bote, además de entregarnos dos chalecos salvavidas. Con un equilibrio que no sabía que poseía, logro sentarme a un extremo. Coloco el pequeño bolso que traemos con lo necesario en el centro, mientras Max se acomoda. Introduzco nuestros teléfonos dentro de la funda impermeable que ato a un cordón para llevar en el cuello. En cuestión de minutos, está remando lago adentro, prometiéndome que, a la vuelta, será mi turno. Se ve tan feliz

mientras nos adentramos entre las impresionantes aguas. Estoy tan acostumbrada al ajetreo y movimiento de la ciudad que me cuesta creer lo calmado que es el sitio. Tomo una gran bocanada de aire, la pureza danzando en mis pulmones. Max detiene el movimiento cuando siente que estamos en el lugar idóneo para apreciar la perfección en todas direcciones.

—Es como si el lugar te dirigiera a un estado de...

—¿Off? —completa la frase y, para mi sorpresa, acierta con su predicción—. Es lo que pensé la primera vez que vine. Estaba en mi primera remisión y aún tenía ciertas urgencias hacia el alcohol y las drogas. Me hizo pensar más allá de mi status quo de expaciente de cáncer. Me cuestioné cómo sería mi felicidad más adelante, si es que tendría alguna. —Suspira, pasando de una expresión reflexiva a una más alegre al fijar sus ojos en los míos—. Por eso, quiero compartir mis lugares especiales contigo.

Puede parecer un detalle pequeño, pero conmueve cada fibra de mi ser saborear sus palabras con la mirada de adoración que me profesa. El impacto de su declaración confirma lo importante que es este viaje para nuestra relación. No solo se trata de nuestras merecidas vacaciones como pareja, libres de enfermedades y problemas, viviendo la experiencia de ser dos personas que se aman y comparten fuera de la rutina. También se trata de un cierre personal que Max quiere compartir conmigo en lugares que alguna vez transitó en solitario. Quiere incluirme en sus memorias más transcendentales, las que tiene en sus sitios personales de esperanza. Suspiro con satisfacción, con la sensación de que todo está bien y que estará mucho mejor en el futuro. En este momento, no me cabe el agradecimiento en el pecho.

—0—

Mientras observo el cielo sobre la ya lista bolsa de dormir, dejo que el aire inunde mis pulmones. El *campground* del lago Louise está vacío, al menos en la ubicación que se nos ha asignado, la cual solo cuenta con una mesa de pícnic en el centro. No me extraña, ya que es mediado de semana y una temporada relativamente baja debido al clima que aún sigue siendo un tanto frío. Max obtuvo el plan con tienda de campaña y permiso para hacer una fogata y, por tanto, la leña. Ha sido una experiencia gratificante verlo de un lado a otro, instalando el perímetro, la fogata y la tienda de campaña mientras contabilizo las provisiones y todo lo que tenemos para la estadía. Su rostro denota paz mientras realiza las actividades con entusiasmo. Cuando tengo todo organizado, levanto la vista. El cielo azul está enmarcado con los altos pinos que parecen tocarlo. Las nubes se mueven sin prisa por el manto azul, inundándome con su tranquilidad. Todo este sentimiento ha sido una constante en lo que llevamos de viaje. Sonríó después de unos segundos antes de volver al firmamento y encontrarme al joven Bécquer agachado a unos pocos metros. Me observa con una sonrisa en el rostro.

—¿Qué?

Niega antes de acercarse.

—Estamos listos. Nos queda una hora antes de que anochezca.

Estamos en la zona libre de remolques y supuestamente no hay riesgo de que algún animal salvaje nos visite durante la noche. Es preocupante que ese sea uno de los comentarios que escuché cuando llegamos al lugar, pero si la zona es tan popular y no ha habido incidentes, tendré fe. Mis nervios se agitan un poco a medida que el sol se va y la noche se aproxima. El hecho de estar en un espacio abierto, sin más que lo que llevo puesto, las mochilas y la bolsa de acampar para dos, se

hace realidad en mi mente. La temperatura ha bajado mucho desde que llegamos por la mañana. Durante los últimos rayos de sol, Max me ordenó que me vistiera con ropa abrigada e incluso que use un gorro para proteger mi cabeza. Cuando la luna reemplaza oficialmente al sol, estamos frente a la fogata, escuchando el crujido de la leña, el viento y los sonidos de la naturaleza en general.

—¿Quieres un poco de agua, cielo? —Me extiende la cantimplora.

—Gracias, *dārin*.

Tomo un sorbo, en lo que él elimina la distancia que existe entre nosotros para poder cubrirnos a ambos con una frazada que utilizaba en solitario. Me abraza por la cintura y apoyo mi cabeza sobre su hombro.

—Ahora compartimos memorias en este lugar. Algún día, aspiro a que agreguemos otros personajes a la experiencia.

Me limito a asentir mientras lo último retumba en mi mente. El tema de los hijos está surgiendo con frecuencia y no sé si es intencional. En honor a la verdad, la mayoría de las preguntas vienen de nuestras familias. Con Max, es un poco más espaciado en el tiempo. Sé que sigue preocupado por las posibles consecuencias de su batalla con la enfermedad y el futuro en general. Puede que los comentarios surjan sin intención más allá de su subconsciente ante la duda y el exceso de análisis.

—Es una aspiración muy dulce. —Extiendo las manos hacia el fuego en busca de calor.

—Airi, Hikari, Dai... son unos lindos nombres.

Sonríó ante lo que menciona.

—Má Naoko, ¿no es así?

—Esa mujer quiere esos nombres en la familia luego de que tus padres los descartaran. —Reímos por lo bajo. Por unos tranquilos momentos, la naturaleza es la única que evoca sonidos—. Cielo —su tono denota cierta duda—, recibí una notificación en mi perfil de estudiante. Me ofrecen una oportunidad de pasantía. —Su voz suena seria, todo lo contrario a lo que esperé en cuanto tuviese la aprobación—. La duración es de seis a diez meses, lunes a viernes, en una localidad remota al norte de La Altagracia. —No soy capaz de disimular la sorpresa ante la información—. Es justo lo que quería —confiesa.

—¿Pero...?

—¿Tanto tiempo y tan lejos?

—Bueno, la tecnología está muy avanzada como para tomar como buena o válida esa teoría. Tal vez te toque con Ari; está por iniciar la pasantía reglamentaria y es uno de los lugares probables. —Nos observamos a los ojos por unos segundos—. Hemos lidiado con cosas peores, Max. —No es la respuesta que buscaba, es obvio por su ceño fruncido—. ¿Qué esperabas? ¿Que te lo prohibiera o algo así?

—Tienes el derecho a opinar.

—Y eso hago: opino que podemos buscarle la vuelta.

—¿Quieres que vaya?

—¿Tú quieres ir? —No me gusta la idea de estar a más de dos horas de distancia en auto, pero he

presenciado el esfuerzo que ha hecho para tener esta oportunidad, sin usar sus conexiones para su comodidad y vivir la experiencia como cualquier persona normal. Además, es el tipo de ambiente en el que quiere sumergirse; su deseo de ayudar solo ha aumentado después de su enfermedad—. Max, no quiero ser la causa por la que no lo aceptes...

Nos mantenemos la mirada mientras los sonidos del ambiente inundan el lugar. Suspira, levantando su vista hacia el manto estrellado que nos cubre.

—Después de todo lo que ha pasado, no se siente bien...

Recuerdo aquella noche cuando el peso del mundo lo consumía ante la muerte de sus compañeros de grupo. Esa noche declaró que quiere hacer algo al respecto, este es su primer paso hacia ese camino. Sé lo que es eso, también siento que debo hacer algo con mi situación y me niego a pensar que lo único que tengo de esto son malos recuerdos.

—Estás en este mundo para hacer muchas más cosas que ser mi pareja y no quiero ser la razón por la que no cumplas tus metas, no quiero alejarte de tu propósito. Lo haremos funcionar, en todos los sentidos, *dārin*. —No me siento para nada segura de lo que digo, pero sé que es lo que necesito decir. Me escapo de su agarre para dejarme caer, mi vista concentrada en las estrellas que nos observan. Se mantiene en su lugar, observándome—. A estas alturas, no creo que tengamos nada prometido en la vida más allá de lo que hagamos ahora. —Los astros captan mi atención por unos segundos mientras organizo mis ideas—. Los años pasan y sé que nunca dejaré de sentir la repulsión cuando digo en voz alta que... —hago una pausa, para amortiguar la desagradable sensación que me invade ante la mención— fui violada. Para poder admitir esto, han tenido que pasar años donde tuve que sentirme insegura, fuera de control, con miedo... Sé que no podré evitar esos días en los que los recuerdos volverán. —Capto su movimiento por el rabillo del ojo, su mano encuentra la mía—. ¿Somos conscientes de cuántas personas son la Sora que conociste el primer día de clases? O... ¿cuántas Mariale? —Ante la mención del nombre que conoce, se acuesta a mi lado, su mano no abandona la mía—. Siento que debo hacer algo al respecto.

—No podemos salvarlos a todos.

—Lo sé, pero... puedo salvar a alguien. —Ladeo la cabeza para encontrarme con su mirada—. No es justo que tantas personas pierdan la chispa de vida por otras diseñadas para hacer daño. No es justo que presencias ataques de pánico de los seres que amas por la desesperación de esa persona, no es justo que personas como Hiro tengan que derribar una puerta porque crean que su hermana intenta suicidarse, no es justo que una joven ya no viva cuando lo que intentaba era progresar para sacar a su familia adelante... Quiero creer que puedo ayudar a que esto no sea una norma y sé... que es a lo que aspiras también. Cuando sepa cuál es mi primer paso verdadero hacia ese camino, no tengo dudas de que me apoyarás.

Interpreto su silencio como una señal de que entiende mi punto.

—¿Qué se supone que haré contigo? —susurra mientras me atrae hacia él.

—Hacerme caso.

Max es de esas personas que están en este mundo para cambiarlo y quiero que no tema en hacerlo. Por eso, entre la oscuridad más profunda, interrumpida solamente por una humilde fogata y el cielo minado de estrellas, le entrego un beso que confirma el compromiso silencioso hacia lo que aspiramos. Es una decisión importante, independientemente de que sea temporal.

Confío en que es lo que necesita ocurrir.

—0—

Semana dos. Después del lago Louise y nuestra exploración de los parques cercanos, nuestra estancia en Canadá ha terminado. Estamos en Escocia, en la ciudad de Glasgow para ser específicos, donde nuestro principal objetivo es visitar el Parque Nacional Cairngorms. Esta vez, decidimos hacerlo al revés: visitar lo más cercano al final. Durante los primeros tres días, nos dedicamos a vivir la experiencia del Scottish Scenic Railway Journeys, viendo hermosos paisajes durante un viaje en tren de ensueño. Nos detuvimos en algunos de los destinos para conocer el lugar y degustar la comida típica. Probé por primera vez en mi vida el *haggis* y debo decir que es el primer plato que me ha dado ganas genuinas de intentar algo en la cocina.

Nos estamos quedando en un apartamento acogedor. La sala y el comedor son uno solo, con un sofá, un televisor de pantalla plana y una pequeña mesa redonda para cenar juntos. Hay un baño y una habitación con cama matrimonial. Los colores pastel del lugar nos relajan. Tiene un pequeño balcón, que da a la calle principal y es especialmente hermoso al atardecer, aunque es ajetreado para los lugareños. La mayor parte de la vista la apreciamos con la luna como anfitriona, admirando la luz solar al amanecer antes de salir a explorar.

Hoy es jueves y es nuestro encuentro con nuestro destino favorito. A Max siempre le ha encantado viajar y simplemente observar por la ventana, por lo que no es fanático de conducir. Sé que es parte de la razón por la que elegimos destinos alejados. Durante la mayor parte de nuestros viajes, es un ritual: él apoyado en la ventana y yo entre sus brazos, sin decir mucho. Es mayo y la temperatura más alta que hemos registrado es de trece grados Celsius. Nuestra rutina es abrazarnos mientras viajamos en tren o autobús para combatir el frío. Puede parecer aburrido, pero son de mis momentos favoritos. Además, un viaje en tren de dos horas y cincuenta y nueve minutos, con salida antes de que salga el sol, tiene este efecto en cualquiera. A veces somos demasiado perezosos para nuestro bien.

Cuando llegamos a nuestro destino, Max parece tener fresco en la memoria todo. Ha pasado tiempo desde su última visita, pero me toma de la mano y no duda en sus pasos. Por la mañana, mientras recorremos los senderos, se adentra en la observación de la flora mientras respiramos el aire puro de los alrededores. Mantenemos nuestras manos unidas durante todo el viaje. No recuerdo haber visitado algún hábitat de páramo, siempre han sido bosques tropicales donde la vegetación compite con el cielo para proporcionar sombras. De vez en cuando, nos sorprendemos arrodillados para observar una planta curiosa o hermosa. En ocasiones, vemos pasar siluetas de animales pequeños a pocos metros de nosotros.

A mediodía, llegamos a Loch Garten. El lago que se muestra ante nosotros es lo más destacado de este paisaje ya espectacular. Es parte de una reserva que lleva el mismo nombre y muchos vienen con la esperanza de poder presenciar las aves que habitan la zona. Me siento como una niña mientras recorro cada centímetro del lugar.

—Aquí decidí que quería estudiar Psicología. —Acaricia mi mano—. Despertó el deseo de entender a mi yo de aquel entonces. Estaba vivo, vencí la enfermedad, pero no me sentía feliz al respecto. —Baja la vista por breves segundos antes de sonreír en dirección a las tranquilas aguas—. Recuerdo que, en esa ocasión, vi un ave pequeña, endémica del lugar. Fue la primera vez que sentí genuina curiosidad en mucho tiempo e hizo que sintiera lo mismo hacia el futuro.

—Es decir que, ¿en el lago Louise te apagaste y aquí comenzaste a subir el sistema?

—Es una interesante forma de verlo.

Suelto nuestras manos para eliminar el espacio entre nosotros y abrazarle de lado. Lo que recibo como respuesta es un agarre más firme en el abrazo, así como un tierno beso en el tope de mi cabeza. Maximiliano está utilizando este viaje para sanar las heridas emocionales. Tengo fe de que será para siempre. Durante lo que queda del día, visitaremos lugares más altos en el parque para admirar la vista desde las alturas. Eso es lo que realmente importa y lo único en lo que puedo pensar mientras contemplo el paisaje montañoso ante mí. Nos besamos, no sé cuántas veces durante el día. En todo caso, nos comportamos como una pareja de verdad. Y como siempre, la joven Durand compartió sabiduría para mil años: es como si estuviéramos celebrando nuestra luna de miel.

—0—

Francia nos recibe a primera hora del sábado. Nuestro hogar temporal es el departamento de Dordoña, que se encuentra a una hora del aeropuerto por el que llegamos. No pudimos conseguir el lugar donde Max se quedó la última vez que vino por temas de disponibilidad y las restricciones aún vigentes debido a la pandemia. Nos decidimos por un lugar no tan céntrico, podría decirse que entre el centro del departamento y sus límites. Es una residencia rústica, con tejas, compacta para dos personas y muy similar a la de Glasgow en cuanto a su distribución interna, con la adición de una chimenea. El clima es un poco mejor, alcanzando los veinte grados durante el día y diez en las horas de la madrugada.

Solo tuvimos tiempo de dejar nuestras cosas en el lugar antes de dirigirnos hacia el centro de meditación. Max reservó una experiencia de día completo que comenzó el domingo a las cinco de la mañana. El programa es bastante estricto con respecto a cada minuto invertido. Desde las 5:00 a. m. hasta las 9:30 p. m., todo se trató de ejercicios diseñados para lograr el mindfulness. Me costó mucho detener el hilo de pensamientos que comúnmente recorren mi cerebro. La meditación nunca ha sido mi fuerte, pero al comenzar seriamente la terapia, tuve que aprender a desconectar y, de cierta forma, lo veo como un tipo de meditación que utilicé para lograr el objetivo del curso.

Noté durante los recesos que Max se estaba comportando extraño, como si quisiese preguntarme algo. Me di cuenta de algo similar en el momento en que aterrizamos, pero no le di mayor importancia, creyendo que eran asuntos del largo viaje, pero incluso después de un día de meditación y relajación, estamos en la habitación del lugar y la cuestión no parece haberse aminorado. Está acostado boca arriba mirando al techo; yo me coloqué para sentarme en el muro de la ventana, con las rejas protegiéndome de cualquier tipo de caída. El lugar es una habitación sencilla, con paredes rústicas, iluminado por unas lámparas de trementina que no sabía que todavía existían.

—La primera vez que vine conocí perspectivas muy interesantes. No podía concentrarme en los ejercicios, mi mente no quería cooperar con lo que hacíamos. —Le observo con detenimiento—. Uno de los asistentes al evento me comentó lo fácil que me resultaba «meditar» con los ojos abiertos, observando el cielo. Para ser exactos, dijo: «El cielo realmente te cautiva». —Su mirada recae sobre mí y sonrío levemente—. No creo en este tipo de cosas del destino, pero conocerte hizo que algo dentro de mí diese un vuelco al escuchar tu nombre.

Tampoco creo en ese tipo de cosas, pero su confesión hace que mi corazón dé un vuelco. La

historia la conozco, pero el detalle de la frase se quedó por fuera. No sé qué responderle al encontrar nuestras miradas atrapadas por el impacto de sus palabras en el ambiente. No nos movemos de nuestro sitio y, por un momento, siento que el silencio se ha prolongado más de lo necesario. Giro sobre el marco para que mis pies cuelguen en el aire en un intento de cambiar la situación.

—Siempre has dicho que esto no fue a primera vista.

—Fue a primer instinto. —Hace que suelte una pequeña risa combinada con la respiración que se me corta con su ocurrencia—. Mis instintos son muy buenos —remarca, sin apartar la vista.

—¿Son los mismos que te tienen actuando extraño? —pregunto, provocando que tuerza la boca—. ¿Qué te dice tu instinto?

Su expresión no cambia, tampoco se mueve, no tengo idea de qué puede ser lo que ronda por su cabeza ante la simpleza de su imagen sobre la cama.

—¿Qué pasó al principio del viaje?

Su pregunta hace que mi cuerpo reaccione por sí solo. Cuando mi mente procesa del todo su pregunta, es que noto que estoy de pie frente a mi lugar original.

—¿Por qué la pregunta?

—¿Por qué no la respondes?

—No es nada, cosas del humor.

Frunce el ceño antes de sentarse en la cama.

—¿Del humor? ¿Tiene que ver con el hecho de que estás atrasada?

—¿Qué?

—Eso, que estás atrasada bastantes días para que salgan de las variantes y eres como un reloj. El síndrome premenstrual se ha extendido mucho, ¿no?

—¿Llevas la cuenta de los días?

—Por supuesto, es mi deber estar al tanto de nuestros días. Necesito estar preparado mentalmente.

—¿Y qué pasa si tus cálculos no son correctos?

—Vamos... Estamos por cumplir tres semanas de viaje y hemos tenido sexo ininterrumpido.

—Estoy en tratamiento anticonceptivo, eso puede influir. Además, la tuve poco antes de venir y sabes cuándo la tengo. Sufro de dismenorrea, que no es fácil disimular.

Max no es ajeno al panorama. Tiene un protocolo desde la primera vez que presencié el episodio cuando aún navegábamos en el área de la amistad. Sabe sobre las provisiones rápidas de comida, mis recados de la farmacia, el afecto que necesito en ese momento y las situaciones que no debemos discutir durante la situación.

—Puede ser peligroso. Muchos cuestionan.

—¿Quiénes?

—Los médicos de Google.

Ruedo los ojos por la respuesta. Se levanta de la cama y elimina la distancia entre nosotros, enredando sus brazos en mi cintura.

—Si no se trata de eso, ¿qué es? Ha pasado bastante tiempo y no me has comentado.

Sin querer prolongar más, tomo mi teléfono y busco el chat en cuestión para mostrárselo. Ni siquiera recordaba el incidente aquel, me sorprende que él sí. Lo lee en cuestión de segundos.

—¿Estás pensando en reunirte con esta persona?

—No estoy segura. Al menos no me amenaza de muerte...

—Tu respuesta debió ser «no». —Cuando procesa la segunda parte de mi respuesta, levanta la mirada con efecto de resorte—. Espera, ¿amenaza de muerte? —Suspira, observando al techo—. ¿Cuál es la necesidad? Esto puede ser peligroso.

—Soy consciente.

—Y aun así lo vas a hacer.

—Me gustaría... al menos saber quién es.

Asiente, como si tratara de autoconvencerse.

—No irás sola. No es negociable. En cuanto a la amenaza: desde que volvamos, averiguaremos de quién se trata, no se va a quedar así.

—Gracias, *dārin*.

Me entrega el teléfono antes de volver a su posición original en la cama; yo vuelvo a la mía en el marco de la ventana. Esta vez, con mi cuaderno de kanji en mano. Me dedico unos minutos a observar el manto negro que es la noche, para organizar las ideas antes de comenzar a escribir nuevamente en el cuaderno que va por la mitad de su extensión. Me reconforta sentir su apoyo, su negociación y lo liberador que se sintió poder encontrar un punto medio sin tantas preocupaciones.

—¿Significa que tengo que preocuparme por tu salud? Sigue pareciéndome extraño lo de tu periodo.

—Maximiliano...

—0—

Me siento exhausta, fatigada, como si me hubiesen molido a golpes, pero no quiero atrasarnos en el itinerario. Tomé mis cosas y me moví con fe, a pesar de que las actividades involucran mucha caminata. Salimos con el alba, con la estrategia de visitar lo más lejos primero para estar cerca de nuestro hogar a medida que se acercan los días finales. El primer lugar estuvo a una hora y cuarenta minutos y se trata de un laberinto de maíz, enorme y confuso en términos normales. Me aferré a Max como si mi vida dependiese de aquello. Aunque debo admitir que la experiencia fue justo lo que necesitaba. Domme es un pueblo precioso. Max me culturizó en cuanto a La Porte des Tours, La Porte del Bos y La Porte de la Combe mientras me los mostraba en vivo. Es como hacer un viaje al pasado, con las infraestructuras de piedra dorada y tejados inclinados con teja. Visitamos varias de las plazas, al igual que la Eglise Catholique Notre-Dame-de-l'Assomption. Nuestro último destino durante nuestra visita en Domme es el Belvédère de La Barre. El mirador es el lugar del recorrido que más disfruté gracias a la vista espectacular de la naturaleza. No fue

necesario que intercambiáramos palabras sobre lo que veíamos. Me invade un enorme sentimiento de gratitud al presenciarlo junto a él; nuestras manos firmemente unidas.

Nuestro siguiente destino es Thonac. Lo recibo con una migraña que no me tiene de buen humor. Nos detenemos en un restaurante local donde hablamos de la experiencia anterior y donde aprovecho para tomarme la medicación que está haciendo lo que puede para mantenerme en una pieza. Cuando terminamos de degustar el platillo de trufa más rico que he probado, reanudamos el paso. Me dijo que iríamos a un castillo. No sé por qué no le creí del todo, pero sí, visitamos un verdadero castillo del siglo XVI, el cual está abierto al público desde el primero de mayo al treinta de septiembre. Ambos tenemos naturaleza curiosa, escuchar cada detalle detrás del lugar nos resultó lo mejor del mundo. Los jardines del lugar fueron la verdadera cereza del pastel. Cuando el sol comenzó su retirada, decidimos que era hora de volver. Realmente, Max declaró lo propio al ver que ya no podía más. Dormí durante todo el trayecto entre sus brazos y bajo su preocupada mirada. Al llegar a nuestro hogar temporal, como mucho pude darme un baño antes de quedarme dormida ante el vigilante Max.

Horas después, volvimos a la rutina de despertar a oscuras para salir a explorar; hoy toca el dolor de abdomen. Tenemos reservada una excursión en el corazón del valle de Dordogne. Nuestro día se basa en disfrutar de la naturaleza mientras practicamos senderismo del bueno. En la noche, recorreremos la primera parte de la localidad que nos acoge, cenando en uno de los lugares más populares. El siguiente día, visitamos otros lugares cercanos, incluyendo un pequeño paseo en barco eléctrico que nos muestra el canal, el río y las islas aledañas. Recorridos similares le siguen a lo que queda del día. En la noche, nos dirigimos a la parte céntrica de nuestro plan de descubrimiento antes de volver a nuestra morada por un poco de descanso.

Abro los ojos con dificultad ante los rayos del sol. Hoy me molestan los pechos. Este síndrome premenstrual está siendo atípico y me tiene harta. No sé si realmente tiene que ver con el tema de los anticonceptivos. Es un nuevo tratamiento al que tenía cuando comenzamos a salir y el que comencé al llegar a nuestro primer destino. Ha sido incómodo y, aunque no quita las maravillas que hemos experimentado, ha sido difícil mantener a raya los malestares. Me remuevo en la cama, sorprendiéndome al encontrarme sola en el lugar. Mi teléfono vibra con violencia en la mesita de noche, lo que me obliga a sentarme en la cama para revisar la marea de mensajes y ver qué explotó.

—Buenos días. —Max entra a la habitación con un *cupcake* y una enorme sonrisa en el rostro. Lo coloca frente a mí y de su bolsillo saca una pequeña vela—. Feliz cumpleaños, mi cielo. —Sonríe de medio lado, cayendo en cuenta de la fecha. Enciende la vela sobre el postre y lo acerca nuevamente—. Pide un deseo.

Cierro los ojos unos segundos antes de extinguir la llama. Le sonrío, justo antes de que desaparezca la distancia entre nosotros para compartir un beso corto.

—Tengo una agenda de cumpleaños muy interesante para ti.

Nos preparamos en cuestión de media hora y salimos rumbo a una cafetería cercana con muy buenas reseñas. Degustamos nuestro desayuno, observando a los transeúntes que iniciaban su rutina de un día laborable. Partimos hacia nuestro primer punto del día, el Aquarium du Périgord Noir, uno de los más importantes en Europa y que, francamente, es impresionante de ver por el espacio y la cantidad de especies que contiene. Hoy es 7 de mayo, por lo que el lugar abre a las once de la mañana. Tuvimos tiempo suficiente para varias cosas a la vez. Luego de que Max tomara

toda foto posible, nos dirigimos al área de jardín. En miras de no tener que desperdiciar mucho tiempo, empacamos un pequeño pícnic para pasar el rato sin preocupaciones, en una especie de minicita. Para mi sorpresa, el personal se acerca poco después con un pastel en mano y una vela volcán para cantar *Happy birthday*. Como excelente compañero que es, Max solo se dedica a tomar fotos y videos del acontecimiento mientras no sé dónde esconderme ante la vergüenza. El soplo de vela pareció eterno.

Nuestro segundo destino es el lugar que más me emociona de los tres que tenemos para el día y solo está a seis minutos. Se le conoce como la Catedral de Cristal, Gouffre de Proumeyssac. Se trata de una cueva, y por las fotografías, el lugar promete. Tiene unas leyendas no muy puritanas, es posible que por eso me atraiga tanto debido al misterio en su historia. El guía nos indica el camino mientras nos explica parte de su historia y las leyendas que se crearon en tiempos lejanos, basado en lo que no se explica de manera lógica. La iluminación del lugar junto a las estalactitas, monolitos y estalagmitas me hace sentir dentro de algún panorama de fantasía y magia. La vista juega entre los tonos dorados que se reflejan en los cristales, contagiando a las rocas y el turquesa que hace que el agua parezca irreal. El detalle de la fuente petrificante y los cristales triangulares me enviaron a un estado de *mindblown*. Todo es aún mejor gracias al hecho de que nuestras manos están entrelazadas desde el inicio.

Nuestro destino más lejano del día está a cuarenta minutos, es un pequeño festival de músicos aficionados, donde nos dedicamos a disfrutar de la música de la tanda: jazz. Degustamos unas crepes con los últimos rayos de sol sobre nosotros. Varias de las personas mayores del lugar se acercaron a ofrecernos souvenirs y demás asuntos, recalando lo adorable que les resulta ver el amor joven en la simpleza de disfrutar una tarde de primavera. Me agrada que proyectemos esa imagen ante el mundo. La calidez que provoca solo compartir este tipo de momentos es importante para mí, porque desde que iniciamos nuestra relación, este viaje es la ocasión donde estamos viviendo la experiencia de una pareja.

Tomamos un tren de vuelta al punto inicial. En cuestión de minutos, estamos en la estación y caminamos a través de las rústicas calles hasta llegar al restaurante donde reservamos para el cierre de mi cumpleaños. Me enteró de que llamó un poco antes para que tomaran en cuenta la fecha e hicieran un pequeño espectáculo parecido al del almuerzo, solo por volver a documentar mi mortificación. Por segunda vez en el día, no sé dónde meterme mientras cantan el conocido *Happy birthday*. Documenta cada segundo para la posteridad; mi expresión debe valer oro mientras le sonrío con derrota. Fuera de aquello, es una cita tranquila y cómoda en un ambiente relajante, degustando un festín mediterráneo. Verlo disfrutar de esta manera tan despreocupada hace que recuerde los años cuando esa misma sonrisa y jovialidad me hicieron confiar en una persona después de todo lo ocurrido. Es como volver en el tiempo, siendo personas diferentes que han reavivado las ganas de vivir ante la simple idea de sabernos vivos. Es evidente que me atrapa mientras le observo con una sonrisa que sé que percibe como admiración; me la devuelve, enviándome a ese primer día cuando llamó mi atención mientras hablaba solo. Su mano se escabulle sobre la superficie hasta llegar a la mía.

—Espero que no me estés observando así porque tengo algo entre los dientes.

—Me atrapaste.

Sonríe, toma un bocado del brownie cumpleañosero y me lo extiende para que lo pruebe. El olor me molesta de inmediato, encontrándolo muy fuerte para tratarse de un postre, pero lo disimulo,

pues el sabor lo compensa. Pedimos la cuenta y en cuestión de minutos nos encontramos nuevamente en las calles inundadas de magia nocturna. La noche está mucho más fría que la anterior, tiemblo por unos segundos mientras me adapto.

—Espera... —Abotona mi chaqueta y busca en su mochila un gorro de lana que me coloca con delicadeza, tratando de peinarme un poco la melena que queda a la vista—. No quiero que te resfries. —Estos pequeños detalles me derriten.

—Gracias, *dārin*.

Transitamos entre las calles iluminadas por la luna y repletas del ánimo de sus habitantes. Llegamos a una escalada donde podemos ver un río a la distancia. Las personas siguen pasando a nuestro lado, nosotros nos detenemos en el lugar. Me apoyo en el muro rocoso y observo las luces. Este viaje ha sido de las mejores cosas que me han pasado hasta la fecha. Conocer lugares hermosos es una cosa, pero hacerlo con la persona especial, no tiene precio; todas estas memorias con Max que pensé jamás serían posibles, se han hecho realidad.

Un vals suena a cierta distancia y antes de que me dé cuenta, Max me está guiando con pasos suaves. Me hace girar con el agarre firme en mi mano. Cuando nuestras miradas se vuelven a encontrar, mis manos terminan sobre su pecho; las de él se encuentran en mi cintura, pero se trasladan al norte, acariciando mi espalda. No me importa el porqué: quiere besarme y quiero lo mismo que él, sin ningún motivo aparente más que sentir las mariposas en el estómago. Me coloco de puntillas para desaparecer la distancia. El beso termina, pero la conexión continúa; no perdemos detalles de nuestros portales hacia el alma.

—Dordoña es prueba de que la magia existe. Siempre me han encantado los lugares rupestres de paisajes hermosos que irradian paz y cargan energía; tal vez porque mi vida hasta ese momento fue una pantalla carente de todo aquello. Encantado por su belleza e historia, me sentí egoísta al presenciarlo por mi cuenta. Fue la primera vez que quise compartir la vista con alguien. —Su mirada se dirige al horizonte, sin soltarme de su agarre. Le veo sonreír mientras consume el paisaje—. Hasta ese momento, la soledad era mi primera opción. Fue fugaz, pero significativo, y renovó mis esperanzas en el futuro; no parecía tan malo.

—Supuse que este lugar era mucho más que belleza para ti, Max.

—«El cielo realmente te cautiva» —repite la icónica frase. Me observa con esa mirada cálida que no falla en conmoverme. Presencio cómo la emoción invade sus facciones. No podré mantener las emociones a raya si se le ocurre llorar—. Quiero todo contigo. Quiero disfrutar lo que casi no pudo ser. —Su voz también externa la emoción que le invade—. Es por eso que a veces me pregunto... ¿qué pasaría si vuelve? —La pregunta que ha rondado desde que la euforia de la remisión se extinguió.

Le expreso lo que me repito cuando los momentos de inseguridad atacan:

—Decido creer que nunca volverá y que solo tendrás que enfocarte en vivir.

El dique de su autocontrol se rompe sin remedio. Sé que sus lágrimas son una mezcla de todo lo acontecido: lo triste, lo nostálgico, lo feliz, lo horroroso, lo trágico, lo atemorizante, lo esperanzador, lo amado... es el punto de inflexión de su experiencia de cierre de ciclo.

—Lo siento... —susurra cuando se calma lo suficiente. No pierde oportunidad de apoyar su frente sobre la mía. Y quiero ser la primera en decirlo en esta situación, sabiendo que es la regla que él

tome la iniciativa.

—Te amo, mi *dārin*.

Sonríe a través de las lágrimas.

Sabiendo sobre mi trastorno y mis experiencias pasadas, cada vez que se lo digo lo toma como un gran acontecimiento, aún con todos los años de relación. Ha expresado lo feliz que se siente de no solo tener la confirmación en acciones, ama el acontecimiento viniendo de mi voz.

—*Ai shite iru*, mi cielo. —Ese brillo de sinceridad en sus ojos me entrega más de lo que necesito.

Sus manos vuelven a mi rostro; mis brazos siguen protegiéndolo del mundo. Nuestros labios se unen nueva vez. No tengo idea de qué depare el futuro. Tengo la esperanza de que sea a su lado, pero estoy consciente de las vueltas que da la vida y nadie tiene prometida otra vista al amanecer. Por eso, me olvido de cualquier cosa que no sea disfrutar de este beso. Desde los simples besos, las significativas charlas, las risas cómplices y la pasión que se desata en la intimidad, no me arrepiento de vivirlo con él. Nos separamos lo suficiente para tomar aire, nuestras frentes se encuentran, nuestras narices se rozan y nuestras sonrisas se vuelven cómplices. La experiencia ha sido de ensueño, y lo que queda promete ser aún más especial. Mi viaje favorito siempre es el que ocurre dentro de sus brazos.

—0—

—¿Segura que estás bien?

En un punto del trayecto, me sorprendió un poderoso mareo, a tal magnitud que, si no es por la reacción rápida de Max, hubiese terminado en el suelo.

—Ya está pasando. —Le observo desde el banquillo donde espero que falte poco para que se detenga.

Se arrodilla frente a mí.

—Estamos cerca de la residencia, ¿crees que puedas seguir? —Si le digo que no, estaremos de camino a la sala de emergencias antes de que me dé cuenta. Estoy confundida en cuanto al comportamiento de mi cuerpo. ¿Cómo puede ser que tenga todo esto si ni siquiera el periodo ha hecho acto de presencia? Como un resorte, levanto la vista ante la idea por demás loca, descabellada y no probable que me atrapa de inmediato—. ¿Qué pasa? —Trago en seco mientras giro hacia él. Contarle sin ningún tipo de certeza no ayudará a la situación.

—Tal vez fue un bajón de azúcar; algo dulce puede ayudar.

Observa el puesto al otro lado de la calle antes de volver la vista hacia mí.

—Claro, enseguida vuelvo.

En el momento en que se aleja, tomo mi teléfono e, ignorando mi sentido común, introduzco todo lo que ha estado pasando en las últimas dos semanas en Google, arriesgándome a que me arroje que me quedan unas pocas semanas de vida. Un nudo invade mi garganta al ver el término común en todos los resultados.

—Aquí tienes. —La voz de Max hace que me sobresalte—. Es jugo de manzana.

—Gracias, *dārin*. —Tomo lo ofrecido y lo bebo ante su atenta mirada. Aprovecha para cerciorarse de mi temperatura—. ¿Crees que podamos pasar por una farmacia? Creo que es una indigestión.

—Sí... hay una cerca, a pocos minutos. —Toma su mochila y la cuelga de su pecho. Se arrodilla frente a mí, de espaldas.

—No.

—Por lo menos hasta la farmacia. —Si algo he aprendido con los años que tengo conociéndolo, es que no hay poder humano que lo haga cambiar de parecer en su intento de ayudar a los que quiere—. Vamos, en lo que el jugo recorre tu sistema.

Sin más remedio, dado que el mareo no ha desaparecido del todo, accedo a su aventón. Como prometió, nos toma unos pocos minutos llegar al establecimiento. La dependiente nos observa con extrañeza al vernos entrar de esa manera. Desciendo de su espalda y nos dirigimos al mostrador.

—¿Podrías buscar las toallas sanitarias que uso regularmente? —Frunce el ceño—. No creo que tengan de mi marca de siempre. Busca un sustituto en lo que me recomiendan algo para el estómago. —Sin mucho más remedio, desaparece por los pasillos. Vuelvo mi atención a la dependiente—. *Hi. Do you speak english?*

Me entrega una seña de más o menos. No tengo mucho tiempo, por lo que tomo el teléfono, busco el traductor y escribo lo más rápido que puedo mi requerimiento:

Por favor, necesito discretamente pruebas de embarazo, tres de diferentes marcas. Mi novio no se puede enterar aún. Y medicamento libre para problemas estomacales.

La joven hace una perfecta «O» ante lo que lee. Sale del mostrador para llegar a un estante que tiene al lado. Toma tres cajas y se mueve al estante siguiente. Toma una bolsa, entra los tres primeros empaques, luego introduce una especie de cartón antes de entrar el resto. Deja la bolsa a un lado mientras escribe en su teléfono para mostrármelo poco después.

Coloqué una especie de doble fondo para que no se note. Facturemos estos ítems primero para que tengas una factura aparte.

Le hago la señal de agradecimiento universal con entusiasmo. Sonríe mientras hace lo propuesto, entregándome todo justo cuando Max vuelve a mi lado.

—Tienes que darme un curso intensivo en cuanto a estas cosas. Todas se ven iguales, pero entiendo que esto es lo equivalente a las Nocturnas que usas.

Entrego el paquete a la dependiente y, en pocos minutos, tenemos todo para retirarnos. Max me deja sobre mis pies, gracias a que el mareo ha desaparecido. Giro rápidamente hacia la joven y le agradezco con un asentimiento de cabeza mientras digo un «*Thank you*» silencioso. Imita mi gesto y juro que leo en sus labios un «*You're welcome*». Y pensar que esta fue la parte fácil.

—0—

Pongo la bolsa sobre el lavabo y desempaco el contenido, incluido el oculto. Los síntomas que no puedo ignorar pueden ser dos acontecimientos mutuamente excluyentes y necesito descartar el que influye en la ausencia del otro. Él cree que tengo mi periodo y que por eso mi cuerpo está sufriendo los embates de otro ciclo más. Sospecho que es una señal mucho más poderosa a medida que repaso estas últimas semanas. Extiendo las tres pruebas sobre el mostrador. Estoy a minutos de conocer una realidad que nos puede cambiar la vida. Con la ansiedad a tope, entreabro la puerta del baño para ver qué hace el otro integrante de esta posible concepción. Me tranquiliza un poco observar su figura dormida sobre la cama.

Tomo las pruebas y las coloco en el compartimiento debajo del lavamanos, a la espera del

veredicto. Quiero tomar un poco de aire fresco en lo que los resultados están listos, para apaciguarme lo suficiente. El sol aún es tímido. Observo el panorama de las calles que comienzan a activarse. Es tiempo suficiente como para que las pruebas detecten la susodicha hormona, según Google. Solo pude dormir unas pocas horas, a pesar de que mi cuerpo realmente necesita el descanso. Le observé dormir hasta que los primeros rayos del sol comenzaron a asomarse por la puerta del balcón que nunca llegamos a cerrar y al que me dirijo por un poco de aire. Decidí salir de la cama para no despertarlo y aprovechar para realizarme las pruebas. Según mis cálculos, si lo estoy, pasó durante nuestra primera noche de viaje, hace casi cuatro semanas donde admito que aún no llevaba el régimen de los anticonceptivos al pie de la letra, no pensé que tendríamos acción tan pronto, pero ¿por un descuido? ¿Una sola vez? ¿Con todo y que pensamos que Max podría tener problemas de infertilidad? El hecho de que la regla no ha hecho acto de presencia, a pesar de que la esperaba hace más de una semana, es una señal poderosa.

—No es divertido levantarme solo, especialmente si será algo cotidiano dentro de poco. — Escucho su voz de ultratumba a mis espaldas. Segundos después, sus brazos me rodean desde atrás.

—No quería despertarte.

No responde de inmediato, solo me regala un beso en la mejilla.

—Estoy pensando en instalar espejos en el techo de nuestra habitación. Podemos hacerlo de tal modo que se puedan ocultar cuando vengan las visitas. ¿Qué te parece?

Giro en automático.

—¡Maximiliano! —Sonríe con claro orgullo de haber suscitado esta reacción—. ¿A qué viene ese comentario de repente?

—No tiene nada de malo. —Tuerzo la boca fingiendo indignación, cuando realmente estoy más apenada que otra cosa—. Estoy abierto a la idea; una manera diferente de apreciar a mi hermosa y sexi novia.

—Esto me pasa por salir con alguien mayor, más experimentado.

—¿Cómo que mayor? —Reímos ante la broma. Su mano viaja hacia la mía y percibo que todo el ambiente cambia en cuestión de instantes—. Sabes que nunca te haré daño, cielo —dice y levanto la vista para observarlo—. Anoche, no estabas siendo tú misma. —Soy incapaz de sostenerle la mirada; pensé que lo había disimulado mejor—. ¿Has estado pensando en... aquel? ¿Hice algo que...? Puedes decirme si mis acciones desencadenan...

—No es el caso.

—Entonces, ¿qué pasa? Si algo te inquieta, sabes que puedes contarme. —Me está brindando la oportunidad, puedo perfectamente hacer de su conocimiento lo que sospecho. Aun así, no lo hago; niego con la cabeza—. Estoy aquí. —No tiene idea de cómo me impacta esa última frase teniendo en cuenta la situación.

—Lo sé. —Despeino su pelo y le sonrío con cariño—. ¿Te parece si intentamos dormir un poco más?

Bosteza como si lo tuviese ensayado para apoyar mi cambio de tema de manera radical.

—Eso es un sí.

Sonríe entre el bostezo, desperezándose con descaro. Me extiende la mano como si fuese a

perderme de camino al interior.

—Te acompaño en unos minutos.

—Eso es trampa, Sora.

—Tengo que pasar al baño, *dārin*.

—Pues te esperaré despierto. —Se deja caer dramáticamente en el colchón; me dirijo al baño.

Cuando la puerta se cierra, suspiro mentalizándome ante lo que se viene. Pasan unos segundos en los que me dedico a observar el lugar que contiene las pruebas. Vuelvo a estar nerviosa, mi preparación previa se hace añicos cuando vuelvo al escenario. Me acerco al lavabo y, una por una, saco las pruebas con sus correspondientes instrucciones de lectura, siendo una de ellas elocuente ante la palabra que muestra la pequeña pantalla digital. Las otras dos concuerdan en su veredicto. Me sorprende estar en shock ante la alternativa más probable. Dicen que no es lo mismo llamar que verlo llegar y puedo dar fe de que la llegada es como si te viniese un camión de frente.

Observo mi reflejo en el espejo como si se tratara de otra persona, interiorizando lo que acabo de confirmar. Sabiendo que mi pareja me espera del otro lado de la puerta, tomo una gran bocanada de aire. En automático, recojo las evidencias y las deposito en sus compartimientos originales; después, las guardo en su lugar designado para dirigirme a la habitación. En sincronía con el sonido de la puerta, Max gira la cabeza hacia mi dirección. Sonríe mientras aparta las sábanas en el lugar donde espera que me acueste. Le devuelvo la sonrisa como puedo, obedeciendo su solicitud. Me aferro a él como si se tratara de mi sostén en este espacio en el tiempo. Pronto volveremos a casa, enfrentaremos situaciones pendientes —y peligrosas—, crearemos nuevas dinámicas y pondremos a prueba nuestra relación de varias formas que no sospechábamos al inicio de este viaje. Es inaudito que antes de que volvamos a nuestra realidad, hemos creado otra que no sé cómo manejaremos con todo lo que se nos viene encima.

Sobre la autora



Edna Pepén es dominicana, apasionada por la escritura y la lectura, interesada en el área de proyectos. Autora del libro *Nada estándar: el arte de ser diferente*, la novela *Sora* (precuela de *Mirai*) y colaboradora en el libro *Mujer, empoderada y en tenis*. Realizó sus estudios de Ingeniería Industrial en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC). Durante su carrera estudiantil participó en eventos como la Conferencia Internacional de las Américas (CILA) y en la primera convocatoria del Concurso Nacional de Cuentos «¡Qué Viva mi Patria!», organizado por el Ministerio de Educación. Obtuvo mención de honor y su cuento, titulado *Mi patria perdida-encontrada*, fue publicado en un libro recopilatorio de los cuentos condecorados. Desde sus años de adolescencia escribe y comparte algunos escritos a través de varias plataformas de publicación. Impartió la conferencia «Vamo' a Esto» en el marco de la Feria Internacional del Libro Santo Domingo 2022 y en varias ocasiones en el Campamento Virtual de Escritura BookCamp A90D.

Puedes contactarla a través de:

Instagram: @like.a.random.book

Facebook: Like A Random Book